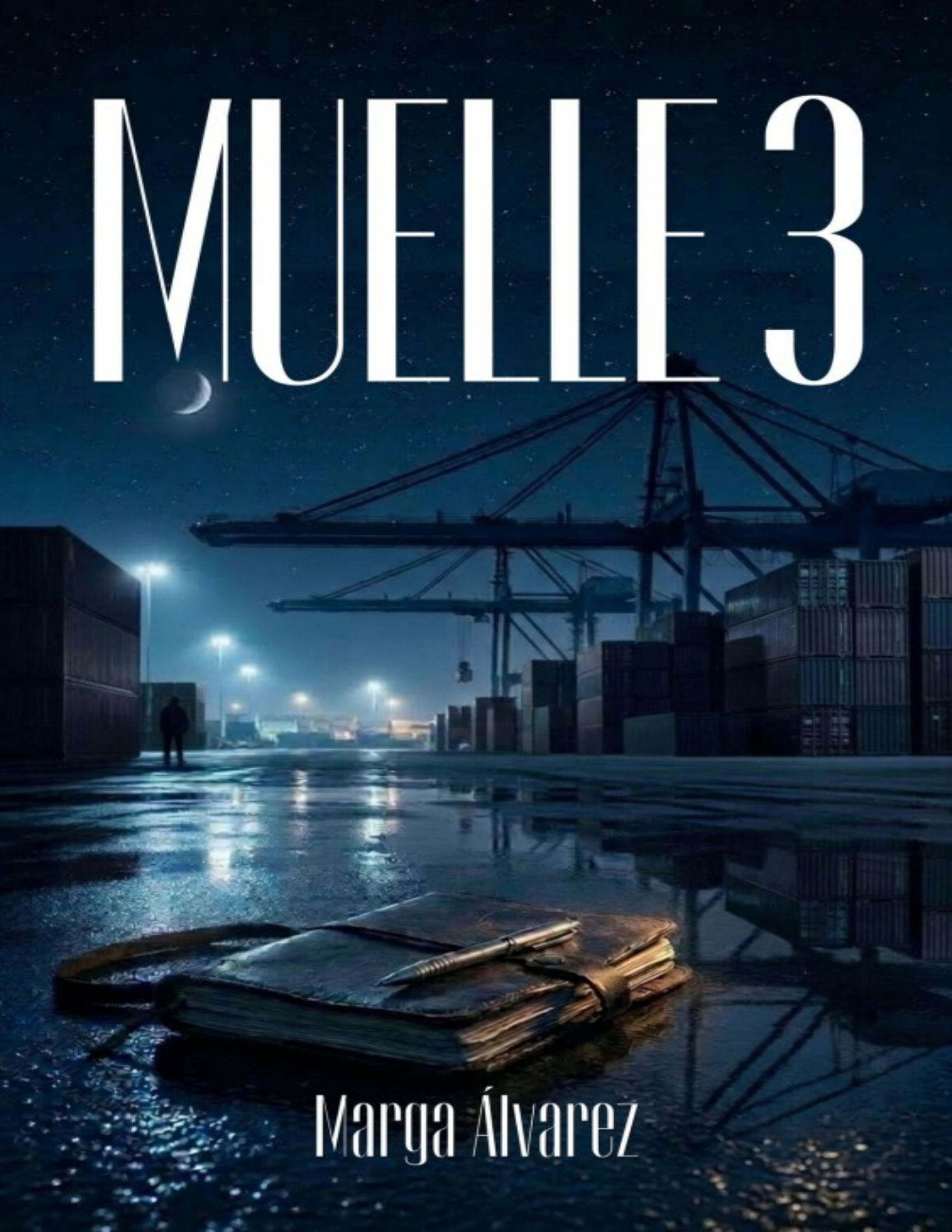
MUELLE 3



Marga Álvarez

DEDICATORIA

A Samu, por ser el Batman que necesita mi Gotham.

Eres mi mejor casualidad. TQ.

A Susi, por acompañarme en todas mis locuras.

Gracias, compi.

CAPÍTULO 1

Bienvenida al sur
GIULIA

El asiento de al lado huele a colonia barata y a ambición.

Lo digo sin juzgar. Yo también huelo a ambición. Lo mío es algo más discreto — desodorante de farmacia y los nervios de quien lleva tres semanas convenciéndose de que sabe exactamente lo que está haciendo.

No lo sé. Pero eso es información confidencial.

Me llamo Giulia Ferretti, tengo veinticinco años y en este momento estoy sentada en el asiento 14C de un vuelo Bolonia-Málaga con una mochila de diez kilos en el compartimento de arriba, vaqueros oscuros con un agujero en la rodilla izquierda que no es estético sino el resultado de tropezar con un bordillo en 2022, una camiseta de Queen que perteneció a mi padre antes de que yo la rescatara de su armario con el argumento de que a él ya no le quedaba bien, y el blazer de lino beige heredado del mismo padre que tiene los codos ligeramente brillantes y un bolsillo interior donde guardo la grabadora, los bolígrafos y, en este momento, suficiente ansiedad como para abastecer a una redacción entera.

Sin tacones. Nunca tacones. Las zapatillas blancas están debajo del asiento de delante porque llevo los pies encogidos desde que el señor de la colonia barata decidió que su territorio incluía la mitad de mi espacio.

En el índice de la mano derecha llevo un anillo de plata finísimo que me regalé a mí misma el día que me dieron la beca. Es lo único que brilla en todo el conjunto. Me parece suficiente.

El moño que llevo en la cabeza era, esta mañana a las cinco, una construcción razonablemente ordenada. Tres horas de vuelo, una cabezada incómoda y la turbulencia sobre el Mediterráneo lo han convertido en algo

que mi hermana Sofia describiría como "encantadoramente caótico" y que yo describo como el resultado natural de dormir con la cabeza apoyada contra una ventana de plástico mientras intentaba repasar mentalmente todo lo que sé sobre un asesinato en el sur de España.

Que es bastante. Llevo semanas leyendo .
Antonio Herrera. Cincuenta y ocho años. Empresario. Propietario de Herrera Port Logistics, una flota de catorce contenedores en el Puerto de Marbella. Hombre que se había construido solo, que pagaba puntual y miraba a los ojos cuando daba la mano. Que recibió amenazas porque alguien necesitaba su flota para cosas que no aparecen en ningún registro oficial.

Que las ignoró.

Que murió por eso.

Hay una red detrás. Nombres que nadie ha publicado todavía. Conexiones que nadie ha trazado. Una historia que lleva seis semanas esperando a alguien que sepa cómo contarla.Voy a ser yo. O me voy a quedar en el intento, pero eso también es una historia.

Saco el bloc de notas. Vieja costumbre. Mi padre siempre decía que una periodista que escribe a mano no se fía de su propia memoria, y aunque en muchas cosas mi padre se equivoca —con frecuencia, con entusiasmo, con una convicción que da envidia— en eso no le falta razón. Escribo una sola línea.

Marbella. Caso Herrera. No la cagues.

Lo subrayo dos veces. Luego tacho el último punto porque suena demasiado a Sofia y no necesito a mi hermana en mi cabeza a treinta mil pies de altura. Ya tendré suficiente de Sofia cuando aterrice.

* * *

La señal del cinturón lleva apagada cuarenta minutos cuando decido que es el momento.

Me levanto con la dignidad de alguien que no lleva tres horas encogida. El señor de la colonia barata tiene las piernas estiradas hacia mi lado y tengo que hacer una maniobra que no me enorgullece para no pisarle. Él n i se inmuta. Está dormido con la boca abierta y una serenidad que francamente le envidio.

El baño del avión es el mismo baño del avión de siempre: cincuenta centímetros de plástico, iluminación de sala de interrogatorio y un espejo que parece diseñado específicamente para hacerte quedar mal.

Me miro.

El moño ha evolucionado. Ya no es encantadoramente caótico. Ahora es directamente alarmante. Tengo un mechón de pelo castaño escapado que me cruza la frente en diagonal, como si mi cabeza hubiera tomado una decisión estética unilateral durante la ya c itada turbulencia sobre el Mediterráneo .

Intento arreglarlo. El mechón tiene opiniones propias.

Porco cane .

Paso los siguientes cuatro minutos en una negociación silenciosa con mi propio pelo que no voy a detallar porque es humillante y porque al final lo resuelvo exactamente igual que lo empecé: con el moño torcido, el mechón diagonal y la convicción renovada de que la apariencia es lo de menos cuando tienes una grabadora y tres libretas de repuesto.

Me lavo las manos. Me miro una vez más en el espejo de la sala de interrogatorios.

Los ojos sí están bien. Verde avellana, herencia de la abuela materna, que según mi madre son los ojos que delatan siempre exactamente lo que

piensas antes de que abras la boca. Mi madre lo dice como advertencia. Yo lo he convertido en estrategia: si el otro ya sabe lo que piensas, puedes dedicar la energía a escuchar lo que piensa él.

Abro la puerta . Hay una cola de cuatro personas esperando.

Todas me miran. Pero no exactamente de la manera que cita ba Gloria Trevi en su hit.

—Turbulencias —digo, señalando vagamente el pelo.

Nadie dice nada. Una señora mayor con un bolso de viaje enorme asiente con la comprensión de quien lo ha visto todo.

Vuelvo a mi asiento con la misma dignidad de antes, que en este punto es completamente fingida pero al menos es consistente.

* * *

El piloto anuncia que la temperatura en Málaga es de veintinueve grados . Veintinueve grados. En octubre.

Cazzo .

Miro mi chaqueta de lana doblada en el compartimento de arriba y proceso la información. En Bolonia teníamos catorce grados esta mañana. Mi madre me mandó un mensaje a las siete diciéndome que me abrigara bien. Le respondí que España era el sur, no el Ártico. Ahora mismo me estaría dando la razón, lo cual es exactamente el tipo de cosa que me gusta no evitar. Y entonces el avión sale de las nubes y l a veo.
Andalucía .

No l a había esperado así, de golpe, como una revelación entre dos capas de nubes grises. L a había visto en fotos, claro. L a había imaginado. Pero hay una diferencia entre saber que algo es luminoso y ver es a luz en concreto — esa luz que no es una sino diez, que va del naranja cálido junto a la costa al multicolor casi irreal en el centro, que brilla con una fuerza que

no parece venir solo del sol sino de dentro, como si Andalucía en sí mism a fuera la fuente.

Me quedo mirando con la boca ligeramente abierta.

Madonna mia .

Tres segundos. Me permito exactamente tres segundos de quedarme sin palabras, que para mí es mucho.

Luego saco el bloc y escribo: Andalucía desde el avión. Como si alguien lo hubiera pintado ahí para los recién llegados ingenuos. Funciona de todas formas.

Lo subrayo. Porque sí.

* * *

El aeropuerto de Málaga huele a crema solar y a café con leche.

El calor me da en la cara como una bofetada amable en cuanto salgo de la terminal. Es un calor distinto al de Italia. Más seco, más limpio, con algo de sal en el fondo. El sol de las cuatro de la tarde pega desde un ángulo que en Bolonia en octubre es directamente imposible, y durante unos segundos me quedo quieta en la acera con la mochila al hombro y los ojos entornados, dejando que todo eso me llegue.

Tres segundos. Esta vez me permito cinco.

El taxista se llama Paco y en los cuarenta minutos hasta Marbella me cuenta que tiene tres hijos, que el mayor estudia Derecho, que su mujer hace el mejor gazpacho de la provincia —" *de la provincia, señorita, no exagero* "— y que la Costa del Sol ya no es lo que era pero tampoco está tan mal.

Yo tomo notas mentales de todo. Periodista. Es lo que hago.

Lo que no hago —o lo que intento no hacer— es quedarme mirando por la ventana con la boca ligeramente abierta, mientras la carretera costea el Mediterráneo durante kilómetros y el mar aparece y desaparece entre los pinos, como algo que no quiere dejarse ver del todo pero tampoco sabe esconderse.

A mi izquierda, la sierra cae hacia el mar en pendiente verde y ocre, con los pueblos blancos encajados entre las rocas como si hubieran estado ahí desde antes de que nadie les preguntara. A mi derecha, el agua. Siempre el agua. Cambiando de azul cada vez que la miro, como si le costara quedarse quieta en un solo color.

—¿Es su primera vez en Marbella? —pregunta Paco.

—Sí.

—Se nota —Lo dice sin malicia, con esa familiaridad del sur que no pide permiso—. Pone usted esa cara.

—¿Qué cara?

Paco sonríe en el retrovisor.

—La cara que pone la gente cuando ve esto por primera vez y se da cuenta de que las fotos no hacen justicia.

No respondo. Tiene razón y no veo ningún motivo para negarlo.

* * *

Marbella me recibe con una luz que no sé muy bien cómo describir todavía.

Es una luz de final de tarde que lo dora todo — las fachadas blancas, las macetas con flores que nadie ha retirado porque aquí octubre no es otoño, las palmeras que bordean el paseo marítimo con esa elegancia perezosa que solo tienen las cosas que saben que no necesitan esforzarse. El mar está al

fondo de cada calle que mira al sur, presente aunque no se vea, como un ruido de fondo que organiza toda la ciudad alrededor de él.

El contraste con el puerto me llega enseguida, en cuanto Paco gira hacia la zona del casco antiguo: el lujo discreto de los restaurantes con terraza, los veleros amarrados con demasiada calma, los hoteles blancos con las persianas bajadas a medias. Todo aquí tiene esa textura de los sitios que llevan mucho tiempo siendo bonitos y ya no necesitan demostrarlo.

Y luego, mezclado con todo eso, la vida de debajo: los pescadores que recogen las redes al atardecer, el bar de la esquina con las sillas de plástico y el partido en la tele, el olor a fritura que compite con el de las buganvillas. Marbella tiene capas. Eso me gusta.

Las ciudades con capas tienen siempre historias que contar.

* * *

El apartamento es pequeño, está cerca del puerto y tiene una terraza del tamaño de una servilleta desde la que, si me pongo de puntillas y giro un poco a la izquierda, puedo ver el mar.

Me lo quedo.

La casera, una señora de unos setenta años con el pelo blanco perfectamente rizado y una mirada que evalúa y archiva, me da las llaves con la solemnidad de quien entrega algo valioso.

—Sin fiestas —dice.

—Por supuesto.

—Y sin visitas después de las once.

—Claro.

Asiente. Me mira de arriba abajo una vez más, deteniéndose con criterio en el moño torcido, el agujero de la rodilla y las zapatillas que llevan dos países andados. Yo aguanto la inspección con la experiencia de quien ha crecido con una madre italiana que considera que mirar fijamente es una forma de afecto.

—Es usted muy joven para periodista —concluye la señora.

—Todo el mundo me lo dice —respondo.

—¿Y?

Sonrío.

—Que ya se les pasará.
La señora hace un ruido que podría ser una risa o podría ser desaprobación. Con los mayores andaluces, estoy descubriendo, la diferencia no siempre es obvia. Se va escaleras abajo con una agilidad que me da vergüenza ajena dado que ella tiene setenta años y yo acabo de subir dos pisos con diez kilos en la espalda jadeando como si hubiera escalado el Everest.

Dejo la mochila en el suelo. Me tumbo en la cama.Miro el techo durante exactamente treinta segundos. Luego salgo a la terraza servilleta.

Desde aquí Marbella huele a sal y a algo que no identifico del todo pero que tiene que ver con la piedra caliente que empieza a enfriarse cuando el sol baja. El cielo está pasando del naranja al rosa con una lentitud que parece deliberada, como si supiera que merece que alguien lo mire. En el puerto, los mástiles de los veleros se balancean despacio. El agua tiene ahora ese color entre malva y oro que no dura más de quince minutos y que en cuanto desaparece uno se pregunta si lo habrá inventado.

No lo he inventado. Lo tengo delante.

Mannaggia . Qué sitio más inconveniente para ponerse poético.

Entro. Saco el ordenador, abro la carpeta con toda la documentación del caso Herrera y me pongo a trabajar. Porque he venido a trabajar. Porque tengo una beca que defender y una historia que encontrar y porque si me quedo en la terraza mucho más tiempo voy a llamar a Sofia para contarle el color del cielo y eso no entra en el plan.

Che palle .

Trabajo.

* * *

La redacción de El Faro de la Costa huele a café viejo y a papel impreso, que es exactamente como huelen todas las redacciones del mundo y que a mí me produce el mismo efecto que a otras personas les produce el olor del pan recién hecho: algo en el pecho que se afloja.

Me siento en casa. Por primera vez desde que aterricé.

El editor se llama Marcos Ruiz, tiene cincuenta y tantos años y la expresión de alguien que ha visto llegar a demasiadas becarias con demasiado entusiasmo y las ha visto marcharse tres meses después con el entusiasmo intacto pero sin ninguna historia que contar. Me mira por encima de las gafas. Yo le devuelvo la mirada.

—Italiana —dice, como si eso explicara algo.

—De Bolonia. Giulia Ferretti —Extiendo la mano—. Encantada.
La estrecha. Evaluación superada, aparentemente, porque señala una silla y se sienta frente a mí con el gesto de alguien que tiene poco tiempo y menos paciencia para los rodeos.

—¿Sabes en qué te estás metiendo ?

—Caso Herrera. Antonio Herrera, empresario naviero, propietario de Herrera Port Logistics. Asesinado hace seis semanas. La investigación está

abierta —Hago una pausa—. Y hay una red detrás que nadie ha sabido explicar todavía.

Marcos Ruiz me mira en silencio durante un momento.

—¿Cuánto has investigado?

—Lo suficiente para entender que esto es más grande de lo que parece en los titulares — Le miro fijamente —. Y lo suficiente para saber que voy a necesitar acceso. Acceso que usted puede facilitarme.

Silencio.

Veo algo que podría ser una sonrisa, muy pequeña, en la comisura izquierda.

—El caso es tuyo —dice—. Pero te advierto una cosa.

—Dígame.

—Hay gente aquí que lleva meses intentando entrar en esa historia y no ha conseguido nada. La familia no habla. El abogado que lleva el caso privado es una pared. Y la policía tiene sus propios tiempos.

Asiento. Tomo nota mental de todo. El abogado. La familia. La policía.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunto.

Marcos Ruiz me mira fijamente.

—Que la última persona que intentó acercarse demasiado recibió una advertencia que no era de las que se ignoran.

La habitación está en silencio un segundo de más.

Perfetto , pienso. Ahora sí que parece una historia.

* * *

Son las diez de la noche cuando Sofía llama.

Estoy en la terraza servilleta con un vaso de vino que he comprado en el supermercado de abajo y el expediente Herrera abierto en el regazo. El puerto se ve a lo lejos y el Mediterráneo de noche es otra cosa completamente distinta al de la tarde — más oscuro, más serio, con las luces de los barcos reflejadas en el agua como si hubiera dos cielos y el de abajo estuviera del revés . La brisa huele a sal y a algo vagamente floral que no sé identificar todavía. Jazmín, quizá. O dama de noche . O simplemente el sur siendo el sur .

Mi hermana no espera a que diga hola.

—¿Cómo es? Descríbemelo todo. Empezando por el mar.

—Sofia.

—¿Qué? Llevo todo el día esperando esta llamada. Papá ha preguntado cuatro veces si habías llegado bien y mamá ha mandado un mensaje diciendo que si no llamas antes de las diez va a llamar ella al consulado italiano en Madrid.

Cierro los ojos. Los abro. El Mediterráneo sigue ahí, negro y brillante bajo las luces del puerto.

—Dile a mamá que estoy bien y que el consulado no tiene nada que ver con esto.

—Ya se lo dije. Me respondió que más vale prevenir. ¿Cómo es el apartamento?

—Pequeño. Con vistas al mar si me pongo de puntillas.

—¿Y la ciudad?

Tardo un momento en responder. Miro las luces, los mástiles que se mecen despacio, el reflejo del paseo marítimo en el agua. Marbella de noche tiene esa calidad de las ciudades que saben que son bonitas y no necesitan esforzarse por parecerlo. Todo brilla con una luz templada y sin urgencia, como si el tiempo aquí fuera de otra textura.

—Luminosa —digo al final—. Es muy luminosa.

—Dios mío —La voz de Sofía tiene ese tono que tiene cuando está a punto de ponerse dramática, que es aproximadamente el noventa por ciento del tiempo—. Te estás enamorando de la ciudad.

—No me estoy enamorando de nada. Estoy trabajando.

—Las dos cosas no son incompatibles.

—Sofia .
—¿Qué? Papá se enamoró de mamá en mitad de un congreso de fontanería en Florencia. Estas cosas pasan en los momentos más inesperados.

Pienso en mi padre, que es exactamente el tipo de persona capaz de enamorarse en un congreso de fontanería, con su pelo siempre un poco revuelto y su tendencia a resolver cualquier crisis con pasta y una historia mal contada. Pienso en cómo haría exactamente lo mismo que estoy haciendo yo en este momento : sentarse en una terraza nueva, mirar unas luces desconocidas y decidir que hay algo ahí que merece la pena.

No se lo digo a Sofía porque si se lo digo no terminamos de hablar hasta medianoche.

—He conseguido el caso —digo en cambio.

Silencio al otro lado de la línea. Luego:

—Giulia.

—¿Qué?

—El caso del empresario muerto.

—Herrera. Sí.

—El que tiene mafia.

—La palabra exacta es red criminal organizada, pero sí.

Otro silencio. Más largo.

—Mamá va a llamar al consulado de verdad —dice Sofia.

—Mamá no va a saber nada hasta que tenga algo que contar.

—Giulia Ferretti —La voz de mi hermana tiene ahora ese tono de los momentos importantes, el que guarda para cuando deja de ser graciosa y empieza a ser ella de verdad—. ¿Estás segura?

Miro el puerto. Los barcos. Las luces que se duplican en el agua negra. Pienso en el nombre que Marcos Ruiz ha pronunciado hoy. En la advertencia. En la historia que nadie ha sabido contar todavía.

—Completamente —digo.

Sofia resopla al otro lado del Mediterráneo con el sonido de alguien que sabe exactamente lo que eso significa y ha decidido quererme de todas formas.

—Bueno —dice—. Pues cuéntamelo todo. Empezando por el mar .
Sonrío en la oscuridad . E l Mediterráneo brilla . E mpiezo a hablar.

CAPÍTULO 2

El caso que no debería llevar
ALEJANDRO

El expediente tiene ciento diecisiete páginas.

Las conozco todas. Las he leído cuatro veces. En la quinta, que fue esta mañana a las seis, encontré algo que no había visto en las cuatro anteriores: una anotación al margen de la declaración del encargado del puerto, tres palabras escritas a mano por el inspector que levantó el acta, tan pequeñas que podría haber sido un garabato. No era un garabato.

Las tres palabras están ahora rodeadas en rojo en mi copia. Lo hice con tal presión que se marcaron las páginas de abajo. No es la forma en que trabajo normalmente.

Nada en este caso es la forma en que trabajo normalmente.

* * *

Diego llega a las ocho menos cuarto con dos bocadillos de jamón, dos botellines y una seguridad en sí mismo que no ha ganado nadie.

—Llevas aquí desde las seis —dice. No es una pregunta.

—Las cinco y media.

Deja los bocadillos y las birras en el único espacio libre del escritorio, que en este momento es aproximadamente del tamaño de un folio. El resto está ocupado por el expediente, las copias de los registros del puerto, el mapa de las rutas de los contenedores de Herrera y tres vasos de café vacíos que debería haber tirado hace horas.

Diego los mira. Me mira a mí. Mira los vasos otra vez.

—Alejandro.

—¿Qué?

—Esto no es sano.

—Gracias —Señalo el bocadillo—. ¿Esto tiene tomate?

—Tiene tomate, tiene aceite y tiene la esperanza de que comas algo antes de que te desplomes —Se sienta en la silla de los clientes sin que nadie le invite. Lleva quince años haciéndolo. He dejado de señalarlo—. Delega.

—No.

—Hay otros abogados en este bufete.

—No para este caso.

Diego me mira con la expresión que pone cuando está a punto de decir algo que sabe que no voy a querer escuchar. La conozco desde que tenemos ocho años. Cuando éramos críos la llamaba su cara de « *esto te va a doler más a ti que a mí* ». Ahora la llamo su cara de Diego, que viene a ser lo mismo.

—Antonio era tu amigo —dice—. Precisamente por eso deberías…

—Precisamente por eso no —Lo digo sin levantar la vista del expediente.

Silencio.

Diego se come el bocadillo. Yo me como el mío. Durante tres minutos el despacho está en paz.

—¿Qué encontraste esta mañana? —pregunta al final.

Lo señalo. Las tres palabras circuladas en rojo.

Se inclina. Lee. Tarda un momento.

—Joder —dice.

—Exacto.

* * *

Me enteré de que Antonio había muerto un martes.

Eran las once de la noche. Estaba aquí, en este mismo despacho, revisando un contrato que no tenía nada que ver con él cuando sonó el teléfono y vi el nombre de Elena en la pantalla. Elena no llama de noche. Elena no llama nunca sin mandar un mensaje antes. Ambas cosas las supe en el segundo que tardé en descolgar. Lo que siguió duró cuatro minutos.

Ella habló poco. Yo hablé menos. Al final dije que estaría allí a primera hora y ella dijo gracias, Alejandro, con la voz de alguien que lleva conteniendo algo desde hace horas y ha elegido ese momento para soltarlo un milímetro, sólo un milímetro, porque no puede permitirse más.

Colgué. Me quedé mirando el teléfono durante un tiempo que no sé calcular.

Tres semanas antes, Antonio había venido a este mismo despacho con una carpeta de documentos y la expresión de quien sabe que está metido en algo que no pidió. Me lo contó todo: las llamadas, las visitas, las ofertas que le habían hecho para ceder parte de su flota. Los nombres que había escuchado. Le dije que lo denunciara. Me dijo que lo iba a pensar. Le dije que no había nada que pensar.

Se fue con la carpeta bajo el brazo y una sonrisa que en ese momento me pareció de hombre que tiene las cosas claras. Ahora sé que era la sonrisa de un hombre que había tomado una decisión.

No la que yo le recomendé.

Lo que siento respecto a eso no tiene nombre útil. Lo guardo donde guardo las cosas que no tienen nombre útil y sigo trabajando. Es lo único que puedo hacer que sirva para algo.

* * *

El nombre que aparece en los documentos de Antonio es Viktor Sokolov. Cincuenta y cinco años. Ruso de origen, español de papel. Veinte años en la Costa del Sol construyendo una fachada de importación-exportación que aguanta cualquier inspección superficial porque está diseñada exactamente para eso: para aguantar inspecciones superficiales. Debajo hay otra cosa. Una red que lleva años usando el Puerto de Marbella como punto de entrada para mercancía que no aparece en ningún manifiesto oficial. Lo sé porque Romero me lo confirmó hace cuatro días, entre líneas, con el tono de quien comparte información que técnicamente no debería compartir.

Lo que Romero no me ha confirmado todavía es hasta dónde llegan los tentáculos. Cuántas personas. Cuántos niveles. Cuánta protección institucional tiene Sokolov para haber operado veinte años sin un solo arresto. Eso es lo que necesito saber antes de moverme.

Diego lo llama « *la fase de la paciencia* ». Yo lo llamo trabajo.

—¿Y Sokolov sabe que estás en el caso? —pregunta Diego. Ha terminado su bocadillo y ahora tiene los pies en el borde de mi escritorio, lo cual es una libertad que nadie le ha concedido explícitamente en quince años de amistad.

—Probablemente.

—¿Y eso no te preocupa?

Lo pienso durante un segundo.

—Me preocupa más no tener suficiente antes de que él decida que soy un problema.

Diego asiente despacio, con la expresión de quien procesa información que no le gusta pero reconoce como válida.

* * *

Elena me recibirá mañana a las diez.

No sé exactamente qué tiene. Sé que Antonio guardaba documentación por su cuenta — lo dijo en una de las últimas conversaciones que tuvimos, de pasada, como quien menciona algo sin querer darle demasiada importancia. En ese momento no le pregunté qué clase de documentación. Ahora me pregunto qué más no pregunté.

Mateo estará allí. Diecinueve años, primer curso de Económicas en Sevilla, de vuelta en Marbella desde el día que llamaron a Elena. Lo conozco desde que era un crío que preguntaba demasiadas cosas en las cenas de Navidad. Ahora es un chaval que ha perdido a su padre y quiere que alguien le diga cuándo va a haber consecuencias.

Le voy a decir que las habrá. No porque sea lo que necesita escuchar, aunque también lo sea. Sino porque es verdad. Porque Antonio Herrera pasó por este despacho con una carpeta bajo el brazo y una decisión tomada, y yo no lo retuve, y la única forma que tengo de cargar con eso que no tiene nombre útil es hacerlo cierto.

Las habrá.

Diego se ha quedado dormido en la silla de los clientes. Tiene treinta y cuatro años y parece que tiene doce. Lo miro durante un segundo.Lo suyo ya no tiene arreglo posible.

Apago la luz del despacho. La del escritorio la dejo. Vuelvo al expediente. Ciento diecisiete páginas.

Página uno.

CAPÍTULO 3

El primer muro

GIULIA

Marbella a las diez de la mañana tiene una luz que no avisa.
No es la luz suave de primera hora, esa que todavía duda. Es una luz que ya ha tomado una decisión: blanca, directa, sin sombras intermedias. Baja por las calles del casco antiguo como si supiera adónde va y llega al puerto y sigue, y convierte las fachadas encaladas en algo casi imposible de mirar de frente. En Bolonia el sol negocia. Aquí, en octubre, el sol da órdenes.

Camino con el bloc bajo el brazo y la mochila al hombro y los auriculares puestos pero sin música — los auriculares sin música son mi forma de tener un escudo sin renunciar a escuchar. Mi padre me enseñó el truco. « *La mejor fuente* », decía, « *es la que cree que no la estás escuchando* ». Él lo aplicaba a las conversaciones de barra de bar. Yo lo aplico a todo.

Llevo tres días leyendo sobre Antonio Herrera. Tres días y ya lo conozco de una manera extraña, esa manera en que los periodistas conocemos a los muertos: a través de los registros que dejaron, de las personas que los recuerdan, de los documentos que firmaron y los que no quisieron firmar. Antonio Herrera era el tipo de hombre que paga puntualmente y mira a los ojos cuando da la mano. Que construyó su empresa solo, sin apellidos que le abrieran puertas. Que cuando alguien le ofreció dinero a cambio de mirar hacia otro lado, eligió no hacerlo. Que murió por eso. Lo que en Andalucía llaman “un tío que se viste por los pies”.

Hay una historia aquí que va mucho más allá del titular de seis semanas atrás. Hay una red, hay nombres, hay una operación que lleva años funcionando en el puerto de esta ciudad con una discreción que no es casualidad sino arquitectura. Alguien la ha diseñado así. Alguien se ha tomado mucho tiempo y mucho cuidado para que sea invisible. Lo que hace invisible una historia es exactamente lo que me atrae de ella. Giro a la derecha en la calle que me indica Maps y empiezo a subir hacia la urbanización.

* * *

La casa de los Herrera está donde las calles se ensanchan y los jardines empiezan a tener espacio para ser jardines de verdad. No es la casa más grande de la urbanización ni la más llamativa. Es la casa de alguien que tiene dinero suficiente pero no necesita demostrarlo: fachada blanca con persianas de madera oscura, buganvillas que trepan por la pared izquierda con una abundancia que parece descuidada pero no lo es, un naranjo en un rincón del jardín que todavía tiene fruta. La verja es alta pero no agresiva. Del tipo que dice « *aquí vive alguien* » y no « *aquí vive alguien importante* ».

Lo anoto mentalmente. Los detalles de las casas dicen cosas sobre las personas que las habitan. Esta dice que Antonio Herrera era un hombre que sabía lo que tenía y no necesitaba que los demás lo supieran también.

Me detengo en la acera de enfrente un momento.

Es lo que hago siempre antes de llamar a una puerta difícil: pararme. Respirar. Recordar que hay una persona al otro lado, no un titular. Que lo que esa persona va a sentir cuando abra y me vea depende en gran parte de cómo yo le haga sentir en los primeros diez segundos. Que mi trabajo no consiste en extraer información sino en crear las condiciones en las que alguien quiera contarme la verdad.

No siempre funciona. Pero funciona más de lo que la gente cree.

Cruzo la calle. Llamo al timbre.

* * *

La mujer que abre no es Elena Herrera.

Es alguien más joven — treinta y pocos, delantal, el pelo recogido con la rapidez de quien lleva un rato ocupada. Tiene la expresión de quien ya ha abierto esta puerta demasiadas veces en las últimas semanas y ha aprendido a leer en medio segundo qué hay al otro lado.

En medio segundo me lee a mí.

—Vengo a ver a la señora Herrera —digo, antes de que pueda hablar ella —. Me llamo Giulia Ferretti, soy periodista en El Faro de la Costa. No vengo a molestar ni a sacar nada que no me den. Solo quería presentarme y dejarle saber que estoy cubriendo el caso, por si en algún momento considera que hay algo que quiera que se sepa.

Es la versión larga. La versión larga funciona mejor con las personas que cuidan a otras personas, que son las que abren las puertas de las casas en

duelo. Necesitan saber que no vas a hacer daño.

La mujer me mira durante un segundo.

—Espere aquí.

Espero.

El jardín desde la verja huele a tierra mojada y a naranjo y a algo más que es verde y fresco y no sabría ponerle nombre. Es el olor de un jardín al que alguien sigue cuidando aunque la persona para quien se cuidaba ya no está. Eso me dice algo también.

Saco el bloc. Anoto: jardín cuidado. Naranjo con fruta. Persianas bajadas a medias en la planta de arriba — las del dormitorio, calculo.

La mujer vuelve a los cuatro minutos.

—La señora Herrera agradece su visita. En este momento no está recibiendo a nadie de la prensa.

—Por supuesto —digo—. ¿Podría dejarle mi tarjeta? Sin ninguna prisa. Si en algún momento cambia de opinión, estaré encantada de poder escucharla.

—Claro.

Le doy la tarjeta. La acepta con cuidado, como quien acepta algo que sabe que va a entregar pero quiere entregar bien. La puerta se cierra. La verja sigue cerrada. Me quedo mirándola un momento.

Muro uno. Esperado. Anotado.

Guardo el bloc. Empiezo a buscar el móvil en el bolsillo lateral de la mochila, que es un ejercicio de arqueología que requiere más tiempo del que debería porque el bolsillo lateral de mi mochila es un ecosistema independiente que opera bajo sus propias leyes. Es entonces cuando oigo el coche.

* * *

Motor silencioso.

Del tipo silencioso que no es un defecto sino una característica: el coche no hace ruido porque está construido para no hacerlo, porque quien lo ha construido sabe que el ruido es para los que necesitan ser escuchados y este coche no necesita nada de nadie.

Se detiene justo detrás de mí. Me giro.

El hombre que sale del coche mide fácilmente un metro ochenta y nueve. Lo calculo en dos segundos. Periodista. Es lo que hago.

Lo que no hago — y lo que estoy haciendo de todas formas — es quedarme mirando.

Traje oscuro. Sin corbata. El tipo de traje que está bien cortado de una manera que no necesita llamar la atención porque confía en sí mismo, igual que parece confiar en sí mismo el hombre que lo lleva. No es el traje el que lo hace — es al revés: es él el que hace el traje. Cabello negro, corto por los lados, ligeramente largo arriba. Algo de barba de días que en cualquier otra persona parecería descuido y en él parece deliberado, como casi todo lo que hace, sospecho, en los tres segundos que llevo observándolo.

Ojos oscuros. Casi negros. Cruzan el jardín. Cruzan la verja. Me cruzan a mí. No paran. Siguen.

Inspiro. Espiro. Recuerdo que tengo una grabadora en el bolsillo y un artículo que escribir y que he venido aquí a trabajar y no a quedarme parada en una acera como si se me hubiera olvidado adónde iba.

El hombre camina hacia la verja con la seguridad de quien sabe que se la van a abrir antes de que llegue. La mujer del delantal aparece en la puerta de la casa — debe de haberlo visto llegar desde dentro — y la verja hace un clic suave.

—Perdone —digo.

Se detiene.

Ese instante en el que alguien decide si merece la pena girarse o no es uno de los momentos más reveladores que existen. Hay gente que se gira despacio, como concediendo un favor. Hay gente que se gira rápido, por instinto. Hay gente que no se gira.

Este hombre se gira despacio.

Y me mira con la expresión de alguien al que no se detiene con facilidad y que en este momento está decidiendo, con una precisión que incomoda, si la persona que lo ha detenido merece los siguientes treinta segundos de su atención.

—Está usted en mi camino —digo. Porque es verdad. Y porque a veces la verdad más simple es la que abre más puertas, o al menos la que retrasa el cierre de las que ya están cerrándose.

Algo cruza su cara. Tan rápido que casi no lo pillo. ¿Un atisbo de sorpresa?

—No —dice—. Es usted quien está en el mío.

La voz es exactamente lo que el resto de él prometía: baja, directa, sin adornos. El tipo de voz que no sube el volumen porque no lo necesita. La

que dice lo que piensa y no se queda esperando a ver cómo sienta.

—Giulia Ferretti —digo—. El Faro de la Costa. Estoy cubriendo el caso Herrera.

Ahora sí me mira. No el segundo educado de antes — me mira de verdad, con una atención que pesa, que cataloga. Los ojos oscuros no parpadean más de lo necesario. Recorre mi cara, mi bloc, mi mochila, mi blazer con los codos brillantes, el anillo de plata en el índice. No con descaro — con el método rápido y discreto de alguien que ha aprendido a leer personas en un instante porque a veces de eso depende algo.

—Sé quién es —dice.

Eso me para un segundo. No lo muestro. Aprendí hace tiempo que mostrar sorpresa en una primera conversación le da al otro demasiada ventaja.

—¿Me conoce?

—Sé que existe —La diferencia en el tono es deliberada, quirúrgica, y los dos lo sabemos—. No es lo mismo.

Cazzo .

—¿Y usted es?

—Alguien que no tiene nada que decirle.

Da un paso hacia la verja. Me pregunto si eso es todo, si la conversación ha terminado antes de haber empezado de verdad, si voy a quedarme aquí con el bloc bajo el brazo viendo cómo esa verja se cierra por segunda vez en diez minutos.

Luego se detiene.

No del todo. Medio paso. Lo suficiente para girar la cabeza y mirarme de lado, con algo en la expresión que no llega a ser advertencia pero tampoco es otra cosa.

—Aléjese del caso, señorita Ferretti.

—¿Por qué?

—Porque hay historias que cuestan más de lo que valen.

—Eso lo decido yo.

Me sostiene la mirada durante un segundo. Dos. Tres.

Es el tipo de mirada que está diseñada para hacer que la gente aparte los ojos primero. Yo no aparto los ojos. Es una cuestión de principios, pero también — y esto me lo apunto para examinarlo más tarde, cuando esté sola y sea honesta conmigo misma — es que no consigo apartar los ojos.

Luego entra. La verja se cierra.

Me quedo en la acera.

* * *

Tardo un momento en moverme.

No porque esté paralizada — no lo estoy, o al menos no de la forma que contaría si alguien me preguntara — sino porque necesito ordenar lo que acaba de pasar antes de seguir andando. Es un hábito de periodista: parar, procesar, archivar. Las primeras impresiones se pierden si no las fijas.

Fijo.

El hombre sabe quién soy. Lo cual significa que alguien le ha hablado de mí — Marcos Ruiz, alguien del puerto, da igual quién — y que para cuando yo llegué a esa verja él ya tenía un archivo con mi nombre. Eso me pone en desventaja. No me gusta la desventaja.

El hombre quiere que me aleje del caso. Lo ha dicho con la tranquilidad de quien está acostumbrado a ser obedecido, lo cual me dice que no me conoce en absoluto y que va a llevarse una sorpresa.

El hombre tiene ojos que no parpadean más de lo necesario y una voz que no sube el volumen porque no lo necesita y yo llevo tres minutos de vuelta en la acera y todavía estoy pensando en él, lo cual es información que proceso, archivo en la carpeta de «irrelevante para el trabajo» y no pienso volver a abrir.

Empiezo a caminar. A los veinte minutos me llama Marcos.

—¿Cómo fue con Elena Herrera?

—No me recibió. Pero aceptó mi tarjeta. —Hago una pausa—. Había un hombre. Llegó mientras yo esperaba. Traje oscuro, sin corbata. Conocía mi nombre antes de que yo dijera nada.

Silencio al otro lado. Breve, pero revelador.

—¿Alto? ¿Ojos oscuros?

—Sí.

—Alejandro Vidal.

El nombre aterriza con el peso de algo que ya existía antes de que yo llegara.

—¿Y ése quién es?

—El mejor penalista de la Costa del Sol —dice Marcos—. Bufete propio. Reputación sin mancha. Lleva el caso de los Herrera de forma gratuita por amistad con la víctima. No trabaja con la prensa. Nunca. Y no cambia de opinión. ¿Qué quería?

Pienso en cómo resumir los últimos quince minutos en algo que suene profesional y no como lo que en realidad es, que es «me ha dicho que me aleje del caso con una tranquilidad que me ha puesto de los nervios y llevo veinte minutos sin poder dejar de pensar en ello».

—Que me alejara del caso.

—¿Y?

—Le dije que eso lo decido yo.

Marcos hace el ruido de alguien que ha visto demasiadas becarias llegar con demasiada confianza y sabe exactamente cómo termina eso.

—Todo el mundo cambia de opinión —digo, antes de que pueda hablar él —. Solo hay que encontrar el argumento correcto.

—Ten cuidado, Giulia.

—Siempre.

Cuelgo.

Sigo caminando hacia el centro, con el Mediterráneo apareciendo y desapareciendo al fondo entre los edificios como algo que no sabe si quiere ser visto.

En algún lugar del fondo de mi cabeza, en ese cajón donde guardo las cosas que no quiero examinar demasiado de cerca — el mismo cajón donde mi padre guarda cada canción de Queen que ha escuchado en su vida, cada una etiquetada con el momento exacto en que lo salvó de algo — una luz de alarma se ha encendido esta mañana que no estaba encendido ayer.

No me gusta ese hombre. Lo decido ahí mismo, con el sol de mediodía en la nuca y los auriculares todavía puestos y sin música. Tardo exactamente cuatro segundos en darme cuenta de que me voy a arrepentir de eso.

CAPÍTULO 4

La periodista italiana
ALEJANDRO

Cuando llego al despacho, Diego está comiendo pipas en mi silla. No en la silla de los clientes, que es donde siempre se sienta sin que nadie le invite. En mi silla. Con los pies en el cajón abierto del escritorio y una bolsa de pipas en el regazo con la familiaridad de alguien que lleva instalado el tiempo suficiente para haberse olvidado de que el despacho no es suyo. No aprende.

—Tu silla es más cómoda —dice, sin girarse, aunque todavía no he dicho nada. Diego me oye llegar antes de que yo sepa que estoy llegando. Es uno de sus talentos menos útiles y más irritantes.

—Levántate.

—¿Qué tal con Elena?

—Mañana, me ha pedido que vuelva mañana. Levántate.

Se levanta con la languidez de quien concede un favor enorme. Rodea el escritorio, se sienta en la silla de los clientes, su silla, su lugar natural, el lugar donde lleva quince años haciéndome perder el tiempo con una eficiencia que francamente admiro y abre otra pipa con una precisión que solo se consigue con práctica diaria.

Me siento. Enciendo el ordenador. Abro el correo.

—¿Y? —dice Diego.

—Y nada. Mañana a las diez.

—No te preguntaba por Elena.

Lo miro.

Diego sonríe pícaro, con la expresión de alguien que tiene información y sabe exactamente cuánto vale.

—Me han dicho que había una periodista en la puerta de los Herrera cuando llegaste.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Marbella es un pueblo, Alejandro. Un pueblo muy caro con muy buenas vistas, pero un pueblo al fin y al cabo.

No respondo. Es la respuesta correcta con Diego el noventa por ciento de las veces, y este es claramente uno de esos momentos en que el diez por

ciento restante tampoco serviría de nada.

* * *

Llamo a Romero a las doce.

Contesta al tercer tono, que con Romero es señal de que no está en medio de nada urgente pero tampoco tiene ganas de hablar. Conozco sus tiempos. Hemos trabajado en paralelo — a veces juntos, a veces en direcciones opuestas — el tiempo suficiente para haber desarrollado un idioma propio hecho de silencios calculados y preguntas que en realidad son afirmaciones.

—La italiana —digo.

—Buenos días para ti también.

—¿Quién la mandó?

Pausa. Del tipo de pausa que Romero usa cuando sabe la respuesta y está decidiendo cuánto dar.

—El Faro de la Costa. Marcos Ruiz le asignó el caso hace tres días. Beca de investigación, recién llegada de Bolonia, sin contactos aquí —Otra pausa —. En teoría.

—¿En teoría?

—En tres días ha hablado con cuatro trabajadores del puerto, con el encargado del turno de noche del bar donde iba Antonio y con la dueña de la floristería que está a cien metros de la oficina de Sokolov —Romero se toma un tiempo que tiene algo de admiración involuntaria—. Para no tener contactos, se mueve bien.

Proceso eso.

—Puede arruinar el caso —digo.

—Puede —Romero no añade nada más, que es su forma de decir que está de acuerdo pero no quiere ser el que lo diga primero.

—Necesito que la mantengas fuera.

—Tú también puedes mantenerla fuera.

—Lo haré. Pero si se acerca a la investigación oficial…

—Si se acerca a la investigación oficial, yo me encargo. Aunque te advierto una cosa, Vidal.

—Dime.

—Los periodistas que se mueven así no se quedan fuera cuando les cierras una puerta. Se buscan otra.

—Entonces las cerraremos todas.

Romero hace un ruido que no llega a ser una risa pero se le parece.

—Buena suerte intentándolo—dice.

Y cuelga.

* * *

Diego ha estado escuchando toda la conversación desde la silla de los clientes. Lo sé porque Diego siempre escucha todas mis conversaciones desde la silla de los clientes, y porque cuando cuelgo tiene exactamente la expresión de alguien que acaba de recibir más información de la que esperaba y no va a desperdiciar ni un gramo de ella.

—Así que…—dice.

—Así que nada.

—Una periodista italiana de veinticinco años que lleva tres días en Marbella y ya ha hablado con medio puerto. ¿Nada? Lo que tú digas, Alejandro.

—Es un problema. Lo voy a gestionar.

—¿Cómo era?

Lo miro. Diego me devuelve la mirada con la inocencia de un hombre que en su vida ha hecho nada inocente.

—La periodista —aclara, como si hubiera alguna ambigüedad—. ¿Cómo era?

—No lo sé.

—Claro —sonríe.

—Diego.

—Te lo pregunto porque en Marbella hay bastantes periodistas y necesito saber de cuál estamos hablando. Por razones prácticas.

—Morena. Mochila grande. Blazer de lino. Zapatos planos.

Silencio.

Diego abre otra pipa.

—¿Y?

—Y nada. Es todo.

—Alejandro.

—¿Qué?

—Llevas treinta segundos mirando el teléfono sin hacer nada —Se inclina hacia delante con los codos en las rodillas—. ¿De qué color tenía los ojos?

La pregunta aterriza en el despacho con una precisión que no me gusta.

—No lo recuerdo.

Diego asiente despacio. Con la solemnidad de un juez que acaba de escuchar exactamente la respuesta que esperaba.

—Claro que no —Sonrisa pícara—. Oye, ¿y el blazer? ¿Era de lino?

—Diego.

—Es que me parece raro que no recuerdes los ojos y en cambio hayas mencionado el blazer, la mochila y hasta que no llevaba tacones. Pero si dices que no la miraste, te creo.

—Tengo trabajo.

—Por supuesto.

—Diego.

—Ya me voy, ya me voy.

No se va. Recoge la bolsa de pipas, que ha vaciado con una dedicación que en cualquier otro contexto sería admirable, y la deja en mi papelera con la delicadeza de quien deja una ofrenda. Luego se levanta, se estira, y camina hacia la puerta con esa energía de quien ha conseguido exactamente lo que venía a buscar aunque nadie sepa todavía qué era.

En la puerta se detiene.

—Verde avellana —dice.

—¿Qué?

Diego me mira con una sonrisa que lleva quince años perfeccionando.

—Los ojos. Verde avellana. Los que no recuerdas —Abre la puerta—. Por cierto, el blazer de lino con los codos gastados es un detalle muy específico para alguien que no estaba mirando. Ahí te lo dejo.

Y se va.

El despacho queda en silencio. Abro el expediente.

* * *

Verde avellana.

Sí que los recuerdo. Los recuerdo porque cuando dijo « *eso lo decido yo* » no parpadearon. No apartaron la mirada. Aguantaron los tres segundos completos sin ceder un milímetro, con esa clase de terquedad que no es agresiva sino simplemente — y esto es lo que me molesta, y me molesta que me moleste — absolutamente genuina.

No era una periodista intentando impresionar a alguien. Era una periodista que de verdad pensaba lo que decía. Que había llegado a Marbella con una historia en la cabeza y no tenía ninguna intención de marcharse sin ella, y

que si yo me ponía en el camino lo anotaba como un obstáculo más y seguía adelante.

Eso lo vi en diez segundos.

Lo que no tendría que haber visto — lo que no tenía ninguna utilidad práctica ver — es el resto. El blazer de lino con los codos gastados de alguien que lo usa de verdad, no de adorno. El anillo de plata finísimo en el índice. La forma en que me sostuvo la mirada como si fuera un principio y no una táctica.

Un problema. Eso es lo que es. Un problema con ojos verde avellana y una terquedad que va a costarle cara antes de que esto termine.

Cierro el expediente. Lo abro otra vez. Leo la misma página tres veces sin retener nada. Llamo a Diego.

—Sabía que ibas a llamar —dice, al primer tono.

—Necesito todo lo que puedas encontrar sobre Giulia Ferretti. El Faro de la Costa. Italiana, de Bolonia. Beca de investigación.

—¿Esto es para el caso?

—Es para el caso.

—Claro, claro, ¡qué pregunta la mía! —El tono de Diego tiene esa calidez específica de cuando está disfrutando demasiado de algo— Oye, ¿y necesito buscar también el color de ojos o eso ya lo tienes tú?

—La información para mañana.

—Alejandro.

—¿Qué?

—Que me alegra mucho que el caso te tenga tan... involucrado —Pausa deliberada—. Por razones estrictamente profesionales.

Cuelgo.

Vuelvo al expediente. Esta vez consigo leer dos páginas enteras antes de que la palabra «involucrado» vuelva a aparecer sola en mi cabeza con la voz exacta que Diego le ha puesto.

Ciento diecisiete páginas. Necesito más café.

CAPÍTULO 5

Fuentes y callejones
GIULIA

Hay dos maneras de entrar en una historia.

La primera es por arriba: buscar a quien tiene el poder, pedir la reunión, esperar en una sala con sillas incómodas hasta que alguien te recibe con el tiempo justo para decirte nada con muchas palabras. Es el método oficial. El que aprenden los periodistas en las facultades junto con las normas del estilo y la diferencia entre *off the record* y *no attribution* , y que funciona razonablemente bien para las historias que ya están pasando en la superficie.

La segunda es por abajo: ir a donde van las personas que saben cosas porque las viven, no porque las gestionan. El camarero que lleva diez años poniendo el café de los que mandan. La dependienta que oye conversaciones porque nadie recuerda bajar la voz. El vigilante de seguridad que sabe exactamente qué camiones entran de noche y cuáles no deberían. Esas personas no te dan una nota de prensa. Te dan algo mejor: la textura real de lo que está pasando.

Yo trabajo por abajo. Siempre.

Esta mañana me he levantado a las siete, me he hecho un café que habría hecho llorar a mi madre — *Giulia, il caffè è una cosa seria* — y he abierto el mapa de Marbella con tres círculos marcados en rojo. El puerto. El bar donde iba Antonio Herrera. Y la floristería de la calle Ancha, que está exactamente a noventa y seis metros de la sede de una empresa de importación-exportación llamada Euroatlantic Trading cuyo propietario se llama Viktor Sokolov y que en los últimos seis meses ha renovado su flota de furgonetas tres veces.

Tres veces en seis meses. Lo anoto. Todo lo que no tiene explicación fácil merece estar anotado.

* * *

El Puerto de Marbella a las ocho de la mañana es otro planeta respecto al que ve el turista.

No hay veleros ni terrazas con vistas al mar ni nadie desayunando tostadas con aceite mientras el Mediterráneo le da los buenos días. Lo que hay son grúas, carretillas elevadoras, el ruido metálico de los contenedores moviéndose, y un olor que mezcla gasoil, sal y pescado en proporciones que no aparecen en ninguna guía turística.

Me gusta más este puerto que el otro.

El hombre con el que quiero hablar se llama Paco Durán, tiene cincuenta y tantos años y lleva veintidós en el turno de carga del muelle tres. Lo encuentro donde me dijeron que estaría: en el bar del puerto, desayunando con la concentración de quien considera el desayuno una obligación sagrada e intransferible.

—Paco Durán —digo, sentándome en la silla de enfrente sin esperar a que me invite.

Me mira como si acabara de aterrizar en su mesa desde otro sistema solar.

—¿Quién es usted?

—Giulia Ferretti. Periodista —Señalo el café—. ¿Le pido otro?

Paco me mira. Mira el café. Vuelve a mirarme.

—¿Italiana?

—De Bolonia.

—¿Y qué quiere una italiana de Bolonia de mí a las ocho de la mañana?

—Hablar de Antonio Herrera.

El nombre aterriza en la mesa entre los dos con el peso específico que tienen los nombres de los muertos cuando los dices en voz alta delante de alguien que los conocía. Paco Durán deja la tostada donde está. Ya no tiene hambre.

—Yo no sé nada —dice.

—Nadie que no sabe nada lo dice tan rápido.

Silencio.

Luego, muy despacio, Paco Durán rodea el café con las dos manos como si necesitara agarrarse a algo.

—Era un buen hombre —dice al final—. De los que quedan pocos. Nunca una deuda, trataba bien a los trabajadores, no te pedía que hicieras nada raro…

Se detiene. Mira el café.

—Hasta que llegaron los otros.

—¿Los otros?

Paco me mira durante un segundo largo. El tipo de segundo en que alguien decide si puede fiarse de ti.

—Los de los contenedores de la empresa rusa.

Abro el bloc. No levanto la vista.

—Cuénteme.

Lo que Paco Durán me cuenta en los siguientes cuarenta minutos no es una denuncia ni una declaración ni nada que pueda publicar directamente.

Es algo mejor: es el mapa.

Desde hace aproximadamente dos años hay contenedores que llegan al muelle tres en horario nocturno — entre las dos y las cuatro de la madrugada — que no pasan por el registro habitual. No todos los contenedores. Solo algunos. Los que vienen con el sello de Euroatlantic Trading.

—¿Y nadie ha dicho nada?

Paco me mira con la expresión de alguien a quien le acaban de preguntar si el agua moja.

—El que habló el año pasado lleva seis meses de baja por *problemas de espalda* —Las comillas las hace con los dedos—. El que habló antes que él se fue de Marbella. Familia en Huelva, dijo. Muy conveniente.

Escribo despacio. Escribir despacio parece menos amenazante que escribir rápido, y a veces la velocidad del bolígrafo es la diferencia entre que alguien siga hablando o decida que ya ha dicho suficiente.

—¿Y Antonio Herrera sabía esto?

—Antonio llevaba años sabiéndolo. Por eso le pidieron que colaborara. Necesitaban su flota para normalizar, meter sus contenedores entre los de una empresa legítima —Hace una pausa—. Y él les dijo que no.

—¿Usted estaba allí cuando se lo dijeron?

—No. Pero lo vi después. Esa tarde, cuando salió de la reunión en la oficina del puerto —Paco Durán mira el café, que ya debe de estar frío—. Llevaba esa cara que pone la gente cuando acaba de decidir algo difícil y sabe que no hay vuelta atrás.

Me quedo mirando el bloc.

Tres semanas después, Antonio Herrera estaba muerto.

Mannaggia .

* * *

El bar donde iba Antonio Herrera se llama La Caracola y está en el paseo marítimo, a doscientos metros del puerto, con mesas de terraza desde las que se ve el agua y una barra de madera oscura que lleva ahí más tiempo que la mayoría de los edificios de alrededor.

El camarero del turno de noche se llama Rafa. Tiene unos treinta años, el tipo de cansancio que da trabajar de noche durante años y una memoria para las caras y los pedidos que roza lo sobrenatural.

—Ponme un café —digo, sentándome en la barra—. Solo. Y fuerte.

Me mira.

—Italiana.

—¿Tan obvio es?

—Solo los italianos piden el café así —Lo prepara con movimientos de quien ha hecho esto diez mil veces—. Y los que tienen muy mala mañana.

—Las dos cosas.

Rafa deja el café en la barra con una sonrisa que es pequeña pero genuina.

—¿Antonio Herrera venía aquí a menudo? —pregunto, después del primer sorbo.

La sonrisa no desaparece del todo pero cambia de temperatura.

—Todos los días. Café de la mañana y algo al mediodía si andaba por el puerto —Frota el vaso un momento—. Era de los buenos.

—¿Los buenos?

—Los que te miran a la cara cuando te piden algo. Los que saben tu nombre —Rafa recoge un vaso de la barra, lo frota con un trapo con más energía de la necesaria—. No hay tantos por esta parte de Marbella.

Dejo el bolígrafo sobre el bloc en un gesto deliberado. Sin notas. Solo conversación.

—¿Vino alguien a verle en las últimas semanas antes de morir? ¿Alguien que no fuera habitual?

Rafa tarda un momento.

—Había un tipo.

—¿Qué tipo?

—Alto. Corpulento. No era de aquí, o si era de aquí no frecuentaba este barrio —Frota el vaso otra vez, aunque ya está limpio—. Vino dos veces. Se quedaba en aquella mesa del fondo —señala con un gesto de las cejas sin mirar— y pedía agua. Solo agua. Y miraba.

—¿Miraba qué?

—A Antonio.

Dejo que el silencio haga su trabajo.

—¿Y se lo dijiste a alguien? ¿A la policía?

Rafa me mira con una expresión que no es exactamente miedo pero se le parece.

—Nadie me preguntó.

Lo anoto. Lo subrayo.

Nadie me preguntó. Tres palabras que en una investigación pueden significar negligencia, o pueden significar algo considerablemente peor.

* * *

La floristería de la calle Ancha se llama Flores Amalia y huele exactamente como debería oler una floristería: a tierra húmeda, a rosa, a algo verde y vivo que compite con el calor de la calle y gana.

Amalia tiene sesenta y ocho años, el pelo blanco recogido con dos lápices clavados en el moño — un sistema de sujeción que no he visto en ningún otro lugar del mundo y que, debo admitir, parece funcionar perfectamente — y una mirada que evalúa en un segundo si la persona que entra en su tienda viene a comprar flores o a otra cosa.

Me evalúa.

—Flores o información —dice, sin preámbulo.

—¿Perdona?

—Llevo cuarenta años en este local. Sé cuándo alguien entra a comprar flores y cuándo entra a preguntarme cosas.

—¿Tan obvio es?

—Llevas el bloc en la mano.

Bajo la vista. Efectivamente.

— *Dio mio* .

—Italiana —dice Amalia, con la satisfacción de quien resuelve un crucigrama—. Siéntate. ¿Quieres agua?

Me siento en el taburete que hay detrás del mostrador, que es donde claramente se sienta Amalia cuando no hay clientes, lo cual me convierte en una especie de invitada de honor involuntaria en su territorio. Acepto el agua.

—Euroatlantic Trading —digo.

Amalia no se inmuta. Coge unas tijeras y empieza a cortar los tallos de un ramo de girasoles con una precisión que no necesita mirar.

—El edificio de enfrente.

—Sí.

—Llevan tres años ahí —Corta. Corta. Corta—. Los primeros seis meses venían a comprar flores para la oficina. Luego dejaron de venir.

Deja las tijeras un segundo. Las vuelve a coger.

—Las flores en una oficina dicen mucho.

—¿Qué decían las de ellos?

—Que al principio querían parecer normales —Me mira por encima de los girasoles—. La gente que de verdad es normal no necesita parecerlo.

Escribo eso. Palabra por palabra.

—¿Ve mucho movimiento en el edificio?

—El suficiente. Furgonetas. Siempre furgonetas nuevas. Y un hombre que viene a veces que no entra por la puerta principal.

—¿Cómo es ese hombre?

La floristería queda en silencio un segundo.

—Alto. Muy alto. Con una cicatriz aquí —Se toca la mandíbula izquierda —. No saluda. No mira. Entra y sale como si el mundo no fuera con él.

Se me eriza algo en la nuca y no es del aire acondicionado, en esta floristería no hay aire acondicionado.

—¿Lo ha visto recientemente?

Amalia me mira durante un momento.

—La noche que murió el señor Herrera —dice—, ese hombre estaba en la calle del puerto a las once. Lo vi desde la ventana de arriba porque no podía dormir.

Se detiene.

—¿Y no se lo dijo a la policía?

—En cuarenta años en esta calle he aprendido cuándo callar. —Me mira fijamente—. Y nadie me preguntó.

Bajo el bolígrafo despacio.

—¿Se acuerda de la hora exacta?

—Las once y cuarto. El telediario acababa de empezar.

Lo escribo. Lo subrayo dos veces.

La mano no me tiembla porque he aprendido a que no me tiemble en momentos así, que es una de las cosas más útiles que me ha enseñado este trabajo, pero algo en el pecho se aprieta con fuerza.

Un testigo. Acabo de encontrar un testigo.

* * *

Son las siete de la tarde cuando llego al apartamento.

Tengo los pies destruidos, el bloc lleno hasta la última página y la cabeza funcionando a una velocidad que me dice que no voy a dormir bien esta noche.

Me siento en el suelo del salón, que es mi forma de procesar las cosas importantes: poner el cuerpo a la altura del problema. Extiendo todas las notas del día en la madera y las miro.

Un hombre que vigila a Antonio Herrera en el bar. Alto, corpulento. No es de aquí o no quiere parecerlo. Furgonetas que se renuevan tres veces en seis meses. Contenedores que llegan de noche y no pasan por el registro. Una empresa que en algún momento necesitó parecer normal y luego dejó de necesitarlo. Y un hombre con una cicatriz en la mandíbula izquierda que estaba en la calle del puerto la noche que mataron a Antonio Herrera.

Esto ya no es una historia sobre un empresario asesinado. Esto es una historia sobre una operación que lleva años funcionando y que ha matado a alguien para seguir funcionando.

La diferencia entre las dos versiones es la diferencia entre un artículo y algo que puede cambiar una carrera. O entre una periodista que hace bien su trabajo y una periodista que se ha metido en algo que la supera.

Anoto esa última posibilidad. La miro durante un segundo. Paso la página y sigo escribiendo.

* * *

Sofia llama a las ocho.

Estoy todavía en el suelo, rodeada de notas, con los auriculares puestos escuchando el *playlist* que mi padre llama « *Queen para pensar* » — básicamente todas las canciones de Queen ordenadas por tempo decreciente, de modo que empieza con *We Will Rock You* y termina con *Who Wants to Live Forever* , que es una forma muy de mi padre de entender que pensar bien requiere velocidades distintas según sobre qué estés pensando.

En este momento suena *Somebody to Love* , que está en el tramo medio del *playlist* y que, en la creencia de mi padre, corresponde al momento en que el problema ya lo ves completo pero todavía no sabes cómo resolverlo. Mi padre, hay que admitirlo, tiene un sistema.

Me quito los auriculares. Contesto. Sofía no espera a que diga nada.

—Necesito que me cuentes cosas. Estoy en casa de papá y mamá esperando que empiece la cena y papá acaba de poner *Bohemian Rhapsody* a un volumen que, según mamá, « *va a despertar a los vecinos del tercero* » y, según papá, « *es exactamente el volumen al que Freddie Mercury quería ser escuchado* ». Necesito una distracción. Ya.

—Tengo un testigo.

Silencio.

—¿Cómo?

—Una señora mayor que vio a alguien en la calle del puerto la noche del crimen. Alguien con una descripción muy concreta —Hago una pausa—. Esto es más grande de lo que parecía, Sofia.

—Giulia.

—¿Qué?

—¿Más grande cuánto?

Miro el suelo lleno de notas.

—Mucho.

Un silencio largo se instala al otro lado de la línea. Puedo escuchar a mi padre al fondo cantando *mama, just killed a man* con una entrega que no tiene ninguna relación con la seriedad de lo que acabo de decir, y que por alguna razón me hace sentir mejor.

—¿Estás bien? —dice Sofia. Sin el tono de antes. Con el otro.

—Estoy bien.

—¿Segura?

—Segura. Estoy en el apartamento, tengo el bloc lleno y tengo…

—¿Has comido?

Miro a mi alrededor. En el horizonte visible de mi salón no hay ningún objeto que sugiera que hoy ha ocurrido algo comestible.

—Voy a comer.

—Giulia.

—Que voy a comer, Sofia.

—Juro que no eres la única periodista del mundo capaz de olvidarse de comer cuando tiene una historia entre manos, pero las demás no son mi hermana —Ruido de platos al fondo. La voz de mi madre preguntando algo. La respuesta de mi padre, que incluye la palabra *«Marbella»* y un fragmento de lo que parece ser, increíblemente, *Don't Stop Me Now* . Mi

padre tiene una canción de Queen para cada tema de conversación—. ¿Y el abogado? —dice Sofia.

La pregunta llega de la nada con la precisión de las preguntas de Sofia, que nunca son de la nada.

—¿Qué abogado?

—El que te dijo que te alejaras del caso.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo contaste ayer.

—Te dije que había un abogado que llevaba el caso. No te dije nada más.

—Dijiste « *me dijo que me alejara del caso con una tranquilidad que me puso de los nervios* » —Lo dice con el tono de quien presenta una prueba ante un jurado—. Eso es bastante específico, Giulia.

Me froto la cara con la mano que no sujeta el teléfono.

Suspiro.

—Es un obstáculo profesional.

—¿Cómo se llama ese obstáculo profesional?

—Sofia.

—Es una pregunta normal. Los obstáculos profesionales tienen nombre.

—Alejandro Vidal.

Pausa. Larga.

— Alejandro —Lo dice como si el nombre tuviera otra dimensión—. Giulia.

—No.

—No he dicho nada.

—Ibas a decir algo.

—Estaba saboreando el nombre. Que es completamente distinto.

—Voy a colgar.

—¡Espera! ¿Es guapo?

—Es un obstáculo.

—Las dos cosas no son incompatibles. Papá también era un obstáculo para mamá cuando se conocieron. Él apareció en la defensa de su tesis con diez minutos de retraso y el pelo mojado y ella dice que lo odió durante exactamente cuatro días antes de darse cuenta de que en realidad sería el hombre de su vida.

—Sofia.

—¿Qué?

—Ve a cenar.

—Giulia.
—¿Qué?
—Cena tú también.
Cuelgo.

Me quedo mirando el teléfono. Y entonces, en el silencio del apartamento con el suelo lleno de notas y los restos del sándwich que aún no me he comido en la cocina, pienso en él. No quiero pensarlo — ya lo he archivado, ya lo he cerrado, ya le he puesto la etiqueta de « *obstáculo profesional* » en letras grandes y mayúsculas — pero el problema con los pensamientos que no quieres es que no leen las etiquetas.

Pienso en los ojos oscuros que me recorrieron de arriba abajo con el método rápido y discreto de alguien que ha aprendido a leer personas porque a veces de eso depende algo. Pienso en ese « *es usted quien está en el mío* », que era una respuesta innecesariamente exacta para alguien que no tenía nada que decirme. Pienso en el medio paso que dio antes de girarse, como si una parte de él hubiera decidido marcharse y otra parte hubiera decidido que todavía no.

No me gusta ese hombre. Lo decido por segunda vez, con más convicción que la primera. El problema es que cuanto más lo decido, menos me lo creo.

Me levanto. Miro el suelo lleno de notas. El mapa que he estado construyendo todo el día. La descripción del hombre de la cicatriz. La hora exacta — las once y cuarto — en que Amalia lo vio en la calle.

Eso sí es real. Eso sí importa. El hombre de la cicatriz estuvo en el puerto la noche que mataron a Antonio Herrera.

Alguien sabe quién es ese hombre. Mañana voy a encontrar a ese alguien.

CAPÍTULO 6

Elena
ALEJANDRO

La casa de los Herrera huele igual que siempre.

No sé muy bien cómo describir ese olor. Café, flores frescas, algo de madera que lleva años calentándose al sol de la mañana. Un olor que tiene que ver con una casa donde alguien ha vivido bien y durante mucho tiempo. Donde se ha comido y se ha discutido y se ha reído con la ventana abierta.

Llevo ocho años entrando por esta puerta. Conozco la mancha de humedad en la pared del recibidor que Antonio siempre decía que iba a arreglar y nunca arregló. Conozco el jarrón de cerámica azul que Elena pone en la entrada según la estación y que ahora tiene flores blancas, que son las flores de los duelos largos, de los que no terminan en una semana.

Conozco esta casa. Esta mañana la casa me pesa de una forma que no sabía que podía pesar.

* * *

Elena me abre la puerta antes de que llame. Me estaba esperando en la ventana, calculo. No lo digo porque sea una debilidad — no lo es. Es simplemente la forma en que Elena Herrera maneja las cosas que no puede controlar: prepararse para ellas con tanta anticipación que cuando llegan ya las tiene organizadas. Cincuenta y cuatro años. El pelo oscuro con algunas canas que lleva recogido con una precisión que me dice que esta mañana ha tardado tiempo en arreglarse. No para mí. Para sí misma. Para tener algo sobre lo que tener control.

Lo entiendo mejor de lo que ella sabe.

—Alejandro.

No añade nada más. Tampoco hace falta. Entro.

* * *

El salón está en orden.

Demasiado en orden. Ese tipo de orden que no es el de una casa que siempre fue así sino el de alguien que lleva semanas limpiando lo que no necesita limpieza porque necesita limpiar algo. Las revistas en la mesita

están apiladas por tamaño. Los cojines del sofá están colocados con una simetría que Antonio, que era de los que los tiraba al suelo sin mirar, nunca habría tolerado.

Me siento en el sillón de la derecha, que es donde siempre me siento. Elena se sienta en el sofá, frente a mí, con la espalda recta y las manos juntas sobre el regazo.

Entre nosotros, en la mesita, hay una carpeta. Marrón. Gruesa. Con las esquinas dobladas de tanto abrirla.

La miro. Elena sigue mi mirada.

—Esperé a tenerlo todo organizado —dice—. Quería que estuviera completo antes de dártelo.

—¿Cuándo lo encontraste?

—La semana después de... —Se detiene. Aclara la voz—. Estaba en el cajón de su despacho, debajo de los seguros de los contenedores. Donde sabía que yo no iba a mirar porque eso lo gestionaba él solo.

—¿Sabía él que lo encontrarías?

Elena me mira durante un momento.

—Antonio sabía exactamente lo que hacía siempre. —Lo dice sin amargura. Solo con la precisión de alguien que conocía bien a un hombre —. Sabía que tarde o temprano yo abriría ese cajón.

Cojo la carpeta. La abro.

* * *

Lo que Antonio Herrera guardó en ese cajón son cuarenta y seis páginas. Fechas. Nombres. Números de contenedores. Horarios de llegada al muelle que no coinciden con los registros oficiales. Fotografías sacadas desde el coche, borrosas pero reconocibles, de furgonetas descargando en el muelle tres entre las dos y las cuatro de la madrugada. Una anotación a mano, al margen de una de las hojas, que dice: *Sokolov no actúa solo. Hay alguien dentro que se lo facilita todo.*

Me quedo mirando esa línea durante un tiempo.

Alguien dentro.

No especifica dentro de qué. Del puerto, del sistema, de la administración. Antonio no era hombre de hipótesis: si lo escribió, tenía un motivo para escribirlo. Y si no lo especificó, es porque todavía no lo sabía con certeza o porque sabía que especificarlo era demasiado peligroso incluso en papel.

Paso las páginas despacio. Hay un nombre que aparece tres veces en documentos distintos con la letra pequeña y firme de Antonio. No es Sokolov. No es nadie que yo haya mencionado todavía.

Lo leo una vez. Lo leo otra. Levanto la vista hacia Elena.

—¿Has leído esto?

—Todo.

—¿Este nombre?

—Sí.

Silencio.

Elena tiene las manos todavía juntas sobre el regazo. No aprieta los dedos. No se mueve. Hay personas que en los momentos de tensión se contraen y hay personas que se inmovilizan, y Elena Herrera es de las segundas — se queda tan quieta que parecería que no está sintiendo nada si no fuera porque la conozco lo suficiente para ver lo que está sintiendo en la línea de la mandíbula.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —digo. Sin reproche. Es una pregunta real.

—Porque necesitaba entenderlo yo primero —Una pausa—. Y porque tenía miedo de lo que significaba.

—¿Y ahora?

—Ahora sigo teniendo miedo —Me mira fijamente—. Pero ya no importa. Necesitas saberlo tú.

* * *

Mateo baja las escaleras a las diez y cuarto.

Lo oigo antes de verlo: pasos rápidos, sin la calma de quien baja a propósito sino la de quien lleva un rato esperando y ha decidido que ya no puede esperar más. Diecinueve años. Primer año de Económicas en Sevilla, suspendido *sine die* desde el martes en que Elena lo llamó. Lleva semanas aquí, en esta casa, con esa energía contenida de los que no saben qué hacer con lo que sienten y lo convierten en movimiento.

Entra en el salón. Me ve. Se detiene.

—Alejandro.

—Mateo.

Hay un momento entre nosotros que no sé muy bien cómo catalogar. No es hostilidad exactamente. Es más complicado que eso: es la mirada de un

chico de diecinueve años que necesita que alguien resuelva algo que nadie puede resolver del todo y que lo sabe y le enfurece saberlo.

—¿Hay novedades? —dice.

—Estoy trabajando en ello.

—Llevas semanas trabajando en ello.

—Mateo —Elena no levanta la voz. No hace falta.

Mateo aprieta la mandíbula. Se sienta en el extremo del sofá, lejos de su madre, con la mirada en el suelo. Alto, moreno, la copia joven de Antonio con los ojos de Elena. Tiene los pies inquietos — no para de mover el talón contra el suelo, un golpeteo suave, rítmico, que es la única válvula que se ha permitido.

—¿Cuándo va a haber consecuencias? —dice, sin levantar la vista.

Es la pregunta que lleva semanas acumulando. Lo sé porque Elena me lo dijo. Lo sé porque es exactamente la pregunta que yo me hice la noche que colgué el teléfono con la voz de Elena en la cabeza.

—Las habrá —digo.

—Eso me dijiste la semana pasada.

—Y te lo digo hoy.

Mateo levanta la vista. Los ojos oscuros de Elena, más intensos en él, me miran con una mezcla de rabia y de algo que no es exactamente desesperanza pero se le acerca peligrosamente.

—Mi padre confió en ti —dice—. Te contó lo que estaba pasando y tú le dijiste que lo denunciara y él no lo hizo y…

—Mateo —Esta vez Elena sí pone algo en la voz. Solo un poco. Lo suficiente.

Mateo se detiene.

Aprieta la mandíbula otra vez. Vuelve a mirar el suelo.

—Tu padre tomó sus propias decisiones —digo, con cuidado—. No porque yo le fallara. Sino porque era exactamente el tipo de hombre que sabía lo que hacía.

—Y lo mataron por eso.

—Sí.

No añado nada. No hay nada útil que añadir. La verdad a veces no tiene relleno, y Mateo Herrera, a pesar de tener diecinueve años y demasiada rabia para el cuerpo que tiene, es suficientemente inteligente para notar cuando alguien le está dando relleno en lugar de verdad.

El golpeteo del talón se detiene. No del todo. Casi.

—¿Tienes algo? —dice, en voz más baja—. ¿Algo real?

Miro la carpeta sobre la mesita.

—Sí.

* * *

Paso la siguiente hora explicándoles lo que puedo explicarles.

No todo. No todavía. Hay partes de lo que hay en esa carpeta que necesito verificar antes de decirlas en voz alta, porque decir un nombre en voz alta cambia las cosas de una manera que no tiene vuelta atrás, y ese nombre en concreto necesita que yo esté seguro antes de pronunciarlo.

Les explico la estructura. La red. Los contenedores nocturnos. La razón por la que Antonio era la pieza que necesitaban y la razón por la que su negativa no era negociable para ellos.

Elena escucha sin interrumpir. Hace dos preguntas, precisas, en los momentos en que yo dejo espacio para hacerlas. Mateo escucha con la cabeza casi en las rodillas y la mandíbula apretada, y en algún momento saca el móvil, lo mira, lo vuelve a guardar, como si necesitara hacer algo con las manos mientras procesa.

Al final, cuando termino, hay un silencio que no es vacío sino lleno — del tipo de silencio que se instala cuando la gente acaba de recibir información que ya sospechaba pero que pronunciada en voz alta pesa de forma distinta.

—¿Y esto es suficiente? —dice Mateo—. ¿Lo que hay en esa carpeta es suficiente para…?

—Es un punto de partida —Lo miro—. Un punto de partida muy sólido.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé todavía.

Mateo asiente. No con conformidad, sino con la tensión de alguien que acepta una respuesta que no le gusta porque sabe que es la honesta.

Elena me mira.

—Hay algo más —dice.

—¿Qué?

—Antonio me dijo algo, la última semana. No pensé que fuera importante hasta que leí la carpeta.

Espero.

Elena mira las flores blancas del jarrón de cerámica azul durante un segundo.

—Me dijo que había alguien de confianza que ya no era de confianza. Que a veces el problema no viene de fuera sino de dentro —Hace una pausa —. No me dijo quién. Creo que no quería que yo lo supiera.

Sokolov no actúa solo. Hay alguien dentro que se lo facilita todo.

Lo mismo que en el papel. Con las mismas palabras, casi, como si Antonio lo hubiera estado pensando tanto tiempo que lo había dicho en voz alta sin darse cuenta.

—¿Le dijiste esto a Romero?

—No.

—Bien —Me levanto. Cojo la carpeta—. Por ahora no se lo digáis a nadie.

Mateo me mira.

—¿Por qué?

—Porque si hay alguien dentro, todavía no sé quién es. Y hasta que no lo sepa, no puedo controlar a quién le llega la información.

Silencio.

Mateo asiente despacio. Esta vez la diferencia es visible: no es la tensión de antes. Es algo más parecido a entender que esto es serio y que por eso exige otro ritmo. Es la primera vez desde que llegué que la mandíbula no está apretada.

* * *

Elena me acompaña a la puerta. Mateo se ha quedado en el salón. Lo hemos dejado con el teléfono en la mano y esa expresión de los que están procesando algo en silencio porque todavía no tienen palabras para ello. Es un buen signo. Las personas que procesan en silencio son las que luego preguntan las cosas correctas. En el recibidor, junto al jarrón de cerámica azul, Elena se detiene.

—¿Cómo estás tú? —dice.

La pregunta me coge un segundo fuera de posición. Es una pregunta tan directa y tan inesperada que tardo un momento en procesarla.

—Trabajando —digo.

—Eso no es lo que he preguntado.

Me mira. No con lástima — Elena Herrera no tiene lástima para nadie, incluida ella misma. Con una atención que es antigua y que sabe exactamente dónde mirar.

No digo nada.

Ella asiente, como si eso fuera suficiente respuesta. Quizá lo sea.

—Antonio te quería mucho —dice—. Lo sabes.

—Lo sé.

—Y sabía perfectamente que el riesgo era suyo. No tuyo —Me mira con un gesto dulce—. Deja de cargarlo como si fuera tuyo.

Lo dice con la misma calma con que lo diría todo. Sin reproches, sin dramatismo. Como quien enuncia un hecho.

Abro la boca. La cierro. Elena me mira un momento más. Luego abre la puerta.

Salgo.

* * *

El coche está donde lo dejé, en la calle de enfrente, bajo un naranjo que tiene la misma fruta que cuando llegué.

Me siento al volante. No arranco.

La carpeta está en el asiento del copiloto con las esquinas dobladas de tanto abrirla. Cuarenta y seis páginas que Antonio Herrera juntó solo, en silencio, sin decírselo a nadie, porque no quería involucrar a nadie. Porque era exactamente ese tipo de hombre: el que carga sus propias cosas para que los demás no tengan que cargarlas.

El tipo de hombre del que no quedan muchos.

Miro por el parabrisas sin ver nada en particular durante un tiempo que no calculo.

Luego cojo el teléfono. Llamo a Romero.

—Necesito que compruebes un nombre —digo, cuando descuelga.

—Buenos días también para ti.

—El nombre es Ignacio Valls. Administración portuaria. Sector de inspección de carga.

Silencio al otro lado.

Un silencio que dura demasiado para ser neutral.

—¿De dónde has sacado ese nombre? —dice Romero. Con cuidado. Demasiado cuidado.

—¿Lo conoces?

Otro silencio.

—Romero.

—Nos vemos esta tarde —dice—. En el sitio de siempre. A las seis.

Cuelga. Me quedo mirando el teléfono.

Ese silencio no era el de alguien que no sabe. Era el de alguien que sabe demasiado y está decidiendo cuánto puede dar.

Arranco el coche.

El nombre está marcado en rojo en mi cabeza, y hay algo en el pecho que no es exactamente satisfacción ni exactamente miedo sino la mezcla exacta de las dos cosas que siento siempre cuando una pieza encaja en el lugar correcto y ese lugar correcto resulta ser mucho peor de lo que esperaba.

Conduzco. La carpeta de Antonio está en el asiento del copiloto. Cuarenta y seis páginas. Un nombre que Romero conoce y que no quería pronunciar por teléfono.

Sokolov no actúa solo. Hay alguien dentro que se lo facilita todo.

Ya sé dónde mirar.

CAPÍTULO 7

Intrusión
GIULIA

Hay dos tipos de sitios a los que no deberías entrar.

Los que tienen un cartel que lo dice, y los que no necesitan el cartel porque todo en ellos — la puerta, la luz, la forma en que la gente camina dentro — comunica con suficiente claridad que si estás haciendo la pregunta de si puedes entrar, la respuesta es no.

El Juzgado de lo Penal número tres de Marbella tiene las dos cosas.

Tiene el cartel. Y tiene esa energía de los edificios institucionales que llevan décadas diciéndole a la gente dónde puede estar y dónde no puede estar, y que lo hacen sin levantar la voz porque no necesitan hacerlo.

Entro por la puerta lateral.

* * *

La vista de hoy no es sobre el caso Herrera. No directamente.

Es una audiencia preliminar relacionada con los registros del Puerto de Marbella — una disputa administrativa sobre los permisos de carga de tres empresas de logística, una de las cuales tiene contratos que se solapan con la flota de Antonio Herrera de una manera que a nadie le ha parecido suficientemente interesante para investigar todavía.

A nadie excepto a mí.

Marcos me dijo ayer que era una vista pública, que cualquiera podía asistir, que no había ningún problema. Y tiene razón: la sala principal es pública. Las doce sillas del fondo donde se sienta el público son accesibles para cualquiera que llegue con tiempo y tenga cara de no estar haciendo nada raro. El problema es que no me he quedado en las doce sillas del fondo.

Me he quedado en el pasillo de acceso a la sala de deliberaciones, detrás de una puerta con un cristal pequeño a través del cual se ve perfectamente la mesa donde los técnicos de la administración portuaria llevan cuarenta minutos revisando documentación que, estoy bastante segura, incluye los nombres que Paco Durán me describió la semana pasada.

El pasillo huele a papel viejo y a ese desinfectante específico de los edificios públicos que huele igual en todos los países del mundo, como si existiera un acuerdo internacional sobre cómo deben oler los pasillos donde se hacen las cosas serias.

Tengo el bloc abierto.

Tengo el bolígrafo preparado.

No tengo ningún derecho legal a estar aquí.

Mannaggia .

* * *

A través del cristal se ven cuatro personas sentadas alrededor de una mesa rectangular.

Tres son técnicos de la administración — lo sé por las carpetas, por la forma en que se pasan los documentos, por ese lenguaje corporal específico de quien está en una reunión que lleva demasiado tiempo y sabe que va a durar todavía más. El cuarto es diferente. Mayor, sesenta y pocos, con el tipo de traje que en Marbella llevan los hombres que tienen acceso pero no poder — el traje del funcionario de rango medio que ha llegado hasta donde quería llegar y se ha quedado ahí, cómodo.

Tiene una placa en la solapa que desde aquí no consigo leer.

Saco el móvil. Zoom. Leo.

Ignacio Valls. Jefe de Inspección de Carga. Autoridad Portuaria de Marbella.

Me quedo mirando la placa durante tres segundos.

Ignacio Valls.

El nombre me suena. Me suena porque ayer, cuando estaba reorganizando las notas del día, encontré una referencia cruzada que no había conectado todavía: en uno de los documentos del registro del muelle tres que Paco Durán describió, hay una firma de autorización. Una firma que aparece en los turnos de noche. Una firma que, técnicamente, debería pertenecer al responsable de inspección de carga.

No lo había buscado todavía. No había llegado a ese hilo.

Cazzo .

Escribo. Rápido, en letra pequeña, todo lo que veo: la distribución de la mesa, quién habla con quién, qué carpetas se intercambian. Valls habla poco. Escucha con esa atención de quien ya sabe lo que le van a decir y está midiendo si hay algo en la conversación que no esperaba. Dos veces coge

su teléfono, lo mira, lo deja. No es impaciencia — es vigilancia. Está comprobando algo. O esperando algo. O a alguien.

Lo anoto.

* * *

Llevo veinte minutos en el pasillo cuando oigo pasos.

No los oigo llegar porque no llegan con prisa. Llegan con esa cadencia específica de quien camina por un sitio que conoce, que sabe adónde va y no necesita apresurarse para llegar. Pasos seguros. Espaciados. Del tipo que no anuncia su llegada porque da por sentado que el sitio se organiza alrededor de ellos y no al revés.

Los conozco. Los conozco porque los he escuchado ya una vez, hace cuatro días, en la acera de enfrente de la casa de los Herrera, y me grabé ese sonido sin querer en algún lugar de la memoria donde aparentemente guardo cosas que no tenía intención de guardar.

No me giro.

Un error de principiante. Me digo que no me giro porque si me giro pierdo el ángulo del cristal y la vista de la mesa. Me lo digo con convicción. No me lo creo del todo.

—Señorita Ferretti.

La voz llega desde mi izquierda, baja y sin subir el volumen, con esa cualidad de las voces que no necesitan proyectarse porque confían en que el otro va a escuchar.

Me giro.

* * *

Alejandro Vidal está a metro y medio de mí en un pasillo que no tiene espacio para metro y medio de distancia entre dos personas y que por tanto nos pone a una proximidad que ninguno de los dos ha elegido y que los dos fingimos no notar.

Traje oscuro. Sin corbata. La carpeta bajo el brazo — la misma carpeta con las esquinas dobladas que, aunque yo no lo sé todavía, contiene cuarenta y seis páginas que Antonio Herrera juntó en silencio para que alguien las encontrara.

Me mira. No con la evaluación rápida del primer día. Hoy me mira con algo más directo que eso, del tipo de mirada que salta el paso de la evaluación y va directamente a la conclusión. La conclusión, en este caso,

parece ser que mi presencia aquí le genera algo entre irritación genuina y una cosa que no logro catalogar porque dura demasiado poco para leerla bien.

—No debería estar aquí —dice.

—Es un edificio público.

—Este pasillo no lo es.

—El cartel dice « *acceso restringido a personal autorizado* », que técnicamente no me incluye a mí pero tampoco me excluye de forma explícita.

—Eso es una interpretación muy creativa de la señalización institucional.

—Soy periodista. La interpretación creativa es parte del trabajo.

Algo cruza su cara. Brevísimo. Lo archivó antes de que yo pudiera leerlo bien.

—Váyase —dice.

—No.

* * *

El «no» se queda entre los dos en el pasillo con más peso del que tiene una sola sílaba.

Alejandro Vidal me mira durante un segundo. Dos. El tipo de mirada que está diseñada para hacer que la gente reconsidera sus decisiones. Yo no reconsidero mis decisiones. Sostengo la mirada con la misma energía con que la sostuve hace cuatro días en la acera — porque es un principio, porque no cedo terreno cuando sé que tengo razón, y porque, aunque no sea estrictamente relevante para ninguna de esas dos cosas, hay algo en sostenerle la mirada a este hombre que requiere toda mi concentración y por alguna razón que no examino demasiado de cerca no me resulta desagradable.

—Hay una vista en esa sala —digo, antes de que pueda hablar él.

—Lo sé. Yo tengo documentación que presentar en esa vista.

—Ignacio Valls está ahí dentro.

Una pausa.

Pequeña. Casi imperceptible. Pero está. Lo veo en la forma en que los ojos oscuros procesan lo que acabo de decir — no con sorpresa, porque este hombre no muestra sorpresa, sino con algo más controlado que eso. Con el ajuste milimétrico de quien recibe una pieza de información que confirma algo que ya sabía o que encaja en algún lugar que yo no puedo ver todavía.

—¿Cómo conoce ese nombre? —dice.

Lo dice con cuidado. Del tipo de cuidado que no es solo cautela sino también — y esto lo noto porque llevo tiempo aprendiendo a notar estas cosas — una pregunta real.

—Trabajo —digo—. Es lo que hago.

Me mira.

—¿Qué sabe de él?

—¿Qué sabe usted?

El pasillo está en silencio. Desde la sala de deliberaciones llega el ruido amortiguado de voces y de páginas que se pasan. Ignacio Valls está a tres metros de este cristal y ninguno de los dos lo está mirando.

Alejandro Vidal da un paso. No hacia mí, hacia la pared, para quedar fuera del ángulo del cristal. Un movimiento instintivo del que no sé si es consciente. Lo anoto mentalmente: conoce este edificio. Sabe dónde están los ángulos muertos.

—Esto no es un juego, señorita Ferretti.

—Lo sé. Por eso estoy aquí y no cubriendo la inauguración de una heladería en Torremolinos.

Algo cruza su cara. No llega a ser una sonrisa. Pero casi. Y dura suficiente para que yo lo vea y él sepa que lo he visto, y haya un segundo entre los dos que es diferente a todos los segundos anteriores — más pequeño, más raro, del tipo que no tiene categoría clara en ningún archivo que yo tenga abierto.

—Tiene información —dice. No es una pregunta.

—Tengo observaciones —levanto el bloc—. Algunas muy interesantes.

—¿Sobre Valls?

—Entre otras cosas.

Me mira. Esta vez el silencio dura más. Cuatro segundos, cinco, con los ojos oscuros fijos en los míos y una expresión que hace el trabajo de leerme de la misma manera en que yo intento leerle a él, y que tiene el mismo resultado frustrante: llega hasta cierto punto y no más allá.

—Si publica algo sobre lo que ha visto hoy —dice—, puede destruir una investigación que lleva meses construyéndose.

—No voy a publicar nada hoy.

—¿Por qué debería creerla?

—Porque si hubiera querido publicar algo, ya lo habría hecho —Lo miro —. Llevo una semana con información que cualquier periódico de la Costa del Sol habría dado en portada. Y no la he publicado.

—¿Por qué?

La pregunta me coge desprevenida. No porque sea complicada — la respuesta la sé — sino porque viene de él, y porque el tono no es el de alguien que desconfía sino el de alguien que genuinamente quiere saber.

—Porque todavía no tengo el cuadro completo —digo, que es la verdad aunque no sea toda la verdad.

Alejandro Vidal me mira durante un segundo más.

Luego mira el cristal. Luego me mira a mí.

—¿Qué tiene exactamente?

* * *

Lo que sigue no es exactamente una conversación.

Es más parecido a una negociación que ninguno de los dos ha anunciado formalmente pero los dos estamos haciendo, de pie en un pasillo del Juzgado de lo Penal número tres, con Ignacio Valls a tres metros al otro lado de un cristal y el ruido amortiguado de la vista como banda sonora.

Le cuento lo de Amalia. La floristería. El hombre con la cicatriz en la mandíbula izquierda que estuvo en la calle del puerto la noche que mataron a Antonio Herrera. Las once y cuarto. El telediario que acababa de empezar.

Le cuento lo de las furgonetas. Las tres renovaciones en seis meses. Los contenedores nocturnos del muelle tres que no pasan por el registro habitual.

No le cuento todo. No le cuento la fuente del muelle tres por su nombre. No le cuento lo del camarero de La Caracola. Guardo algunas piezas no por desconfianza — o no solo por desconfianza — sino porque en una negociación las piezas que guardas son las que te dan posición.

Alejandro Vidal escucha sin interrumpir. Que es, descubro, exactamente como escucha: sin interrumpir, sin anotar nada, con los ojos oscuros fijos en un punto neutro de la pared mientras procesa. Una vez asiente, despacio, como confirmando algo para sí mismo. Una vez aprieta levemente la mandíbula.

Cuando termino, hay un silencio.

—La firma —dice.

—¿Qué?

—En los turnos nocturnos del muelle tres. ¿Encontró una firma de autorización?

Lo miro.

—Todavía no he llegado a ese hilo.

—Llegue.

—¿Por qué?

—Porque cuando llegue va a entender por qué Valls está en esa sala hoy y por qué yo tengo documentación que presentar que no me han invitado a presentar.

Lo miro durante un segundo.

—¿Cuánto tiempo lleva en esto?

—Meses —un segundo en silencio—. Antes de que usted llegara había personas trabajando en esto. Personas que han pagado un precio muy alto por hacerlo.

Saca una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta y la deja sobre el bloc que tengo en la mano. Sin ceremonia. Como quien cierra un trato que ninguno de los dos ha anunciado formalmente pero los dos saben que acaba de ocurrir.

—Mi número directo —me mira—. Cuando encuentre la firma, llámeme.

La cojo. Abro el bloc en la primera página en blanco y escribo mi número. Se lo doy.

Él lo mira un segundo. Se lo guarda.

—Lo dice como si fuera seguro que voy a encontrarla —digo.

—Lo es —una pausa breve—. Usted encuentra todo lo que se propone encontrar, señorita Ferretti. Eso ya lo sé.

—Lo sé —digo, en voz más baja.

Alejandro Vidal me mira.

Y hay un momento — breve, del tipo que existe en el espacio entre dos respiraciones — en que la distancia entre nosotros en este pasillo deja de ser metro y medio y se convierte en algo más difícil de calcular. No más cerca físicamente. Más cerca de otra cosa que no tiene nombre útil todavía y que no pienso examinar aquí, de pie frente a un cristal con Ignacio Valls al otro lado.

Lo archivo. Carpeta de «irrelevante para el trabajo». Letras grandes.

—La vista termina en veinte minutos —dice él—. Tiene que irse antes de que abran esa puerta.

—¿Y si no me voy?

—Entonces los dos tenemos un problema que ninguno necesita.

—Eso depende de con quién esté Valls cuando salga.

Alejandro me mira durante un segundo.

—Está con el abogado de la administración portuaria. No va a decir nada útil en público.

—Eso también me lo anoto.

Algo cruza su cara.

—Señorita Ferretti.

—¿Sí?

—Váyase. —Una pausa. Brevísima—. Por favor.

El « *por favor* » llega de una manera que no esperaba. Sin suavizarse — sigue siendo él, sigue siendo la voz que no sube el volumen porque no lo necesita — pero con algo dentro que es diferente a todo lo que ha dicho antes en esta conversación y en la anterior y en la de la acera de enfrente de casa de los Herrera.

No sé muy bien qué hacer con ese «por favor». Lo archivo también. Carpeta diferente, aunque todavía no he decidido cuál.

* * *

Me voy. No porque me lo haya pedido. O no solo por eso.

Me voy porque llevo suficiente tiempo en este pasillo y he conseguido suficiente para hoy — Ignacio Valls, la firma, el hilo que tengo que seguir — y porque quedarme más tiempo sería temeridad disfrazada de principio y no soy de las que confunden las dos cosas.

O eso me digo.

Recorro el pasillo hacia la salida lateral con el bloc cerrado bajo el brazo y los pasos lo bastante tranquilos para que si alguien me ve no vea a alguien que se está escapando sino a alguien que sabe adónde va.

En la puerta me detengo un segundo. No me giro. Aprendo de los errores. Pero sé que sigue ahí. Lo sé de la misma manera en que sé cuándo alguien me está mirando — esa presión específica entre los omóplatos que no tiene explicación racional y que existe de todas formas.

Salgo.

* * *

Fuera el sol de media mañana pega con toda la convicción de octubre en Marbella, que es la convicción de un sol que sabe que tiene los días contados y por eso no desperdicia ni uno.

Me siento en los escalones de la entrada lateral y abro el bloc.

Escribo durante diez minutos sin parar. Todo lo que acaba de pasar, en el orden en que pasó, con los detalles en los que me fijé y los que no me fijé y los que creo que debería haber visto y no vi. Es el proceso: primero el volcado, luego el análisis. Si lo mezclo, pierdo matices.

Cuando termino, leo.

Ignacio Valls. Jefe de Inspección de Carga. La firma en los turnos nocturnos. El hilo que Alejandro Vidal — y me detengo en ese nombre un segundo, en la forma en que lo he escrito, sin el « *señor* », sin la distancia profesional — me ha dicho que siga.

Alguien dentro.

Es lo mismo que Antonio Herrera escribió en el margen de uno de sus documentos, aunque yo todavía no lo sé. Es lo mismo que Elena le dijo a Alejandro esta mañana en su salón demasiado ordenado, aunque yo tampoco lo sé.

Lo que sí sé es que hay una firma. Y que esa firma tiene un nombre. Y que ese nombre está en algún registro de la administración portuaria de Marbella al que, con tiempo y con las fuentes correctas, puedo llegar.

Cierro el bloc.

Pienso en el « *por favor* » y en la carpeta donde lo he archivado y en el hecho de que en los últimos tres minutos he abierto esa carpeta dos veces sin darme cuenta.

Mannaggia .

Me levanto. El sol sigue siendo el sol de octubre en Marbella, implacable y sin disculpas.

Tengo trabajo.

CAPÍTULO 8

El problema que no se va
ALEJANDRO

Carmen Llorente llega siempre veinte minutos tarde y con hambre suficiente para dos personas.

Es una constante de los últimos quince años que su hermano y yo hemos aprendido a gestionar de formas distintas: Diego pide algo para picar antes de que llegue porque si no, llega Carmen y se come lo suyo y la mitad de lo de Diego sin pedirle permiso. Yo pido la carta con antelación porque si no, llega Carmen y tarda otros veinte minutos en decidir mientras el camarero espera de pie con una paciencia para la que no le pagan suficiente.

Esta noche llega con veintitrés minutos de retraso, una chaqueta de un color que no sabría definir con precisión pero que es inequívocamente Carmen, y la energía específica de alguien que ha tenido un día interesante y no puede esperar a contarlo.

Se sienta. Coge mi copa. Bebe.

—Era mío —digo.

—Era el más cercano —Me lo devuelve—. Hola, Alejandro, cari. Qué guapo estás. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Carmen —dice Diego, con el tono de quien lleva treinta años intentando poner orden en algo que no tiene ninguna intención de ordenarse.

—Es una pregunta legítima. Tiene ojeras —Me mira con esa atención directa que tiene, sin filtro, de la que nunca he sabido si es diagnóstico o afecto. Con Carmen suelen ser las dos cosas—. ¿Has comido hoy?

—He comido.

—¿Cuándo?

—Carmen.

—¿Qué? Soy la única que le pregunta estas cosas porque a ti —señala a Diego— te da exactamente igual mientras te diga lo que necesitas saber sobre el caso.

Diego abre la boca. Después la cierra y asiente.

—Gracias —dice Carmen, como si hubiera ganado algo.

* * *

El restaurante se llama Casa Pepe y está en el casco antiguo, en una calle donde los turistas no llegan porque no tienen motivo para llegar y los de Marbella no cuentan porque es de toda la vida. Diego y yo llevamos viniendo aquí desde que teníamos dieciséis años y el dueño nos fiaba la cuenta cuando no nos llegaba para el postre. Ahora nos la fía por costumbre, que es una forma distinta de lo mismo.

Carmen empezó a venir cuando tenía catorce y decidió que si su hermano salía de noche ella también. Nadie la invitó. Nadie la paró. Lleva dieciséis años viniendo sin invitación y ha llegado al punto en que el dueño le reserva sitio de forma automática cuando llama Diego.

—Entonces —dice Carmen, después de que el camarero se lleve los pedidos—. La italiana.

Lo dice con la naturalidad de quien continúa una conversación que lleva horas teniendo en su cabeza.

—No —digo.

—¿No qué?

—No vamos a hablar de eso.

Carmen me mira. Luego mira a Diego. Luego me mira a mí. Sonríe.

—¿Le has dicho que no vamos a hablar de eso?

—Le he dicho que no vamos a hablar de eso.

—Alejandro —Apoya los codos en la mesa con la serenidad de quien tiene todo el tiempo del mundo—. Llevas quince años siendo mi hermano adoptivo no oficial y nunca, en quince años, te he visto decir «no vamos a hablar de eso» sobre algo que no mereciera exactamente hablar de eso.

—Es un tema de trabajo.

—Claro que sí, churri.

—Carmen.

—¿Qué?

—Que es un tema de trabajo.

—Perfecto. Pues cuéntame el tema de trabajo.

* * *

Diego, que lleva todo esto en silencio con la expresión de alguien disfrutando de un espectáculo por el que no ha pagado entrada, decide en este momento que es buen momento para intervenir.

—Se llama Giulia —dice—. Periodista italiana. Llegó hace una semana. Blazer de lino con los codos gastados —Levanta las cejas de forma sarcástica.

Carmen se gira hacia él.

—¿Los codos gastados?

—Él lo mencionó. Espontáneamente.

—No lo mencioné espontáneamente —digo—. Lo mencioné como detalle descriptivo en un contexto profesional.

—Lo mencionó —confirma Diego— antes de que yo le preguntara nada sobre su aspecto.

Carmen me mira con una expresión que conozco desde que tiene catorce años y que entonces como ahora significa que acaba de organizar en su cabeza una cantidad de información que no debería tener, y que va a usar en el momento menos conveniente.

—Dios mío —dice, en voz baja. Como para sí misma. Pero suficientemente alto para que yo lo oiga perfectamente.

—No digas nada.

—No he dicho nada.

—Ibas a decir algo.

—Estaba procesando —Coge un trozo de pan. Lo parte. Me mira—. ¿Verde avellana?

—¿Perdona?

—Los ojos. Diego me dijo que los ojos —señala a su hermano con el pan — son verdes. ¿Verde avellana?

Silencio.

Diego sonríe en su copa con la satisfacción callada de quien ha hecho bien su trabajo.

—Verde avellana —confirmo, porque negarlo a estas alturas sería una cantidad de energía que no tengo.

Carmen deja el pan en el plato.

—Alejandro Vidal —dice, con el tono de los momentos solemnes—. Te conozco desde que tenías siete años y llorabas por los perros en la tele.

—Eso es completamente falso.

—Era un labrador. Anuncio de Cola-Cao. Llorabas.

—Tenía siete años.

—Y ahora tienes treinta y tres y recuerdas el color exacto de los ojos de una mujer a la que llevas intentando mantener alejada del caso desde que

llegó —Pausa—. Eres un blando con traje, te lo digo yo.

Diego, que no ha dicho nada en dos minutos, abre la boca.

—No —le digo, antes de que pueda hablar.

La cierra.

* * *

La cena transcurre con la mecánica habitual de estas tres personas en esta mesa: Diego come con más apetito del que nadie debería tener a esta hora, Carmen habla el doble de lo que come y yo hago lo que siempre hago, que es escuchar más de lo que hablo y procesar lo que no digo.

Lo que no digo esta noche es bastante. No digo que esta mañana, en ese pasillo del juzgado, hubiese un momento en que la distancia entre los dos se convirtió en algo que no tenía nombre útil y que llevo seis horas intentando archivar ese momento sin conseguirlo. No digo que cuando dije «por favor» y ella se fue y me quedé solo frente al cristal, lo primero que pensé no fue en Valls, ni en la vista, ni en los documentos. No digo que en este momento, mientras Diego me explica algo sobre un proyecto en Málaga que no estoy escuchando, estoy pensando en una periodista italiana sentada en los escalones de un juzgado con el bloc abierto y el sol de octubre en la nuca.

—¿Estás escuchando? —dice Diego.

—Sí.

—¿Qué he dicho?

—Algo sobre Málaga.

Diego me mira.

—Llevo dos minutos hablando de la italiana.

Carmen, que estaba mirando el menú de postres con una concentración que le hace honor, levanta la vista.

—¿Lo ves? —le dice a su hermano.

—Lo veo —confirma Diego.

—Es un problema serio.

—Muy serio.

—Oye —digo.

Los dos me miran.

—Los dos vivís en mi cabeza sin pagar alquiler desde hace demasiado tiempo —Lo digo con la calma de quien ha ensayado este tono—. Os agradecería que en algún momento de la noche habláramos de algo que no sea mi vida personal.

Silencio.

Carmen coge el menú de postres.

—Yo quiero torrijas —dice—. ¿Tú qué quieres, Alejandro? ¿O ya estás lleno de negación?

Diego se atraganta con el vino.

* * *

Son las once menos cuarto cuando suena el teléfono.

Número desconocido. Lo miro durante un segundo. Los números desconocidos a esta hora tienen tres categorías posibles: clientes en situaciones urgentes, periodistas que han conseguido mi número de alguna forma, o algo que no entra en ninguna categoría y que por eso merece atención.

Me levanto de la mesa.

—Perdona —le digo a Carmen, que está terminando las torrijas con la dedicación de alguien que considera el postre una obligación moral.

Salgo a la calle.

—¿Diga?

Silencio al otro lado.

No el silencio de una llamada que se corta ni el de alguien que ha marcado por error. El silencio deliberado de alguien que está ahí, que sabe que estoy ahí, y que está esperando a que yo hable primero. No hablo.

La calle está tranquila. Casa Pepe a esta hora tiene las mesas de dentro llenas y la terraza medio vacía. Una pareja camina hacia el puerto. Un gato cruza bajo el farol de enfrente con la indiferencia de los gatos, que es la indiferencia de quien no debe nada a nadie.

—Señor Vidal.

La voz es baja. Sin acento reconocible, o con el acento de alguien que ha aprendido a no tenerlo. Tranquila de una manera que no es calma sino control. La diferencia entre los dos es que la calma no necesita esfuerzo y el control sí, y este hombre está haciendo un esfuerzo muy preciso para sonar exactamente así.

—¿Quién es? —digo.

—Alguien a quien le interesa que usted entienda algo.

—¿Qué quiere?

—Explicarle una cosa sencilla —Un momento medido, del tipo que no es olvido sino diseño—. Usted está haciendo preguntas. Ése es su derecho.

Pero hay preguntas que tienen un coste que usted no ha calculado todavía.

—¿Me está amenazando?

—Le estoy informando —La diferencia en el tono es quirúrgica—. Su despacho está en la calle Ramón y Cajal, número catorce, segundo piso. Llega a las seis de la mañana y se va entre las diez y las once de la noche. Corre por el paseo marítimo los martes y los jueves a las siete. Desayuna en el bar Mesón del Puerto los viernes. Siempre solo.

Me quedo quieto. No porque el miedo me paralice. No es miedo exactamente. O no todavía. Es algo más frío que eso: la comprensión súbita y muy precisa de que esta persona lleva tiempo mirando, que lo que acabo de escuchar no es información reunida esta semana sino información reunida con tiempo y con método, y que si saben eso saben más.

—¿Qué quiere? —repito. Con la misma voz. Sin subir el volumen.

—Que entienda que hay cosas que cuestan más de lo que valen —Una pausa—. No es una advertencia para usted solo —Una pausa más. Más larga. Del tipo que espera a que el otro llene el silencio y que yo no voy a llenar—. La italiana también desayuna sola. Apartamento cerca del puerto, terraza pequeña. Segundo piso.

La calle sigue igual.

La pareja camina hacia el puerto. El gato ha desaparecido. El farol de enfrente sigue encendido con la misma luz de siempre.

Todo igual. Nada igual.

—Si le pasa algo a ella —digo, y la voz me sale exactamente como quiero que salga, baja y sin un gramo de más— le juro que va a ser el peor error que usted haya cometido en su vida.

Silencio.

Luego la llamada se corta.

* * *

Me quedo en la calle durante un minuto.

Uno exacto. Lo cuento.

Proceso lo que acaba de pasar con la misma metodología con que proceso todo lo que no puedo permitirme no procesar bien: primero los hechos, luego las implicaciones, luego las acciones. Es el orden correcto. Es el único orden que funciona cuando lo que sientes amenaza con ir por delante de lo que piensas.

Los hechos: alguien con acceso a información detallada sobre mis rutinas ha llamado desde un número desconocido para comunicarme que me están vigilando. Han mencionado a Giulia. Han mencionado su apartamento.

Las implicaciones: la red de Sokolov sabe exactamente lo que estoy moviendo y ha decidido que es momento de mandar una señal. No una amenaza directa todavía, más bien una demostración de capacidad. Esto es lo que sabemos. Calcula si merece la pena seguir.

Las acciones: Romero, esta noche. Y Giulia.

Giulia primero.

Entro.

* * *

Diego me ve la cara en cuanto cruzo la puerta.

Lleva quince años leyéndome. Sabe distinguir entre el Alejandro que ha recibido malas noticias y el Alejandro que ha recibido algo distinto, algo que tiene un peso específico que las malas noticias normales no tienen.

Se levanta sin decir nada. Carmen levanta la vista de las torrijas. Me mira. Mira a Diego. Vuelve a mirarme.

Y hace algo que Carmen Llorente hace muy pocas veces en su vida: se calla.

—Paga tú —le digo a Diego.

—¿Qué ha pasado?

—Te llamo en diez minutos —Cojo la chaqueta—. Carmen —La miro—. Vete a casa directamente. No pases por la galería esta noche.

Carmen me devuelve la mirada con los ojos muy abiertos y sin rastro de la ironía de hace veinte minutos.

—Alejandro —dice, en voz baja.

—Estoy bien. Id a casa.

Salgo.

* * *

En la calle marco el número de Giulia.

Tres tonos. Cuatro.

—¿Alejandro?

Su voz tiene el sonido de alguien que estaba despierta pero no esperaba esta llamada. No hay sueño en ella — hay sorpresa, y debajo de la sorpresa algo que no clasifico ahora porque no tengo tiempo.

—¿Está en casa?

—Sí, acabo de... ¿qué pasa?

—Cierre la terraza con llave. Y las ventanas que den a la calle.

Silencio.

—¿Qué ha pasado? —dice, y el tono ha cambiado. Ya no es sorpresa. Es esa concentración rápida que he visto en ella desde el primer día, la que procesa antes de hablar, la que no gasta energía en el pánico porque lo necesita para otra cosa.

—Me han llamado. Saben dónde vive. De momento solo es una advertencia. Pero necesito que no esté sola esta noche.

—Estoy sola.

—Lo sé. Por eso llamo.

Silencio más largo.

—¿Va a venir? —dice.

Y hay algo en esa pregunta — en la forma en que la hace, directa y sin el barniz profesional de las últimas horas — que se instala en algún lugar del pecho donde no debería instalarse nada esta noche.

—Voy —digo.

Cuelgo. Camino hacia el puerto.

El Mediterráneo está ahí al fondo, negro y quieto, ajeno a todo. Como siempre. Como si nada de lo que pasa en esta ciudad le importara lo más mínimo. Esta noche, por primera vez en mucho tiempo, eso no me reconforta.

CAPÍTULO 9

La carta equivocada
GIULIA

Han pasado cuatro días desde que Alejandro Vidal apareció en la puerta de mi apartamento a las once y media de la noche con la chaqueta todavía puesta y esa expresión de quien acaba de procesar algo que no le gusta y ha decidido que no importa, que hay cosas más urgentes.

No fue lo que esperaba.

Esperaba tensión. Esperaba la versión profesional y blindada que conozco del pasillo del juzgado y de la acera de enfrente de casa de los Herrera. Lo que llegó fue algo más parecido a un hombre que durante dos horas se sentó en mi única silla decente, revisó conmigo todo lo que tenía sobre el caso extendido en el suelo, me explicó lo que él sabía y yo no, y cuando me quedé dormida encima del bloc a la una y media de la madrugada me tapó con la chaqueta que se había quitado y se fue sin hacer ruido.

Lo sé porque me desperté a las tres con la chaqueta encima y la puerta cerrada con el pestillo desde fuera. Lo sé porque llevo cuatro días sin saber muy bien qué hacer con eso.

Lo archivo. Carpeta de «irrelevante para el trabajo». La misma de siempre. Que a estas alturas está tan llena que ya no cierra bien.

* * *

El artículo lo publiqué esta mañana a las ocho.

No era el artículo. No era la historia completa — eso todavía no lo tengo, todavía hay hilos que seguir, la firma de Valls que verificar, la red que cartografiar hasta el final. Era un avance. Una pieza. El hombre con la cicatriz en la mandíbula izquierda visto cerca del puerto la noche del crimen, la descripción de Amalia, la pregunta implícita que cualquier lector inteligente podía hacerse solo: ¿por qué no lo sabe la policía si hay un testigo?

Era una pieza legítima. Era verificable. Era periodismo.

Eso me decía yo esta mañana a las ocho mientras le daba a publicar.

A las diez y cuarto Marcos me llamó para decirme que el artículo estaba generando tráfico. A las once me llamó para decirme que habían recibido

tres llamadas de otros medios preguntando por la fuente. A las doce me llamó para decirme que alguien del juzgado había contactado con la redacción.

A la una y diecisiete sonó el telefonillo del apartamento.

No pregunté quién era. Lo sabía.

* * *

Alejandro Vidal en modo furioso es una cosa muy distinta a Alejandro Vidal en modo frío.

El frío lo conozco. El frío es el de la voz que no sube el volumen porque no lo necesita. El frío es calculado, es preciso, es un instrumento afinado para producir exactamente el efecto que quiere producir.

Esto no es eso. Esto es un hombre que ha subido dos pisos sin usar el ascensor y que ahora está de pie en mi salón con la chaqueta todavía puesta y los ojos oscuros con una temperatura que no había visto en ellos hasta ahora.

—Ha publicado el artículo —dice.

—Bien, estoy bien, Señor Vidal. ¿Y usted?

—No es gracioso, Giulia.

—No pretendía serlo. Era información verificada y de interés público. Y no te he dado permiso para tutearme cuando estás enfadado.

—¿Verificada? —Da un paso hacia la mesa donde tengo el expediente abierto—. ¿Sabe lo que ha hecho? Ha publicado que hay un testigo que vio a El Filo en el puerto.

Me quedo quieta.

El Filo.

El nombre lo anoto mentalmente con la precisión automática de quien lleva semanas entrenando el instinto. El hombre de la cicatriz tiene nombre. Un nombre que Alejandro acaba de soltar en el calor del enfado sin darse cuenta — o dándose cuenta demasiado tarde.

Él lo ve en mi cara. Lo ve y sabe exactamente lo que acaba de hacer.

—No publique ese nombre —dice, con una dureza nueva.

—Todavía no tenía ese nombre.

—Ahora sí lo tiene.

—Y tú acabas de dármelo sin que yo te lo pidiera —Lo miro fijamente—. Así que antes de acusarme de hacer daño sin querer, quizá deberías mirar quién lo está haciendo ahora mismo.

Silencio.

Un silencio que tiene bordes.

—Hay una fuente dentro de la red de Sokolov —dice, y la voz ha bajado un grado pero la intensidad no—. Lleva meses arriesgando su vida para darnos información desde dentro. Su artículo de esta mañana le ha dado a Sokolov exactamente la señal que necesitaba para saber que alguien habló. Que alguien vio —Se acerca un paso más—. ¿Entiende lo que significa eso?

—Entiendo que si me lo hubieras dicho antes yo no habría publicado.

—¡No puedo contarle todo a una periodista que lleva tres semanas en esta ciudad y que toma decisiones editoriales sin consultarme!

—¡No tengo ninguna obligación de consultarte! ¡No trabajo para ti!

—¡No, pero trabaja en el mismo caso y hay una persona ahí fuera cuya vida…

—¡Lo sé! —La voz me sale más alta de lo que quería— ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que si hubiera sabido lo que estaba en juego habría publicado de todas formas?

El salón se queda en silencio. Los dos respirando.

Fuera, el Mediterráneo hace lo de siempre — estar ahí, quieto, ajeno. Hoy me molesta más que de costumbre.

—No sabía que había una fuente dentro —digo, con la voz ya normal. O casi—. Y es la verdad.

Alejandro me mira durante un momento largo.

—Lo sé —dice, al final.

—Si lo hubiera sabido no habría publicado.

—Lo sé también.

Otro silencio. Diferente al anterior. Con menos bordes.

—Entonces, ¿por qué has subido los dos pisos sin usar el ascensor? —digo.

Algo cambia en su cara. Un músculo que se suelta. Casi imperceptible.

—Necesitaba hacer algo con las manos durante dos minutos —dice.

No es exactamente una respuesta. Pero es más honesta que cualquier cosa que haya dicho desde que entró.

* * *

Lo que sigue es una de esas conversaciones que empiezan como discusión y terminan siendo otra cosa sin que ninguno de los dos haya decidido

exactamente cuándo cambió.

Le explico el proceso. Le explico que la información de Amalia era verificable de forma independiente, que no comprometía ningún nombre, que la descripción era lo suficientemente genérica para no señalar a nadie directamente pero lo suficientemente específica para que quien la leyera con conocimiento de causa entendiera que había un testigo real.

Él escucha. De la forma en que escucha. Sin interrumpir, con los ojos fijos en un punto neutro, procesando.

—El problema no es lo que publicaste —dice, cuando termino—. El problema es lo que publicaste sin saber lo que yo sé.

—Exacto. Sin saber lo que tú sabes —Lo miro—. Que es exactamente el argumento para que me cuentes más.

Algo cruza su cara.

—¿Acabas de usar mi propio argumento en contra mía?

—Es un buen argumento. Merece usarse bien.

No llega a ser una sonrisa. Pero los ojos tienen ahora una temperatura diferente. No la del enfado de antes ni la del frío de siempre. Algo intermedio que no sé catalogar todavía y que archivo sin etiqueta por falta de categoría.

* * *

Trabajamos durante dos horas.

Es la primera vez que lo hacemos de verdad. No la negociación del pasillo del juzgado, no el intercambio de información de la noche de la llamada, sino trabajo real, con el expediente abierto entre los dos y las notas extendidas en el suelo y el café que he hecho dos veces porque la primera vez se enfrió antes de que ninguno de los dos lo recordara.

Alejandro trabaja como camina: con una precisión que no necesita anunciarse. No hace preguntas innecesarias. No repite lo que ya sabe. Cuando encuentra algo relevante lo señala con una palabra, a veces con un gesto, y espera a que yo lo vea también antes de seguir.

Hay un momento en que los dos estamos mirando el mismo documento al mismo tiempo y la distancia entre los dos es de aproximadamente nada y ninguno de los dos lo menciona.

Lo anoto mentalmente. En la carpeta de siempre. Que sigue sin cerrar bien.

* * *

El problema llega a las cuatro de la tarde.

Alejandro está de pie junto a la ventana. Se ha quitado la chaqueta en algún momento de las últimas dos horas — lo cual es un detalle que no debería ser relevante y que de alguna manera lo es — revisando los documentos del registro del muelle tres cuando levanta la vista y me mira con una expresión que no reconozco.

—¿Qué? —digo.

—La fuente de la que te hablé antes —Una pausa—. Necesito llamarle. Ahora.

—Llama.

—Necesito que salgas un momento.

Lo miro.

—Es mi apartamento.

—Lo sé.

—Alejandro.

—Giulia —Mi nombre en su boca tiene un peso diferente al de *«señorita Ferretti* ». Lo noto en algún lugar que no examino—. Hay cosas que todavía no puedo compartir. No porque no confíe en ti. Sino porque hay una persona cuya vida depende de cuánta gente sabe lo que sabe.

Silencio.

—Cinco minutos —digo.

Salgo a la terraza.

El Mediterráneo sigue viéndose desde aquí, poniéndome de puntillas y girando un poco a la izquierda, pero sigue viéndose. El mismo de siempre. La luz de las cuatro de la tarde lo convierte en algo entre el azul y el oro que dura exactamente el tiempo que dura — diez minutos, quince — antes de que el sol cambie de ángulo y todo vuelva a ser simplemente mar.

Pienso en la fuente. En las horas que Alejandro ha dicho.

Pienso en Antonio Herrera con su carpeta y su sonrisa de hombre que ha tomado una decisión.

Pienso en que hay personas en esta historia que están poniendo en juego cosas que yo no puedo permitirme ignorar.

Cazzo .

* * *

Cuando vuelvo a entrar, Alejandro ha guardado el teléfono y está de pie en el centro del salón con esa quietud suya que no es calma sino

concentración.

—¿Está bien? —digo.

—De momento.

Asiento. Me siento en el suelo, donde estaban las notas antes de recogerlas, con la espalda contra el sofá. Es mi posición de pensar. Alejandro me mira un segundo y luego se sienta también — no en el suelo, en el sofá, justo detrás de mí — y hay algo en esa disposición, los dos mirando al mismo punto sin mirarnos, que hace que sea más fácil decir lo que sigue.

—No vuelvo a publicar nada sin avisarte antes —digo.

Me escucha con atención.

—No te estoy pidiendo permiso —añado, porque necesito que quede claro —. Te estoy diciendo que no quiero volver a hacer daño sin querer.

—Lo sé —dice Alejandro, detrás de mí. Con la voz de cuando baja la guardia, que es más baja que la de siempre y tiene una textura diferente—. Y yo no debería haber llegado aquí como llegué.

—Estabas enfadado.

—Estaba asustado —Una pausa muy breve—. Que no es lo mismo.

Me quedo inmóvil. No me giro. Aprendo de los errores — o eso intento — y girarme en este momento sería un error porque hay algo en el aire del apartamento que tiene una temperatura que no estaba antes y que si le doy demasiada atención va a convertirse en algo que ninguno de los dos ha decidido que quiere que sea. O que quizá sí hemos decidido. Sin decirlo.

Sin decirlo.

* * *

Lo que pasa a continuación no lo decido yo. O no solo yo.

Alejandro se mueve — no mucho, un centímetro, quizá dos — y de alguna manera eso es suficiente para que la distancia entre los dos deje de ser la distancia que había y se convierta en otra cosa. Me giro. No sé muy bien por qué me giro. O sí lo sé y no quiero examinarlo.

Está más cerca de lo que calculaba.

Los ojos oscuros me miran con una expresión que no he visto en ellos hasta ahora — no el frío, no el enfado de antes, no la concentración del trabajo. Algo más antiguo que todo eso. Algo que lleva ahí más tiempo del que ninguno de los dos querría admitir.

Huele a madera y a algo cálido que no sé identificar del todo. No es colonia exactamente, o sí lo es pero mezclada con horas de trabajo y con el calor específico de alguien que ha estado enfadado y luego ha decidido no estarlo, y el resultado es algo que no tiene nombre en ningún catálogo pero que hace que me cueste recordar por qué estoy mirando sus ojos y no mirando otra cosa.

Ninguno dice nada.

La distancia se reduce un poco más. No sé si me muevo yo o se mueve él. Probablemente los dos. Estamos tan cerca que podemos sentir el aliento del otro. Tan cerca que acompasamos nuestra respiración sin necesidad de esforzarnos. Tan cerca que la necesidad de encontrarnos se me ha instalado en el pecho y, por un momento, el caso, la beca y El Filo han desaparecido.

Y entonces suena el teléfono.

El suyo.

El momento se rompe con la precisión de un cristal — limpio, sin aviso, sin vuelta atrás.

Alejandro aparta la vista. Coge el teléfono. Lee la pantalla y algo cambia en su cara. Vuelve la concentración, el frío útil de siempre, la máquina que funciona cuando tiene que funcionar.

—Es Romero —dice.

—Contesta.

Se levanta. Se aleja hacia la ventana. Yo me quedo donde estoy, con la espalda contra el sofá y el corazón haciendo cosas que no le he pedido que haga, mirando el techo del apartamento más pequeño de Marbella mientras Alejandro habla en voz baja con el inspector y el Mediterráneo sigue ahí fuera, quieto y ajeno, y completamente indiferente a todo lo que acaba de no pasar en este salón.

Madonna mia .

Esto es un problema.

* * *

Se va veinte minutos después.

Romero tiene algo. No me dice qué — « *todavía no* », que en su idioma significa que lo sabré cuando pueda contármelo, no cuando yo quiera saberlo, y que eso tengo que aceptarlo aunque no me guste.

En la puerta se detiene.

—El artículo —dice, sin girarse del todo.

—¿Qué?

—No estaba mal —Una pausa—. El timing era el problema. No el artículo.

Se va antes de que yo pueda responder.

Me quedo en la puerta del apartamento escuchando sus pasos bajar las escaleras con esa cadencia que ya reconozco sin querer — segura, espaciada, la de alguien que sabe adónde va.

Cierro la puerta.

Me apoyo en ella.

En algún lugar del pecho, en ese cajón donde guardo las cosas que no tienen nombre útil, algo se ha instalado esta tarde que no estaba esta mañana cuando le di a publicar con la certeza de quien sabe lo que está haciendo.

No sé si es bueno o malo.

Sé que mañana, cuando abra el ordenador y mire el expediente y vea la firma de Ignacio Valls que todavía tengo que verificar, va a seguir ahí.

Saco el móvil. Abro el chat de Sofía.

Escribo: *Tengo un problema.*

Ella responde en cuatro segundos: *Ya lo sé. ¿Tiene ojos oscuros?*

Cierro el chat. Voy a hacer más café.

CAPÍTULO 10

Lo que no se archiva
ALEJANDRO

Son las dos de la madrugada y estoy mirando el techo de mi dormitorio. No es una novedad. Llevo semanas durmiendo mal — el caso, la fuente, el nombre que todavía no puedo pronunciar en voz alta sin verificar cada pieza. Conozco este techo a las dos de la madrugada mejor de lo que me gustaría.

El problema es que esta noche el techo no me ayuda.

Esta noche el techo no tiene ninguna información útil. Esta noche el techo solo refleja lo que ya está en mi cabeza, que es exactamente lo que querría que no estuviera.

La llamo por su nombre en mi cabeza antes de darme cuenta de que lo estoy haciendo.

Giulia.

Sin el « *señorita Ferretti* ». Sin la distancia profesional. Solo el nombre, con la exacta temperatura que tiene en la boca de alguien que lo lleva pensando demasiadas horas seguidas para pretender que no.

Me incorporo. Me siento en el borde de la cama. Miro el teléfono en la mesilla. Veinte minutos desde la última vez que lo miré, lo cual significa que lo estoy mirando cada veinte minutos, lo cual es información que proceso y archivo en la categoría de cosas que no me gustan pero que son verdad.

Romero llamó a las cuatro y cuarto. Proceso eso también.

* * *

Lo que Romero me dijo dura tres minutos reproducido en mi cabeza.

La fuente dentro de la red de Sokolov ha tenido que desaparecer. No en el sentido literal — no todavía, no si Romero puede evitarlo — sino en el sentido operativo: corte de comunicación, cambio de rutinas, protocolo de emergencia que llevaban tiempo sin activar porque durante meses no había sido necesario. Hasta esta mañana. Hasta el artículo.

Seis meses de trabajo. Seis meses de información filtrada desde dentro con un cuidado tan extremo que incluso yo conocía solo la mitad de lo que

había conseguido. Y ahora ese trabajo está en suspenso indefinido porque alguien publicó que había un testigo que vio a El Filo en el puerto.

No voy a pensar en eso. Lo pienso.

No de la forma en que lo pensé esta tarde, sino sin el enfado, sin la temperatura que me hizo subir dos pisos sin usar el ascensor con la mandíbula apretada y la absoluta certeza de que iba a decir algo que no debería. Eso ya pasó. Ya lo dije, ya lo escuché, ya lo resolví de la única forma en que se resuelven estas cosas: diciéndolo en voz alta y mirando a la persona que tienes enfrente hasta que los dos entendéis que os necesitáis aunque ninguno lo haya decidido formalmente.

Lo pienso de la otra forma. La que viene después.

La que tiene que ver con la forma en que Giulia Ferretti se quedó quieta cuando le dije que estaba asustado. La que tiene que ver con el hecho de que nadie — en mucho tiempo, más tiempo del que querría calcular — me ha escuchado decir eso sin intentar resolver el miedo o minimizarlo o llenarlo de palabras. Ella no hizo nada. Se quedó quieta. Y ese no hacer nada fue exactamente lo correcto, con la precisión específica de alguien que entiende que a veces lo que la gente necesita no es una respuesta.

Vuelvo a mirar el techo. El techo sigue sin tener respuestas.

Lo que no puedo archivar es lo que pasó después.

Puedo archivar la bronca. Puedo archivar el acuerdo. Puedo archivar las dos horas de trabajo real, los documentos en el suelo, el café que se enfrió dos veces porque ninguno de los dos lo recordó. Eso lo sé gestionar. Eso tiene categoría, tiene nombre, cabe en una carpeta con una etiqueta.

Lo que no cabe en ninguna carpeta es el momento en que me moví — un centímetro, quizá dos, el tipo de movimiento que el cuerpo hace antes de que la cabeza lo autorice — y ella se giró.

Me giró los ojos.

Verde avellana. A esa distancia tienen una textura diferente. No el color limpio que se ve desde lejos sino algo más complejo, con ese punto dorado cerca del iris que no había visto antes porque nunca habíamos estado tan cerca. Cerca de verdad, de la forma en que cerca significa que el espacio entre dos personas ha dejado de ser distancia y se ha convertido en otra cosa.

No dijo nada. Yo tampoco.

Hay conversaciones que no necesitan palabras. No porque las palabras no existan sino porque añadirlas sería reducir algo a su explicación, y algunas

cosas pierden más de lo que ganan cuando las explicas. Esta era una de esas cosas. Estaba pasando sin que ninguno de los dos lo nombrara, con esa mecánica lenta e inevitable de lo que lleva tiempo queriendo ocurrir y que en algún momento deja de pedir permiso.

Huele a café y a papel, y a algo más que no sabría describir con precisión pero que es inequívocamente ella. Algo que tiene que ver con el calor específico de alguien que ha estado trabajando horas, que lleva semanas con una historia en la cabeza y no la suelta, que ha discutido conmigo con toda la convicción de quien sabe que tiene razón aunque el momento haya sido erróneo. Eso tiene un olor. No sé ponerle nombre pero lo reconozco desde entonces y no lo voy a olvidar.

El teléfono sonó. Romero. Me levanté. Me alejé hacia la ventana. Hice lo que había que hacer.

Y en los veinte minutos que estuve de espaldas a ella escuchando a Romero explicarme que la fuente había tenido que desaparecer, una parte de mí — la parte que no es el abogado ni el estratega ni el hombre que lleva meses construyendo un caso con la paciencia de quien sabe que no puede permitirse un error — seguía exactamente donde estaba cuando sonó el teléfono.

A dos centímetros de Giulia Ferretti. Con la mirada en sus ojos. Sin haber decidido todavía si iba a ser un error o no.

* * *

El problema — el problema real, el que estoy gestionando mal desde que salí de ese apartamento — no es la atracción.

La atracción la conozco. La atracción tiene categoría, tiene peso específico, se archiva en una carpeta con una etiqueta y se gestiona con la misma metodología con que gestiono todo lo que no puedo permitirme que interfiera con el trabajo: primero reconocerlo, luego contenerlo, luego seguir.

Lo he hecho antes. Lo he hecho bien.

El problema es que esto no es solo atracción.

Esto es alguien que en el pasillo de un juzgado me sostuvo la mirada cuando no había ninguna razón práctica para hacerlo. Que en la acera de enfrente de casa de los Herrera me dijo « *eso lo decido yo* » sin subirle el volumen a la voz, sin agresividad, con la tranquilidad de quien lo dice porque es verdad y no porque quiera demostrar nada. Que cuando le dije

que estaba asustado no dijo nada y ese silencio fue exactamente lo que hacía falta.

Esto es alguien que trabaja como yo trabajo: con la cabeza por delante del miedo, con la historia más grande que los obstáculos, con esa convicción específica de quien ha elegido lo que hace porque no podría no hacerlo.

Eso no se archiva.

He intentado archivarlo. Cuatro veces esta noche, con metodologías distintas, con el rigor que le aplicaría a cualquier otra cosa que necesito contener. Las cuatro veces el archivo se abrió solo.

Son las dos y cuarto de la madrugada y Giulia Ferretti vive a ocho minutos de aquí y yo estoy mirando el techo con la certeza incómoda de que mañana, cuando abra el expediente y vea los documentos de Valls y llame a Romero para saber cómo está la fuente, lo primero que voy a pensar no va a ser en el caso.

* * *

A las cinco y media dejo de intentar dormir. Me levanto. Me visto. Salgo.

No es mi día de correr — corro los martes y los jueves, siempre el paseo marítimo, siempre a las siete, pero eso ya lo sabéis. Pero son las seis de la mañana y el despacho no abre hasta las ocho y necesito hacer algo con el cuerpo mientras la cabeza trabaja. Es un mecanismo que conozco de siempre: el movimiento físico ordena lo que el silencio desordena. Mi padre me lo enseñó sin decírmelo, simplemente observándole caminar por la casa a horas intempestivas cuando tenía algo que resolver.

El paseo marítimo a las seis de la mañana es otro mundo.

No hay turistas. No hay terrazas abiertas. Solo el mar — quieto, gris todavía, con esa luz de primera hora que no es azul ni blanca sino algo entre los dos que no tiene nombre fijo — y los pescadores que ya están de vuelta y los corredores madrugadores y la ciudad despertándose con la lentitud específica de un lugar que sabe que no tiene prisa.

Corro.

Soy consciente de que no debería estar aquí. Soy consciente de que anoche alguien me demostró que conoce mis rutinas con una precisión que no es casual, y que correr a una hora diferente en el mismo sitio es exactamente el tipo de inconsistencia que puede ser visible para quien está mirando. Lo proceso. Lo guardo en la categoría de riesgos calculados y sigo corriendo.

A veces la única forma de pensar bien es moverse.

El Mediterráneo a la izquierda. Siempre el Mediterráneo. Pienso en Giulia mirando el mar desde su terraza servilleta.

Lo pienso sin querer. Lo pienso con la claridad de las cosas que llegan solas, sin esfuerzo, sin que la cabeza haya decidido que es el momento.

Corro más.

* * *

Diego llama a las ocho y cuarto. Estoy en el despacho. Llevo cuarenta minutos con el expediente abierto en la página de los registros del muelle tres y he leído la misma anotación cuatro veces sin procesar nada.

—¿Has dormido? —dice Diego, al primer tono.

—He dormido.

Silencio.

—¿Cuánto?

—Diego.

—Te lo pregunto porque llevas la voz de los días de tres horas. Llevo quince años distinguiendo tu voz de tres horas de tu voz de siete horas y esta es claramente la de tres.

—Romero llamó anoche. La fuente ha tenido que parar.

Otro silencio. Este más largo. Del tipo que Diego usa cuando recibe información que entiende y no le gusta y está decidiendo si la parte que no le gusta la dice en voz alta o la guarda.

—¿A causa del artículo?

—Sí.

—¿La fuente está bien?

—De momento. Romero la tiene controlada —Hago una pausa—. Pero el acceso a la documentación interna de Sokolov está cortado hasta que la situación se estabilice. Lo cual significa que los documentos que esperábamos esta semana no van a llegar.

—¿Cuánto tiempo de retraso?

—No lo sé.

Diego procesa.

—¿Hablaste con ella?

La pregunta llega con la naturalidad de alguien que sabe exactamente de qué está hablando y no necesita especificar el antecedente.

—Sí.

—¿Y?

—Y no va a volver a publicar nada sin avisarme antes. Lo dijo ella.

Silencio.

—¿Cómo estaba? —dice Diego.

La pregunta tiene un peso diferente al que debería tener si fuera puramente profesional. Lo noto en el tono. Diego también nota que lo noto, y hay un segundo en el que los dos procesamos lo que el otro está procesando y ninguno dice nada porque no hace falta.

—Bien —digo.

—Alejandro.

—¿Qué?

—¿Cómo estás tú?

La pregunta de Elena ayer por la mañana, con otras palabras. El universo tiene a veces una precisión que no le pedí.

—Trabajando —digo.

—Eso no es lo que he preguntado.

—Diego.

—Oye —dice, y la voz cambia al tono que usa cuando deja de ser Diego el cómico y empieza a ser Diego el único amigo que lleva suficiente tiempo aquí para saber lo que me cuesta decir según qué—. Que te sientas así no es debilidad. No necesitas gestionarlo como si lo fuera.

No respondo.

—¿Te sientes así? —dice, después de un momento.

Miro el expediente. La misma anotación que llevo cuarenta minutos sin leer. Fuera la luz de la mañana ha decidido ya qué tipo de día va a ser —despejado, frío de la forma seca y limpia que tiene el frío aquí en octubre, con ese azul que no deja espacio para la duda.

—Sí —digo.

Silencio.

Diego asiente al otro lado del teléfono. No lo escucho, pero lo sé de la misma forma en que sé cuándo alguien está mirando: por la presión específica de algo que existe aunque no tenga sonido.

—Bien —dice, al final. Solo eso.

Es más que suficiente.

* * *

El problema operativo llega a las diez.

Romero en persona, lo cual ya es señal de que la información que trae no puede decirse por teléfono.

Se sienta en la silla de los clientes — la silla de Diego, que hoy no está — con el abrigo todavía puesto y esa expresión específica que tiene cuando algo le pesa más de lo que esperaba que pesara.

—Ignacio Valls —dice, sin preámbulo.

—Dime.

—La documentación que revisamos ayer. Las firmas de los turnos nocturnos —Hace una pausa del tipo que no es teatral sino genuina: la de alguien que está eligiendo las palabras con más cuidado de lo habitual—. No está solo.

Lo miro.

—¿Cuántos?

—Tres nombres más. Dos dentro de la administración portuaria, uno fuera —Romero mira la carpeta que ha traído, que está cerrada sobre sus rodillas como algo que preferiría no haber tenido que traer—. El de fuera es el que complica.

—¿Quién?

Lo dice. El nombre que Antonio Herrera escribió tres veces en documentos distintos con la letra pequeña y firme de quien anota las cosas que no puede permitirse olvidar. El nombre que Elena me repitió en el recibidor de su casa con la voz de alguien que lleva semanas cargando con él.

El nombre que yo no he pronunciado en voz alta todavía porque necesitaba verificación antes de hacerlo real.

—¿Tienes pruebas? —digo.

—Tengo suficiente para empezar. No para terminar.

—¿Cuánto más necesitas?

—La documentación interna que iba a traer la fuente esta semana — Romero me mira fijamente—. La que no va a llegar.

El despacho está en silencio.

Proceso la geometría de esto con la misma metodología de siempre: primero los hechos, luego las implicaciones, luego las acciones. Los hechos son limpios y malos. Las implicaciones son peores. Las acciones disponibles son escasas.

—Hay otra forma de conseguir esa documentación —digo.

Romero me mira.

—La periodista —dice.

No es una pregunta. Romero lleva suficiente tiempo en esto para saber adónde voy antes de que llegue.

—Tiene acceso que nosotros no tenemos. Ha llegado a sitios en tres semanas que nosotros llevamos meses intentando alcanzar.

—Y publica lo que encuentra.

—Llegamos a un acuerdo anoche. Nada se publica sin coordinación previa.

Romero me mira durante un momento largo.

—¿Confías en ella? —dice.

La pregunta es directa y merece una respuesta directa.

—Sí —digo.

No lo pienso. No necesito pensarlo. Llevo semanas observando a Giulia Ferretti trabajar — la forma en que verifica, la forma en que protege las fuentes, la forma en que no publicó durante días algo que habría acabado en portada porque todavía no tenía el cuadro completo. Eso no es impulsividad. Eso es juicio.

Romero asiente. Despacio.

—Entonces úsala —dice—. Pero con cuidado, Alejandro. Con mucho cuidado.

No especifica a qué se refiere con el cuidado. No hace falta. Romero lleva años leyéndome.

* * *

Me quedo solo en el despacho después de que Romero se vaya.

El expediente está abierto en la misma página de siempre. Las anotaciones de Antonio en el margen, con la letra firme de quien escribe para que alguien lo encuentre después.

Pienso en Antonio con su carpeta. En Elena con sus flores blancas. En Mateo con el talón que no para de golpear el suelo.

Pienso en lo que Romero acaba de decirme y en lo que significa para el caso y en los pasos que hay que dar a partir de aquí.

Y luego, porque soy un hombre que lleva una noche sin dormir y que ha decidido esta madrugada mirando el techo que no va a fingir que las cosas que son ciertas no lo son, pienso en Giulia. En la forma en que dijo « *no vuelvo a publicar nada sin avisarte antes* » como si fuera una decisión propia y no una concesión. En los ojos verde avellana a dos centímetros de

los míos. En el teléfono que sonó. En lo que habría pasado si no hubiera sonado.

Cojo el teléfono de la mesa.

Busco su nombre en los contactos. Está ahí, sin adornos — « *Giulia Ferretti* ». El número que ella misma escribió en el margen de su bloc con la letra rápida de quien lo hace porque hay cosas más urgentes y que sin embargo es precisa, legible, sin tachones.

No llamo. Todavía no.

Hay cosas que necesito verificar primero. Hay un nombre que necesita prueba antes de que yo pueda moverme. Hay una fuente que ha desaparecido y una red que no ha dejado de funcionar porque yo tenga un problema sin archivar. Pero la voy a llamar.

Y cuando lo haga no voy a ser el abogado del caso Herrera llamando a la periodista italiana que cubre la historia. Voy a ser el hombre que anoche estuvo a dos centímetros de esa mujer y que esta mañana no ha podido leer cuatro veces seguidas la misma página del expediente.

Dejo el teléfono.

Abro el expediente. La misma página. Las mismas anotaciones de Antonio. Esta vez las leo.

CAPÍTULO 11

Sofia en Marbella

GIULIA

El telefonillo suena a las once y cuarto de la mañana con la urgencia de alguien que lleva apretando el botón más tiempo del necesario.

No pregunto quién es.

Hay exactamente una persona en el mundo capaz de llegar a mi puerta sin avisar con ese nivel de determinación en el pulgar, y esa persona tiene el pelo rizado de mi padre, los ojos verdes de mi madre y la capacidad de reorganizar completamente una habitación en menos tiempo del que me lleva a mí encontrar las llaves.

—Ya subo —dice la voz por el interfono.

No es una pregunta. No es un aviso. Es una comunicación de hechos en tiempo presente.

Cazzo .

Miro el apartamento.

El apartamento me devuelve la mirada con el aspecto de quien lleva tres días siendo tratado como una oficina: el expediente Herrera extendido en el suelo en cuatro pilas organizadas por tema, dos tazas de café en estados distintos de abandono, el bloc abierto sobre el sofá, la chaqueta de Alejandro — que sigo sin devolverle porque cada vez que pienso en buscarle hay algo más urgente que hacer — colgada en la silla.

Tengo exactamente el tiempo que tarda Sofia Ferretti en subir dos pisos con lo que sea que haya traído.

No es suficiente tiempo. No es suficiente tiempo para nada.

* * *

La maleta es enorme.

No grande. Enorme. Del tamaño que implica o un traslado definitivo o una operación logística planificada con una ambición que no reconoce la escala de un fin de semana.

Sofía entra con la maleta, un bolso de mano, una bolsa de papel con lo que huele inequívocamente a comida italiana de verdad y una energía que no debería ser posible a esta hora si has salido de Bolonia esta mañana.

Me mira. Mira el apartamento. Vuelve a mirarme a mí.

—Ah —dice.

—Sofia.

—No he dicho nada.

—Ibas a decir algo.

—Estaba procesando —Suelta la maleta, suelta el bolso, conserva la bolsa de comida con el cuidado de quien sabe exactamente lo que lleva dentro—. Giulia. ¿Cuándo fue la última vez que viste el suelo de tu apartamento?

—El suelo está ahí.

—El suelo está debajo del caso Herrera. Que es distinto.

Me abraza. Con la contundencia de los abrazos de Sofía, que son breves y muy precisos, profundos. El tipo de abrazo que no pide permiso porque sabe que no lo necesita, que llega exactamente donde tiene que llegar y que cuando termina ya se nota que algo en el pecho estaba más apretado de lo que creías.

—¿Por qué no avisaste? —digo, cuando me suelta.

—Porque si avisaba ibas a decirme que no viniera.

—Eso es exactamente lo que te habría dicho.

—Exactamente —Mira alrededor con los ojos de alguien que cataloga—. ¿Tienes café?

—Lo estoy haciendo.

—Bien. Cuéntame todo mientras lo haces. Empezando por lo que está en esa silla —Señala la chaqueta sin apartar los ojos de ella—. Que no es tuya.

Mannaggia .

* * *

La cocina del apartamento más pequeño de Marbella tiene el tamaño exacto para una persona que cocina poco y para dos si una de las dos acepta apoyarse en la pared.

Sofía no acepta apoyarse en la pared. Sofia ocupa el espacio disponible con la autoridad de quien lo necesita todo y confía en que el entorno se reorganice.

—Empieza por la chaqueta —dice.

—La chaqueta es del abogado.

—¿Del abogado?

—Del abogado. La dejó aquí la noche que vino porque había recibido una amenaza y quería asegurarse de que yo estuviera bien. Cuando se fue la

olvidó, y llevo una semana sin devolvérsela porque cada vez que…

—Para —Sofia levanta una mano—. Vuelve al principio. ¿Qué noche?

—La del capítulo ocho.

—Giulia.

—¿Qué?

—Estamos en tu vida, no en el manuscrito. No hay capítulos.

Proceso eso.

—Hace unos días —digo—. Alguien le llamó amenazando. También mencionaron mi apartamento. Él vino para asegurarse de que estaba bien.

—¿De noche?

—Eran las once y media.

—¿Y se quedó hasta?

—Hasta la una y media. Trabajamos.

—Trabajasteis.

—¿Por qué repites todo lo que digo como si fuera sospechoso?

—Porque todo lo que dices es sospechoso —Coge el café que acabo de hacerle y lo rodea con las dos manos—. Giulia, un hombre vino a tu apartamento a las once y media de la noche, se quedó hasta la una y media, y se fue dejando aquí la chaqueta.

—Olvidó la chaqueta.

—Nadie olvida la chaqueta.

—La olvidó porque me quedé dormida y no me apetecía despertarme para devolvérsela.

Sofía me mira.

—¿Te tapó con algo?

Silencio.

—Con la chaqueta —digo, a un volumen ligeramente menor que los enunciados anteriores.

Sofía cierra los ojos. Los abre. Bebe el café con la solemnidad de quien ha recibido una información que confirma algo que lleva tiempo sospechando y que necesita un momento para procesar el alcance completo de la situación.

— *Madonna mia* —dice, al fin.

—Eso lo digo yo.

—Esta vez lo digo yo. Y punto.

* * *

Sofia descubre el apartamento con el método de las personas que necesitan entender el espacio para entender a la gente que lo habita: primero la terraza, desde la que se queda en silencio durante treinta segundos exactos mirando el Mediterráneo antes de decir « *entiendo por qué no te has ido* »; luego la nevera, que abre y cierra con la expresión de quien esperaba poco y aun así se lleva una decepción; luego el baño, donde deduzco lo que opina por el silencio prolongado que le sigue.

—¿Cuándo comiste algo que no fuera café o algo de barra? —pregunta, de vuelta en el salón, abriendo la bolsa que trajo.

—He comido.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—Ayer cuándo.

—Sofia.

—Mamá me va a llamar esta noche y me va a preguntar si comes. Necesito tener una respuesta que sea técnicamente verdadera.

—Come tú también, entonces.

—Yo he desayunado en el avión —Saca de la bolsa una tartera de metal que reconozco desde que tenía seis años. La tartera azul del ragù de papá—. Mamá lo hizo anoche. Le dije que venía y lo preparó todo.

Me quedo mirando la tartera.

Hay una escala de afecto en mi familia que va de « *te mando un mensaje* » a « *preparo ragù para que se lo lleves* ». El ragù significa que mi madre lleva días preocupada y no sabe cómo decirlo de otra forma que no sea pasta.

—¿Cuánto lleva preocupada? —digo.

—Desde el primer artículo —Sofía deja la tartera en el único sitio libre de la encimera—. No te dije nada porque no quería agobiarte. Pero cuando llamé el martes y te noté la voz de los días de tres horas de sueño, le dije que vendría.

—¿Y papá?

Sofía sonríe.

—Papá dijo: « *si hay un abogado bueno en el caso, dile que confíe en él. Los abogados buenos son los que tienen cara de no estar pasándolo bien* ».

No sé muy bien qué hacer con eso. Lo archivo en la carpeta donde guardo las cosas que mi padre dice que no tienen explicación pero resultan ser exactas.

* * *

Comemos en el suelo.

No porque no haya mesa — hay una, pequeña, contra la pared — sino porque el expediente ocupa la mayor parte del espacio horizontal disponible y Sofía ha decidido, con la lógica pragmática que la caracteriza, que mover el expediente sería un error — « *si lo muevo vas a tardar cuarenta minutos en reorganizarlo y yo me muero de hambre* » — y que sentarse en el suelo con el ragù de mamá en la tartera azul es una solución perfectamente digna. Y lo es.

—Cuéntame el caso —dice Sofia, con el plato en el regazo y la expresión de quien ha decidido que va a entender esto aunque le lleve lo que le lleve.

Se lo cuento. No la versión resumida para personas que no están metidas en ello. La versión real, con los nombres, con el mapa, con Valls y su firma y los contenedores nocturnos y la red de Sokolov que lleva veinte años siendo invisible y la fuente que tuvo que desaparecer y el nombre que Romero pronunció en el despacho de Alejandro y que todavía no puedo publicar.

Sofia escucha sin interrumpir. Eso solo lo hace cuando algo le parece serio de verdad. Sofia interrumpe constantemente. El silencio de Sofía es un indicador de temperatura más fiable que cualquier termómetro.

—¿Y Alejandro? —dice, cuando termino.

—¿Qué pasa con Alejandro?

—¿Cuánto de lo que me acabas de contar es él y cuánto eres tú?

Lo pienso.

—La mitad, aproximadamente. Él tiene la parte legal y la fuente y los documentos de Antonio. Yo tengo las fuentes del puerto y a Amalia y el mapa de la red de distribución.

—No te preguntaba sobre el reparto de información.

—¿Sobre qué me preguntabas?

Sofía me mira con los ojos que heredó de mamá, que son los mismos que los míos pero que en ella tienen otra temperatura — más paciente, más larga, del tipo que espera a que llegues tú sola a la conclusión antes de señalarla.

—Te preguntaba —dice— sobre cuánto de lo que acabas de contarme lo cuentas como periodista y cuánto lo cuentas como alguien que está un poco enamorada del abogado. El salón se queda callado.

El Mediterráneo sigue ahí fuera. El ragù de mamá sigue estando bueno. La tartera azul sigue siendo la misma de siempre.

Todo igual.

—No estoy enamorada de Alejandro —digo.

—Mmm.

—Sofia.

—He dicho « *mmm* ». No he dicho nada.

—El « *mmm* » de Sofia Ferretti tiene una semántica muy desarrollada y las dos lo sabemos.

Sofia coge otro trozo de pan. Lo moja en el ragù con la concentración de quien realiza una operación delicada. Me mira por encima del pan.

—¿Cuántas veces has pensado en él hoy?

—Eso no es relevante.

—¿Cuántas?

—No llevo la cuenta.

—¿Cuántas veces has pensado en el caso hoy?

—Constantemente, es mi trabajo.

—¿Y cuántas veces pensaste en él antes de que llegara al caso?

Proceso la pregunta.

Proceso la respuesta.

Proceso el hecho de que la respuesta y la pregunta sobre el caso tienen el mismo resultado.

— *Cazzo* —digo, en voz baja.

—¡Ajá! —dice Sofia, con la serenidad de una persona que lleva semanas teniendo razón y ha aprendido a no celebrarlo demasiado.

* * *

La parte de la tarde que sigue a esa conversación tiene la calidad específica de las tardes en que alguien te ha dicho algo verdadero que no querías escuchar y tú estás procesando si está bien o mal que sea verdad.

Sofía, que conoce ese proceso desde que teníamos doce y catorce años y nos peleábamos por quién tenía razón con una intensidad que ahora me parece entrañable, me da espacio. Recoge los platos. Lava la tartera de mamá con el cuidado que merece. Se sienta en el sofá con el bloc vacío que encontró en mi mochila y dibuja la costa desde la ventana durante cuarenta minutos sin decir nada.

Yo me siento en el suelo, con la espalda contra el sofá y las pilas del expediente delante, y lo miro como si fuera la primera vez.

¿Cuándo dejé de ser objetiva?

Lo intento rastrear hacia atrás con la misma metodología con que rastrearía cualquier otra historia. El pasillo del juzgado. La acera de enfrente de casa de los Herrera. La noche de la llamada, él en mi puerta, el café que se enfrió, la chaqueta. La bronca del artículo. El momento antes del teléfono de Romero.

No encuentro el punto exacto. Lo cual es, en sí mismo, la respuesta.

Cuando puedes identificar el momento en que algo empezó, todavía tienes perspectiva. Cuando no puedes encontrarlo es porque ya estás dentro.

—Sofia.

—¿Mmm?

—¿Desde cuándo lo sabes?

Deja el bolígrafo. No se molesta en preguntar de qué hablo.

—Desde la primera llamada que me hiciste desde aquí. Dijiste « *hay un abogado que lleva el caso* » con el mismo tono que papá dice « *hay una cosa muy interesante en el periódico* » cuando en realidad está a punto de leerte el artículo entero en voz alta.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Es el tono de alguien que finge que algo es una información neutral cuando en realidad ya no es neutral. —Me mira—. Papá lo hace con la música, tú lo haces con las personas. Es herencia.

Silencio.

—¿Y el caso? —digo—. ¿Crees que estoy escribiendo el caso con parcialidad?

Sofia considera esto con el rigor que le daría a cualquier pregunta que merece una respuesta honesta.

—Creo —dice, al final — que estás cubriendo el caso con más cuidado del que tendrías si no te importara nada de lo que hay en él. Que proteges las fuentes más de lo habitual, que retrasas la publicación más de lo que habías planeado, que tomas decisiones editoriales pensando en cómo van a afectar a personas concretas en lugar de en cómo van a afectar al artículo —Supira—. Eso no es mal periodismo, Giulia. Eso es periodismo con contexto. La diferencia es que ahora tienes que saberlo tú.

Lo proceso.

—¿Y Alejandro?

—¿Qué pasa con Alejandro?

—¿Y si cuando termine el caso no hay caso? ¿Y si lo único que nos une es esto?

Sofía me mira durante un momento largo.

—¿Os une solo el caso?

No respondo. No necesito responder.

Las dos sabemos que el silencio de Giulia Ferretti también tiene una semántica muy desarrollada.

* * *

A las seis y media Sofía descubre la terraza.

Me refiero a que la había visto antes — fue lo primero que revisó al llegar — pero la descubre en el sentido de quedarse de pie en ella con la luz de la tarde encima y el Mediterráneo delante y esa expresión que tiene la gente cuando algo les llega de una manera que no esperaban que les llegara.

—Giulia —dice.

—¿Qué?

—Desde aquí no se ve el mar.

—Si te pones de puntillas y giras un poco a la izquierda. Sí, se ve el mar.

Se pone de puntillas. Gira un poco a la izquierda. Se queda así durante un momento.

—Entiendo que no te hayas ido.

—Ya lo dijiste antes.

—Antes lo dije por el caso. Ahora lo digo por esto.

Me coloco a su lado. Las dos de puntillas, girando un poco a la izquierda, mirando el mismo trozo de mar que yo llevo semanas mirando sin acabar de acostumbrarme del todo. Ese azul infinito que cambia de temperatura según la hora y que a estas seis y media de octubre tiene ese color exacto entre el añil y el cobre que dura exactamente el tiempo que dura, y que cada tarde me sorprende igualmente.

—¿Le has dicho algo? —dice Sofia. Sin apartar los ojos del mar.

—¿A quién?

—A Alejandro.

—¿Qué cosa?

—Cualquier cosa. Lo que sea.

Bajo los talones.

—El caso no ha terminado —digo—. No es el momento.

—¿Y cuándo va a ser el momento?

—Cuando termine.

—¿Y si cuando termine te vas?

La pregunta se queda entre las dos con el peso exacto que tiene. No más, no menos. Sofía no lo dice para hacerme daño. Sofia lo dice porque es la pregunta que yo llevo semanas no haciéndome y que en algún momento hay que hacerse.

—La beca termina cuando termina el artículo —digo.

—Lo sé.

—Y el artículo termina cuando termine el caso.

—Lo sé también.

—Y el caso puede terminar en dos semanas o en dos meses.

—Giulia.

—¿Qué?

Sofia baja también los talones. Se gira hacia mí. Con los ojos de mamá a esa luz de octubre en Marbella, que es la luz que no perdona nada pero que tampoco añade nada que no esté ya.

—Que no sepas lo que va a pasar no es una razón para no saber lo que sientes.

La miro durante un momento.

—¿Papá te ha dicho eso alguna vez?

Sofía sonríe.

—Papá dijo exactamente eso el día que mamá le dijo que a lo mejor se iba a hacer su doctorado a Florencia y él tenía que decidir en cuarenta y ocho horas si venía o no.

Y aquí estamos.

El Mediterráneo de las seis y media sigue haciendo lo suyo.

Brillando con ese color que no dura.

Que no vuelve cuando desaparece. Que cada tarde es diferente.

* * *

La noche acaba con Sofia durmiendo en mi cama — porque la cama existe, es una superficie horizontal diseñada para un ser humano adulto y además tiene sábanas — y yo en el sofá con el bloc abierto en el regazo y una taza de té que se está enfriando.

No escribo. O escribo, pero no sobre el caso.

Escribo: « *No saber lo que va a pasar no es una razón para no saber lo que sientes* ».

Lo leo.

Lo tacho.

Lo subrayo.

Lo tacho otra vez.

Lo dejo.

Desde el dormitorio llega la voz de Sofía, que claramente no se ha dormido todavía.

—Giulia.

—¿Qué?

—La chaqueta.

—¿Qué pasa con la chaqueta?

—Devuélvesela.

—Ya lo haré.

—Devuélvesela tú. En persona. Sin la excusa del caso.

Silencio.

—Buenas noches, Sofia.

—Buenas noches, Giulia —y tras una pausa, añade— Oye.

—¿Qué? —digo.

—Que papá tenía razón con lo del abogado.

—¿Con qué exactamente?

—Con la cara.

Se calla.

Yo me quedo mirando el techo del apartamento más pequeño de Marbella con la taza de té en la mano y el bloc abierto, y la frase que he tachado dos veces todavía visible debajo de los tachones.

El Mediterráneo de noche no se ve desde aquí.

Pero está. Como siempre.

CAPÍTULO 12

La propuesta
ALEJANDRO

Llevo dos días sin ir al apartamento de la calle del Puerto.

No porque no haya razón para ir. Hay razón. La hay desde que Romero se sentó en la silla de Diego con la carpeta sobre las rodillas y me dijo el nombre. Desde que entendí que sin la documentación que la fuente no puede traer, la única vía que queda pasa por alguien que tiene acceso a sitios a los que yo no llego.

Hay razón.

El problema es que no quiero que la única razón sea esa.

Lo proceso la mañana del primer día: la propuesta tiene sentido, los términos son claros, el intercambio es equilibrado. Giulia tiene a Paco Durán y a la red de contactos del muelle que ha construido en tres semanas con una eficacia que me incomoda reconocer. Yo tengo los documentos de Antonio, el acceso legal al expediente y a Romero, y la estructura jurídica para convertir la información en algo que sirva en un juzgado.

Nos necesitamos. Es un hecho.

Lo archivo. Cierro la carpeta. Miro el teléfono.

No llamo.

Lo proceso la mañana del segundo día con la misma metodología y el mismo resultado. Los hechos no cambian. La propuesta sigue teniendo sentido. Los términos siguen siendo claros. El intercambio sigue siendo equilibrado.

El problema sigue siendo el mismo. No quiero llegar a ese apartamento solo con el caso en la mano.

Lo que quiero llevar, además del caso, no tiene nombre todavía. O sí lo tiene, pero ponerle nombre requiere un nivel de certeza que no tengo o que no me permito tener aún. Así que lo dejo sin nombre, lo dejo en la carpeta que llevo dos días sin abrir, y el tercer día por la mañana me levanto, me ducho, me pongo el traje y voy al apartamento de la calle del Puerto.

Con el caso.

Solo con el caso.

O eso me digo.

* * *

La puerta la abre alguien que no es Giulia.

Tiene el pelo rojo recogido de cualquier manera, una camiseta con un pez enorme serigrafiado encima y los ojos verdes más directos que he visto en mucho tiempo.

Me mira.

Yo la miro.

—Tú eres el abogado —dice, en italiano con un español superpuesto que suena como si los dos idiomas se hubieran encontrado a mitad de camino y hubieran decidido convivir.

No es una pregunta.

—Alejandro Vidal —digo—. ¿Es este el apartamento de Giulia Ferretti?

La mujer de la camiseta con el pez me sostiene la mirada durante un segundo que dura exactamente lo que necesita durar para que yo entienda que me está evaluando con una minuciosidad que no tiene nada de casual.

—Sofia Ferretti —dice—. Hermana —Abre la puerta del todo—. Pasa. Giulia está en la ducha.

—Puedo esperar abajo.

—Puedes esperar arriba —Se aparta con la naturalidad de quien ha decidido que la conversación ya es un hecho—. ¿Café?

* * *

El apartamento a las diez de la mañana es diferente al apartamento de las noches que he estado aquí.

Las pilas del expediente siguen en el suelo, reorganizadas. La terraza tiene luz. Hay una maleta grande apoyada contra la pared que deduzco es de Sofía y no de Giulia porque tiene una pegatina de un gelato en Roma y otra que dice FOTOGRAFIAR TODO. También se distingue una tercera en la que se puede leer NO SÉ DÓNDE VOY PERO SÉ QUE VOY.

Sofia me sirve el café con la eficiencia de alguien que conoce la cocina de otro como si fuera la suya y me lo pone en la única silla libre de la mesa, la que no tiene el bloc ni los folios ni la chaqueta.

Mi chaqueta.

Ahí está.

La proceso.

—¿Leche? —dice Sofia.

—Solo, gracias.

Se apoya en la encimera con su propio café y me mira con una franqueza que no es hostil pero que tampoco pretende ser discreta.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con mi hermana?

—Todavía no trabajamos juntos.

—¿Cuánto tiempo lleváis sin trabajar juntos, entonces?

Hay algo en el tono que registro como una trampa. No una trampa con mala intención. Una trampa de alguien que quiere información y ha decidido que la forma más eficiente de obtenerla es preguntarla directamente.

—Llevamos semanas en el mismo caso —digo—. Hasta ahora de forma paralela.

—¿Y ahora?

—Ahora vengo a proponer algo distinto.

Sofia bebe su café sin apartar los ojos de mí.

—¿La propuesta tiene que ver sólo con el caso?

No es la pregunta que esperaba.

Antes de que pueda decidir cómo responderla — o si responderla — se oye la puerta del baño al fondo del pasillo.

* * *

Giulia sale del baño con el pelo húmedo, una camiseta blanca y los vaqueros de siempre.

La camiseta es blanca.

Proceso eso.

Se detiene exactamente un segundo al verme sentado en la mesa de su cocina con el café en la mano y su hermana apoyada en la encimera de enfrente. Un segundo en que sus ojos van de mí a Sofia y de Sofía a mí con la velocidad de alguien calculando qué ha pasado en esta cocina antes de que ella llegara.

—Buenos días —digo.

—Alejandro —Mira a Sofía. Su hermana le devuelve la mirada con la expresión de quien no ha hecho nada especial—. No sabía que venías.

—No avisó.

—Tú tampoco avisas —le dice a Sofía.

—En esta familia nadie avisa —dice Sofia, con la serenidad de quien constata un hecho estadístico—. Es una característica del linaje. Viene a proponerte algo.

Giulia se pasa una mano por el pelo húmedo. El gesto revela algo que en cualquier otro contexto no significaría nada y en este contexto significa que no esperaba visita y que preferiría haber tenido veinte minutos para prepararse, y que no va a decir ninguna de esas dos cosas en voz alta.

Lo registro. No debería registrarlo. Pero lo registro igualmente.

—¿Café? —le dice Sofia.

—Ya sé dónde está el café en mi propia cocina, gracias hermanita.

—Solo preguntaba.

Giulia coge la taza. Se apoya en el lado opuesto de la encimera, espejo exacto de su hermana pero con otra temperatura. Sofía es energía centrífuga. Giulia es energía concentrada. Las dos con los ojos verdes. Las dos mirándome. Hay momentos en que la vida tiene demasiada simetría para ser accidental.

—Vengo a proponerte algo —digo.

—Ya me lo ha dicho —dice Giulia, con una mirada lateral a su hermana que significa exactamente lo que significa.

—¿Te ha dicho qué?

—Que venías a proponerme algo.

—Ah —Sofía se incorpora de la encimera con la ligereza de alguien que ha decidido que ya ha obtenido suficiente información por el momento—. Yo creo que tengo que ir a comprar algo.

—No tienes que ir a ningún sitio —dice Giulia.

—Tengo que ir a comprar tomates.

—No necesitamos tomates.

—Los necesito yo. —Sofía ya está cogiendo el bolso con la velocidad de quien lleva la maniobra planificada—. Para el ragù de esta noche —Me mira a mí—. ¿Te quedas a cenar?

—Sofia.

—Solo preguntaba.

La puerta se cierra. El apartamento se queda en silencio.

Giulia y yo en la cocina.

Marbella de fondo.

La camiseta blanca.

* * *

Se sienta enfrente mía.

No en la silla que queda más lejos. En la de enfrente, la que nos deja la mesa entre los dos. Una mesa pequeña que en este apartamento es exactamente suficiente para dos personas y no un centímetro más. Lo noto cuando me inclino ligeramente hacia la carpeta. Lo noto cuando ella hace lo mismo.

—¿Qué propuesta? —dice.

Directa. Sin preámbulo.

Abro la carpeta. La pongo sobre la mesa entre los dos. No empujo los papeles hacia ella, los dejo en el centro, accesibles, en terreno neutral.

—Romero tiene un nombre. El nombre conecta con alguien dentro de la administración portuaria y con alguien fuera. Para llegar al de fuera necesito documentación que la fuente no puede traer ahora mismo.

Giulia no toca los papeles. Los mira. Y luego me mira a mí, que es diferente, y durante ese segundo en que sus ojos suben de los documentos a mi cara tengo la certeza incómoda de que lo que está pasando en esta mesa no está pasando solo en la carpeta.

—¿Qué tipo de documentación?

—Registros de transferencias a través de una empresa de fachada en Gibraltar. Antonio los mencionó en sus notas pero no llegó a obtenerlos — Hago una pausa—. Tú tienes a alguien en el muelle que lleva diez años viendo cómo se mueve la mercancía.

—Mis fuentes son confidenciales.

—Lo sé.

—No voy a darte un nombre.

—No te lo estoy pidiendo.

Silencio. Giulia me evalúa.

—¿Qué me estás pidiendo entonces?

La pregunta es sobre el caso. Lo sé. Y aun así hay algo en cómo la dice — con esa voz baja y directa, con los ojos fijos en los míos — que hace que la respuesta tarde un segundo más de lo que debería.

—Que me digas si esa fuente tiene acceso a las transferencias de los últimos dieciocho meses. No el nombre. Solo si existe esa información.

—Y si existe, ¿qué?

—Si existe, trabajamos juntos para obtenerla de forma que sea utilizable en un juzgado.

Giulia rodea la taza con las dos manos. El gesto de siempre. Lo conozco ya. Lo hace cuando está procesando algo que todavía no ha decidido si

quiere decir. Conozco el gesto. Conozco la taza. Conozco la forma en que inclina ligeramente la cabeza cuando piensa. Llevo semanas aprendiendo el idioma de esta mujer sin haber decidido formalmente hacerlo.

—¿Qué obtengo yo? —dice.

—Acceso completo a la documentación de Antonio. Todo lo que tengo —Hago una pausa—. Y mi análisis jurídico de cada pieza.

—¿Sin condiciones de publicación?

—Con una condición de publicación.

—No.

—Todavía no has escuchado la condición.

—No me importa la condición. Mis decisiones editoriales no se negocian.

La miro.

Ella me mira.

Hay algo en esta conversación que no es solo la conversación. Está pasando en dos niveles a la vez — el nivel de lo que se dice, que es el caso y los términos y los documentos. Y el nivel de lo que no se dice, que tiene que ver con la noche de la bronca y con el momento antes del teléfono de Romero y con el hecho de que llevamos diez minutos sentados a cuarenta centímetros de distancia y ninguno de los dos ha movido la silla hacia atrás.

Los dos lo sabemos. Ninguno lo nombra.

—La condición —digo— es coordinación, no censura. Nada de lo que obtengas a través de mi documentación se publica antes de que yo lo sepa. No para vetarlo. Para que no destruya el caso antes de que lleguemos a juicio.

Giulia lo considera.

—¿Cuánto tiempo de margen?

—Suficiente.

—Eso no es un número.

—Cuarenta y ocho horas en condiciones normales. En situaciones de riesgo para personas concretas, el tiempo que haga falta.

—¿Quién define « *riesgo para personas concretas* »?

—Los dos.

—¿Los dos? —repite.

No lo dice con escepticismo. Lo dice con algo más parecido a la concentración, como si la frase tuviera más peso del que esperaba que tuviera y lo estuviera midiendo.

—Sí.

—¿Y si no nos ponemos de acuerdo?

—Nos pondremos de acuerdo.

Es la primera vez que digo eso en una negociación y lo creo.

Giulia me mira durante un momento largo. Demasiado largo para ser solo profesional. Hay algo en esa mirada, algo que no es el análisis del abogado frente a la periodista sino otra cosa, más antigua y más simple, que me obliga a no apartar los ojos.

El mechón húmedo que le cae delante de la cara.

No se lo aparta.

Yo no se lo aparto. Pero lo pienso.

* * *

—La fuente existe —dice al final.

Su voz ha bajado medio tono. No sé si lo hace conscientemente.

—¿Y la información?

—Necesito verificarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—Uno o dos días.

—Bien.

Asiente. Del tipo de asentimiento que no es acuerdo todavía sino reconocimiento de que el acuerdo es posible, que existe un espacio entre los dos donde algo puede construirse. Hay una diferencia. Los dos lo sabemos.

—Hay algo más —digo.

—¿Más condiciones?

—No. Algo que necesitas saber antes de decidir si quieres hacer esto.

Giulia deja la taza en la mesa. Se incorpora ligeramente. El movimiento la acerca, no mucho, un par de centímetros, pero en esta mesa a esta distancia un par de centímetros son exactamente lo que son.

Lo registro.

—El nombre que tiene Romero no es solo alguien en la administración portuaria. Es alguien con conexiones institucionales suficientes para hacer desaparecer el caso si llegamos demasiado despacio o demasiado ruidosos —Hago una pausa—. Lo que construyamos juntos tiene que ser tan sólido que no haya forma de desmantelarlo. Sin fisuras. Sin errores de procedimiento. Sin publicaciones prematuras que den aviso.

Giulia me mira.

—¿Qué estás diciéndome?

—Que esto ya no es solo el caso Herrera.

Silencio.

El sol de la mañana entra por la terraza y cae exactamente entre los dos en la mesa, sobre los papeles de la carpeta abierta. Giulia tiene una franja de luz en el hombro izquierdo. La camiseta blanca.

No debería registrar la camiseta blanca.

—¿Cuánto más grande? —dice.

—Lo suficiente para que sea peligroso para los dos.

No lo suavizo. No tiene sentido suavizarlo. Giulia Ferretti lleva semanas en esto y sabe leer entre líneas mejor que la mayoría de los abogados que conozco. Decirle menos de lo que es sería un insulto para los dos.

Lo procesa. No lo veo en su cara. La cara de Giulia no da demasiado cuando procesa, es una de las cosas que me desestabilizó desde el principio, esa capacidad de pensar sin que se note. Lo veo en los ojos. Esos ojos verde avellana que ahora mismo tengo a sólo cuarenta centímetros. Hay un segundo en que se oscurecen ligeramente con algo que podría ser miedo y que casi de inmediato se convierte en otra cosa. Determinación.

Pero también hay algo más, debajo de la determinación, que no tiene nombre profesional.

—Lo sé —dice.

—¿Lo sabes?

—Llevo tres semanas en esto, Alejandro.

La primera vez que dice mi nombre sin apellido.

Lo dice con la misma voz de antes, que ha bajado ese medio tono del que no sé si es consciente, y en esta cocina pequeña con el sol en la mesa y nadie más en el apartamento, ese medio tono hace algo con el espacio que no tiene que ver con el caso Herrera.

No lo señalo. Y tengo que hacer un esfuerzo para no señalarlo.

* * *

La negociación dura cuarenta minutos más.

Cuarenta minutos que tendría que describir como profesionales y que son profesionales — hay términos, hay condiciones, hay momentos de fricción real sobre los que ninguno cede porque no puede ceder, pero que tienen una temperatura que no tienen otras negociaciones.

Es la mesa.

O no es la mesa. Es la distancia, que no cambia pero que los dos seguimos sin corregir. Es el que cada vez que uno de los dos se inclina sobre los papeles el otro no se echa hacia atrás. Es el hecho de que Giulia tiene un bolígrafo en la mano y lo hace girar entre los dedos cuando piensa y llevo diez minutos registrando ese giro sin poder evitarlo. Es que cuando me contradice — y me contradice tres veces, con precisión quirúrgica, en los únicos tres puntos donde tengo menos razón de la que demuestro — me mira de una forma que no es hostil sino algo más parecido a lo que hay entre dos personas que se han pasado semanas midiendo la distancia exacta.

—Quiero acceso al informe pericial del forense —dice, en un momento.

—Es confidencial.

—Sé que es confidencial. Por eso te lo pido a ti.

La forma en que lo dice. No es seducción. No lo es. Giulia Ferretti no hace nada que no quiera hacer y lo que está haciendo es negociar. Pero hay algo en ese « *por eso te lo pido a ti* » que cae de una manera específica, con el peso de alguien que reconoce que la otra persona tiene algo que ella necesita y que no le importa reconocerlo.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para entender si lo que me contó Amalia es coherente con la hora del crimen.

—Lo es.

—Necesito verlo yo.

Lo sopeso.

—Te lo paso esta tarde —digo.

Anota algo en el bloc. Sin un gracias. Lo que hay en su lugar no es descortesía, es algo más directo, la comunicación entre personas que ya han pasado el punto en que los formalismos llenan el espacio.

—Yo verifico lo de la fuente mañana por la mañana —dice—. Si la información existe, te llamo.

—¿Y si no existe?

—Si no existe, te llamo igualmente.

—¿Para decirme que no existe?

—Para buscar otra vía.

La miro.

—¿Juntos?

Levanta los ojos del bloc.

—Eso es lo que hemos acordado, no?

Hay un momento — tres segundos, quizá cuatro — en que ninguno de los dos aparta la mirada. No es un desafío. No es exactamente eso. Es más parecido a un reconocimiento mutuo, el tipo de situaciones que ocurre cuando dos personas llevan suficiente tiempo en la misma habitación como para que ya no haya nada que establecer y solo quede lo que hay.

Lo hay.

Los dos lo sabemos.

Cierro la carpeta.

* * *

Me levanto.

Giulia se levanta también — el movimiento simultáneo de quien ha procesado que la reunión ha terminado, aunque en el aire de este apartamento queda algo que no ha terminado, que lleva semanas sin terminar, que cada vez que estamos en la misma habitación se vuelve más difícil de ignorar. Que más que terminar, empieza.

Entonces me acuerdo.

—La chaqueta —digo.

Giulia mira la silla. Un segundo.

—La olvidaste.

—Sí.

No me muevo hacia la silla. No la cojo yo. Espero.

Giulia coge la chaqueta. Se gira. Y cuando se gira estamos más cerca de lo que calculé porque el apartamento es pequeño y la mesa es pequeña y los dos nos hemos levantado hacia el mismo punto sin coordinarlo.

Sesenta centímetros.

Menos.

Me la da con las dos manos, despacio, de la forma en que se da algo a alguien cuando no hay prisa y el espacio entre los dos ya no es espacio en el sentido neutro sino algo que tiene una calidad específica, una densidad que los dos reconocemos y ninguno ha nombrado todavía.

La cojo con las dos manos y rozo sus dedos casi sin darme cuenta. Ella no la suelta.

Un segundo.

Dos.

Sus dedos y los míos sobre la misma tela. La ventana abierta. El ruido lejano del puerto. El Mediterráneo al fondo con toda su indiferencia

perfecta.

Giulia tiene los ojos levantados hacia mí.

Verde avellana con el punto dorado cerca del iris que sólo se ve a esta distancia.

Hay cosas que el cuerpo decide antes de que la cabeza lo autorice. Hay un milímetro — uno solo — en que me inclino. No hacia la carpeta. No hacia la puerta.

Su respiración cambia. La escucho. No cambia de forma dramática — no es un jadeo, no es nada que pudiera señalarse desde fuera — pero la conozco ya, conozco el ritmo exacto de cómo respira cuando está pensando y cómo respira cuando está esperando, y esto es lo segundo.

—Gracias —digo.

Mi voz ha bajado ese mismo medio tono que la suya.

—Es tuya —dice.

No se mueve. Yo tampoco.

Y luego — con la lentitud de algo que ha estado a punto de ocurrir demasiadas veces para que este no-ocurrir sea inocente — suelta la chaqueta.

Un centímetro de distancia.

Que no se cruza. Todavía.

* * *

En el rellano de la escalera me cruzo con Sofia Ferretti.

Lleva una bolsa de tela con lo que efectivamente parece ser tomates. Me mira con la expresión de quien no fingirá que no estaba midiendo el tiempo.

—¿Cómo ha ido? —dice.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Hemos llegado a un acuerdo.

Sofia asiente.

—¿De trabajo?

Hay algo en esa pregunta que no tiene respuesta limpia. La respuesta limpia es sí. Es un acuerdo de trabajo, tiene términos, tiene condiciones, tiene una estructura profesional que sostendría cualquier escrutinio.

La respuesta verdadera es más complicada.

—De trabajo —digo.

Sofía me mira durante un momento.

—Mi hermana es muy buena en su trabajo —dice.

—Lo sé.

—También es terrible con las cosas que no tienen estructura. Las que no se pueden organizar en pilas en el suelo.

Lo proceso.

—¿Por qué me dice eso?

Sofía sonríe. Con la sonrisa exacta de alguien que ha tomado una decisión sobre ti que todavía no te ha comunicado.

—Porque creo que usted también lo es —dice—. Y me parece que dos personas a las que se les da mal la misma cosa, pueden o destruirse o compensarse —Sube un peldaño—. Espero que sea lo segundo.

Sube las escaleras.

Yo las bajo.

En la calle el sol de octubre tiene esa temperatura exacta que no necesita nombre. No es frío, no es calor, es simplemente el sur a mediados de otoño cuando el verano se ha ido del todo pero nos ha dejado lo que en Andalucía conocemos como el calor del membrillo. Y me detengo un momento en la acera con la chaqueta en la mano y la carpeta bajo el brazo.

La chaqueta huele diferente. Lleva una semana en ese apartamento. Y huele diferente. Huele a ella.

Me la pongo. Camino.

En algún punto entre la calle del Puerto y el despacho de Ramón y Cajal reconozco, con la claridad incómoda de las cosas que llevan tiempo siendo ciertas, que el acuerdo que acabo de firmar no es solo de trabajo. Que lo que pasó en esa cocina — los cuarenta centímetros que nunca fueron cuarenta del todo, la chaqueta con las dos manos, el milímetro que no se cruzó — no tiene categoría profesional.

Que nunca iba a tenerla. Que lo sabía cuando subí esas escaleras. Y por primera vez en mucho tiempo, eso no me parece un problema.

CAPÍTULO 13

Trabajar juntos (primer intento)
GIULIA

El despacho de Alejandro Vidal huele a café y a papel y a algo que no sé clasificar todavía y que probablemente no debería intentar clasificar. Huele a Alejandro.

Es la primera vez que entro aquí. Lo he visto desde el pasillo dos veces: la noche de la llamada, cuando pasé por delante sin detenerme, y una vez más cuando vine a recoger unos documentos y Diego me interceptó antes de que llegara a la puerta con la energía de un hombre que sabe exactamente lo que está haciendo y lo disfruta. Esta vez no hay Diego. Esta vez hay una cita, un acuerdo, y la primera sesión de trabajo real del trato que cerramos hace cuatro días en mi apartamento.

El despacho es lo que esperaba y lo que no esperaba al mismo tiempo. Ordenado — esto sí lo esperaba. Cada carpeta en su sitio, los expedientes apilados con una precisión que no es rigidez sino método. Pero hay también una planta en la esquina que alguien riega con regularidad (no Diego, que tiene cara de matar plantas sin querer), y en la estantería del fondo hay un libro de poesía encajado entre dos tomos de jurisprudencia que me deja mirándolo un segundo de más.

Alejandro está de pie junto a la mesa cuando entro. Chaqueta puesta. Por supuesto.

—Ferretti.

—Vidal.

Señala la silla frente a él. Me siento. Saco el bloc. Estamos trabajando.

* * *

La dinámica tarda exactamente once minutos en encontrar su ritmo.

Lo sé porque lo miro dos veces. La primera cuando llegamos a la primera discrepancia real sobre los turnos nocturnos del muelle tres. La segunda cuando él aparta el expediente para buscar otro y la luz de la mañana le da en la cara de una forma que no es relevante para nada de lo que estamos haciendo y que aun así anoto mentalmente sin querer. El reloj marca las once y once.

Trabajamos bien juntos. Esto es lo que no quiero reconocer y lo que es inevitable reconocer: trabajamos bien. Él tiene el cuadro legal: los huecos que la ley deja, las rutas que la documentación de Antonio abre, los nombres que ya no son solo nombres sino piezas de una estructura que empieza a tener forma. Yo tengo la calle: lo que Paco Durán me contó el martes sobre los movimientos en el muelle cuatro, lo que la dueña de la floristería recordó sin saber que recordaba algo importante, el sistema de turnos que no cuadra con los registros oficiales.

Las dos mitades encajan. Eso también lo anoto mentalmente. En la carpeta de siempre.

* * *

—El Filo —dice Alejandro, sin levantar la vista del expediente.

—¿Qué pasa con él?

—Aparece dos veces en los registros de Paco. Siempre de noche. Siempre en el mismo muelle —gira el folio hacia mí— aquí y aquí.

Me inclino sobre la mesa para ver mejor. El papel tiene las marcas de alguien que ha subrayado con bolígrafo de punta fina, con la presión exacta de quien escribe para no olvidar y no para impresionar.

—Las fechas —digo.

—Sí.

—Coinciden con los tres días que Antonio Herrera anotó en su agenda como « *reunión portuaria* ». Sin más detalle.

—Exacto.

Lo miro. Él ya me está mirando a mí. Hay un segundo — uno solo, breve — en el que los dos procesamos la misma cosa al mismo tiempo y ninguno dice nada porque no hace falta decirlo. Trabajamos bien. Nos entendemos bien.

—El Filo no es el jefe —digo—. Es el nexo.

—Es el que hace que las dos partes no se toquen nunca directamente — Asiente—. Si consiguiéramos identificarlo...

—Tenemos una descripción. Paco lo vio dos veces. Cuarenta y tantos, complexión fuerte, cicatriz en la mandíbula izquierda —pausa—. Y cojea ligeramente de la pierna izquierda también.

Algo cambia en la cara de Alejandro. Muy poco. Lo suficiente.

—¿Eso está en tus notas?

—Está en mis notas desde hace diez días.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque antes no teníamos un trato.

Un silencio. No incómodo, sino del tipo que tiene personalidad propia.

—Romero tiene un nombre —dice al final—. Alguien que encaja con esa descripción y que aparece dos veces en los márgenes del caso. Hasta ahora no había suficiente para vincularlo.

—Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Volvemos al expediente. Los dos al mismo tiempo. Como si lo hubiéramos ensayado.

* * *

La chaqueta ocurre a la una y dieciséis.

Llevamos dos horas trabajando. El café se ha enfriado dos veces. Yo he pasado al suelo, mi posición de pensar, que Diego ha mirado con una ceja levantada cuando ha asomado la cabeza a las doce y media y que Alejandro no ha comentado, lo cual dice algo de él que todavía no sé bien qué es. Las notas están extendidas a mi alrededor en un radio de metro y medio, organizadas con un sistema que sólo tiene sentido para mí y que, sin embargo, Alejandro ha entendido a la segunda, porque ha cogido dos veces exactamente el folio que necesitaba sin preguntar.

Esto también lo anoto. En la carpeta que no cierra.

Entonces Alejandro se pone de pie para buscar algo en la estantería del fondo y, en algún punto entre levantarse y llegar, se quita la chaqueta.

La cuelga en el respaldo de la silla con un gesto que es completamente automático. Sin pensar. Sin ceremonia. Ya lo hizo en el apartamento — la noche de la llamada, las once y media, sin avisar — y yo pensé entonces que era un detalle sin importancia que no volvería a ocurrir. La camisa de debajo es blanca, manga larga doblada hasta el codo, y hay algo en la línea del antebrazo que hace que pierda el hilo de lo que estaba escribiendo.

Exactamente igual que la primera vez.

Eso es, descubro ahora, bastante peor que si fuera nuevo.

Soy una profesional con un bloc lleno de notas y una investigación en curso y absolutamente ningún motivo para estar mirando el antebrazo de nadie. Así que me recupero.

—¿Sigues? —dice, sin girarse, buscando algo en la balda del medio.

—Sigo —digo.

No estoy siguiendo. Llevo cuarenta y cinco segundos mirando un codo.

Cazzo .

* * *

Vuelve a la mesa con una carpeta nueva. Se sienta. Abre el primer folio. Y entonces levanta la vista y me mira — directamente, sin aviso — con esa forma de mirar suya que no pregunta sino que espera. Como si supiera que hay algo que no he dicho todavía y estuviera dispuesto a dejar que llegara sola.

—Hay algo más —digo.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas diez minutos sin escribir.

Lo miro.

—Paco mencionó algo la última vez que lo vi —digo—. No sobre el Filo. Sobre los contenedores.

—¿Qué dijo?

—Que hay dos que nunca se abren en los controles de rutina. Que llevan así desde antes de que mataran a Antonio. Que todo el mundo lo sabe y nadie lo dice porque la persona que firmó la exención de control tiene un nombre que asusta.

Alejandro deja el bolígrafo sobre la mesa. Muy despacio. Me mira fijamente.

—¿Te dijo el nombre?

—No. Dijo que no podía —Pausa—. Pero dijo que si yo miraba los registros de exenciones del año pasado, el nombre estaría ahí. Que no estaba escondido. Que estaba a la vista porque nadie esperaba que nadie mirara.

Silencio.

Alejandro me mira fijamente durante un momento que dura lo que dura. Luego dice:

—Necesito esos registros.

—Lo sé. Por eso te lo estoy diciendo.

—¿Puedes conseguirlos?

—Puedo intentarlo. Tengo un contacto en la administración portuaria que me debe un favor.

—¿De qué tipo de favor estamos hablando?

—Del tipo que implica haberle guardado un secreto durante seis meses que habría complicado bastante su vida laboral.

Algo cruza la cara de Alejandro. No llega a ser una sonrisa, pero los ojos tienen ahora un cariz diferente.

—¿Cuándo puedes tenerlos?

—Mañana. Pasado como mucho.

—Bien.

Volvemos al trabajo. Pero hay algo que ha cambiado en el aire del despacho y los dos lo sabemos y ninguno lo menciona y eso también es parte del trato, supongo. La parte no escrita. La que pesa más.

* * *

A las dos y media, Alejandro cierra la última carpeta y se recuesta en la silla con ese gesto suyo de quien ha terminado de procesar algo y está pasando al siguiente estado. Yo sigo en el suelo, con las notas, aunque ya no estoy escribiendo.

—Es suficiente por hoy —dice.

—De acuerdo.

Empiezo a recoger los folios. Hay un sistema. Él lo observa durante un momento y luego se agacha — desde su lado de la mesa, sin pedirme permiso — y recoge los tres que quedaban más lejos con la misma precisión con la que lo hace todo, y me los pasa.

Nuestros dedos no se tocan.

Los noto de todas formas.

Me pongo de pie. Me cuelgo el bolso. Él ha vuelto a ponerse la chaqueta — cuándo, no lo sé, tampoco lo sé esta vez — y está de pie junto a la mesa con el expediente en la mano y esa quietud suya que no es distancia sino concentración en reposo.

—Mañana —digo.

—Mañana —confirma.

Cruzo el despacho hacia la puerta. Y entonces:

—Ferretti.

Me giro.

Alejandro me está mirando desde el otro lado del despacho. Su mirada hace que me sienta alguien, me atraviesa sin dificultad alguna, dejándome totalmente expuesta. La luz de la tarde le da de lado ahora — esa luz de

Marbella que no sabe estar quieta — y hay algo en su expresión que no es lo de siempre. Algo más abierto. Un ángulo distinto del mismo hombre.

—El libro —digo, antes de poder evitarlo. Señalo la estantería—. El de poesía. Entre los tomos de jurisprudencia.

Una pausa.

—Machado —dice.

—Lo sé. Lo reconocí.

Otro silencio. Diferente al anterior. Con algo adentro que no sé cómo catalogar.

—Caminante, son tus huellas el camino y nada más —digo, en voz baja, casi sin querer.

Un silencio muy corto. Y entonces:

—Caminante, no hay camino —continúa él, desde el otro lado del despacho, con la misma voz baja, sin apartar los ojos de mí—. Se hace camino al andar.

No lo recita. Lo dice. Como quien recuerda algo que aprendió hace mucho y que se le ha quedado dentro de una forma que no es literatura sino otra cosa.

No digo nada. Él tampoco.

El verso se queda flotando entre los dos en el aire del despacho — entre el expediente cerrado y la estantería y la luz de la tarde que ya casi no llega — y hay algo en ese momento que no es exactamente silencio sino todo lo contrario: un silencio tan lleno que ocupa espacio físico.

Me doy cuenta de que ninguno de los dos se ha movido ni un centímetro. Él está a cuatro metros, quizás cinco. La chaqueta puesta, las manos en los bolsillos, esa quietud suya que hoy tiene una temperatura diferente. No la del frío de siempre. Algo más cercano a la superficie. Algo que lleva toda la tarde asomándose sin terminar de salir y que ahora, con el verso en el aire y la luz cambiando, está a un milímetro de hacerlo.

Lo noto en algún lugar que no examino.

Lo anoto en la carpeta de siempre. Que en este momento está tan llena que ya no sé si va a poder seguir sin cerrarse sola.

Alejandro me mira durante un segundo que es más largo de lo que debería ser, con esa forma de mirar suya que no pregunta ni declara, sino que simplemente permanece. Y hay en sus ojos algo que no había visto antes — o que había visto y había archivado mal, bajo la etiqueta equivocada — y

que ahora, desde aquí, desde este ángulo exacto, no sé cómo seguir ignorando.

—Buen trabajo hoy —dice, al fin.

La voz es la de siempre. Pero la voz de siempre suena distinta después de Machado.

No es lo que iba a decir. Estoy segura de que no es lo que iba a decir.

—Tú también —digo.

Y salgo antes de que ninguno de los dos diga lo siguiente.

* * *

En el pasillo, Diego está de pie junto a la máquina de café con una taza en la mano y una sonrisa que lleva ahí desde antes de que yo abriera la puerta, lo cual significa que ha estado escuchando o que simplemente tiene un radar para este tipo de cosas que debería ser ilegal.

—¿Qué tal la reunión? —dice.

—Productiva.

—¿Solo productiva?

Lo miro.

—Solo productiva, Diego.

Asiente con la cabeza, muy despacio, con la expresión de quien escucha una respuesta y escucha también todo lo que la respuesta no dice.

—Claro —dice—. Claro que sí, amiga.

Bajo las escaleras a la calle.

El Mediterráneo se ve desde la esquina. Como siempre. El mismo.

Me pregunto si Machado también escribió algo sobre los días en que el camino se complica y los dos pies no van exactamente en la misma dirección. Probablemente sí. Probablemente Alejandro lo sabe de memoria.

Eso también lo anoto. En la carpeta de siempre. Que sigue sin cerrar.

CAPÍTULO 14

Lo que sabe Mateo
ALEJANDRO

La primera vez que vi a Mateo Herrera tenía once años y le faltaban dos dientes.

Fue en esta misma casa, en el salón de siempre. Un sábado de noviembre en que Antonio me citó para revisar unos contratos de la flota y el crío apareció desde el pasillo con una pelota de fútbol bajo el brazo y la misma mandíbula de su padre, cuadrada y firme, mirándome con esa expresión de los niños que ya saben que los adultos deciden cosas importantes y que aún no entienden por qué no se les consulta. Antonio lo presentó con una mano en el hombro y esa sonrisa suya de hombre orgulloso que no necesita decir que está orgulloso. Mateo me dio la mano con mucha formalidad para alguien al que le faltaban dos dientes.

Ocho años después, Mateo Herrera tiene diecinueve, todos los dientes, y la mandíbula apretada de una forma que conozco bien porque es exactamente la misma con la que yo apretaba la mía con su edad, cuando el mundo hacía cosas que no se podían resolver y la única respuesta disponible era no aflojar.

Llamo al timbre. Elena abre. Flores blancas en el jarrón de siempre. El olor de siempre. Esta casa tiene un aroma a hogar que me alcanza cada vez antes de que sea consciente de estar en ella.

—Alejandro.

—Elena. ¿Dónde está?

Algo cruza su cara. Muy rápido. Lo suficiente.

—En el jardín —dice—. Lleva ahí desde esta mañana.

* * *

El jardín de los Herrera es pequeño, orientado al sur. Mateo está sentado en los escalones que bajan desde la terraza, con la espalda recta y los codos sobre las rodillas y los ojos fijos en un punto del jardín como si ese punto le debiera algo.

Me siento a su lado. No digo nada. Él tampoco.

El jardín huele a tierra caliente y a cítrico. Hay una paloma en el tejado de la casa de al lado que lleva ahí desde que llegué y que no parece tener ninguna prisa. El sol de la tarde cae de lado, sin urgencia, como si también estuviera esperando a que alguien hablara primero.

Espero.

Con Mateo siempre hay que esperar. Lo aprendí hace años, cuando tenía catorce y rompió una ventana del colegio con el puño y Antonio me pidió que hablara con él porque no sabía cómo hacerlo sin que se cerrara en banda. Fui. Me senté en el suelo de su cuarto y no dije nada durante ocho minutos. Al noveno, Mateo me preguntó si alguna vez yo había hecho algo sin pensar de lo que me había arrepentido. Le dije que sí. Me preguntó si con el tiempo había dejado de ser una carga. Le dije que algunas cosas se vuelven más manejables y otras siempre las llevas contigo. Me miró como si esa fuera la respuesta más sincera que había recibido en su vida.

A veces pienso que fue la primera conversación real que tuvimos.

Aquí, en los escalones del jardín, espero de la misma forma. Sin reloj. Sin agenda.

Mateo habla primero a los cuatro minutos.

* * *

—Estuve en el puerto —dice.

No levanta la vista del limonero.

Proceso eso. Con cuidado.

—¿Cuándo?

—La noche que mataron a mi padre.

El jardín sigue igual. La paloma sigue en el tejado. El sol no se ha movido. Y sin embargo algo ha cambiado en el aire de una forma irreversible, como ocurre con las cosas que no pueden desdecirse una vez que se pronuncian.

No me muevo. No cambio el ritmo de la respiración. Mateo tiene el sensor de los que han aprendido a leer el cuerpo de los adultos para detectar exactamente cuándo van a dejar de escuchar y empezar a gestionar. Si lo activa ahora, lo pierdo.

—Cuéntame —digo.

* * *

Tarda un momento en empezar. Lo deja salir despacio, como quien descarga algo muy pesado con mucho cuidado de no romperse el pie.

Había ido al puerto porque su padre le había pedido que pasara a recoger unos documentos que había dejado en la oficina del muelle. Era tarde — las once, quizás las once y media — y Mateo pensó que iría rápido, que subiría, cogería los papeles y estaría de vuelta en casa antes de que Antonio llegara de la reunión que tenía esa noche. No tenía las llaves de la oficina, pero el guarda de seguridad del turno nocturno lo conocía de toda la vida. No habría problema.

Llegó al muelle tres y vio luz en la nave de almacenamiento. La que normalmente estaba cerrada a esa hora.

—Pensé que era alguien del turno —dice— que habían dejado la luz encendida. Fui a apagar...

Se detiene.

Espero.

—Había dos hombres —La voz no tiembla, pero hay algo detrás que cuesta—. Estaban hablando. Uno era mayor, con traje, nunca lo había visto. El otro...

Pausa.

—¿El otro qué? —digo.

Mateo aprieta las manos sobre las rodillas.

—El otro era alguien del puerto. Alguien que conozco. Que conocía a mi padre.

Me quedo quieto.

—¿Lo reconociste con seguridad?

—Le he visto en casa cien veces, Alejandro —La mandíbula apretada otra vez, pero diferente a antes. No es rabia contenida, es vergüenza de haber tardado tanto—. No me vieron. Me fui. Y cuando llegué a casa me enteré de que...

No termina la frase. No hace falta.

Estamos los dos sentados en los escalones del jardín de su padre con el silencio de las cosas que pesan demasiado para moverse rápido. Mateo tiene diecinueve años y lleva meses cargando con esto solo.

Eso también lo proceso. Con cuidado.

* * *

—¿Por qué no lo dijiste antes? —digo al final. Sin tono de reproche. Sólo una pregunta real.

Mateo tarda.

—Porque pensé que igual lo había visto mal. Que era tarde, que estaba oscuro, que quizás me había equivocado —Pausa—. Y porque si no me había equivocado...

—Si no te habías equivocado, decirlo tenía consecuencias.

—Para él. Para su familia —Me mira por primera vez desde que llegué—. ¡Tiene hijos, Alejandro!

Ahí está. El verdadero peso. No el miedo. Mateo no es un chico con miedo. Es el dilema de alguien que ha heredado aquéllo que le costó la vida a su padre: la incapacidad de ignorar lo que no debería ignorarse, aunque ignorarlo sea más fácil.

Es tan hijo de Antonio que me duele mirarlo. No lo digo en voz alta. Hay cosas que no se dicen porque decirlas no las hace más verdad sino que solo añade peso a quien ya carga con demasiado.

—Mateo —digo.

—¿Qué?

—Lo que hiciste esa noche, guardarlo, tiene sentido. Tiene todo el sentido —Hago una pausa—. Y lo que estás haciendo ahora, contármelo, también lo tiene.

Silencio.

—¿Lo vas a detener? —dice.

—Voy a hacer lo que hay que hacer con lo que me acabas de dar. Y lo voy a hacer bien.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que puedo darte ahora mismo.

Me mira durante un momento. Con esos ojos de Elena — más oscuros, más fijos — que buscan si hay algo detrás de lo que digo o si solo hay lo que digo.

Encuentra lo segundo. Asiente.

Una sola vez. Despacio.

Es la primera vez en meses que la mandíbula de Mateo Herrera no está apretada.

* * *

Elena está en la cocina cuando vuelvo a entrar. Ha preparado café que nadie le ha pedido y del que hay dos tazas en la encimera porque lo sabía — lo sabe siempre — y me lo pasa sin decir nada.

Bebo. Está demasiado caliente todavía pero lo agradezco.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —digo.

—Desde el principio —Elena mira hacia el jardín por el cristal de la puerta—. Lo vi en su cara la noche que volvió a casa. No supe qué era. Pensé que era el duelo, que todos lo llevamos de formas distintas... —Se detiene— Luego empezó a no dormir. A no comer bien. A quedarse horas mirando la nada.

—¿Le preguntaste?

—Tres veces. Las tres me dijo que estaba bien.

Asiento. Conozco ese « *estoy bien* ». Yo también lo he usado en demasiadas ocasiones. En esta misma cocina, después de hablar con Antonio sobre cosas que no quería que Elena cargara.

La familia Herrera tiene esa costumbre: protegerse entre ellos cargando cada uno con lo suyo en silencio. Es una forma de amor que tiene un coste muy alto.

—¿Está en peligro? —dice Elena. La voz tranquila, los ojos directos. No quiere que la protejan de la respuesta.

La miro.

—Voy a asegurarme de que no lo esté —digo— pero necesito que Mateo no hable de esto con nadie. Con nadie, Elena. Ni con los amigos, ni con el guarda del muelle, ni con la persona que vio.

—Lo entenderá.

—Necesito que lo entienda hoy.

Ella asiente. Una sola vez. Con esa eficiencia suya que no necesita más palabras porque ya ha procesado todo lo que hay que procesar y ha decidido exactamente lo que va a hacer.

Dejo la taza en la encimera. Cojo la chaqueta.

* * *

En el recibidor, antes de salir, Elena me llama.

—Alejandro.

Me giro.

Me mira con esa expresión que tiene a veces — la que no es de madre, ni de viuda, ni de nada que tenga nombre exacto sino de persona que ha visto

mucho y que sabe exactamente lo que está mirando.

—Mateo necesitaba contárselo a alguien que no fuera yo. Alguien que supiera qué hacer con ello —Pausa—. Desde el principio sabía que eras tú.

No sé muy bien qué hacer con eso.

—Antonio siempre decía que eras el hombre más serio que conocía —añade Elena, con algo que casi es una sonrisa— pero que debajo de todo eso había alguien que todavía sabía sentarse en el suelo con un crío.

El recibidor está en silencio.

Me pregunto cuándo le contó Antonio eso. Me pregunto cuántas cosas le contó Antonio a Elena que yo no sé.

Probablemente muchas. Era ese tipo de hombre.

—Cuídate —digo.

—Cuídale a él —dice ella.

Salgo.

* * *

El coche está en la calle de enfrente, bajo el naranjo de siempre.

Me siento al volante pero no arranco. Hay un procedimiento para esto —para la información que Mateo acaba de darme — y lo conozco bien. Nombre. Verificación. Romero. Los pasos son claros y están en orden y sé exactamente cuál viene primero.

Pero antes de los pasos hay un momento, breve, en el que proceso lo otro. Lo que no tiene procedimiento.

Mateo Herrera tiene diecinueve años y la mandíbula de su padre, los ojos de su madre y ha cargado solo durante meses con algo que habría aplastado a la mayoría de los adultos que conozco. Y en lugar de estallar — que sería lo fácil, que sería lo comprensible — ha esperado. Ha dudado. Ha pensado en los hijos de otra persona.

Antonio lo hizo bien. Lo hizo muy bien.

Miro el limonero que se ve por encima de la tapia del jardín. Lo plantó el año que nació Mateo, me lo dijo él mismo, una tarde en que los dos estábamos esperando una llamada que tardaba y el silencio necesitaba llenarse con algo. « *Para que cuando sea mayor tenga algo que sea suyo desde el principio* », me dijo. Y se rió de sí mismo un poco, porque era una cosa sentimental de decir y Antonio Herrera no era hombre de cosas sentimentales.

El árbol está alto. El limonero ha crecido.

Pienso en Giulia.

Tengo que contárselo — esto es exactamente para lo que existe el trato, y ella se lo ha ganado, y lo sé. Pero hay un segundo, honesto y breve, en que reconozco que no es solo el contrato. Que hay algo en la idea de llamarla que no tiene que ver con el procedimiento sino con otra cosa que no me paro a examinar porque tengo el coche arrancado y a Romero pendiente y no es el momento.

Lo archivo. En el lugar donde se archivan las cosas que no tienen nombre todavía.

Primero Romero. Luego Giulia.

Llamo a Romero.

—Necesito que te reúnas conmigo esta noche —digo, cuando descuelga —. Tenemos una pieza nueva. Una que lo cambia todo.

Una pausa al otro lado.

—¿Buena o mala? —dice Romero.

Lo pienso un segundo.

—Las dos cosas —digo.

Y arranco.

CAPÍTULO 15

Sokolov desde lejos

GIULIA

La empresa se llama Vega Import & Trade S.L. y tiene su sede en un edificio de cinco plantas en el paseo marítimo, con fachada de cristal y una placa de bronce junto a la puerta que le da un aspecto de legitimidad tan cuidado que resulta casi sospechoso. En el registro mercantil figura como empresa de importación y exportación de materias primas. En los documentos de Antonio Herrera figura como algo bastante diferente.

Llevo tres días observándola desde el bar de enfrente.

Hoy he decidido acercarme.

No entrar, eso sería una torpeza que no me puedo permitir. Pero sí pasear por delante, mirar el directorio de empresas del vestíbulo, calcular los accesos, ver quién entra y quién sale a según qué hora. Información de superficie. Nada que no pueda justificar si alguien me pregunta.

Alejandro no sabe que estoy aquí.

Esto también lo archivo, en la carpeta de las cosas que tendré que explicar más tarde.

* * *

El paseo marítimo a las doce del mediodía tiene esa luz de Marbella que no perdona nada. Blanca, horizontal, que aplana las sombras y hace que todo parezca más expuesto de lo que es.

Camino despacio. Bolso cruzado, cuaderno en la mano, el gesto de turista distraída que he practicado lo suficiente para que resulte natural.

El edificio de Vega Import es el tercero desde la esquina.

Me detengo frente al directorio del vestíbulo como si buscara una dirección. Leo. Memorizo. Cuatro plantas de empresas pantalla con nombres genéricos y el mismo apoderado en todas — un detalle que no está en ningún registro oficial pero que llevo semanas intentando verificar y que hoy, visto desde aquí, confirma lo que ya sospechaba.

Saco el teléfono. Hago dos fotos discretas.

Me doy la vuelta para irme. Y entonces noto algo.

* * *

No es un sonido. No es un movimiento concreto. Es esa sensación que tienen los periodistas que llevan tiempo en zonas donde equivocarse cuesta caro. Una ligera alteración en el patrón del entorno, algo que no encaja con el ritmo normal de la calle.

Alguien me está siguiendo. No miro atrás. Mirando atrás se ve el miedo, ¿lo recuerdas?

Sigo caminando. Mismo ritmo. Misma respiración. El cerebro, sin embargo, va a otra velocidad. Cuento los pasos. El eco de los que vienen detrás — más pesados que los míos, más lentos, calculados para mantenerse a distancia constante. Dos, quizás tres segundos detrás. No un peatón casual. Alguien que sabe lo que hace.

Giro por la primera bocacalle.

Los pasos giran también.

Cazzo .

El teléfono está en la mano. Abro el contacto de Alejandro. No llamo todavía. Llamar ahora significaría hablar, y hablar significaría que quien me sigue sabría que sé que me sigue, y eso cambia la dinámica de una forma que todavía no controlo.

Sigo caminando.

La reunión con Alejandro es en veinte minutos. Tres calles más arriba. Decido llegar a la reunión.

* * *

Lo veo antes de que yo llegue a él.

Está en la puerta del edificio donde quedamos, chaqueta puesta a pesar del calor, con el teléfono en la mano y esa expresión suya de concentración en reposo que ya conozco y que esta tarde, desde la distancia, tiene algo diferente. Algo más tenso. Está mirando hacia la calle.

Me está buscando.

Levanto la mano para saludar.

Pero Alejandro no me mira a mí. Mira un punto detrás de mí. Y lo que cruza su cara en ese segundo — tan breve, tan rápido, tan completamente distinto a todo lo que le he visto hasta ahora — no es la frialdad de siempre ni la concentración de siempre ni ninguna de las expresiones que he catalogado en semanas de observarle trabajar. Es miedo.

Limpio, sin disfrazar, real. Y desaparece en menos de un segundo, sustituido por algo que tampoco es lo habitual: movimiento.

* * *

Cruza la calle.

No camina, no exactamente. Se mueve con esa eficiencia de los que saben exactamente adónde van y por qué, sin correr, sin aspavientos, con una determinación en el cuerpo que en otro contexto podría confundirse con calma pero que yo, desde aquí, reconozco como su opuesto exacto.

Llega a mi lado en diez segundos.

No dice nada. Me pone una mano en la parte baja de la espalda.

No es un gesto brusco. No es un agarre. Es algo más difícil de ignorar que las dos cosas: una presión firme y cálida exactamente donde la espalda pierde la curva. La palma abierta, los dedos ligeramente extendidos, y dura lo suficiente para guiarme hacia el portal del edificio más cercano — tres, cuatro segundos — y luego desaparece. Pero el calor se queda. Sigo notándolo mientras empujo la puerta, mientras entro, mientras intento que mi cuerpo haga lo que se supone que tiene que hacer, que es moverse con normalidad como si una mano en ese sitio concreto no me hubiera desorganizado algo que llevaba semanas intentando mantener en su sitio.

Entro al portal. En parte porque es lo que hay que hacer. En parte porque necesito que haya algo sólido entre ese pensamiento y yo.

Él entra detrás. Cierra la puerta. Se queda un segundo mirando a través del cristal, hacia la calle.

Luego se gira hacia mí. Los ojos oscuros. La mandíbula tensa. La chaqueta perfectamente en su sitio como si nada hubiera pasado, excepto que algo en su forma de respirar dice que sí ha pasado y que a él le ha costado algo que preferiría no enseñar.

—¿Estás bien? —dice.

La voz es la voz de siempre. Controlada. Pero hay una urgencia debajo que no estaba antes, que se filtra por los bordes de la pregunta, y que hace que la pregunta suene a otra cosa distinta de lo que dice.

—Sí —digo—. ¿Quién era?

—Darío Vence —Una pausa—. El Filo.

El nombre aterriza en el portal como algo físico.

Proceso eso. Con cuidado. Proceso también lo que acaba de pasar fuera — la mano en la espalda, los diez segundos, la cara de Alejandro cuando me

vio llegar con alguien detrás.

—¿Me estaba siguiendo desde el edificio de Sokolov?

—Desde antes, probablemente —Me mira fijamente—. Giulia, ¿qué estabas haciendo en el paseo marítimo?

No es una pregunta de enfado. Es una pregunta de alguien que necesita entender el tamaño de lo que acaba de ocurrir.

—Trabajo de campo —digo.

—¿Sola?

—Siempre trabajo sola.

—No en este caso —Algo en su voz cambia. No sube el volumen, nunca sube el volumen, pero la temperatura baja un grado, que es peor—. Hay personas en esta investigación con las que no quieres cruzarte sin que nadie sepa dónde estás.

—Ya lo sé.

—Evidentemente no lo sabes lo suficiente.

Silencio.

Estamos los dos de pie en el portal de un edificio que ninguno de los dos conoce, a metro y medio de distancia, y hay entre nosotros algo que no es exactamente tensión y que tampoco es exactamente otra cosa. Es la adrenalina del peligro que todavía no ha terminado de bajar y la cercanía de dos personas que acaban de pasar por algo juntos sin haberlo planeado. Algo que ha hecho que se acerquen aún más cuando llevan meses intentando precisamente lo contrario.

—Tenía razones para estar ahí —digo—, buenas razones. Y las dos fotos que hice valen la discusión.

Alejandro me mira. No dice nada durante un segundo. Y en ese segundo noto que la mandíbula se suelta muy ligeramente, que algo en la postura cambia, que el esfuerzo que acaba de ejercer para sustituir el miedo por movimiento y el movimiento por esta conversación le ha costado más de lo que va a admitir.

—¿Qué fotos? —dice.

—El directorio de Vega Import. Cuatro empresas pantalla, mismo apoderado, y un nombre en la placa del despacho del tercer piso que no aparece en ningún registro público pero que encaja con lo que Paco nos contó sobre las exenciones de control.

Algo cambia en sus ojos.

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

Me mira durante un momento más. Con esa forma de mirar que ya conozco — que ya reconozco, que ya espero — y que esta tarde tiene algo adicional que no sé catalogar todavía. No es solo la evaluación de siempre. Es algo más cercano. Algo que tiene que ver con el segundo en la calle y con la mano en la espalda y con la cara que puso cuando me vio llegar con alguien detrás.

Saco el teléfono. Le muestro las fotos. Él las mira. Las amplía. Las vuelve a mirar.

—Bien —dice al fin. En voz baja.

No es el « *bien* » profesional de siempre. Es más pequeño. Más directo. El tipo de palabra que sale cuando la guardia se ha bajado un centímetro sin querer.

* * *

Salimos del portal cinco minutos después, cuando Alejandro ha verificado que la calle está despejada con una metodología que me dice que no es la primera vez que lo hace y que prefiero no examinar demasiado ahora mismo.

Caminamos juntos hacia el edificio de la reunión. No muy juntos — la distancia habitual. Pero algo ha cambiado en esa distancia habitual, en la forma en que él camina ligeramente más cerca que antes, como si la disposición del espacio entre los dos se hubiera reajustado en los últimos veinte minutos y ninguno de los dos hubiera dicho nada al respecto.

—Tenías miedo —digo.

Lo digo sin pensar. Me arrepiento en el mismo segundo en que lo digo y no me arrepiento a la vez. Alejandro no responde inmediatamente. Caminamos media manzana en silencio.

—Sí —dice.

Una sola palabra. Sin matices, sin gestión, sin el aparato habitual con el que Alejandro Vidal convierte las cosas incómodas en cosas manejables.

Solo sí.

Me quedo mirando la acera durante un paso, dos, tres.

—¿Por mí? —digo. No es una pregunta exactamente. Es verificar lo que ya sé.

—De lo que podría haber pasado —pausa muy breve—, que no es lo mismo pero casi.

El sol de la tarde da en la fachada blanca del edificio de enfrente y lo convierte en algo demasiado brillante para mirarlo directamente. Miro la acera. Alejandro mira hacia delante.

Ninguno de los dos dice nada más. No hace falta.

Hay cosas que cuando se dicen en voz alta ya son otra cosa. Y hay cosas que mientras no se dicen siguen siendo lo que son — más precisas, más reales, más difíciles de deshacer que cualquier palabra.

Esta es de las segundas.

Lo anoto en la carpeta de siempre. Que hoy, por primera vez, tiene algo que se parece a un nombre.

* * *

La reunión dura noventa minutos.

Trabajamos bien. Como siempre. Las fotos son lo que esperábamos y algo más. El nombre del apoderado abre una línea que Alejandro ya estaba siguiendo desde otro ángulo y que ahora, con esto, converge. Hay un momento en que los dos estamos mirando el mismo punto del mapa y la misma palabra sale de los dos al mismo tiempo, y nos miramos, y hay algo en esa fracción de segundo — el reconocimiento, la coincidencia, la cercanía que tienen dos personas que llevan semanas pensando juntas — que no es trabajo, que los dos sabemos que no es trabajo y que ninguno de los dos nombra ni quiere reconocer.

A las siete y media, cuando recojo las notas, Alejandro dice:

—La próxima vez que vayas a hacer trabajo de campo cerca de un activo de Sokolov, dímelo antes.

—No fue cerca —digo—. Fue enfrente.

Sonrío de manera pícara intentando quitar peso al asunto y que Alejandro se relaje.

—Giulia.

Mi nombre. Con ese peso específico que tiene cuando lo dice él. Que ya no es como cuando lo decía al principio — con la distancia de señorita Ferretti reconvertida en nombre propio — sino con algo diferente. Algo que no tenía hace tres semanas. Con calidez.

—De acuerdo —digo.

Me mira con una sonrisa divertida pero a la vez preocupada.

—¿De acuerdo sin condiciones?

—De acuerdo con la condición de que me cuentes lo suficiente para que no tenga que ir sola a buscar lo que me falta.

Una pausa.

—Trato —dice.

La misma palabra que usó el día del pacto. En la misma voz. Pero con una temperatura completamente diferente.

Recojo el bolso. Llego a la puerta. Y entonces, sin saber muy bien por qué, me giro.

Alejandro está de pie junto a la mesa. Me está mirando. No ha cogido nada, no ha abierto ninguna carpeta, no ha hecho el gesto de volver al trabajo. Solo me está mirando con esa expresión que se parece mucho a la del portal de antes — sin el miedo ya, sin la adrenalina — pero con algo que se ha quedado después de que todo eso pasara.

Algo que, si tuviera que ponerle nombre, se parecería bastante a no querer que me vaya.

No lo pongo en voz alta. Él tampoco.

Y entonces hago algo que no había planeado. Me acerco.

No digo nada. No lo pienso dos veces. Solo cruzo el metro y medio que hay entre nosotros y le rodeo el cuerpo con los brazos, apoyo mi cara contra su pecho, y me quedo así un segundo — el tiempo exacto en que él no hace nada porque no se lo esperaba — y luego noto que sus brazos me rodean despacio, con cuidado, como si no estuviera del todo seguro de que esto sea real o de que vaya a seguir siendo real si lo hace demasiado rápido.

Es un abrazo. Solo eso.

Pero Alejandro Vidal huele a algo limpio y cálido. Huele a tarde larga, y sus manos en mi espalda son completamente distintas de la mano en el portal de antes — más quietas, más deliberadas, más presentes — y yo, que llevo semanas catalogando cada gesto suyo con la precisión de alguien que intenta entender algo que no quiere entender, no encuentro categoría para esto. No tengo carpeta.

—Gracias —digo. En voz baja. Contra la tela de su chaqueta.
No especifico por qué. No hace falta. Por cruzar la calle. Por los diez segundos. Por la mano. Por el miedo que no disfraza del todo.

Alejandro no dice nada. Sólo aprieta un poco más, durante un segundo, y luego me suelta.

Me aparto. Lo miro. Él me mira. Hay algo en su cara que no he visto antes — no exactamente — algo que se parece a la guardia bajada sin haber dado

permiso para bajarla, y que desaparece casi tan rápido como el miedo de antes pero que deja algo detrás. Una huella.

—Mañana —digo.

—Mañana —dice.

Y salgo.

En la calle, el Mediterráneo se ve desde la esquina con esa luz del final de la tarde que convierte todo en oro durante exactamente diez minutos antes de volverse rosada y luego azul y luego noche.

Camino hacia el apartamento.

La carpeta de siempre ya tiene nombre.

No lo escribo todavía. Pero lo sé.

CAPÍTULO 16

La noche larga
ALEJANDRO

La una y cuarto de la madrugada.

El expediente lleva abierto encima de la mesa desde las diez. En tres horas he leído la misma página cuatro veces y cada vez que llego al final del segundo párrafo mi cabeza hace algo que no tiene nada que ver con lo que dice el segundo párrafo, y tengo que volver al principio.

Lo que hace mi cabeza es esto: reproducir el momento en que la vi llegar por la calle y vi a Vence detrás. El instante exacto. Ella caminando sin saber, él a veinte metros, calculando, paciente. Y algo en mi pecho que se contrajo de una forma que no tiene nada que ver con el caso ni con la investigación ni con ninguna de las razones profesionales que me doy. No fue protocolo. Fue terror puro. Del tipo que sientes antes de que la cabeza haya tenido tiempo de procesar nada. Del tipo que no se razona porque es más antiguo que el razonamiento. Tres segundos. Los que tardé en cruzar la calle. Los más largos que recuerdo en mucho tiempo.

Cierro el expediente.

Lo que está haciendo mi cabeza esta noche, con una constancia que ya empieza a rozar lo irritante, es reproducir el momento en el portal de la calle Ancha. La mano en la espalda. El calor específico de su piel en ese punto exacto. El segundo en el que noté sus brazos alrededor de mi cuerpo y tardé demasiado en reaccionar porque me pilló completamente desconectado del procedimiento con que proceso las cosas que no sé cómo procesar.

Y un « *gracias* ». Con la cara contra mi chaqueta. Sin especificar. Sin necesitar especificar.

Me levanto. Voy a la cocina. Pongo agua a calentar para un té que no me voy a beber. Miro por la ventana el puerto — las luces del muelle, el movimiento lento de las embarcaciones — y me digo, con la firmeza de alguien que lleva semanas diciéndose lo mismo, que esto es adrenalina post-peligro. Que lo de hoy en la calle fue un susto real y que los sustos reales generan reacciones emocionales que no tienen por qué significar nada.

Me lo creo aproximadamente lo mismo que me lo he creído las últimas semanas.

Que es nada.

* * *

El teléfono vibra a la una y veinticinco.

« *¿Estás despierto?* »

Diego. Por supuesto, Diego. Tiene un sensor para los peores momentos que en veintiséis años de amistad nunca ha fallado. El único consuelo es que tampoco falla en los buenos.

Escribo: « *Sí.* »

Treinta segundos después llaman a la puerta.

Lo miro cuando abro. Lleva una camiseta vieja del Athletic, pantalones de deporte, y en cada mano una cerveza con aspecto de haber salido directamente de mi nevera, lo cual es exactamente lo que ha pasado porque Diego Llorente lleva quince años entrando en mi casa con llave sin avisar y nunca, en esos quince años, he conseguido que deje de hacerlo.

—Tengo llave —dice tintineándolas, por si había alguna duda.

—Lo sé.

—Y vi la luz encendida desde la calle.

—Vives a seis minutos.

—Vivo a seis minutos.

Entra. Me tiende una cerveza.

— Y tengo muy buena vista —dice.

Me siento en el sofá. Él se sienta en el sillón de enfrente con la postura de alguien que ha venido con tiempo y sin prisa, que es la postura que más me cuesta a mí y que Diego adopta de forma natural en cualquier superficie.

—¿El proyecto? —digo.

—No —dice.

—¿Entonces? —digo.

—Entonces nada. Vi la luz encendida y pensé: o está trabajando o está pensando. Y si está pensando a la una de la madrugada con ese expediente delante que lleva tres horas sin pasar de página, no está pensando en el caso.

Silencio.

Bebo un poco de cerveza.

—¿Cómo sabes que lleva tres horas?

—Porque pasé a las diez y tenías la misma cara —Pausa—. Saqué las cervezas y me fui. Pensé que quizás a la una ya lo habías resuelto solo.

—Lo tengo resuelto.

—Claro.

—Lo tengo perfectamente identificado y catalogado.

—Alejandro.

—¿Qué?

—Llevas cuarenta y cinco minutos de pie en la cocina mirando el puerto.

Bajo la vista a la cerveza.

—Desde la ventana de tu casa no se ve mi cocina.

—No. Pero te conozco desde que tenías ocho años y tienes la cara de cuando llevas cuarenta y cinco minutos mirando el puerto.

No digo nada.

Diego bebe su cerveza con la paciencia de un hombre que sabe que no tiene que hacer nada más que esperar. Lleva prácticamente una vida perfeccionando esta técnica y la ha aplicado en distintas versiones de esta misma conversación — la del caso Delgado, la de la dimisión del despacho antiguo, la de la noche después del entierro de mi abuelo — con un resultado que siempre es el mismo: al final yo hablo.

No porque me guste hablar. Sino porque Diego espera mejor que nadie que conozco, y el silencio de Diego es el único que no sé sostener.

* * *

—Hoy tuvo un susto —digo al final.

No especifico quién.

No hace falta.

—¿Qué pasó?

—El Filo la siguió desde el paseo marítimo. Ella fue sola a hacer trabajo de campo cerca de Vega Import sin decirme nada y Vence la siguió dos manzanas. Yo la estaba esperando para una reunión y la vi llegar con él detrás.

Diego escucha. No interrumpe. Cuando termino hay un silencio de dos segundos en el que sé que está organizando lo que va a decir.

—¿Está bien?

—Sí. Entramos en un portal. Se fue.

—¿Y tú?

Levanto la vista.

—¿Yo qué?

—Que cómo estás tú.

Diego me mira con esa expresión que tiene. Directa, sin agenda, sin la ironía habitual. Esa que reserva para las cuatro o cinco preguntas al año que hace en serio. La reconozco. La reconozco exactamente igual que reconozco la mano en la espalda de esta tarde y la cara de Giulia preguntándome « *tenías miedo* » y yo respondiendo « *sí* » en la calle como si fuera una respuesta normal para un hombre que lleva treinta y tres años sin dar respuestas normales a ese tipo de preguntas.

Bebo un poco más de cerveza.

—Bien —digo.

—Esa no era la pregunta.

—Estoy bien, Diego.

—Tío, la pregunta es cómo estás tú, no qué nota te pones.

Silencio.

La nevera hace el ruido que hace siempre a esta hora, un zumbido bajo y constante que en esta ciudad con estas ventanas abiertas al mar resulta casi reconfortante. Lo escucho durante un segundo.

—Cuando la vi llegar con él detrás —digo, en voz más baja— tuve miedo.

Lo digo como lo que es. Sin adornos. Diego asiente una sola vez, despacio, como si estuviera confirmando algo que ya sabía pero que necesitaba oír en voz alta.

—¿Del tipo miedo profesional porque es una colaboradora importante para el caso? —dice.

Lo miro.

—No —digo — Un miedo que me devoró por dentro. Un miedo que no esperaba pero que, en el fondo, no me cogió por sorpresa.

Diego no sonríe. No hace ningún comentario. Solo asiente otra vez y bebe su cerveza y me deja con esa respuesta en el aire durante el tiempo que tarda en posarse, que es bastante más del que me gustaría.

* * *

El silencio dura lo suficiente para que yo empiece a reconstruir lo que no quiero reconstruir, que es lo que lleva haciendo mi cabeza desde las diez de la noche con una fidelidad de detalle que resulta completamente innecesaria.

El primer día. El blazer de lino con los codos gastados. La forma en que me miró cuando le dije que se fuera — sin irse, sin retroceder, con esa calma de quien ha decidido que este es su sitio y no piensa discutirlo. Recordé el color de sus ojos antes de que Diego me preguntara. Verde avellana. Lo noté en dos segundos y lo guardé sin saber que lo estaba guardando.

La noche que fui a su apartamento con el artículo. Furioso, convencido de que era una más de los que usaban el caso para construirse una carrera sin entender el coste humano de lo que movían. Y ella no cedió ni un centímetro. Se plantó en el marco de su puerta con el portátil en la mano y me devolvió cada argumento con una precisión que me cogió por sorpresa. Y en algún momento de esa discusión me di cuenta de que estaba demasiado cerca y que el enfado que había traído conmigo se había mezclado con algo que no tenía nombre útil y que preferí no examinar.

Luego dijo: *«Estaba asustado.* » Lo dijo ella, refiriéndose a mí. Y tenía razón.

El despacho. Ella sentada en la silla del otro lado de la mesa con el cuaderno abierto y los pies cruzados debajo de la silla. Y ese momento en que los dos miramos el mismo punto del mapa a la vez y la misma palabra salió de los dos al mismo tiempo. Y el segundo después — ese segundo en que nos miramos — que tampoco era trabajo y los dos lo sabíamos y ninguno dijo nada.

Machado.

Lo dijo como si fuera algo normal, con esa forma suya de decir las cosas importantes como si fueran casuales, y yo continué el verso sin pensar porque es lo que hace uno cuando alguien empieza algo que uno conoce. Y luego hubo un silencio que duró demasiado y ella pensó «salgo antes de que ninguno de los dos diga lo siguiente» y salió.

Y yo me quedé con lo siguiente todavía en la boca.

La mano en la espalda esta tarde. El calor que no se fue.

El abrazo.

« *Gracias.* »

* * *

—¿En qué estás pensando? —dice Diego.

Lo miro. Tiene la cerveza medio vacía y la expresión de quien ya tiene la respuesta pero prefiere que yo la encuentre solo.

—En varias cosas —digo.

—En ella —dice.

—Entre otras cosas.

—Solo en ella.

No lo niego.

Eso, en sí mismo, ya es una respuesta.

Diego lo registra. Lo veo en la forma en que algo se suaviza en su cara — no la sorpresa, que no existe porque Diego Llorente no se sorprende de nada que tenga que ver conmigo desde hace demasiados años — sino algo más parecido al alivio, que es peor, porque el alivio implica que llevaba tiempo esperando esto.

—Cuándo —dice. No como pregunta.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo lo decidiste.

—No he decidido nada.

—¿Cuándo lo notaste entonces?

Silencio.

Esta es la pregunta que llevo semanas evitando y que esta noche, a la una y media de la madrugada con una cerveza en la mano y sin el expediente delante, no tengo energía para seguir evitando.

—No sé cuándo —digo al final—. No hubo un momento concreto. Fue… — busco la palabra exacta— acumulativo.

—Acumulativo —repite Diego, con el tono de quien está tomando nota mental de algo.

—No es una novela, Diego.

—No. Pero suena bastante a una.

Me levanto. Voy a la ventana. El puerto sigue ahí — las luces, el agua quieta, la oscuridad horizontal del Mediterráneo que de noche tiene ese color específico que no existe en ningún otro sitio. Lo miro durante un segundo. No porque me ayude. Sino porque mirar algo concreto me da algo a lo que anclar la mente cuando lo que hay dentro se mueve.

—Es una periodista —digo, de espaldas a Diego—. Está aquí por una beca. En algún momento terminará la beca y volverá a Italia, y el caso terminará y cada uno seguirá con lo suyo.

—Ajá.

—Y además es una persona complicada. Es impulsiva y no pide permiso para nada. Y tiene una capacidad extraordinaria para meterse exactamente

donde no tiene que meterse que me ha costado semnas de trabajo más de una vez.

—Ajá.

—Y la investigación todavía no ha terminado, y mezclar esto ahora sería una imprudencia objetiva que no me puedo permitir.

—Ajá.

Me giro.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Es que me estás dando la razón —dice Diego—. Tiene todo el sentido del mundo. Los argumentos son sólidos. Te felicito —Pausa de medio segundo—. Y ninguno de ellos tiene nada que ver con lo que realmente estás pensando.

Lo miro.

—Alejandro —se inclina ligeramente hacia delante— Llevas dos minutos describiéndome a esta mujer como un problema logístico. Has mencionado la beca, el caso, Italia, la investigación. No has mencionado ni una sola vez cómo te hace sentir.

—Porque eso no es relevante para…

—Es lo único relevante. Lo demás son excusas. Buenas excusas, te las compro todas, pero excusas.

Silencio.

Largo. Del tipo de silencio que tiene peso.

* * *

Vuelvo al sofá. Me siento. Dejo la cerveza en la mesa y me inclino hacia delante con los codos en las rodillas, mirando el suelo, que es la postura que adopto cuando estoy procesando algo que prefería no procesar.

Diego espera. Como siempre. Como lo ha hecho siempre.

—Me hace sentir —empiezo, y me detengo, porque la frase tiene tres palabras y ya está siendo más difícil de terminar de lo que debería—. Cuando ella está en la habitación hay una parte de mí que funciona de forma diferente. No peor. Solo diferente. Como si hubiera un canal de atención que siempre está orientado hacia ella aunque yo esté mirando a otro lado —Pausa—. Cuando discutimos —y discutimos, Diego, con frecuencia y con ganas — hay algo en esas discusiones que me despierta más que cualquier conversación que tenga con nadie más. Y cuando cede en algo, o cuando tiene razón sobre algo que yo creía que no iba a tener razón,

hay una satisfacción que no es solo profesional —me callo un segundo—. Y esta tarde, cuando la vi llegar con Vence detrás, lo primero que sentí no fue cálculo. Fue —busco la palabra otra vez, la precisa, la que no exagera ni minimiza— pánico.

La palabra ocupa toda la habitación y se queda ahí.

Diego no dice nada.

—Pánico —repito, porque decirlo una vez no fue suficiente para entenderlo—. No miedo, sino terror. Del tipo que no tiene nada que ver con el caso ni con la investigación ni con ninguna de las razones profesionales que me doy para justificar por qué me importa lo que le pase.

Silencio.

—Y cuando me abrazó —digo, en voz más baja todavía— y me dijo « *gracias* » con esa voz que — sin mirarme, sin esperar nada a cambio — no supe qué hacer con eso. No tengo categoría para eso. No tengo carpeta donde archivar a una persona que me abraza en un despacho a las siete de la tarde después de un susto como ese y me lo agradece sin especificar por qué y yo…

Me detengo.

Diego espera.

—Y yo no quería que se fuera —termino.

Lo digo en voz muy baja. Como si a menor volumen pesara menos.

No pesa menos. Pesa exactamente igual.

* * *

El silencio que sigue a eso es diferente de todos los silencios de esta noche. No es el silencio de esperar ni el de procesar. Es el silencio de cuando algo que llevaba tiempo siendo cierto en privado pasa a ser cierto en voz alta, y esa diferencia — que parece pequeña — cambia la naturaleza del asunto de forma irreversible.

Diego bebe el último trago de su cerveza. La deja en la mesa. Me mira con esa expresión que tiene cuando está a punto de decir algo que sabe que voy a necesitar oír y que de todas formas no va a ser fácil.

—Te estás enamorando —dice.

No lo niego.

Hay un segundo — uno solo — en que la parte de mí que lleva treinta y tres años siendo Alejandro Vidal activa el mecanismo de defensa correspondiente, prepara el argumento, organiza los contraejemplos. Y

luego ese segundo pasa y lo que queda es simplemente la verdad, que es que llevo semanas sabiendo esto con la misma certeza con que sé cualquier otra cosa que no quiero saber. Y que esta noche, después de la mano en la espalda y el abrazo y el terror limpio en mi propio pecho, ya no tengo energía para seguir fingiendo que no la sé.

—Sí —digo.

Una sola palabra.

Diego sonríe. No es la sonrisa de quien ha ganado algo. Es la sonrisa de quien quiere a alguien desde hace veintiséis años y lleva tiempo esperando que ese alguien se permita algo como esto.

—¿Y lo estás manejando fatal? —dice, con esa sonrisa pilla que lleva implícito un "*yo siempre tengo razón, colega*".

—Espectacularmente mal —confirmo.

—Bien.

—Bien ¿qué?

—Bien que lo sepas —Se levanta. Coge las dos botellas vacías—. Es el primer paso.

—Diego —Lo miro—. El primer paso hacia qué, exactamente.

—Eso —dice— ya es problema tuyo.

* * *

Se va a las dos menos cuarto.

Oigo la puerta. Sus pasos en la escalera. Luego nada. El ruido del puerto, la nevera, el Mediterráneo haciendo lo que hace el Mediterráneo de noche que es existir con una calma que no es indolencia sino la calma específica de las cosas que saben que van a seguir estando mañana.

Me quedo en el sofá.

El expediente sigue cerrado encima de la mesa. No lo abro.

En cambio, sin planearlo, me encuentro reconstruyendo algo que no me había permitido reconstruir con este nivel de detalle hasta ahora: el primer momento. No el primer encuentro — eso fue en la puerta de la casa de Elena, dos frases, distancia profesional, nada que me diera información útil. El primer momento real.

La vista del juzgado. Ella en los escalones con el sol de octubre en la nuca y el bloc abierto y la expresión de alguien que está escribiendo con la misma naturalidad con que otros respiran. Y yo pasé por delante y ella no levantó la vista — no porque no me hubiera visto, sino porque estaba en

medio de algo y las personas que están en medio de algo de verdad no levantan la vista para lo que no es urgente — y algo en eso, en esa concentración sin artificio, me pareció más único que cualquier cosa que hubiera visto en mucho tiempo.

Lo guardé sin saber que lo estaba guardando. Lo he estado guardando desde entonces. Cada vez que pierde el hilo por un segundo y lo recupera sin que yo lo note, o casi. Cada vez que dice algo en italiano en voz baja y no se da cuenta de que lo he oído y que lo he entendido. Cada vez que discute conmigo con esa precisión que no cede ni cuando tiene menos razón que yo, que no es frecuente. Cada vez que escribe algo en el cuaderno con ese gesto de quien está capturando algo antes de que se escape.

La chaqueta en la silla de su apartamento. Una semana. Sin que nadie la moviera.

Machado en el umbral de mi despacho.

« *Gracias* ».

Cierro los ojos.

Treinta y tres años tomando decisiones con la cabeza. Manteniendo las distancias correctas. Sabiendo exactamente hasta dónde y por qué. Sin sorpresas no gestionadas, sin variables que no había calculado, sin personas que reajusten el espacio sin pedir permiso y sin posibilidad de volver a la distancia anterior.

Y entonces llega una periodista italiana con los codos gastados y un cuaderno de espiral y una capacidad para mirarme de frente que no esperaba, y en algún momento entre el primer desacuerdo y el verso de Machado y la mano en la espalda esta tarde y el terror de las siete de la noche, lo que yo creía que era una variable se convirtió en algo que no tengo nombre para llamar de otra forma que como acaba de llamarlo mi amigo.

Que es como lo he estado llamando yo en privado desde hace tiempo. Aunque no lo haya dicho en voz alta hasta esta noche.

* * *

Son las dos y veinte cuando apago la luz del salón.

El expediente sigue en la mesa. Mañana lo leeré. Mañana habrá una reunión y una investigación y un caso que no ha terminado y personas que dependen de que yo haga bien mi trabajo, y haré mi trabajo porque es lo

que hago y porque Antonio Herrera se merece que alguien lo haga bien hasta el final.

Pero esta noche, en la oscuridad del apartamento con el puerto al fondo, me permito algo que no me permito casi nunca: quedarme con lo que es sin intentar convertirlo en otra cosa.

Estoy enamorado de Giulia Ferretti.

No sé qué hacer con eso.

No sé si hay algo que se pueda hacer.

Pero lo sé. Y esta noche es suficiente con saberlo. Mañana, ya veremos.

CAPÍTULO 17

La primera vez
GIULIA

Sofía lleva semanas viviendo en mi apartamento.

Llegó en el capítulo 11 — en su vida, no en el manuscrito, como ella misma me corrigió — con una maleta enorme que no era de fin de semana sino de traslado indefinido, y desde entonces ha reorganizado la nevera, ha ocupado mi cama con la autoridad de quien sabe que es la hermana pequeña y eso le da derechos que no están escritos en ningún sitio, y ha opinado sobre cada aspecto de la investigación y de Alejandro Vidal con una precisión que resulta irritante precisamente porque casi nunca se equivoca.

Esta semana ha dicho que se va el viernes. Lo dijo con la misma naturalidad con que lo dice todo, mientras desayunaba, sin levantar la vista del café, como si semanas en Marbella fueran tiempo suficiente para evaluar el estado completo de la nueva vida de su hermana mayor y dar el asunto por gestionado.

—¿El viernes? —dije.

—Tengo cosas en Bolonia. Y además —me miró— creo que ya no me necesitas aquí de la misma forma.

—¿Qué significa eso?

—Significa lo que significa —Bebe café—. Ya sabes lo que sientes, Giulia. Lo que no sabes es qué vas a hacer con eso. Y eso ya lo tienes que resolver tú sola.

Y cambió de tema con esa habilidad suya de plantar una bomba y alejarse antes de que explote.

* * *

Esta noche Alejandro viene al apartamento.

No es la primera vez. Hemos trabajado aquí varias veces desde el pacto, y la chaqueta lleva días en la silla del pasillo como testimonio silencioso de eso. Pero esta vez hay algo diferente en el ambiente desde que abro la puerta. Algo que tiene que ver con el portal y con la mano en la espalda y con el abrazo y con lo que ninguno de los dos ha dicho desde entonces, que es mucho.

El apartamento está solo.

Sofía salió a las ocho con esa energía suya de quien no necesita plan para tener noche — « *Carmen me ha dicho que hay un sitio en el casco antiguo donde la sangría es razonable y la gente interesante* », dijo, como si eso fuera toda la información necesaria — y se fue dejando un rastro de perfume y la nevera ligeramente más ordenada que antes, que es su forma de decir que ha estado aquí.

Cuando llega Alejandro el apartamento tiene esa quietud específica de los espacios que acaban de quedarse solos. La chaqueta en la silla del pasillo. La mesa despejada. Nada que justifique ninguna incomodidad.

Y sin embargo… Nos ponemos a trabajar.

* * *

Llevamos cuatro horas trabajando y hemos avanzado más esta noche que en toda la semana. Hay algo en la dinámica de los dos juntos en este espacio — la mesa grande, los papeles organizados según su sistema que ya conozco, el silencio productivo que compartimos cuando los dos estamos en el mismo hilo — que funciona con una eficiencia que debería resultar estrictamente profesional y que esta noche, con Sofía fuera y el apartamento quieto y las doce menos cuarto en el reloj de la cocina, no resulta estrictamente nada.

Lo noto en el momento en que nuestras manos casi se rozan sobre el mismo papel y los dos nos detenemos medio segundo antes de continuar como si no hubiera pasado. Lo noto cuando levanta la vista y me encuentra mirándole y ninguno de los dos aparta la mirada con la velocidad que debería. Lo noto en la forma en que el silencio entre una frase y la siguiente se ha vuelto más denso, más consciente, más cargado de lo que debería estar un silencio entre dos personas que están, únicamente, revisando documentos sobre tráfico portuario ilegal.

Madonna mia .

Llevo semanas diciéndome que esto es trabajo. Que es colaboración forzada por las circunstancias. Que Alejandro Vidal es frío, preciso y controlado. Y que lo que yo interpreto como tensión es simplemente la forma en que él es él. Con esa intensidad suya que no va dirigida a nadie en concreto sino que simplemente existe, como el calor o la gravedad.

Llevo semanas mintiéndome.

Y esta noche, con su mano en mi espalda todavía sin archivar, el « *gracias* » todavía en la garganta y doce días de momentos que no caben en ninguna carpeta que tenga, no tengo energía para seguir haciéndolo.

* * *

Y entonces pasa. Irremediablemente.

Él está de pie junto a la ventana, revisando el mapa del puerto con una linterna pequeña que ha sacado no sé de dónde, y yo me levanto para llevarle el folio que acaba de pedir. Me paro a su lado, y durante un segundo los dos estamos mirando el mismo punto del mapa con nuestros cuerpos a tres centímetros de distancia. Él gira la cabeza para decirme algo que ha descubierto sobre los contenedores del sector norte, y yo giro la cabeza al mismo tiempo para preguntarle algo sobre las fechas. Y nos quedamos así, mirándonos, a tres centímetros, con la frase a medias en nuestras bocas. Y ninguno de los dos dice lo que iba a decir.

Silencio.

Alejandro baja la vista al folio que tengo en la mano. Luego la sube. Despacio, hasta encontrar mis labios.

Y no hace nada. No se aparta. No completa la frase. No vuelve al mapa. Solo me mira con esa expresión que ha aparecido pocas veces en todas las semanas y que llevo estudiando en su cara. Esa expresión que no tengo nombre para catalogar excepto que es la expresión de alguien que ha tomado una decisión y todavía no ha actuado.

Soy yo quien da el último centímetro. No lo pienso. No lo planifico. Solo me acerco ese milímetro que falta y su boca ya está ahí.

* * *

El primer beso dura un segundo.

Solo eso. Un segundo en que los dos nos quedamos quietos con los labios en contacto, como si los dos necesitáramos verificar que esto está pasando de verdad antes de decidir qué hacer con ello.

Luego él suelta el folio que tenía en la mano. Y ya no hay tres centímetros. Sus labios buscan con determinación y ternura a la vez algo en mi boca que todavía no sé que es. Mi boca explora la calidez de la suya con la urgencia de algo que deseaba que pasara desde hacía demasiado tiempo. Algo con lo que, sin darme cuenta, había fantaseado en más ocasiones de

las que me gustaría reconocer. Algo que no sé en qué carpeta archivé, pero que sé a ciencia cierta que existe.

Besa como habla. Con precisión, con seguridad, sin nada innecesario, pero con una intensidad debajo que contradice completamente la superficie. Y durante los primeros diez segundos yo estoy tan ocupada procesando que esto está pasando que casi me pierdo lo que está pasando, así que paro de procesar y simplemente me dejo llevar.

Sus manos. Una en mi mandíbula — la presión exacta, los dedos en el ángulo preciso — y la otra en mi cintura, buscando el espacio entre la camiseta y los pantalones como si llevara tiempo sabiendo que estaba ahí. Noto el calor de la palma de su mano en mi piel y algo en mi interior que llevaba semanas tenso se suelta de golpe con una violencia que no esperaba tras ese gesto conocido.

Me separo un centímetro.

—Alejandro —digo. No es una pregunta. Es verificar que sabe lo que está haciendo.

Me mira. Los ojos oscuros con algo en ellos que no había visto antes. No exactamente, no con esta claridad. Se parece a la guardia completamente bajada.

—Sí —dice mirándome a los ojos mientras continúa asiéndome por la cintura.

Una sola palabra.

La misma que usó en la calle cuando le pregunté si tenía miedo.

Me basta.

* * *

Lo que sigue no tiene la torpeza de las primeras veces que no se conocen. Hay demasiadas semanas de atención mutua acumulada para eso, demasiado tiempo mirando sin poder tocar. Pero tampoco tiene la calma de lo que se conoce bien. Es algo intermedio: la urgencia de lo que ha esperado demasiado tiempo y el cuidado de quien no quiere estropear algo que de verdad importa.

Me lleva hasta el sofá con una mano en la espalda — de nuevo, siempre esa mano en la espalda — y hay un momento en que estamos de pie frente a frente y él me mira como si estuviera leyendo algo, evaluando, y yo reconozco ese gesto porque es el mismo que hace con los documentos importantes. Me hace gracia y no me hace gracia al mismo tiempo.

—¿Qué? —dice, porque me conoce también que lo ha notado.

—Nada —digo—, que me estás leyendo.

—Sí —dice. Sin disculparse. Mostrándome esa media sonrisa suya que hace que me estremezca aunque no me haya atrevido a reconocerlo hasta este momento.

—¿Y qué ves?

Una pausa.

—Que llevas semanas siendo imposible de ignorar, Giulia—dice, en voz baja. Y escuchar mi nombre en su boca en este instante, mientras me mira a los ojos y me mantiene totalmente pegada a su cuerpo, hace que una descarga que no había sentido hasta ahora me recorra.

Eso no lo esperaba.

Alejandro Vidal diciendo en voz alta algo que implica que lleva semanas notándome. Sin filtro, sin gestión, mirándome a los ojos mientras lo dice. Cargado de verdad.

No sé qué hacer con eso excepto hacerme más presente.

Así que sonrío y le beso.

* * *

Mientras recorro su cuello con mi boca, despacio, sin querer saltarme ningún rincón, siento cómo él se estremece y su cuerpo va cediendo a algo que ya era inevitable. Alejandro introduce sus dos manos bajo mi camiseta blanca y se deshace de ella con ese mismo gesto suyo de precisión que ya conozco aunque en otro contexto. Sin urgencia innecesaria, con toda la atención del mundo en lo que tiene delante. Aprovechando y disfrutando cada segundo, cada movimiento, cada respuesta espontánea de mi cuerpo a sus caricias o al simple roce de sus manos en mi piel. Yo le mantengo la mirada mientras lo hace y lo que veo es a un hombre que ha decidido y que no va a recular, lo cual resulta exactamente tan desconcertante y excitante como esperaba.

Ya me he desecho de mis vaqueros cuando comienzo a desabrochar su camisa. Lentamente, botón a botón, con una caricia o un beso intercalados en el proceso. Y mientras lo hago, él recorre mi cuerpo desnudo con su mirada y recoge mi pelo en mi nuca intentando así que nada se interponga entre sus ojos y lo que está observando, memorizando el momento, archivándolo en una carpeta nueva para la que ya ha pensado nombre hace demasiado tiempo, todo el que lleva imaginando este momento.

Sus manos recorren mi cuerpo al completo, sin dejar un sólo rincón sin reconocer, como quien está memorizando un mapa que guarda el mayor tesoro jamás buscado. A veces con sus manos, a veces con su boca, va descubriendo cada centímetro de mi piel, cada peca, con una calma que contrasta con lo que noto en su respiración. Y hay un momento en que se detiene — solo un segundo — con la frente apoyada contra la mía, sin hacer nada más, y ese segundo quieto en medio de todo lo demás es lo que menos me esperaba y lo que más me descoloca.

Después continúa, mientras mantiene la mirada en mis ojos. Una mano acaricia mis piernas con paciencia y necesidad a la vez. La otra está enredada en mi pelo, como cuando sientes que necesitas estar lo suficientemente aferrado a algo. Y su boca. Cálida. Húmeda. Su boca acaricia mis pechos con una ternura que choca directamente con la seguridad que la acompaña. Y mi cuerpo responde a cada contacto con la certeza de que cada caricia es la que precisamente necesitaba.

Cuando por fin unimos nuestros cuerpos sin vuelta a atrás, pienso, de forma completamente involuntaria: « *Madonna mia, ocho semanas* ». Y me arrepiento de haberlo pensado porque es absolutamente cierto y absolutamente ridículo a partes iguales.

Lo que sigue tiene esa urgencia específica de las cosas que han esperado demasiado. Los dos lo sabemos, los dos lo notamos, y los dos lo dejamos ser. Nuestros cuerpos se entrelazan en un baile perfecto, acompasado, donde cada uno se preocupa más por disfrutar del otro que por sí mismo. Un baile basado en un movimiento que comienza siendo lento, cuidadoso, hasta tímido, pero que poco a poco se va volviendo cada vez más profundo. Igual que nuestras respiraciones y necesidades. Y acaba alcanzando una intensidad que expresa a la perfección que deseábamos esto. Demasiado. Mucho más, seguramente, de lo que somos capaces de reconocer. Pero también tiene algo que yo no esperaba encontrar aquí: cautela, cuidado. No ternura, que también, sino algo más preciso. La atención de alguien que lee bien lo que tiene delante y actúa en consecuencia.

Y entonces llegamos al clímax, al unísono. No fue calculado. No fue planeado. Fue, simplemente, irremediablemente perfecto.

* * *

Después hay silencio.

El tipo de silencio que no es incómodo sino lleno. Del tipo de silencio que se instala cuando dos personas acaban de pasar por algo juntos y todavía están procesando qué significa exactamente lo que acaba de pasar.

Estamos en el sofá. Él está de espaldas al respaldo con un brazo sobre los ojos, respirando despacio. Yo estoy mirando el techo con la cabeza apoyada en el cojín de un lado y los pies en el otro, y hay entre nosotros una distancia de unos veinte centímetros que ninguno de los dos ha iniciado pero que tampoco ninguno cierra.

Pienso: necesito archivar esto.

No encuentro carpeta.

No tengo carpeta para esto. No tenía carpeta para el primer día ni para la chaqueta ni para Machado ni para el portal ni para el abrazo. Y no tengo carpeta para este sofá y este silencio y Alejandro con el brazo sobre sus ojos a veinte centímetros de mí a la una de la madrugada.

Quizás el problema es la carpeta.

* * *

—¿Qué estás pensando? —dice él, sin mover el brazo.

Considero decir « *nada* ». Lo descarto porque es mentira y porque Alejandro Vidal tiene un detector de mentiras calibrado que no le ha fallado en semanas de intentar usarlas con él.

—En que no tengo dónde archivar esto —digo.

Una pausa.

—¿Y eso es un problema? —dice.

—No lo sé todavía.

Silencio.

—Yo tampoco —dice.

Lo dice en voz baja. Con esa honestidad desnuda que aparece en él muy pocas veces y que cuando aparece resulta más desconcertante que cualquier otra cosa que haga, porque Alejandro Vidal controlando es predecible. Pero Alejandro Vidal sin control es algo para lo que no hay manual.

No digo nada más. Él tampoco.

Eventualmente, en algún momento entre la una y las dos, me quedo dormida.

* * *

Cuando me despierto él ya no está.

Hay una manta sobre mí que no estaba antes. Los papeles del caso están ordenados en la mesa — más ordenados que cuando nos levantamos del sofá, lo cual significa que en algún momento antes de irse los organizó, lo cual es una cosa tan de Alejandro que me produce una mezcla de ternura y exasperación que no sé cómo clasificar, pero que me arranca una tímida sonrisa.

También hay un mensaje en el teléfono.

« *Mañana, reunión a las diez. Trae el folio del sector norte. Descansa* ».

Sin más. Lo miro durante un segundo. Luego lo guardo en la carpeta de siempre — que cada vez tiene menos espacio disponible — y me levanto a hacer café.

* * *

Sofía está despierta.

Claro que está despierta. Sofia Ferretti no duerme cuando hay información disponible en el mismo apartamento — es un rasgo que compartimos y que en ella resulta más descarado que en mí porque al menos yo finjo discreción.

Está en la cocina con una taza de café en la mano y esa expresión de quien lleva horas en posición de espera, mirándome con los ojos ligeramente demasiado atentos para las siete de la mañana.

—Buenos días —dice.

—Buenos días —digo.

—¿Quieres café?

—Sí.

Me lo prepara. Me lo tiende. Seguimos en silencio durante un tiempo que en el lenguaje entre nosotras equivale a una cantidad enorme de contención.

—¿A qué hora se fue? —dice, al final.

—No sé. Cuando me desperté ya no estaba.

Silencio.

—¿Y? —dice. En italiano. La pregunta en el idioma de siempre, el que usamos cuando la cosa es de verdad.

Y ahí está. La pregunta que no tiene respuesta fácil. La pregunta que Sofia siempre hace cuando ha esperado suficiente y sabe que ya puedo responderla.

Miro el café.

—Estoy… —empiezo, y me detengo. La carpeta. El sofá. El mensaje de las diez. La manta que alguien dobló antes de irse— Creo que estoy enamorada —termino, en voz baja, como si dicho en voz baja pesara menos.

No pesa menos.

Sofía no dice nada. Esto es extraordinario. Sofia Ferretti que no dice nada ante una información de este calibre a las siete de la mañana es un fenómeno que no recuerdo haber presenciado en veintiocho años de ser su hermana.

Levanto la vista. Tiene esa cara — no la cara de ganar, no la cara de «te lo dije» — sino la otra, la que le conozco menos, que es la de cuando algo le importa de verdad.

—Sí —dice, al final.

—¿Sí qué?

—Que sí. Que se nota. Que se notaba ya desde que llegué y vi la chaqueta en la silla.

Silencio.

—¿Y él? —dice.

Pienso en el «sí» en la calle. En el brazo sobre los ojos en el sofá y la voz que dijo «yo tampoco» en la oscuridad. En la manta doblada.

—Creo que también —digo.

—¿Lo sabes o lo crees?

—Lo creo con bastante convicción.

Una pausa.

—Pero es complicado —digo.

—Todo lo que vale la pena es complicado, Giulia.

—La beca termina. El caso termina. Yo vuelvo a Italia.

—O no.

—O no —repito—. Pero ahora mismo es lo que hay.

Sofia asiente. No argumenta. Sofia argumentando cuando ya ha ganado es un gesto innecesario que conoce bien, y esta mañana no hay victoria que reclamar — solo las dos en la cocina con el café y el mar y esta cosa que pesa de una forma que no sabía que iba a pesar.

—Oye —dice.

—¿Qué?

—Que te quiero. Y que te mereces esto —Pausa—. Aunque sea un poco estirado.

—No es estirado.

—Un poco.

—Sofia.

—Vale. Un poco estirado y claramente muy listo y con esa forma de mirarte que hasta a mi me derrite —Me mira fijamente—. No lo sabotees, Giulia.

No respondo. No hace falta.

* * *

La llevo al aeropuerto el viernes por la tarde.

El taxi. La maleta enorme que llegó hace semanas con el mismo peso que tiene ahora porque Sofía no compra nada en los sitios a los que va — dice que los sitios son para vivirlos, no para llevárselos — y las dos en silencio en el asiento trasero con el mar a un lado y Marbella volviéndose pequeña detrás.

En la puerta de embarque se gira y me abraza. Fuerte, largo, con esa forma suya de abrazar que abarca todo — los dos codos en la espalda, la barbilla en el hombro — y que desde que éramos niñas siempre ha significado lo mismo: que estaré aquí cuando vuelvas y que en el medio también estaré aquí.

—Avísame cuando llegues —digo.

—Siempre lo hago.

—Y llama a mamá.

—La llamo desde el avión.

—Desde el avión no hay cobertura.

—Exacto —Sonríe.

Me río. Ella también.

Y luego se va, con la maleta enorme y el pelo rizado desapareciendo entre la gente del aeropuerto, y yo me quedo mirando el espacio donde estaba durante un segundo antes de darme la vuelta.

En el taxi de vuelta, sola, miro el mar por la ventanilla.

La carpeta de siempre.

Esta mañana le puse nombre. No lo escribí. Pero ya no necesito escribirlo para saber que está ahí.

CAPÍTULO 18

El día después
ALEJANDRO

Las seis de la mañana.

El despacho. El expediente. El café. El orden habitual de las cosas.

Lo que no es habitual es que llevo cuarenta minutos mirando la misma página sin leerla — algo que ya se me está volviendo costumbre — y que la razón por la que no la leo no tiene nada que ver con el caso Herrera ni con la red de Sokolov ni con ninguno de los problemas reales y documentados que tengo encima de esta mesa.

Tiene que ver con un sofá.

Con una distancia de veinte centímetros que a la una de la madrugada tenía una calidad específica que ninguna otra distancia de veinte centímetros ha tenido en mi vida hasta ahora.

Paso de página. Leo el primer párrafo tres veces. No entro.

El problema no es el recuerdo en sí. El problema es la precisión del recuerdo. Debería ser borroso — la adrenalina, la hora, la acumulación de semanas que habían estado empujando hacia algún sitio sin que ninguno de los dos lo nombrara — pero no lo es. Es exactamente lo contrario.

La chaqueta sobre la silla. La forma en que las cuatro horas de trabajo se fueron convirtiendo en otra cosa sin que hubiera un momento identificable en que ocurriera el cambio. Sus dedos sobre el mismo documento que los míos, y el medio segundo de pausa que los dos hicimos sin coordinarlo.

Y luego la chaqueta. Otra vez.

No la que estaba en la silla — la que llevaba yo puesta. El momento en que la dejé sobre el respaldo del sofá, ya tarde, y el apartamento cambió de temperatura sin que nadie tocara el termostato.

Me levanto. Voy a la ventana.

El puerto a las seis de la mañana tiene esa calma específica de las horas que todavía no le pertenecen a nadie. Lo miro durante un momento. Pienso en lo que no debería estar pensando con la metódica inutilidad de alguien que sabe que pensar en no pensar en algo es, técnicamente, seguir pensando en eso.

Sus manos. Su cuello. El sonido exacto de su respiración cuando cambió de ritmo —ese cambio pequeño, casi imperceptible, que sin embargo lo cambia todo— y que llevo horas reproduciendo con una fidelidad que no pedí y que no sé cómo desactivar.

El verde avellana de sus ojos a esa distancia, con la luz de la lámpara del sofá, que es una luz que no había visto antes en ese color y que ahora no voy a poder ignorar en ninguna otra circunstancia.

Vuelvo al expediente.

Página siguiente.

* * *

A las ocho y cuarto llama Diego.

No por teléfono. Diego Llorente, que tiene mi llave, mi código de alarma y un mapa mental de mis horarios que habría inquietado a cualquier persona de no ser porque más que mi amigo es un hermano, llega directamente al despacho con dos cafés de la cafetería de abajo y esa expresión de quien tiene información que no le has pedido y te la va a dar de todas formas.

Lo miro cuando entra.

Me mira él.

Deja los cafés en la mesa.

—Buenos días —dice, con el tono específicamente neutro que usa cuando tiene demasiado que decir y todavía está calculando por dónde empezar.

—Buenos días.

Se sienta. Coge su café. Lo rodea con las dos manos. Me mira durante un segundo de más. Sonríe.

—¿Cómo estás? —dice.

—Bien.

—¿Bien, bien o sólo bien, colega?

—¿Hay diferencia?

—¡Mucha! —Da un sorbo al café— Bien, Alejandro, es cuando tienes esa cara.

—¿Qué cara?

Diego inclina la cabeza levemente. Hace el gesto específico que lleva veintiséis años perfeccionando —ese de entornar los ojos y asentir despacio, como si acabara de confirmar algo que ya sabía desde antes de preguntar.

—La cara de alguien que no ha dormido demasiado —dice— por razones que no tienen nada que ver con el caso.

Silencio.

—El caso —digo.

—Claro. El caso.

Cojo mi café. Lo bebo. Diego me observa con la paciencia de una persona que sabe que no tiene que hacer nada más que esperar, técnica que lleva aplicando desde los dieciséis años con una eficacia que me resulta irritante precisamente porque nunca falla.

—¿Qué quieres, Diego?

—Nada. He venido a traerte el café —Pausa— . ¿Cómo fue la reunión de anoche?

Lo miro.

—¿Qué reunión?

—La de trabajo. Con la periodista italiana ¿recuerdas? Giulia —Otra pausa. Más larga. Del tipo que tiene algo dentro— . La que empezó a las ocho y de la que saliste —consultando el teléfono, con una precisión que claramente no es casual— a las dos y veintiocho de la madrugada.

—¿Me estás rastreando el teléfono?

—Te vi llegar desde la ventana. Vivo a seis minutos, ya lo sabes.

—Son las ocho y cuarto de la mañana, Diego.

—Y tú llevas aquí desde las cinco y media —Me mira con los ojos de quien lo sabe todo y lo ha sabido siempre—. ¿Cómo fue la reunión, Alejandro?

Silencio.

Lo que hay en ese silencio es bastante. Diego lo oye perfectamente —Diego Llorente lee mis silencios mejor que la mayoría de las personas leen las palabras— y algo en su cara se mueve. No es sorpresa. Es algo más parecido a satisfacción, que es peor.

—Dios mío —dice, en voz baja. Como para sí mismo.

—No he dicho nada.

—No hacía falta.

—Diego.

—¿Qué?

—No voy a hablar de esto.

—No te he pedido que hables de nada —Bebe el café con la calma de alguien que acaba de ganar algo sin mover un músculo— . Solo he dicho «

dios mío ». Es una exclamación perfectamente neutra.

—Tiene una semántica muy desarrollada en tu boca.

—Todo lo que digo tiene una semántica muy desarrollada. Es uno de mis talentos.

Me levanto. Voy al expediente. Lo abro en la página correcta —la que debería haber leído hace una hora— y lo miro con toda la concentración de un hombre que está, únicamente, trabajando.

Diego no dice nada.

Lo que hace es peor: se queda ahí sentado, con el café, en completo silencio, irradiando una satisfacción tranquila que no necesita palabras porque ya tiene todo lo que necesitaba.

—¿Vas a quedarte? —digo, sin levantar la vista.

—Un rato.

—¿Hay alguna razón específica?

—Quiero ver la cara que pones cuando llegue.

Levanto la vista.

Diego me devuelve la mirada con la expresión de quien no va a disculparse por nada.

—Vete a casa, Diego.

—A las nueve tengo una reunión en el estudio. Esto me pilla de paso.

—El estudio está en dirección contraria.

—Hay un desvío muy bonito por aquí.Vuelve esa sonrisa.

Yo vuelvo al expediente. Esta vez consigo leer cuatro páginas seguidas. Es un progreso.

* * *

A las nueve menos cinco suena el telefonillo.

Diego levanta la vista de su teléfono.

Yo no levanto la vista del expediente.

—Vete —digo.

—Sí, sí, no quiero ser testigo de vuestros arrumacos de tortolitos —Se levanta. Coge la chaqueta. Hace un ruido con la boca que es la versión sonora de una sonrisa—. Oye.

—¿Qué?

—Que me alegra mucho. Ahora en serio —Lo dice sin ironía, con esa voz que reserva para las cuatro o cinco cosas al año que dice en serio—. Lo de anoche, lo que sea que pasó. Me alegra.

No respondo.

—Y también —añade, recuperando el tono habitual con la velocidad de alguien que ha calculado exactamente cuánto puede ser sincero antes de que resulte incómodo— quiero todos los detalles. Con calma. Cuando tú quieras. Preferiblemente esta noche en casa con una cerveza. Pero sin presión, cuando tú quieras. ¿A las ocho?

—Fuera, Diego.

Se va.

Pero antes de cerrar la puerta:

—Alejandro.

—¿Qué?

—¿Verde avellana?

Cierro los ojos.

—Fuera.

La puerta se cierra. Desde el otro lado del pasillo lo oigo reírse, bajito, con la satisfacción callada de un hombre que ha hecho bien su trabajo esta mañana.

Me quedo solo.

El despacho vuelve a ser el despacho. El expediente vuelve a ser el expediente. El silencio tiene la calidad del silencio de antes de las nueve, que es el único silencio que conozco bien.

Giulia Ferretti lleva treinta segundos en el edificio y ya me ha desorganizado el despacho sin estar en él.

Esto, en sí mismo, dice bastante.

* * *

Entra sin llamar.

No era lo que esperaba. O sí era lo que esperaba, y el problema es exactamente ese: que ya sé cómo entra, cómo deja el bolso en la misma silla de siempre, cómo busca el bloc antes de quitarse la chaqueta porque el bloc va siempre primero.

Lo hace todo con la normalidad de alguien para quien no ha pasado nada, que es exactamente lo que hace cuando algo ha pasado y no sabe qué hacer con ello, y que yo reconozco porque he estado haciendo lo mismo desde las seis de la mañana con resultados igualmente pobres.

—Buenos días —dice.

—Buenos días.

Se sienta frente a la mesa. Abre el bloc. Saca el bolígrafo. Me mira.

Verde avellana.

La luz de la mañana, que entra por la ventana del despacho a esta hora con esa inclinación específica de octubre que no existe en ningún otro mes, le da en la cara de una forma que tengo exactamente catalogada desde hace semanas y que esta mañana, después de anoche, tiene un peso diferente.

Aparto la vista. Al expediente.

Que es donde debería haber estado la vista desde las cinco y media.

—Tenemos que repasar los registros del muelle cuatro —digo.

—Los traje —Saca una carpeta del bolso— . Y también los turnos de noviembre que me pidió Romero la semana pasada.

—Bien.

—Y hay algo en el registro de exportaciones de octubre que no cuadra. Lo vi anoche, después de que te fueras, y lo anoté pero necesito que lo veas tú también.

Después de que te fueras. Lo dice con la misma naturalidad con que dice todo lo que es potencialmente una bomba. Sin énfasis. Sin pausa extra. La frase justa en el tono justo, como si « *después de que te fueras* » fuese una coordenada temporal completamente neutra y no la consecuencia directa de una noche que a mí me ha costado cuatro horas de sueño y dos cafés que no han servido de nada.

La miro. Ella me devuelve la mirada.

Dos segundos.

Tres.

Hay algo en sus ojos que es reconocimiento —el mismo que hay en los míos, supongo, aunque yo controlo mejor la expresión— y hay también algo que es una pregunta que ninguno de los dos va a hacer en voz alta todavía porque estamos en el despacho a las nueve de la mañana con el expediente Herrera entre los dos y hay trabajo que hacer.

—Enséñame el registro —digo.

Lo saca. Nos ponemos a trabajar.

* * *

Trabajamos durante una hora y cuarenta minutos.

El problema de trabajar con Giulia Ferretti es que funciona. Que las dos mitades encajan con una eficiencia que debería resultarme estrictamente útil y que esta mañana, con la memoria del sofá todavía instalada en algún sitio

del pecho donde no debería instalarse nada en horario de trabajo, resulta también otra cosa.

Hay un momento en que los dos estamos sobre el mismo documento —el registro de exportaciones, la anomalía que encontró ella anoche— y la distancia entre los dos es de aproximadamente nada. Su hombro casi roza el mío. Huele al mismo perfume de siempre, y lo noto antes de decidir notarlo, lo cual es exactamente el tipo de cosas que pasaban antes de anoche y que después de anoche tienen un nombre que no voy a decir en voz alta a las diez de la mañana en mi propio despacho.

—Aquí —dice, señalando una línea con el bolígrafo—. Esta empresa no existía en septiembre. Apareció en octubre y ya tiene cuatro exportaciones registradas.

Lo miro.

—Euroatlantic Subsidiaria —digo.

—Eso creo. Pero necesito verificarlo. ¿Tienes contacto en el registro mercantil?

—Tengo algo mejor. Tengo a Romero.

Giulia levanta la vista. Hay algo en su expresión que es satisfacción profesional y que conozco bien porque es la misma que tiene cuando encuentra el hilo correcto, y que esta mañana, a esta distancia, resulta difícil separar de otras cosas que también conozco ya y que no pertenecen al horario de trabajo.

—¿Le llamas tú o llamo yo? —dice.

—Yo —digo, y me aparto de la mesa porque necesito hacer algo con el cuerpo que no sea seguir en ese radio de distancia con ese olor y esa luz de octubre dándole en la cara de esa forma—. Dame un minuto.

Ella asiente. Vuelve al bloc.

Yo voy a la ventana.

El puerto. El Mediterráneo. La distancia que siempre funciona cuando lo que hay dentro se mueve más de lo que conviene.

Esta mañana funciona aproximadamente lo mismo que el expediente. Que es nada.

* * *

El teléfono suena antes de que marque yo.

Romero. Lo cojo.

—Alejandro.

La voz de Romero tiene un cariz que reconozco. No es la voz del Romero de los trámites ni la del Romero de las reuniones de coordinación. Es la voz que usa cuando tiene algo que no quiere tener.

—¿Qué ha pasado?

—Necesito que vengas —Una pausa— . Han encontrado a alguien.

El despacho se queda en silencio.

Giulia levanta la vista del bloc. Me mira. Lee algo en mi cara —no sé exactamente qué, pero lo lee, porque Giulia Ferretti lleva semanas aprendiendo a leerme tan bien como yo a ella, y ha resultado ser muy buena en ello— y cierra el bolígrafo.

—¿Vivo? —digo.

—No.

Silencio.

—¿Quién?

—Uno de los nombres de los documentos de Antonio —Pausa— . El que faltaba.

Proceso eso.

Los hechos: hay una segunda víctima. Alguien de la red de Sokolov. Alguien que sabía cosas, que tenía documentación, que era un cabo suelto que la organización ha decidido atar. Ese alguien ha aparecido muerto esta mañana. El mensaje es el mismo que el de Antonio Herrera, pero más rápido. Más urgente. Sokolov está acelerando.

Las implicaciones: el caso ya no es solo un asesinato. Es un patrón.

Las acciones: ir.

—Dame la dirección —digo.

Romero la da. Cuelgo.

Giulia está de pie. No le he dicho nada. No ha preguntado. Ha escuchado media conversación y ha sacado sus propias conclusiones con la velocidad de alguien que procesa bien y rápido, y ahora está ahí, con la chaqueta en la mano y el bloc cerrado, mirándome con esa expresión que tiene cuando algo es serio y lo sabe.

—Una segunda víctima —digo.

Asiente.

—¿Voy contigo?

Lo pienso. Tres segundos. El tiempo exacto de calcular qué es razonable y qué no, qué expone y qué protege, qué parte del acuerdo cubre esta

situación y qué parte del acuerdo ha dejado de ser el único motivo por el que nos encontramos en el mismo despacho a las diez de la mañana.

—Sí —digo.

Coge el bolso. Salimos.

En la calle, el sol de octubre da órdenes con toda la convicción de un sol que sabe que tiene los días contados y no piensa desperdiciar ni uno.

Camino hacia el puerto con Giulia Ferretti a mi lado, el caso Herrera acaba de volverse más grande y más urgente, y lo que pasó anoche en un sofá a veinte centímetros de distancia lleva viajando en mi pecho desde las cinco y media de la mañana sin que haya encontrado la carpeta correcta donde archivarlo.

Igual que ella. Igual que todo lo que tiene que ver con ella.

Mañana, ya veremos.

CAPÍTULO 19

Elena y la carpeta

GIULIA

La casa de los Herrera a las cuatro de la tarde tiene una luz diferente a la de la mañana.

Lo noto desde la calle, antes de llamar al timbre. La persiana del salón está medio bajada y por la rendija sale ese color específico de las tardes de octubre en Marbella cuando el sol ya no calienta del todo pero todavía insiste, y hay algo en esa luz —en la forma en que entra sesgada, sin permiso— que me recuerda que esta casa lleva meses siendo un sitio donde alguien falta.

Llamo al timbre. Espero.

Son casi treinta segundos los que tarda Elena en abrir, que es más de lo habitual, y cuando abre tiene esa expresión de quien acaba de volver de un sitio donde no había nadie más. No de tristeza, no exactamente. De soledad trabajada. De una persona que ha aprendido a estar sola en su propia casa y que todavía no ha decidido si eso es una victoria o una pérdida.

—Giulia —dice.

—Elena. ¿Es buen momento?

Me mira durante un segundo. Luego se aparta para dejarme pasar.

—Mateo no está —dice— ha ido a la universidad. Tiene un examen esta semana que lleva aplazando desde... —se detiene— desde hace tiempo.

—He venido a verte a ti —digo.

Algo cambia en su cara. No mucho. Elena Herrera no cambia en mucho. Pero hay algo.

* * *

El salón está demasiado ordenado para ser un sitio donde alguien vive de verdad, con esa limpieza de quien controla el espacio porque no puede controlar otra cosa. Las revistas en la mesita apiladas por tamaño. Los cojines perfectamente colocados. El jarrón de cerámica azul con flores blancas que esta semana son distintas a las de la semana pasada, lo que significa que alguien las cambia con regularidad, y ese alguien es Elena, y

ese gesto —cambiar las flores, mantener vivo algo que requiere cuidado— me dice más de ella que cualquier conversación que hayamos tenido.

Me siento en el sofá cuando me lo indica.

Ella va a la cocina. Vuelve con dos tazas de café que no le he pedido y que acepto porque entiendo que preparar el café es su forma de ganar el tiempo que necesita para decidir qué viene después.

Bebo.

Ella bebe.

El silencio entre nosotras no es incómodo. Es el silencio de dos personas que todavía no se conocen del todo pero que ya saben que no necesitan llenarlo.

—¿Cómo está Mateo? —digo, porque es la pregunta correcta para empezar. No el caso. No Antonio. Mateo.

Elena deja la taza en la mesita.

—Mejor —dice—. Desde que habló con Alejandro la semana pasada. No sé qué le dijo, pero algo cambió. La mandíbula —Me mira—. Mateo aprieta la mandíbula cuando está preocupado por algo que no quiere que se note. Desde que era pequeño.

—Lo conozco —digo.

—¿El gesto?

—El gesto. Y la costumbre.

Elena asiente despacio. Me mira con esos ojos suyos que son de un marrón oscuro y que tienen la cualidad de los ojos de las personas que han visto mucho: no te juzgan. Te miden. Calculan si eres de las que van a entender lo que van a decir.

Decido que está calculando si puede confiar en mí.

No digo nada más. Espero. El café está bueno y el silencio está bien y Elena Herrera tomará su decisión cuando la tome, y forzarla ahora sería el error más grande que podría cometer en esta habitación.

* * *

Habla a las cuatro y veintidós.

Lo sé porque miro el reloj de reojo cuando empieza, sin que ella lo vea, porque soy periodista y los periodistas anotan los tiempos aunque no tengan el bloc en la mano.

—Antonio era muy ordenado —dice. No como introducción. Como si fuera una frase que lleva semanas guardando y que hoy ha decidido dejar

salir—. Con todo. Con el trabajo, con la casa, con nosotros. Tenía un sitio para cada cosa y una razón para cada sitio. Yo me reía de él a veces. Le decía que era demasiado metódico, que no todo en la vida necesitaba un sistema.

Silencio.

—Resulta que sí —dice, en voz más baja.

No digo nada. Que hable.

—La semana después de... —aclara la voz— de que murió, estaba ordenando su despacho. No para recogerlo, solo para... para tener algo que hacer con las manos. Y encontré una carpeta en el cajón de abajo, debajo de los documentos de los seguros de los contenedores. Un sitio donde yo nunca miraba porque era trabajo suyo. —Se detiene—. Estaba en un sobre con mi nombre. Con la letra de Antonio.

El salón está muy quieto.

—¿Se la enseñaste a Alejandro? —digo.

—Sí. Enseguida. En cuanto la encontré —Elena deja la taza—. Alejandro fue lo primero que hice. Es el único en quien confío para esto.

Asiento.

Lo proceso con calma, con la misma calma con que proceso las cosas que me afectan más de lo que quiero que se note.

Alejandro lo sabía. Desde el principio, desde semanas antes de que empezáramos a trabajar juntos, Alejandro conocía esta carpeta. Tenía los nombres, las fechas, la línea en el margen con la letra de Antonio. Tenía el cuadro completo mientras yo construía el mío pieza a pieza desde la calle, desde los testimonios del puerto, desde Paco Durán y Amalia y los registros de los turnos nocturnos.

Lo tenía todo y no me lo dijo.

—¿Puedo verla? —digo.

Elena me mira un momento. Luego se levanta.

* * *

La carpeta es marrón, gruesa, con las esquinas dobladas de tanto abrirla. Elena la deja sobre la mesa entre las dos con el gesto de quien deja algo que pesa. Que ha pesado durante semanas. Que ha cargado sola en esta casa demasiado ordenada con las flores blancas cambiadas cada pocos días y el café preparado antes de que nadie llegue porque preparar el café es lo que hace cuando no sabe qué más hacer.

La abro.

Cuarenta y tantas páginas. Fechas. Nombres. Números de contenedores con horas de llegada que no cuadran con los registros oficiales. Fotografías desde el coche, borrosas pero reconocibles, de furgonetas en el muelle tres entre las dos y las cuatro de la madrugada. Y al margen de una de las hojas, con la letra firme y pequeña de alguien que anota las cosas que no puede permitirse olvidar:

Sokolov no actúa solo. Hay alguien dentro que se lo facilita todo.

Me quedo en esa línea durante un tiempo. Luego sigo leyendo.

Hay nombres que reconozco. Hay nombres que no reconozco. Hay una operación que Antonio Herrera construyó solo, página a página, durante meses, documentando en silencio lo que veía porque era ese tipo de hombre —el tipo que no mira hacia otro lado, el tipo que anota, el tipo que cree que la verdad merece estar escrita aunque cueste— .

Alejandro Vidal conoce esta carpeta desde hace semanas. Desde antes de que firmáramos ningún acuerdo.

Desde antes de la propuesta, del pacto, de la primera sesión de trabajo en el despacho con el café frío y los documentos extendidos en el suelo. Desde el principio.

Cierro la carpeta. Con cuidado. Despacio. Con la misma calma con que lo estoy procesando todo.

—¿Cuánto sabes tú de lo que hay aquí? —le pregunto a Elena.

—Lo leí todo. Dos veces —Pausa—. Hay un nombre que aparece tres veces en distintas páginas. No es Sokolov.

—Lo he visto.

Elena asiente. Y entonces hace algo que no esperaba: me mira de frente, con esos ojos que miden sin juzgar, y dice:

—Alejandro lleva mucho tiempo callando esto —Lo dice sin reprocharme nada. Sin justificarle tampoco—. Necesitaba estar seguro antes de contarle nada a nadie.

—Lo entiendo —digo.

Y es verdad que lo entiendo. Eso no cambia que esté enfadada.

* * *

No sé exactamente en qué momento Elena empieza a hablar de Antonio de verdad.

No del caso. No de los documentos. De él. De la forma en que tomaba el café de pie junto a la ventana porque decía que sentado sabía distinto. De cómo llamaba a Mateo todos los domingos aunque hubieran hablado el día anterior. De cómo guardaba en el cajón de la mesita de noche una foto de los dos en su boda que era borrosa y mal encuadrada y que nunca quiso cambiar por otra mejor porque decía que esa tenía la luz correcta.

Escucho.

No porque sea mi trabajo —el bloc sigue cerrado en el bolso, y hoy no va a abrirse— sino porque Elena Herrera lleva meses sin tener a nadie que la escuche hablar de Antonio como de una persona y no como de una víctima. Y esa diferencia importa. Importa mucho.

En algún punto entre las cuatro y media y las cinco, sin que haya un momento identificable en que ocurra el cambio, el control de Elena cede.

No es un derrumbe repentino. No es así como se derrumban las personas como ella.

Es lento. Es la mandíbula que se mueve una vez. Los ojos que parpadean demasiado rápido. Las manos que cogen el borde de la carpeta como si necesitaran aferrarse a algo concreto. Y luego, con la misma elegancia con que hace todo, Elena Herrera cierra los ojos.

Y cuando los abre, hay lágrimas.

Solo unas pocas. Pero son las primeras que le veo.

* * *

No pienso.

Me levanto, rodeo la mesita, me siento a su lado en el sofá, y le pongo una mano encima de las suyas.

No digo nada. No hay nada que decir que no estropee este momento. Elena Herrera no necesita que la consuelen con palabras. Necesita que alguien se quede.

Así que me quedo.

Estamos así durante un tiempo que no mido. La tarde entra por la rendija de la persiana con esa luz sesgada de octubre. Las flores blancas están en el jarrón azul. La carpeta de Antonio está sobre la mesa con toda la verdad que él dejó escrita para que alguien la encontrara.

Elena no llora a fondo. No es eso. Es algo más pequeño y más profundo que el llanto: es el cuerpo dejando salir lo que ha estado sosteniendo desde hace meses con una disciplina que tiene un coste muy alto. Una respiración

que se quiebra. Los dedos que aprietan los míos sin pedir permiso. El hombro que cae un milímetro hacia el mío como si hubiera llevado demasiado tiempo recto.

—Se fue sin decirme nada —dice, muy bajito—. Sabía lo que podía pasar y se fue sin decirme nada. Para no asustarme. Para que yo no... —Se detiene — Siempre me protegía de las cosas que le preocupaban a él.

—Lo sé —digo.

—No quiero que me protejan. Quiero que cuenten conmigo.

Lo dice sin drama. Con una firmeza tranquila que es más poderosa que cualquier grito.

Y yo, sentada a su lado en el sofá con su mano entre las mías y la carpeta de Antonio sobre la mesa, pienso que Elena Herrera acaba de decir exactamente lo que yo llevo semanas sin poder decirle a Alejandro.

No quiero que me protejan. Quiero que cuenten conmigo.

Elena se incorpora despacio. Se limpia los ojos con el dorso de la mano con un gesto tan rápido y tan limpio que casi podría no haber ocurrido. Pero ha ocurrido. Y las dos lo sabemos.

* * *

Son casi las cinco cuando escucho la puerta.

Elena también la oye. Se levanta. Se coloca bien la ropa con ese gesto automático de quien ha aprendido a estar presentable antes de que entre nadie.

Pero no es Mateo. Es Alejandro. Entra con la llave que Elena le dio hace tiempo y se detiene en el umbral del salón con esa expresión suya de concentración en reposo que conozco tan bien, y entonces nos ve.

A Elena, que acaba de limpiarse los ojos.

A mí, todavía sentada a su lado, con la carpeta abierta sobre la mesa entre las dos.

Alejandro no dice nada. Lee la habitación en un segundo, con esa velocidad suya para leer lo que no se dice, y algo cruza su cara que no es la expresión de siempre. No la frialdad, no la concentración. Algo más abierto. Algo que tiene dentro un peso que no sé nombrar desde este ángulo pero que dura más de lo que duran las cosas que no significan nada.

Me mira a mí.

Yo le devuelvo la mirada. Y en mi mirada hay algo que él también lee, porque al igual que yo, Alejandro Vidal lleva semanas aprendiendo a leerme

con la misma precisión con que yo le leo a él, y lo que hay ahí —debajo de la calma, debajo del control, debajo de todo lo que he estado aguantando desde que abrí esta carpeta— no es solo emoción por Elena.

Es un reproche. Pequeño. Tranquilo. Pero ahí.

Algo cambia en su cara. Una fracción de segundo. Suficiente.

—Elena —dice, al final. La voz tranquila. Del tipo que no necesita más.

—Alejandro —Elena se levanta—. Giulia ha estado viendo la carpeta.

—Lo sé —Me mira—. ¿Hablamos?

Asiento.

Elena recoge las tazas de café y desaparece en la cocina dejando el salón en ese silencio específico que se instala cuando dos personas tienen algo pendiente y ambas lo saben.

* * *

Elena vuelve con una taza para Alejandro, que acepta y bebe de pie, y los tres repasamos la carpeta en el orden correcto: los documentos, los nombres, las implicaciones. Alejandro hace las preguntas justas. Las que necesita para completar lo que ya tiene, y eso —que ya tiene, que ya sabe, que lleva semanas sabiendo— es algo que noto en cada pregunta que no hace porque ya conoce la respuesta.

Trabajo con él. Hago las preguntas que me corresponden. Anoto lo que hay que anotar.

Soy profesional.

Pero llevo el enfado en algún sitio del pecho donde lo mantengo con la misma disciplina con que Elena guardó las lágrimas durante meses. Y no es un enfado grande ni dramático sino del tipo concreto y frío que aparece cuando alguien en quien confías ha elegido cuánto contarte y cuándo, y tú te has enterado por otro lado.

Hacia las seis, cuando la luz ha pasado de naranja a rosa, Alejandro cierra la carpeta.

—Necesito llevármela —dice—. ¿Puedo?

—Es para eso —dice Elena.

Coge la carpeta. Se levanta. Antes de irse me mira una vez más. Lo que hay en esa mirada es una pregunta.

No respondo.

* * *

Salimos juntos a la calle.

El Mediterráneo se ve desde la esquina con esa presencia suya de algo que no necesita anunciarse. La tarde está en ese momento exacto entre la luz y la noche en que todo tiene una claridad extraña, como si el mundo fuera ligeramente más nítido de lo habitual durante exactamente diez minutos antes de rendirse a la oscuridad.

Caminamos unos pasos en silencio.

—¿Estás bien? —dice él.

—Sí.

Silencio.

—El bloc —dice.

—¿Qué pasa con el bloc?

—Que lo tenías cerrado. Todo el tiempo.

—Era una visita, no una entrevista —digo. Y luego, sin pausa, sin levantar la voz—. Elena me ha dicho que te enseñó la carpeta hace semanas.

Alejandro no responde de inmediato. Lo que hace es lo que hace siempre cuando necesita procesar algo que no esperaba: la mirada al frente, el paso que no cambia de ritmo, un segundo de silencio que no es evasión sino cálculo.

—Sí —dice.

—¿Cuándo?

—La primera semana.

La primera semana. Antes de la vista del juzgado. Antes del pasillo y el « *por favor* ». Antes del pacto y de los documentos extendidos en el suelo y de las cuatro horas de trabajo y de todo lo demás. Antes de que yo llegara a ninguno de los hilos que creía haber encontrado sola.

No digo nada.

Alejandro lo sabe. Sabe que no digo nada porque estoy enfadada y que el enfado es legítimo, y tiene suficiente honestidad para no intentar justificarlo ahora mismo en la calle, a las seis de la tarde, cuando yo acabo de salir de sostener a Elena Herrera mientras lloraba por primera vez en meses.

—Mañana hablamos —digo.

—Mañana —confirma.

En la esquina nuestros caminos se separan. No hay despedida especial. Solo el silencio correcto para dos personas que tienen una conversación pendiente y que las dos saben que va a ser necesaria.

Camino hacia el puerto. El enfado no es enorme. No es del tipo que explota. Es del tipo que se instala y se queda y que mañana, cuando lo saque, va a ser exactamente tan preciso como lo que Elena dijo en el sofá sin dirigírselo a nadie en particular.

No quiero que me protejan. Quiero que cuenten conmigo.

* * *

A mitad de camino, el teléfono vibra.

Sofia. Por supuesto.

Descuelgo.

— *Ciao* —digo.

— *Ciao* . ¿Caminas?

—¿Cómo sabes que camino?

—Respiras de forma distinta cuando caminas —Pausa—. ¿Estás bien?

—Sí. Ha sido un día denso.

—¿El caso?

—El caso. Y Elena. Y —hago una pausa que no debería hacer— otras cosas.

Sofia detecta la pausa con la precisión de un instrumento calibrado.

—¿Qué otras cosas?

—Nada. Mañana lo gestiono.

—¿Es el abogado?

—Sofia.

—Giulia.

—No voy a hablar de esto en la calle.

—Estás en la calle y estás hablando conmigo, que es exactamente lo mismo.

Eso es irrefutable y las dos lo sabemos.

—Tenía información que no me dio —digo, en voz baja.

Silencio al otro lado. Sofia procesa.

—¿Importante?

—Sí.

—¿Para el caso o para ti?

Lo pienso.

—Para las dos cosas —digo.

Otro silencio. Más corto.

—¿Y mañana vas a decírselo?

—Mañana voy a decírselo.

—Bien —Se oyen voces al fondo, el ruido de una cocina con gente—. Oye, estoy en casa de mamá. ¿La llamas esta semana?

—La llamo mañana.

—Que si no me pregunta a mí.

—Dile que estoy bien.

—Ya le digo que estás bien. Aunque estés enfadada con el abogado.

—No estoy enfadada.

—Giulia.

—Estoy un poco enfadada.

—Eso es más honesto —Pausa—. Te quiero.

—Yo también. Dale un abrazo a mamá.

—Se lo doy. *Ciao* .

— *Ciao* .

Cuelgo. Sigo caminando.

Marbella y el puerto están al fondo, quietos, ajenos a todo como siempre. Esta noche no me molesta. Esta noche lo entiendo: hay cosas que se ven mejor desde la distancia.

Mañana a las nueve, Alejandro Vidal y yo tenemos una conversación pendiente.

CAPÍTULO 20

Lo que la carta revela
ALEJANDRO

Giulia me llama a las nueve y cuatro minutos.

No a las nueve en punto, como dijo anoche. A las nueve y cuatro. Cuatro minutos en los que he estado sentado en el despacho con la carpeta de Antonio sobre la mesa y la certeza de que esos cuatro minutos iban a llegar de todas formas, así que mejor no gastarlos en otra cosa.

Descuelgo antes del segundo tono.

—Sigo aquí —digo.

Un silencio breve. Calibrado.

—Llego en diez minutos —dice ella.

Cuelga.

La carpeta sigue encima de la mesa. La miro. Le devuelvo la mirada con la misma neutralidad con que miro los expedientes antes de entrar al juzgado: esto es lo que hay, esto es con lo que trabajo, los sentimientos no son información útil.

Me funciona en el juzgado.

Esta mañana, con esta carpeta, funciona menos.

* * *

Abre la puerta sin llamar.

Tiene las llaves desde la semana pasada — fue decisión mía, una medida de seguridad que en su momento encuadré como procedimiento y que ahora, viéndola entrar con esa expresión, reconozco que fue también otra cosa. Algo que no encuadré porque no quería encuadrarlo.

Deja la mochila en la silla del rincón. Se queda de pie. No se sienta.

Eso ya me dice algo.

—Buenos días —digo.

—¿Cuándo? —dice ella.

Sin preámbulo. Sin los cuatro minutos de diferencia convertidos en cortesía de transición. Directa al asunto, como hace siempre cuando algo le importa de verdad.

—¿Cuándo qué? —digo, aunque sé exactamente qué.

—Cuándo viste la carpeta por primera vez.

Lo deja en el aire entre los dos. No es una pregunta, exactamente. Es una rendición de cuentas. La diferencia importa.

—Primera semana —digo.

Algo cruza su cara. No es sorpresa — eso ya lo sabía, Elena se lo dijo anoche. Es la confirmación de algo que duele más confirmado que sospechado.

—Llevamos meses trabajando juntos —dice, en voz baja y muy precisa —. Meses. Yo te he dado todo lo que tenía. Fuentes, notas, acceso a personas que no te habrían abierto la puerta sin mí. Y tú tenías esa carpeta desde el principio y no me dijiste nada.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes?

No levanta la voz. Eso es lo que más pesa, que no levanta la voz. Giulia enfadada y en silencio tiene una densidad que Giulia gritando no tendría.

—No —digo—. Pero primero quiero que entiendas el orden de los hechos.

—Escucho.

Me levanto. No porque necesite moverme, sino porque esta conversación no funciona con una mesa de por medio.

—Cuando Elena me entregó la carpeta tú eras una periodista que llevaba cuatro días en Marbella y que había intentado colarse en una visita a la familia de un cliente mío. No te conocía. No sabía qué ibas a hacer con la información. La decisión de no enseñártela entonces era razonable.

—De acuerdo —dice—. Eso lo entiendo. ¿Y después?

La pregunta pesa más que la primera.

—Después te conocí —digo.

Silencio.

—Y entonces el problema cambió —continúo—. Ya no era que no supiera quién eras. Era que sí lo sabía. Sabía exactamente quién eras, lo que eras capaz de hacer con esa información, hasta dónde ibas a llegar si la tenías — Hago una pausa—. Y lo que contenía esa carpeta era suficiente para que alguien quisiera hacerte daño.

Giulia me mira.

—Lo que contenía esa carpeta —repite, despacio— era suficiente para que ya me hubieran seguido. Para que El Filo ya supiera mi nombre —Una pausa muy corta—. El peligro ya existía, Alejandro. Con o sin la carpeta.

—Lo sé.

—Entonces no me estás protegiendo. Me estás dejando fuera.

La frase llega con una precisión que no esperaba, aunque debería haberla esperado. Giulia no exagera cuando está enfadada. Afina.

—Sí —digo—. Eso también.

Se queda inmóvil un segundo. No era lo que esperaba que dijera.

—¿Por qué? —dice, y ahora sí hay algo diferente en la voz. No es solo enfado. Es algo más antiguo y más vulnerable que el enfado.

Me quedo callado el tiempo justo para saber que lo que voy a decir a continuación es la verdad y no una versión útil de la verdad.

—Porque hay cosas en esa carpeta que apuntan a alguien dentro del sistema —digo—. Alguien con recursos. Con acceso. Y yo llevo semanas sabiendo que si esa información llegaba a las personas equivocadas antes de que estuviéramos en posición de usarla, las consecuencias no serían solo para el caso.

—Podría haberlo manejado.

—Lo sé.

—Entonces —dice, y la voz ya no es fría, ya no es precisa, ya es otra cosa —. ¿Por qué?

Hay una distancia entre los dos que no es mucha. No tengo escapatoria conveniente en ninguna dirección, y tampoco la busco.

—Porque no lo soportaría —digo.

Lo digo en voz baja. Sin adornos. Con la misma economía con que digo las cosas cuando no me queda energía para disimular que las siento.

Giulia abre la boca. La cierra.

—No lo soportaría —repito, porque una vez no fue suficiente para que sonara como lo que es—. Que te pasara algo. Por información que yo te di. No lo soportaría, Giulia. Eso no es razonable ni profesional ni lo que debería sentir un abogado sobre una periodista con la que trabaja, y lo sé, y lo he sabido desde hace tiempo, y de todas formas es lo que hay. No soportaría que te pasara algo. No soportaría que te hicieran daño. No soportaría perderte.

El silencio que sigue a eso tiene un peso específico.

No es el silencio de antes. No es el silencio de la rendición de cuentas ni el de la espera. Es el silencio de cuando algo que estaba sin nombre pasa a tenerlo.

Giulia me mira. Tiene los ojos muy quietos y la expresión de quien está procesando algo que no sabe todavía dónde archivar.

Doy un paso. Me acerco.

No lo decido exactamente. O sí lo decido, pero la decisión ocurre antes de que la parte racional de mi cabeza pueda revisarla. Le pongo la mano en la mejilla — despacio, con cuidado, con más cuidado del que suelo tener con las cosas que me importan demasiado — y la beso.

No es urgencia. No es el tipo de beso que nace de la adrenalina ni de los bordes del peligro. Es lento y quieto y tiene la temperatura exacta de lo que lleva semanas siendo cierto sin que ninguno de los dos lo haya dicho en voz alta.

Ella no se aparta.

Hay un segundo en que noto que contiene el aliento. Y luego lo suelta. Y sus dedos encuentran la tela de mi manga — no un agarre, solo un contacto, solo el peso de una mano diciéndole a otra persona que sigue ahí, a pesar de seguir dolida.

Me aparto despacio.

La miro. Mi nariz ofrece una divertida caricia a su nariz. Mi frente se apoya en la suya. Me separo no sin antes disfrutar el aroma de su pelo.

Tiene los ojos abiertos y la expresión de quien acaba de recibir algo que no esperaba recibir así, en este momento, en medio de esta conversación.

—Sigues sin tener razón —dice, en voz baja.

—Lo sé —digo.

—Tenías que habérmelo dicho.

—También lo sé.

—Pero lo entiendo —añade, y hay algo en esa frase que pesa distinto a todo lo anterior. No es perdón exactamente. Es algo más preciso que el perdón: es verme. Ver lo que hay detrás de la decisión equivocada y nombrarlo sin que eso lo justifique pero tampoco lo borre.

Asiento.

—La carpeta —digo, porque hay un caso y sigue siendo el caso y los dos lo sabemos— está encima de la mesa.

Giulia mira hacia la mesa. Luego me mira a mí.

—Léela —dice—. Entera. Y luego me cuentas. Todo.

* * *

Me siento.

Giulia se sienta en la silla del rincón con el bloc abierto y no dice nada. Abro la carpeta.

En el capítulo seis la abrí también. Lo que hice entonces fue ojear — el instinto del abogado que escanea antes de leer, que busca el dato clave antes de entender el contexto. Vi el nombre. Vi la firma. Vi suficiente para saber que era importante.

Hoy la leo. Página a página. Documento a documento. Con la atención que se le debe a un hombre que documentó solo, durante meses, algo que podría haberle costado la vida antes de que le costara la vida.

Le costó la vida. A mi amigo. Le costó la vida.

Antonio Herrera llevaba catorce meses reuniendo esto. Facturas con doble registro. Manifiestos de carga que no coincidían con los registros aduaneros. Fotografías tomadas desde un coche, con una cámara que no era profesional, con la mano firme de alguien que sabía que lo que estaba documentando era peligroso y lo hacía de todas formas.

Lo hacía de todas formas.

Llego a la carta. La letra de Antonio es ordenada, inclinada ligeramente hacia la derecha, la letra de alguien que aprendió a escribir cuando todavía se enseñaba a escribir con cuidado. No hay tachaduras. La escribió de una vez, o eso parece.

La leo despacio.

* * *

Si estás leyendo esto, significa que ya no puedo explicarlo yo.

No sé quién lo leerá primero. Espero que sea alguien que sepa qué hacer con ello. Espero haberle elegido bien.

Lo que está en esta carpeta no es una acusación. Es un registro. Los hechos hablan solos si alguien se toma el tiempo de escucharlos, y lo que dicen es esto: durante al menos tres años, los turnos nocturnos del puerto de Marbella han estado siendo utilizados para el tránsito de mercancía no declarada bajo la cobertura de una empresa de importación registrada a nombre de un ciudadano de origen ruso llamado Viktor Sokolov. Eso ya lo saben otros. Lo que quizás no saben es que la cobertura institucional que hace posible ese tránsito tiene nombre y cargo.

Ignacio Valls. Jefe de Inspección de Carga. Doce años en el puesto. La persona que firma los turnos. La persona que decide qué se inspecciona y qué no.

No actúa solo. Nunca actúan solos. Pero es el eslabón que hace que todo lo demás funcione, y sin él la cadena no se sostiene.

He intentado llevar esto por los cauces correctos. Dos veces. La primera, el expediente desapareció. La segunda, me llamaron al día siguiente para decirme que había habido un error en la clasificación de mi licencia de exportación y que necesitaba revisar mi situación con la administración portuaria. El mensaje era suficientemente claro.

No he sabido qué hacer con eso. He tardado meses en aceptar que los cauces correctos no siempre llevan a los lugares correctos.

Lo que sí sé es que esto no puede quedarse aquí. Elena no sabe nada — he preferido que no lo supiera, y si estás leyendo esta carta espero que entiendas por qué. No quería que vivieras con ello. Quería ser yo quien lo resolviera.

No he podido resolverlo.

Quien sea que lea esto: úsalo bien. No por mí. Por todos los que vienen detrás.

Antonio.

* * *

Cierro la carta.

La dejo encima de la mesa con el mismo cuidado con que la he sostenido mientras la leía, aunque la razón por la que la manejo con cuidado ha cambiado. Ya no es un documento. Es lo último que escribió un hombre que llevaba catorce meses sabiendo que podía morir por esto y lo documentó de todas formas, con la letra inclinada hacia la derecha y sin tachaduras, como alguien que tiene la mano firme incluso cuando tiene miedo.

Tenía la mano firme incluso cuando tenía miedo.

Me quedo mirando la pared un momento. Solo un momento.

Ignacio Valls. Jefe de Inspección de Carga. Doce años en el puesto. Un nombre que ya conocía — estaba en los documentos que ojeé la primera vez, en el margen de uno de los manifiestos, en la firma de los turnos nocturnos — pero que hoy, después de la carta, tiene un peso diferente. No es solo un nombre dentro de un sistema. Es el nombre de alguien que lleva doce años decidiendo qué se inspecciona y qué no. Que eligió. Que sigue eligiendo.

La rabia llega despacio. No la versión útil de la rabia, la que se convierte en estrategia y en movimiento y en los pasos siguientes. Esa llega después.

Primero llega la otra: la rabia de saber que Antonio fue a los cauces correctos dos veces y las dos veces el sistema le dijo que no era problema del sistema, y que ese mensaje llegó un día después de que pusiera el expediente encima de la mesa de alguien que tenía el teléfono de Valls en la agenda.

Que ese mensaje llegó un día después.

Doce años.

El hombre lleva doce años en ese puesto porque nadie ha puesto esta carpeta delante de alguien que no tuviera el teléfono de Valls en la agenda.

Cierro los ojos. No porque necesite oscuridad. Porque hay un segundo — uno solo, pequeño, que no le debo a nadie excepto a Antonio Herrera y a los catorce meses que tardó en escribir esa carta — en que necesito que el mundo tenga menos superficie.

Pienso en Elena en su salón demasiado ordenado. En Mateo con los puños apretados preguntando cuándo va a haber consecuencias. En la forma en que Elena le dijo a Giulia ayer que quería que contaran con ella.

Me arde la garganta. No lloro. No exactamente. Pero hay algo detrás de los ojos que tiene la consistencia del llanto y que presiona desde dentro con una insistencia que no sé cómo gestionar, porque no tengo categoría para esto. No tengo carpeta donde archivar a un hombre que murió con la mano firme y cuya viuda ordenó el salón para que nadie tuviera que preocuparse por ella.

Me quedo ahí un minuto. Solo un minuto.

Luego abro los ojos.

La rabia todavía está. Pero ahora ya es la versión útil.

* * *

Vuelvo a los manifiestos.

No a la carta. A los documentos que Antonio reunió antes de escribirla — las facturas, los registros, las fotografías borrosas tomadas desde un coche aparcado a distancia prudente. Los leo con más atención que la primera vez, que fue un escaneo, un vistazo, el ojo entrenado que busca el dato y se mueve. Hoy me detengo en cada página.

Y en la cuarta página del segundo bloque de manifiestos aparece un nombre que ya no debería aparecer en ningún sitio.

Me quedo inmóvil.

El nombre es Marcos Peña. Técnico de turno. Firma en tres de los manifiestos nocturnos con fecha de hace dieciséis meses — las mismas fechas, el mismo turno, la misma autorización de carga que lleva la rúbrica de Valls en el margen. No es un nombre destacado. Antonio no lo menciona en la carta. Está ahí como están todos los demás nombres en un registro portuario: como parte del engranaje, como alguien que estaba en el sitio equivocado o en el sitio correcto según para quién se trabaje.

Marcos Peña.

Cojo el teléfono. Marco el número de Romero.

Descuelga al primer tono, que en Romero significa que estaba esperando que llamara o que está en medio de algo que no va bien.

—Vidal.

—La segunda víctima —digo—. El que encontraron hace unos días. ¿Cómo se llamaba?

Un silencio muy breve. Del tipo que no es pausa sino cálculo.

—¿Por qué? —dice Romero.

—Porque tengo delante un manifiesto de carga del puerto de Marbella con una fecha de hace dieciséis meses y un nombre que necesito confirmar.

Otro silencio. Más largo.

—Marcos Peña —dice Romero.

La frase aterriza en el despacho y se queda ahí. No digo nada durante tres segundos. Romero tampoco.

—Está en la carpeta de Antonio —digo—. Técnico de turno. Firma en los manifiestos nocturnos. El mismo turno que Valls.

—Lo sé —dice Romero, en voz baja.

—¿Lo sabías antes de que muriera?

—Lo sospechaba —Una pausa—. No es lo mismo.

No. No es lo mismo. Pero tampoco es tan distinto como Romero querría que fuera, y los dos lo sabemos.

—Sokolov está limpiando —digo.

—Sí.

—Lo que significa que sabe que la carpeta existe. O que sospecha que existe. O que alguien le ha dicho que alguien está moviendo fichas en torno a los manifiestos de esas fechas.

—Sí —dice Romero otra vez, y en esa sílaba hay algo que no es solo confirmación. Es el sonido de un hombre que lleva días mirando el mismo problema desde distintos ángulos y que acaba de ver uno más.

—Romero.

—Dime.

—Si Peña está en la carpeta y ya está muerto, ¿cuántos nombres más hay aquí dentro que todavía no lo están?

El silencio que sigue a eso es diferente de todos los silencios de esta conversación. Es el silencio de una pregunta que ya tiene respuesta y que ninguno de los dos quiere decir primero.

—Necesito esa carpeta —dice Romero, finalmente.

—Lo sé. Esta tarde.

—Esta mañana, Vidal.

—Esta tarde —repito—. Necesito dos horas con ella antes de que entre en el sistema. Después de lo que le pasó a Antonio con los expedientes, entenderás que prefiera tener copias en varios sitios antes de entregarla.

Una pausa.

—Dos horas —dice Romero.

—Dos horas.

Cuelga.

Bajo el teléfono.

Giulia me está mirando desde la silla del rincón. Ha escuchado mi parte de la conversación — la suya es la concentración de quien está procesando en tiempo real, ordenando las piezas mientras las recibe, construyendo el mapa sin que nadie le diga que lo construya.

—Marcos Peña —dice. No es una pregunta.

—Técnico de turno. Firma en los manifiestos nocturnos —Le paso la página—. Es la segunda víctima.

Giulia coge el papel. Lo mira. Levanta la vista.

—Antonio lo usó como fuente —dice, despacio—. Por eso está en los documentos. Y por eso Sokolov lo sabía.

—O alguien se lo dijo. Que es peor.

Giulia asiente. Baja la vista al papel otra vez. Hay algo en su expresión — no miedo exactamente, pero sí la versión adulta del miedo, la que no paraliza sino que afila.

—¿Cuántos nombres más hay en esta carpeta? —dice.

Es la misma pregunta que le acabo de hacer a Romero. La misma que no tiene una respuesta que reconforte.

—Suficientes —digo— para que tengamos que movernos antes de que Sokolov llegue a ellos.

Giulia deja el papel encima de la mesa.

—Entonces trabajemos —dice.

No lo dice como una pregunta ni como una propuesta. Lo dice como lo que es: una decisión. La misma que tomó Antonio Herrera hace catorce meses con una cámara borrosa y una letra inclinada hacia la derecha.

Abro el portátil.

Tenemos trabajo. Y esta vez el reloj nos juega en contra

CAPÍTULO 21

Demasiado cerca

GIULIA

Hay un momento exacto en el que una periodista deja de ser periodista.

No lo anuncia. No llega con titular ni con música de fondo. Llega así: estás sentada frente a tu portátil con el archivo abierto, tienes el material, tienes las fuentes, tienes el hilo, y de repente te das cuenta de que llevas diez minutos mirando la pantalla sin escribir una sola palabra porque estás pensando en Elena.

No en Elena como fuente. En Elena como persona.

En cómo dobló la esquina de la carta antes de dártela, con los dedos cuidadosos, como si el papel pudiera romperse. En cómo dijo « *era muy bueno* » con esa voz que no tiembla porque se ha entrenado durante meses para que no tiemble, y aun así tú supiste —lo supiste— que detrás había algo que se estaba conteniendo con una fuerza que no debería hacer falta usar para hablar de un marido.

Me levanto.

El apartamento tiene exactamente tres metros de largo si no cuentas la cocina. Los recorro dos veces.

Pienso en Mateo y en cómo golpea el talón en el suelo cuando está nervioso, que es siempre, y en cómo hace tres días me dijo « *gracias* » con la cara de quien no lo dice casi nunca y por eso cuando lo dice pesa más de lo normal.

Pienso en Alejandro leyendo esa carta.

Me detengo.

Ahí está. El problema. El que lleva días instalado en algún sitio entre el esternón y la garganta y que no tiene nombre útil todavía pero que se hace más grande cada vez que pienso en él leyendo esa carta, en la forma en que tensó la comisura en un punto preciso, en que no dijo nada durante casi un minuto y eso fue más elocuente que todo lo que ha dicho desde que lo conozco.

Dio mio .

Estoy en un problema.

* * *

El problema tiene treinta y dos años, va siempre en traje y tiene la irritante costumbre de decir exactamente lo necesario y nada más, lo cual debería hacerme la vida más fácil porque significa que no hay nada que interpretar. Y sin embargo me paso la mitad del tiempo interpretando.

Cierro el portátil.

Abro el portátil.

Cierro el portátil otra vez.

Está claro. Necesito salir.

* * *

Carmen Llorente lleva esperándome quince minutos en la terraza del bar de la esquina cuando llego. Tiene una copa de vino blanco en la mano y la expresión de quien ha usado esos quince minutos productivamente para analizar a todos los que han pasado por delante.

—Llegas tarde —dice, sin mirar el reloj.

—Llego exactamente con tres minutos de retraso.

—Tres minutos son tres minutos —Me señala la silla de enfrente—. Siéntate. Tienes cara de haber estado dando vueltas por ese apartamento tuyo como un animal en una jaula.

Me siento.

—Hola, Carmen.

—Hola, Giulia. ¿Qué quieres tomar?

—Lo que sea.

—Eso no existe en la carta —Levanta la mano para llamar al camarero—. Vino blanco. Y agua, que tiene cara de deshidratada también.

El camarero asiente y desaparece. Carmen me mira con esa atención suya que no es intrusiva sino directa, que no pregunta sino que observa y saca sus propias conclusiones con una eficacia que a veces resulta incómoda y a veces es exactamente lo que necesitas.

—Cuéntame —dice.

—No hay nada que contar.

—Giulia.

—Carmen.

Silencio breve. Me mira. Yo la miro. El Mediterráneo hace lo suyo al fondo.

—¿Sabes lo que me dijo Alejandro la semana pasada? —dice, y el nombre cae en la conversación con la casualidad calculada de alguien que lleva un rato esperando el momento de soltarlo.

—No.

—Nada. No me dijo nada. —Bebe—. Eso es lo que me dijo. Le pregunté cómo iba el caso y me dijo « *bien* » y le pregunté cómo estaba él y me dijo « *bien* » y le pregunté si había comido y me dijo « *sí* » y en ningún momento mencionó a ninguna periodista italiana, lo cual, conociendo a Alejandro, significa que está pensando en ella constantemente.

Me quedo muy quieta.

—No sé de qué me estás hablando.

—Lo que tú digas, cari. —Sonríe, y es la sonrisa de alguien que lleva la verdad en la boca desde hace un rato y está disfrutando del momento de sacarla—. A ver, Giulia. Te conozco desde hace seis semanas y ya sé que cuando mientes te tocas el pelo. Te has tocado el pelo dos veces desde que he dicho su nombre.

Bajo la mano. Ni siquiera me había dado cuenta.

—Eso no significa nada.

—No. Claro que no, y yo en mis ratos libres soy monja de clausura —Apoya los codos en la mesa—¿Puedo decirte algo sin que te ofendas?

—Vas a hacerlo de todas formas, así que dale.

—A ese hombre lo conozco desde que tenía siete años y lloraba por los perros abandonados en la tele —Hace una pausa—. Es un blando con traje. Todo lo que hay fuera es eso, el traje. Todo lo que hay dentro es el niño que lloraba por los perros.

Me la quedo mirando.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque llevas semanas mirándole con la cara de quien no sabe qué hacer con lo que está viendo, y él lleva semanas mirándote a ti con la cara de quien sabe perfectamente lo que está viendo y eso le está costando una cantidad de energía considerable —Recoge su copa—. Y porque me parece que los dos necesitáis que alguien os diga en voz alta lo que ya sabéis.

Silencio.

El camarero trae el vino. Cojo la copa. Bebo más de lo que pretendía.

—El caso —digo.

—El caso es el caso. Tú eres tú. Las dos cosas pueden ser verdad a la vez.

—No cuando una de las dos cosas puede arruinar la otra.

Carmen me mira un segundo. Luego asiente, despacio, con la seriedad de quien entiende exactamente qué está en juego y no lo va a minimizar.

—Eso es verdad —dice—. Pero también es verdad que hay cosas que no esperan a que el momento sea conveniente —Sonríe otra vez, y esta vez es más suave—. Pregúntaselo a mi hermano. Lleva diez años esperando el momento conveniente para decirle algo a alguien y sigue esperando.

—¿A quién? pregunto divertida.

—Otro día. Hoy es tu turno —Levanta la copa—. Bebe. Cuéntame algo del caso que puedas contarme. Y luego te digo lo que Diego me dijo de Alejandro la noche que se emborracharon los dos solos, que es información valiosa y la estoy guardando para el momento oportuno.

La miro.

—Diego nunca se emborracha.

—Exactamente —Sonríe—. Por eso es información valiosa.

* * *

Pasamos dos horas en esa terraza. Carmen habla de su galería, de un artista nuevo que ha encontrado y que pinta con los pies —« *literalmente, con los pies, Giulia, y es precioso* »—, de su madre que sigue diciéndole que debería ampliar el local y ella sigue diciéndole que el local tiene el tamaño exacto que necesita. Me habla de Alejandro con la mezcla precisa de afecto y exasperación de quien lo quiere desde hace demasiado tiempo para tenerle paciencia y demasiado para no tenerla.

No me dice nada que no supiera ya. Me lo dice de una forma que cambia cómo lo sé.

Cuando me levanto para irme, Carmen me agarra del brazo un segundo.

—Oye.

—¿Qué?

—Lo de los perros —Pausa—. No se lo cuentes a él. Se lo tomará como una traición.

—No lo haré.

—Bien —Me suelta—. Y Giulia.

—¿Sí?

—Tocarte el pelo no significa nada ya —Sonríe—. Pero en el bar de arriba, cuando pasó con ese traje oscuro hace tres semanas, paraste de hablar a mitad de frase. Eso sí.

Me voy antes de que mi cara diga algo que no he decidido decir.

* * *

Sofía contesta al segundo tono.

Tiene el don —o la maldición— de saber cuándo llamar y cuándo esperar a que la llamen. Y esta tarde ha esperado, lo cual significa que también ella sabe que hoy era un día de llamar yo. Tengo que hacer algo con la amistad que ha surgido entre mi hermana y Carmen, empiezo a no tener vida privada y eso me está sacando de mis casillas.

—Hola —dice, con la voz de quien lleva un rato preparado.

—Hola.

—Cuéntame.

—No hay nada que contar.

Pausa.

—Giulia.

—Sofia.

—Llevas toda la vida siendo mi hermana. Sé exactamente qué cara tienes ahora mismo aunque no pueda verte —Pausa—. Tienes la cara que pones cuando ya sabes la respuesta pero te da miedo decirla en voz alta porque decirla en voz alta la hace real.

Me siento en el sofá. Miro el techo del apartamento más pequeño de Marbella.

—Puede que tenga un problema —digo.

—Cuéntame el problema.

—El problema tiene traje.

Silencio al otro lado. Y luego, clarísima, la voz de Sofía con el tono exacto de quien lleva semanas esperando este momento y no piensa desperdiciarlo.

— *Madonna mia* . ¡Por fin!

—Sofia.

—No, escúchame. Por fin. Llevaba meses esperando esta llamada. Tengo cosas preparadas —Pausa dramática—. Primera pregunta: ¿se lo has dicho?

—No.

—Bien. Eso quiere decir que todavía puedes fingir que tienes el control. Segunda pregunta: ¿sabes que tú le importas? No como fuente. No como pieza del caso. Como persona.

No respondo inmediatamente. Y ese silencio lo dice todo.

—Giulia. ¿Sabes que tú le gustas?

—Creo que... sí.

—Bien. Eso es lo único que necesitaba saber. El resto ya lo sabes tú mejor que yo.

—El resto no es mecánica. El resto es un caso de asesinato, una investigación activa, una beca que termina en tres meses y el hecho de que él es el abogado y yo soy la periodista y eso crea una serie de conflictos de interés que… que son todos reales y ninguno es el verdadero problema —Pausa—. El verdadero problema es que te da miedo.

Silencio.

—¿Qué me da miedo exactamente?

—Que en tres meses te vas —Voz más suave—. Y si dejas que esto sea real, irte va a doler más.

No digo nada.

Sofía tampoco, durante un momento.

—Giulia.

—¿Qué?

—Que duela más no es un argumento en contra. Papá dice siempre que las cosas que merecen la pena son las que más pesan cuando se acaban. Y papá es idiota el cincuenta por ciento del tiempo pero el otro cincuenta acierta de lleno, y lo sabes.

Noto algo que se afloja en algún sitio del pecho.

—¿Mamá sabe que estás citando a papá para darme consejos sentimentales?

—Mamá está en la cocina haciendo lasaña y tiene oficialmente otras prioridades —Pausa—. ¿Estás bien?

—Estoy... procesando.

—Bien. Procesa. Y luego haz algo al respecto. Y cuéntamelo todo. Todo, Giulia. Con detalles.

—Adiós, Sofía.

—Con detalles.

Cuelgo.

Me quedo un momento con el teléfono en la mano y la voz de mi hermana todavía resonando en algún sitio detrás de las costillas.

El apartamento está en silencio.

Fuera, Marbella hace lo que hace Marbella en octubre: el sol está bajando y el aire tiene esa temperatura exacta que no es frío ni calor sino simplemente el mundo funcionando correctamente, y hay algo en eso que me resulta más difícil de ignorar de lo habitual.

Abro el portátil. Escribo durante veinte minutos sin parar. No sobre el caso.

* * *

Alejandro llega a las ocho con la carpeta bajo el brazo y la expresión de quien ha tenido un día largo y no tiene intención de hablar de ello.

Es la tercera vez esta semana que está en mi apartamento. Hemos establecido, sin decirlo, una especie de protocolo: él llega, despeja la mesa, abre la carpeta, yo cierro el portátil y saco los apuntes del bloc. Y durante las dos horas siguientes somos dos personas trabajando en un caso con una eficiencia que sería admirable si no fuera porque la mitad del tiempo estoy más pendiente de la forma en que sostiene el bolígrafo que de lo que el bolígrafo está escribiendo.

Esta noche algo es diferente. No sé qué exactamente. O sí lo sé y no quiero nombrarlo todavía.

Se sienta. Abre la carpeta. Me mira.

—¿Has leído lo que te mandé sobre Valls?

—Sí.

—¿Y?

—Y que hay un hueco de cuatro horas en su registro de turnos que nadie ha explicado todavía.

Asiente. Escribe algo.

—¿Has hablado con Paco?

—Esta mañana. Dice que puede conseguir el registro de accesos al muelle de esa noche, pero necesita tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé. Días. Quizá una semana.

Algo cruza su cara. No es impaciencia exactamente. Es la expresión de alguien que sabe que el tiempo no es infinito y que cada día que pasa es un día en el que Sokolov puede mover piezas.

—Una semana es mucho.

—Paco no trabaja para nosotros. Trabaja a su ritmo y por sus razones —Pausa—. Si le presionamos lo perdemos.

Me mira un segundo. Luego asiente, una vez, con la concisión de alguien que ha entendido y ha decidido no discutirlo.

—Bien.

Seguimos.

Trabajamos durante una hora y media con la eficiencia de siempre. Él hace preguntas precisas; yo doy respuestas precisas. Yo hago observaciones; él las escucha con la atención de quien evalúa mientras lo procesa y no necesita interrumpir para demostrar que está prestando atención.

Es la cosa que más me desestabiliza de él. Esa atención.

No la gesticula. No la anuncia. Simplemente está, quieta y completa, y cuando la recibes te das cuenta de que no estabas acostumbrada a que alguien te escuchara así.

Che palle .

* * *

A las nueve y media cerramos la carpeta.

Es el momento en que normalmente recoge y se va. Lo hemos hecho tres veces esta semana y el patrón está establecido: carpeta cerrada, silla empujada hacia atrás, chaqueta cogida del respaldo, « *hasta mañana* » dicho con la misma neutralidad con que se dice cualquier cosa funcional.

Esta noche no recoge.

Se queda sentado con los codos sobre la mesa y mira la carpeta cerrada durante un momento. Yo me quedo donde estoy, de pie junto a la ventana con el bloc en la mano y la sensación de que el apartamento tiene ahora un silencio de una calidad diferente al de hace diez minutos.

Levanta la vista. Me mira.

No dice nada. Yo tampoco.

Hay conversaciones que no empiezan con palabras. Empiezan con dos personas en una habitación mirándose de una manera que ya no es neutral y que los dos saben que ya no es neutral, y el espacio entre la conciencia y el movimiento es tan pequeño que en algún momento deja de tener sentido medirlo.

Me aparto de la ventana.

No hacia la mesa. No hacia la carpeta. Directamente hacia él.

Se levanta antes de que llegue. No para marcharse. Para acortar la distancia que quedaba.

* * *

Lo que pasa a continuación lo decidimos los dos.

No como una negociación. No como una rendición. Como una elección que los dos hemos estado postergando durante semanas y que esta noche,

por razones que no voy a examinar todavía, ninguno de los dos tiene intención de seguir posponiendo.

Sus manos encuentran mi cara primero. No mis hombros, no mi cintura, mi cara, con una delicadeza que no esperaba y que me deja un segundo sin saber qué hacer con lo que acabo de recibir. Me mira desde muy cerca, con los ojos oscuros y una expresión que no he visto antes en ellos, algo que lleva ahí más tiempo del que ninguno de los dos querría admitir y que me estremece por completo.

—Giulia —susurra. Solo eso.

Y yo, porque hay momentos en los que ser periodista significa exactamente lo contrario de escribir, significa callar y sentir y dejar que las cosas sean lo que son sin ponerles nombre todavía, no digo nada.

Solo me acerco el centímetro que falta.

El beso no es urgente. No es el primer beso de dos personas que llevan semanas aguantando — ese habría sido diferente, más torpe, más hambriento. Este es el beso de dos personas que ya saben. Que han decidido. Que tienen todo el tiempo del mundo y no lo están desperdiciando.

Lento. Deliberado. Húmedo. Cálido. Con el peso de todo lo que no se ha dicho instalado en cada milímetro de contacto.

Sus manos se mueven desde mi cara hacia mi pelo y de ahí hacia mi nuca, con esa atención suya que tampoco en esto anuncia ni gesticula, simplemente está. Yo encuentro la solapa de su chaqueta y tiro despacio, sin prisa, y él entiende sin que haga falta explicarlo.

La chaqueta cae en algún sitio.

Ninguno de los dos la recoge.

* * *

La cama es pequeña para alguien de su altura y él lo resuelve con la misma eficiencia con que resuelve todo lo demás, que es no convertirlo en un problema.

Esta vez no hay prisas. No hay el punto de quiebre de la primera vez, la tensión que llegó a un límite y se rompió sola. Esto es diferente. Esto es elegido, buscado, con las cartas más sobre la mesa de lo que nunca han estado, y la diferencia se nota en cada cosa: en cómo me mira antes de tocarme, en cómo espera, en cómo cuando pregunta lo hace con el cuerpo y

no con palabras y de alguna manera eso es más verdad que cualquier cosa que podría haber dicho.

—Aquí —digo, guiándole, y él obedece con una precisión y una delicadeza que no tiene nada de sumisión y todo de presencia, de estar completamente aquí, en este apartamento, en esta cama, conmigo.

Me resulta insoportablemente difícil.

No la intimidad física. Eso lo entiendo, lo reconozco, sé dónde estoy. Lo que me resulta insoportablemente difícil es lo otro: la forma en que me mira entre medias, como si yo fuera algo que merece que tenga sus cinco sentidos puestos en mi. Como si hubiera dejado de ser la periodista italiana del caso y me hubiera convertido en otra cosa que todavía no tiene nombre pero que él está mirando con la profundidad con que mira cualquier cosa que verdaderamente le importa.

Eso. Eso es lo que me descoloca.

Me besa el cuello y yo cierro los ojos y me dejo ir completamente, por primera vez en semanas, sin el bloc, sin el caso, sin el artículo que tengo que escribir, sin la beca que termina y sin los tres meses que quedan, sin nada que no sea esto: su peso sobre el mío, su voz baja en algún punto entre mi hombro y mi oído diciendo mi nombre de una manera que no había escuchado antes, así, con esa textura, con nuestros cuerpos perfectamente acompasados, reconociéndose de una manera que asusta.

—Alejandro —digo, porque también necesito decirlo, porque también existe ese punto en que el nombre de alguien deja de ser una referencia y se convierte en otra cosa, y ese punto lo cruzamos esta noche, ahora, sin que ninguno de los dos lo haya planeado pero tampoco sin que ninguno de los dos lo haya evitado.

Él contesta de la única manera en que sabe contestar cuando ha bajado la guardia: sin palabras, con su cuerpo, con esa presencia completa que ya he aprendido a leer y que esta noche, en la penumbra del apartamento más pequeño de Marbella, me dice todo lo que necesitaba saber y todo lo que me aterra saber a la vez.

* * *

Después hay silencio.

Del bueno. Del que no necesita llenarse.

Estamos los dos tumbados mirando el techo con la respiración todavía un poco acelerada y el apartamento en penumbra y fuera el sonido de la calle

de Marbella a las once de la noche, que es un sonido que ya conozco, que ya forma parte de algo que reconozco como mío aunque no lo sea.

Su brazo está bajo mi cabeza.

No lo ha puesto ahí anunciándolo. Simplemente está, y yo he decidido no comentarlo y él también, y eso es, de alguna manera, lo más íntimo de todo.

No digo nada durante un rato.

Él tampoco.

Luego, despacio, sin apartar la vista del techo:

—La semana que viene tengo que ir a hablar con Romero —Pausa—. Hay algo en el expediente que necesita otro par de ojos.

Lo miro de lado.

—¿En serio mes estás hablando del caso en este momento?

Un segundo de silencio. Y luego algo que no había visto antes: una comisura que sube, levísima, apenas.

—Es lo que hay —dice.

— *Cazzo* —digo.

Y la comisura sube un poco más.

No es una sonrisa exactamente pero me atrapa por completo. Es lo que hay antes de una sonrisa en alguien que no sonríe fácilmente, y por eso cuando llega vale lo que vale.

Me quedo mirando ese techo que ya conozco y el brazo que sigue debajo de mi cabeza y el silencio que sigue sin necesitar llenarse, y pienso en Carmen en la terraza del bar, y en Sofia diciéndome «que duela más no es un argumento en contra», y en mi padre y la lasaña y todos los hombres que no piden ayuda y que son los que más la necesitan. Entrelazo nuestras manos y cierro los ojos.

Pienso en tres meses. En Bolonia. En el artículo que todavía no he terminado. Pienso en todo eso y luego lo dejo ir, por ahora, porque hay cosas que son ciertas y otras cosas que también lo son. Y esta noche he aprendido que todas pueden serlo a la vez.

Que esta habitación puede ser real y Bolonia también puede ser real.

Que el caso puede importar y esto también puede importar.

Que puedo estar completamente perdida y saber exactamente dónde estoy al mismo tiempo.

Me enamoré de él.

No lo digo en voz alta. No todavía. Pero lo pienso con toda la claridad con que pienso las cosas cuando por fin dejo de pelearme con ellas, y lo que

descubro es que la frase no pesa tanto como esperaba.

Pesa diferente. Pesa como las cosas que son verdad.

* * *

Alejandro se va a medianoche.

No con prisa. No con torpeza. Se viste con la misma calma con que hace todo, recoge la carpeta —la carpeta que ha estado en la silla del rincón durante toda la noche sin que ninguno de los dos la mirara—, me da un beso corto y suave. En la puerta se gira.

Me mira un segundo.

—Mañana —dice.

—Mañana —digo.

Sonríe y se va.

Me quedo de pie en la puerta del apartamento escuchando sus pasos en la escalera hasta que dejan de escucharse, y luego me quedo un momento más, sin motivo concreto, solo porque el apartamento tiene ahora una temperatura diferente y no tengo prisa por que se enfríe.

El teléfono vibra. Es Sofía. Un mensaje. Solo uno:

¿Con detalles?

Me río sola en el apartamento más pequeño de Marbella.

Le escribo: *Mañana* .

Ella responde en tres segundos: *Sabía que ibas a decir eso. Buenas noches, Giulia.*

Cierro el teléfono. Me siento en el sofá. Abro el bloc.

Esta vez sí escribo.

CAPÍTULO 22

El peso de proteger
ALEJANDRO

Me despierto antes de que suene el despertador.

Eso no es inusual. Lo hago casi siempre. Pero esta mañana lo hago con la diferencia específica de alguien que ha dormido cuatro horas y no le importa, que es una diferencia que noto y archivo sin comentario.

Son las seis y dieciséis. Me quedo tumbado mirando el techo. Pienso en Giulia.

* * *

No en abstracto. No en el caso, no en la carpeta, no en el artículo que está escribiendo y que va a ser bueno — demasiado bueno para que yo pueda pedirle que lo frene mucho más tiempo.

En ella. En la forma en que anoche, cuando cerré la carpeta y no me levanté, me miró desde la ventana con el bloc en la mano y supo — supe que sabía — exactamente lo que estaba pasando. No lo nombró. No lo preguntó. Esperó.

Eso. Eso fue lo que me terminó de descolocar, si soy preciso: que esperara. Que no llenara el silencio con palabras ni lo convirtiera en pregunta. Giulia Ferretti, que tiene un comentario para todo y una observación para cada cosa, se quedó quieta en la ventana. Después se acercó. Se paró. Me dejó moverme a mi tiempo.

Me levanté. Y cuando recorrí la mínima distancia que quedaba entre los dos ella no retrocedió ni un centímetro.

* * *

El recuerdo llega en orden, con la precisión con que recuerdo las cosas que me importan:

Sus manos en mi chaqueta. No tirando, encontrando. Hay una diferencia y la diferencia es que tirar es urgencia y encontrar es decisión, y lo que Giulia hizo anoche en cada gesto fue decidir.

La forma en que dijo mi nombre. Una vez. Baja, con esa textura del italiano que le sale cuando baja la guardia, cuando el español ya no le

alcanza para lo que quiere decir. Alejandro. Sin el apellido, sin la distancia profesional de las primeras semanas. Solo mi nombre, dicho así, y algo en eso fue más íntimo que cualquier otra cosa que ocurriera después.

Su pelo en mi mano. Su clavícula. La línea del cuello donde el pulso iba más rápido de lo que ella querría admitir y que yo busqué con la boca porque quería sentirlo, porque quería saber que estaba ahí, que no era solo yo.

No era solo yo.

La cama era pequeña para alguien de mi altura. No me importó.

Lo que sí noté — lo que no pude no notar — fue el momento en que ella paró de pensar. Hay un punto exacto, diferente en cada persona, en que la cabeza se rinde y solo queda el cuerpo, y en Giulia ese punto llegó cuando la besé en el hueco bajo la oreja y ella soltó el aliento despacio, de una manera que no tenía nada de calculada, y sus dedos encontraron mi espalda y apretaron.

Apretaron.

Después de eso no hubo más análisis. No de mi parte.

La tumbé despacio, con las manos en su cintura, y ella me miró desde abajo con esos ojos que no saben no decir lo que están pensando. Y lo que estaban pensando era algo que no me resultó difícil interpretar. Me resultó difícil de sostener, que es diferente. Me resultó difícil sostener que alguien me mirara así — con esa atención completa, sin defensas — y no saber muy bien qué hacer con lo que eso me producía en el pecho.

Lo sostuve.

Me tomé el tiempo que quise. Más del que me habría permitido hace semanas. Más del que el control habitual me habría concedido, porque algo en ella — en la forma en que respondía, en que se arqueaba hacia mí sin prisa, en que pronunciaba mi nombre con esa voz — hacía que el control fuera una idea cada vez más abstracta y menos relevante.

Le quité la camiseta con cuidado.

La observé.

Hay cosas que uno sabe que va a recordar en el momento exacto en que ocurren. La forma en que estaba tumbada con el pelo extendido, mirándome con esa mezcla de confianza y vulnerabilidad que no debería ser posible al mismo tiempo y que en ella es completamente natural — eso lo supe en ese segundo. Lo supe y lo guardé.

La recorrí despacio. Sin prisa, sin la urgencia de la primera vez. La primera vez fue otra cosa inesperada, casi inevitable, los dos sorprendiéndonos a nosotros mismos. Esta fue elegida. Cada movimiento fue elegido, por los dos, con plena conciencia de lo que estábamos haciendo, y eso le daba a cada cosa un peso diferente.

Cuando entré en ella lo hice despacio, mirándola, y ella cerró los ojos un segundo y luego los abrió y me miró. Y lo que había en esa mirada no lo voy a poner en palabras porque no tengo las palabras y tampoco las necesito. Estaba ahí. Los dos lo vimos. Los dos lo sentimos.

Se movió conmigo. Encontramos un ritmo sin negociarlo — así, sin palabras, con la naturalidad de dos personas que se conocen mejor de lo que deberían para el tiempo que llevan haciéndolo. Y eso fue lo que más me costó: no el deseo, que era claro y manejable, sino la facilidad. La facilidad con que encajábamos.

En algún punto ella dijo algo en italiano. No lo entendí. No hizo falta.

La escuché llegar con el mismo cuidado con que la escucho siempre — entera, sin dejar que nada se me escape — y lo que recibí fue suficiente para que el control terminara de disolverse de forma ordenada y definitiva.

Después hubo silencio. Del bueno.

Y su mano buscó la mía en la oscuridad con el gesto instintivo de alguien que duerme mejor con otro peso en la cama, y yo lo dejé estar, y no lo examiné, y me quedé mirando el techo del apartamento más pequeño de Marbella hasta que ella se quedó dormida entre mis brazos y su respiración cambió de ritmo.

Me fui a medianoche. En la puerta me giré. No para decir algo importante. Solo porque quería llevarme esa imagen también: ella de pie en el umbral del dormitorio, descalza, con el pelo revuelto y los ojos todavía algo entrecerrados, diciéndome «mañana» con la voz de alguien que tiene suficiente y no necesita más.

Mañana.

Son las seis y dieciséis de ese mañana.

Me levanto.

* * *

Lo primero que hago es llamar a Sergio.

Sergio Olmedo lleva doce años en seguridad privada y tiene la virtud específica de no hacer preguntas que no le incumben, que es exactamente la

virtud que necesito esta mañana.

—Tres personas —digo—. Cobertura discreta. Sin uniforme, sin presencia visible. No quiero que las personas protegidas lo sepan.

Pausa breve.

—¿Cuántas de ellas van a enfadarse si se enteran? —pregunta Sergio.

Es una pregunta legítima. Pienso en Elena, que lo aceptaría con la misma contención con que acepta todo. En Mateo, que protestaría cuarenta y ocho horas y luego lo agradecería en silencio. En Giulia.

—Una —digo.

—¿Mucho?

—Bastante.

—Entendido —dice Sergio, y noto en su voz el tono de quien ha trabajado suficientes casos para saber que las personas que se enfadan de esa manera son también las que más necesitan la cobertura—. ¿Cuándo empezamos?

—Hoy.

* * *

El caso tiene la lógica de quien lleva semanas apretándose: cuanto más avanzamos, más expuestos estamos.

La carta de Antonio lo cambió todo. No en el sentido de que antes no supiéramos la dirección — la sabíamos. En el sentido de que ahora tenemos pruebas. Y la prueba tiene un nombre, y ese nombre tiene gente detrás que sabe que nosotros lo sabemos, y esa gente no va a quedarse quieta mientras construimos el caso.

El Filo lleva días sin aparecer en el radar de Romero. Eso no es una buena noticia. Cuando El Filo desaparece no es porque se haya ido. Es porque está siendo más cuidadoso.

Elena tiene la casa, tiene a Mateo, tiene el barrio que conoce. Algo de protección natural.

Giulia tiene el apartamento más pequeño de Marbella en una calle con poca visibilidad y la costumbre de salir sola a cualquier hora con el bloc bajo el brazo porque tiene fuentes que ver y el periodismo no espera.

No lo pensé dos veces.

Llamo a Sergio. Cuelgo. Llamo a Romero. Le doy los detalles. Romero no hace preguntas porque Romero también lleva suficiente tiempo en esto para saber cuándo no hacerlas.

Abro el portátil.Trabajo durante tres horas seguidas con la concentración específica de quien ha dormido poco y tiene la cabeza extrañamente despejada, que es algo que me ocurre a veces después de una noche en que algo importante se ha resuelto, aunque no haya sido en el expediente.

* * *

Carmen aparece en el despacho a la una del mediodía sin avisar, con dos cafés y la expresión de quien trae noticias y no tiene intención de guardárselas.

Coge la silla de Diego. Se sienta. Pone un café delante de mí.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Trabajando.

—Eso no es una respuesta a esa pregunta.

La miro. Ella me mira. Hay una conversación que no hemos tenido y que Carmen lleva días queriendo tener y que yo llevo días evitando con la eficiencia de alguien que sabe exactamente lo que se avecina.

—Carmen.

—Alejandro.

—Tengo trabajo.

—Y yo tengo todo el día —Da un sorbo a su café—. He visto a Giulia esta mañana.

No cambio la expresión. Es todo un esfuerzo.

—¿Dónde?

—En la calle. Iba al puerto, creo, con ese bloc suyo —Pausa—. Iba con una cara muy interesante.

—¿Qué cara?

—La cara de alguien que ha dormido pocas horas y no le importa en absoluto —Sonríe—. Que yo sepa, es una cara que tú también tienes esta mañana. ¡Qué casualidad, Manolete!

Silencio.

—No sé de qué me estás hablando —digo.

—Claro que sí lo sabes, chaval —Deja el café en la mesa—. Y me alegro, por si sirve de algo. Llevaba meses viendo cómo los dos os mirabais de esa manera y pensando que en algún momento alguien iba a tener que hacer algo o explotaríais, y me alegra que haya sido lo primero.

La miro durante un segundo.

—¿Giulia te ha dicho algo?

—Giulia no me ha dicho nada. Giulia tenía la cara que tenía y no hacía falta más —Pausa—. Además, la conozco lo suficiente para saber que no va a contarme nada hasta que ella misma lo haya procesado, que probablemente tardará cuarenta y ocho horas y seis páginas de ese bloc suyo.

Algo que no controlo del todo cruza mi cara. Carmen lo ve. Sonríe.

—Ah —dice en voz baja, con el tono de quien acaba de confirmar algo—. Así que es eso.

—¿Qué?

—Que te gusta saber que la conoces. Que sabes ya cómo funciona —Apoya los codos en la mesa—. Alejandro. Llevaba años esperando verte con esa cara.

—No tengo ninguna cara.

—¡Tienes todas las caras, cari! —Se levanta, recoge su café—. Y oye —Se detiene en la puerta—. Lo que sea que estés haciendo para protegerla —y sé que estás haciendo algo, porque te conozco y sé cuándo estás en modo escudo —, asegúrate de contárselo antes de que lo descubra sola. Si quieres seguir ileso, claro.

La miro.

—¿Por qué?

—Porque es Giulia —Como si eso lo explicara todo, que probablemente sí—. Buen día, Alejandro.

Me guiña un ojo y se va.

Me quedo mirando la puerta cerrada durante un momento.

Luego miro el teléfono.

Luego el expediente.

Luego el teléfono otra vez.

* * *

Se lo digo esa misma tarde.

O lo intento.

Llego al apartamento a las seis y encuentro a Giulia en la puerta con el bloc en la mano, el pelo recogido de cualquier manera y una expresión que no había visto antes en ella: no es enfado exactamente. Es algo más frío. Más preciso.

—¿Conoces a un hombre que se llama Sergio Olmedo? —dice, sin preámbulo.

Aquí está.

—Sí —digo.

—Lleva todo el día siguiéndome.

—Protegiéndote.

—¿Perdona?

Pausa. No larga, pero suficiente para que los dos sepamos que lo que viene no va a ser fácil.

—El Filo lleva días sin aparecer en el radar de Romero —digo—. Eso significa que está siendo más cuidadoso, no que haya dejado de operar. Tú sales sola, a cualquier hora, con fuentes que nadie más conoce. Era necesario.

—Era necesario —repite, con una voz muy quieta que es exactamente la voz que usa cuando algo le parece grave—. ¿Y no era necesario decírmelo?

—¿Si te lo hubiera dicho habrías aceptado?

—¡No! —Y ahí está, el volumen que no tiene nunca, que aparece tan pocas veces que cuando llega pesa el doble— ¡Exactamente, Alejandro! No lo habría aceptado porque no es tu decisión. Yo no soy tu caso. No soy una pieza del expediente que tienes que proteger sin consultarme.

Tiene razón.

Lo sé mientras lo dice. Lo sabía antes, que es probablemente el por qué no se lo dije.

—Tienes razón —digo.

Eso la frena un segundo. No lo esperaba.

—¿Qué?

—Que tienes razón. Debería habértelo dicho —Pausa—. Pero lo habría hecho de todas formas.

—Eso no es una disculpa.

—No. Es una explicación —Me la quedo mirando—. Hay alguien ahí fuera que ya mató a una persona por tener menos información de la que tú tienes ahora mismo. Y tú sales sola a las ocho de la mañana con el bloc bajo el brazo —Pausa—. No puedo no hacer nada con eso.

Silencio.

Giulia me mira con esa mirada suya que no anuncia lo que está pensando hasta que decide hacerlo. Hay un músculo en su cuello que está tenso. Lo noto porque lo conozco, porque he tenido la boca ahí hace doce horas y la diferencia entre anoche y ahora mismo es tan grande que resulta casi física.

—No vuelvas a tomar decisiones sobre mi seguridad sin decirmelo —dice, al fin. La voz ya no es fría, es otra cosa. Es el tono de alguien que está cediendo sin rendirse—. Ni una vez más.

—De acuerdo.

—Y quiero saber exactamente qué sabe Sergio, cuánto tiempo lleva y qué protocolo tiene.

—Te lo cuento ahora mismo si me dejas entrar.

Una pausa.

Se aparta de la puerta.

* * *

Le cuento todo. Sin omisiones, sin gestionar la información, que es mi instinto y es el instinto equivocado con ella.

Escucha con el bloc cerrado en el regazo, que es la señal de que está escuchando de verdad y no procesando para el artículo. Hace tres preguntas concretas. Las respondo.

Cuando termino hay un silencio que no es el silencio del enfado sino el otro, el que conozco mejor, el que significa que está ordenando.

—¿Está vigilando también a Elena y a Mateo? —pregunta.

—Sí. Él te vigila a ti. Su gente de confianza a ellos.

—¿Lo saben?

—Mateo lo sospecha y lo está digiriendo. Elena lo aceptó sin preguntar.

Asiente, despacio.

—Está bien —dice. Y luego, en voz más baja—. Lo entiendo. Por qué lo hiciste, lo entiendo. Pero no significa que esté bien haberlo hecho sin consultármelo.

—Lo sé.

—¿Sabes que si me tratas como a alguien que hay que proteger de la información voy a dejar de ser útil?

—Sí.

—¿Y sabes que me importa esta investigación exactamente igual que a ti, por razones distintas pero con la misma intensidad?

—También lo sé.

Me mira un momento.

—¿Por qué me resulta tan difícil estar enfadada contigo? —dice, con un punto de exasperación que no va dirigido a mí sino a la situación en general.

No respondo. Hay preguntas que funcionan mejor sin respuesta.

Pero algo ocurre en mi cara, algún movimiento pequeño que no consigo controlar del todo, porque Giulia lo ve y sus ojos se entrecierran un milímetro.

—No te rías.

—No me estoy sonriendo.

—Estás a punto de hacerlo —Coge el bloc—. Es casi peor.

* * *

Carmen aparece cuarenta minutos después.

Sin avisar, como siempre. Con una bolsa de la compra que contiene, según ella, « *los ingredientes para algo que los dos necesitáis aunque no lo sepáis* », que resulta ser pasta con tomate y demasiado queso, que es la solución de Carmen para cualquier situación que requiera comida.

Nos mira a los dos desde la puerta de la cocina con la expresión de quien está leyendo una habitación y le gusta lo que lee.

—¿Interrumpo algo? —pregunta, con el tono de quien espera que la respuesta sea sí.

—Trabajo —digo.

—Discusión —dice Giulia al mismo tiempo.

Carmen nos mira alternativamente.

—¿Las dos cosas? —dice.

—Las dos cosas —confirma Giulia.

—Perfecto —Deja la bolsa en la encimera—. A mí me gustan los hombres que saben mezclar lo profesional con lo personal de formas completamente desastrosas. Es señal de que les importa.

—Carmen —digo.

—¿Qué? Es un cumplido —Empieza a sacar cosas de la bolsa con total naturalidad, como si la cocina del apartamento fuera también la suya—. Giulia, ¿tienes una sartén que no sea de hace quince años?

—La sartén funciona perfectamente —dice Giulia.

—Eso es lo que dicen todos los que tienen sartenes malas —Encuentra la sartén, la examina, la acepta con resignación—. Alejandro, pon agua a hervir. Y no me digáis que no tenéis hambre porque los dos tenéis cara de no haber comido nada decente hoy.

Giulia me mira.

Yo la miro.

Hay algo en ese intercambio — en la brevedad de ese segundo compartido — que tiene la textura de una decisión tomada sin palabras. La misma textura de anoche. La misma facilidad.

Me levanto. Pongo agua a hervir.

Carmen, desde la encimera, con la espalda hacia nosotros, sonríe.

No la veo. Pero la conozco desde los ocho años. Y sé exactamente cuándo está sonriendo.

CAPÍTULO 23

El Filo se acerca

GIULIA

El mensaje llega a las siete cuarenta y dos de la mañana, que es antes de que haya terminado el café y bastante antes de que esté en condiciones de procesar cosas que no quiero procesar.

Número desconocido. Ocho palabras.

Deja el caso. No todas las historias merecen ser contadas.

Me quedo mirando la pantalla.

Doy un sorbo al café.

Leo el mensaje otra vez.

La construcción de la frase es interesante. « *No todas las historias merecen ser contadas* » no es una amenaza directa. No dice que voy a tener un problema. No dice para o te pararemos. Dice que hay historias que no merecen ser contadas, lo cual podría ser una opinión editorial si no fuera por el contexto, que es que alguien con mi número de teléfono y que sabe que estoy en este caso me lo ha mandado a las siete cuarenta y dos de la mañana.

Eso no es una opinión editorial.

Archivo el mensaje. Hago una captura. La mando a tres sitios — mi correo, el de Sofía, y una carpeta en la nube que nadie más conoce — porque soy periodista y sé que las pruebas desaparecen cuando alguien quiere que desaparezcan.

Luego me siento en el sofá y pienso durante cinco minutos exactos.

No en si tengo miedo. Esa pregunta no es útil todavía.

En quién sabe mi número.

* * *

La lista es corta.

Mi editor en Bolonia. Alejandro. Romero, que me lo pidió en la primera semana y lo guardó sin comentario. Elena, que me lo pidió después del día de la famosa carpeta porque quería poder llamarme directamente. Mateo, que me lo sacó sin pedírmelo, que es su método para casi todo. Paco Durán

en el puerto. Carmen. Diego. Marcos Ruiz, de El Faro de la Costa. Y las cuatro fuentes del muelle.

Compruebo el número desconocido contra todo lo que tengo. No coincide con nada en mis contactos ni con nada que haya visto en el expediente.

Lo que significa que alguien que no debería tener mi número lo tiene.

Lo que significa que llevo más tiempo siendo visible de lo que pensaba.

Cazzo .

Cojo el bloc. Escribo la lista. La analizo. La guardo.

Luego cojo el teléfono y llamo a Alejandro.

* * *

—¿Has recibido algo esta mañana? —pregunto cuando descuelga, sin preámbulo.

—Buenos días —dice él.

—Buenos días. ¿Has recibido algo?

Una pausa muy breve. Del tipo que en Alejandro significa que está cambiando de modo.

—No. ¿Qué ha pasado?

Le mando la captura mientras se lo cuento. Lo escucha sin interrumpir. Cuando termino hay un silencio.

Pero no es el silencio de siempre.

El silencio de siempre en Alejandro es compacto, funcional, el de alguien que procesa antes de responder. Este es diferente. Este tiene una textura distinta, como si algo dentro se hubiera detenido de golpe y estuviera tardando en volver a arrancar.

—¿Estás en el apartamento? —dice. La voz es la misma de siempre en el volumen y en el tono, pero hay algo debajo que no estaba antes. Algo que reconozco porque lo he escuchado en otras voces, en otras circunstancias, y que no esperaba escuchar en la suya.

—Sí. Alejandro, estoy bien.

—¿Has tocado algo? ¿Has abierto la puerta?

—Solo he leído el mensaje. No he…

—No abras la puerta —Una pausa de un segundo—. Voy para allá.

—No hace falta que vengas, tengo a Sergio en la calle y…

—Voy para allá —repite, y esta vez no hay negociación posible en esa frase. No es el abogado dando instrucciones. Es otra cosa. Es alguien que ha

tomado una decisión con el cuerpo antes de que la cabeza haya terminado de procesarla—. No abras a nadie hasta que llegue yo.

Cuelga.

Me quedo mirando el teléfono un momento.

En los dos meses que llevamos en esto, Alejandro Vidal nunca ha colgado antes que yo. Siempre espera. Siempre deja que la conversación termine de una manera que no parezca un corte.

Esta vez ha colgado en menos de diez segundos.

Me siento otra vez en el sofá. Y por primera vez desde que llegué a Marbella, con el teléfono en la mano y el mensaje todavía en la pantalla y el sol de octubre entrando por la ventana con toda su convicción, siento el miedo de verdad.

No el miedo abstracto de saber que una investigación tiene riesgos.

El concreto. El físico. El que se instala en el centro del pecho y no se mueve.

* * *

Llega en diecisiete minutos.

Sé el tiempo exacto porque lo conté. No porque quisiera contarlo, sino porque necesitaba que mi cabeza tuviera algo que hacer mientras esperaba, y contar minutos es la tarea más pequeña que encontré.

Llama al telefonillo sin decir su nombre. Lo conozco en el patrón — dos toques cortos, uno largo — porque llevamos semanas usándolo sin haberlo acordado, que es el tipo de cosa que ocurre cuando dos personas pasan suficiente tiempo en el mismo espacio.

Abro.

Sube los tres pisos sin ascensor y cuando abre la puerta — que he dejado entornada — y entra en el apartamento, tardo exactamente un segundo en ver lo que necesitaba ver.

Viene sin chaqueta.

Alejandro Vidal sale de casa con chaqueta a las siete de la mañana aunque no tenga ningún sitio adonde ir. Lo he visto con chaqueta en este apartamento a las once de la noche. Lo he visto con chaqueta en la playa, a pleno sol de septiembre, porque según él siempre puede hacer frío después.

Ha salido de casa sin chaqueta.

Lo miro. Él me mira. Recorre el apartamento con los ojos en tres segundos — la puerta, las ventanas, la cocina — con el movimiento rápido

de alguien que está evaluando y no disimulando que evalúa.

Luego me mira a mí. Y lo que hay en su cara en ese momento no lo había visto antes.

No es el frío. No es la concentración. No es la máscara que lleva encima de todo lo demás y que a veces se aparta un milímetro y deja ver algo, pero que nunca antes había dejado ver esto.

Esto es puro.

Esto es un hombre que ha recorrido diecisiete minutos de Marbella a la velocidad que se recorren cuando algo te importa de una manera que no cabe en el vocabulario del caso ni en el de la investigación ni en ningún cajón profesional que tengas disponible.

No digo nada.

Cruza el apartamento. Me pone las manos en la cara — igual que la otra noche, igual que entonces, con esa delicadeza que sigue sorprendiéndome cada vez — y me mira desde muy cerca con los ojos oscuros y algo que se parece mucho a alivio mezclado con algo que todavía no ha terminado de calmarse.

—Estás bien —dice. No es una pregunta. Es como si necesitara decirlo en voz alta para que fuera completamente real.

—Estoy bien —digo.

Asiente una vez. Deja ir el aire despacio. Sus manos bajan de mi cara a mis hombros y se quedan ahí, y hay en ese gesto algo tan fuera de su registro habitual, tan sin calcular, que noto cómo algo en mi pecho se aprieta de una manera que no tiene nada que ver con el miedo. Entonces me abraza.

—Muéstrame el mensaje —dice, y la voz ya está más cerca de la de siempre, pero no del todo. Todavía hay algo que vibra por debajo, algo que aún no ha guardado.

Le paso el teléfono.

Lo lee. Lee la captura. Lee el número. Lee la hora.

No dice nada durante casi un minuto entero.

Cuando levanta la vista, la máscara ha vuelto casi del todo. Casi.

—¿Has llamado a Romero?

—Te he llamado a ti primero.

Algo cruza su cara. Rápido, pero lo veo.

—Llámale ahora —Me devuelve el teléfono—. Y luego me cuentas lo de Paco. Todo. Desde el principio.

—¿Cómo sabes que tengo algo de Paco?

—Porque llevas tres días sin mencionar su nombre, que en ti significa que tienes algo que todavía estás ordenando.

Me lo quedo mirando.

—A veces me resultas inquietante —digo.

La comisura. Apenas. Pero está.

—Lo sé —dice.

* * *

Romero llega cuarenta minutos después con la cara de alguien que ha tenido una mañana larga antes de las nueve.

Nos mira a los dos. Mira el apartamento. Mira el teléfono con el mensaje en la pantalla con la atención específica del inspector que lleva veintidós años mirando cosas que no quieren ser miradas.

—El número está quemado —dice—. Tarjeta prepago. Comprada en efectivo —Pausa—. No nos va a dar nada útil.

—Lo sabía —digo.

—Sí. Los que mandan estos mensajes lo saben también —Me mira—. ¿Cuántas personas tienen este número?

Le doy la lista. La escucha. Asiente.

—Todas son personas que han estado en contacto con el caso —dice.

—Sí.

—Lo que significa que la filtración no es de su número. Es del caso —Mira a Alejandro—. Alguien sabe que ella está dentro.

Alejandro no dice nada. Tiene los brazos cruzados y la espalda contra la pared y la expresión de quien ya lo había calculado y no le alivia que le den la razón.

—¿El Filo? —pregunta.

—Alguien que trabaja para él —Romero se guarda el teléfono—. El Filo no manda mensajes. El Filo aparece.

El silencio que sigue a esa frase tiene un peso particular.

Romero lo deja estar el tiempo justo y luego añade, con la voz de quien está midiendo cada palabra:

—Lo que esto significa es que hasta ahora era vigilancia. Que sepan que está en el caso no implica que tengan instrucciones de actuar —Me mira—. Todavía.

—Qué tranquilizador —digo.

—No es para tranquilizarla. Es para que sepa exactamente dónde está.

Asiento. Es honesto. Lo prefiero.

Desde la pared, Alejandro dice:

—Necesito saber si hay movimiento en los últimos tres días. Cualquier cosa fuera de patrón en el radio del puerto y de esta calle.

—Estoy en ello —dice Romero.

—Hoy, Romero.

Los dos hombres se miran durante un segundo con esa dinámica suya que llevo semanas aprendiendo a leer: no es hostilidad, es el pulso constante de dos personas que quieren lo mismo y tienen métodos distintos y lo resuelven así, con miradas cortas y frases cortas y un respeto que ninguno de los dos nombraría nunca en voz alta.

—Esta tarde —dice Romero. Y se va.

* * *

Cuando se cierra la puerta, el apartamento vuelve a ser pequeño.

Alejandro sigue con la espalda contra la pared. Yo estoy sentada en el sofá con el bloc en el regazo que he cogido sin darme cuenta, por reflejo, porque el bloc es lo que cojo cuando necesito que mis manos hagan algo mientras mi cabeza trabaja.

No escribo nada.

Él me mira.

—Lo de Paco —dice.

Asiento. Y le cuento.

Le cuento que Paco lleva dos semanas con algo que no se decide a darme. Que cada vez que quedamos llega con la mitad de lo que prometió y una excusa diferente. Que ayer, por primera vez, cuando le pregunté directamente si tenía miedo me dijo que no con demasiada rapidez.

—Tiene miedo —dice Alejandro.

—Sí.

—¿Sabe algo concreto o solo siente que algo va mal?

—No lo sé todavía. Por eso necesitaba verle hoy.

Alejandro piensa. Lo veo pensar — ese proceso suyo, limpio y sin ruido, que a veces me pone de los nervios y otras veces me parece la cosa más eficiente que he visto en una persona.

—No vayas sola —dice.

—Sergio.

—Yo —Me mira—. Voy contigo.

Abro la boca. La cierro.

Quiero decirle que no es necesario. Que Sergio es suficiente. Que soy periodista y sé cuidarme y que una fuente nerviosa va a estar más nerviosa todavía si llega un abogado con cara de abogado a la reunión.

Todo eso es verdad.

Pero lo miro — sin chaqueta, de pie en mi apartamento a las nueve de la mañana, con esa expresión que todavía no ha guardado del todo — y no digo nada de lo que iba a decir.

—Espera fuera —digo—. En la calle. No en la reunión.

Un momento.

—De acuerdo —dice.

No es una concesión cómoda. Lo sé porque le conozco, porque a estas alturas sé la diferencia entre cuando cede y cuando cede sin querer. Pero lo dice. Y eso, viniendo de él, esta mañana, tiene un peso que no voy a examinar en voz alta pero que siento perfectamente.

* * *

Salimos juntos a las nueve menos cuarto.

Sergio nos espera en la acera con la discreción específica de alguien que ha aprendido a parecer parte del paisaje. Alejandro le da instrucciones en voz baja mientras yo cierro el portal. No escucho qué dice. Pero veo la cara de Sergio cuando asiente, que es la cara de alguien que acaba de recibir instrucciones más detalladas de lo habitual.

Caminamos hacia el puerto.

Marbella en esta época y a esta hora tiene una luz que todavía no ha decidido del todo si es verano o es otra cosa. El paseo está lleno de gente que no sabe que hay una investigación, que hay un mensaje de ocho palabras guardado en tres sitios distintos, que hay un hombre llamado El Filo que lleva días sin aparecer en ningún radar.

Nadie lo sabe. Solo nosotros.

Caminamos sin tocarnos — somos dos personas yendo a una reunión de trabajo y así tiene que parecer — pero hay una distancia entre los dos que no es la distancia de dos personas yendo a una reunión de trabajo. Es la distancia de dos personas que saben exactamente cuánto espacio hay entre ellas y que lo están midiendo sin querer porque no querrían que ese espacio existiera.

En algún punto de la calle del Arenal, Alejandro dice:

—Si en algún momento de la reunión sientes que algo va mal, sales. Sin terminar la frase, sin recoger el bloc, sin explicaciones. Sales.

—Lo sé.

—No te lo estoy recordando porque crea que no lo sabes. Te lo estoy diciendo porque necesito decírtelo.

Lo miro de reojo.

Hay una diferencia entre las dos frases. La primera es instrucción. La segunda es otra cosa.

No lo comento. Pero lo guardo.

* * *

Paco Durán lleva esperando cuando llego a la cafetería del puerto. Está en la mesa del fondo, la que da a la pared y no a la puerta, que es la mesa de alguien que quiere ver sin ser visto.

Tiene delante un café que no ha tocado.

Me ve entrar. Mira detrás de mí. Cuando comprueba que vengo sola —Alejandro se ha quedado en la calle, como acordamos — algo en sus hombros baja dos centímetros.

—Giulia —dice.

—Paco —Me siento—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, estoy bien —No está bien. Lo veo en la forma en que tiene los dedos alrededor del café sin beberlo, en que no se ha quitado el abrigo a pesar de que dentro hace calor—. Oye, mira, he estado pensando y...

—Paco.

—...no sé si puedo seguir ayudándote con esto. No es que no quiera, es que tengo familia, ¿sabes? Tengo a mi mujer, tengo a los críos, y si alguien...

—Paco —digo, más suave—. Cuéntame qué ha pasado.

Se calla. Mira la mesa. Mira el café. Me mira a mí.

Y entonces, con la voz de alguien que ha tomado una decisión muy incómoda y va a cumplirla antes de que pueda cambiar de idea:

—Hace tres días encontré algo en mi taquilla —Saca el teléfono. Me muestra una foto—. Estaba dentro, en el fondo, debajo de todo. No había señales de que hubieran forzado el candado.

Miro la foto.

Es una postal. Sin texto. Sin firma. Solo una imagen: el puerto de Marbella visto desde el agua, con un círculo dibujado a mano con tinta roja alrededor de la zona de contenedores.

Mi sección favorita del expediente de Antonio.

La misma zona.

Porco cane .

—¿Se lo has contado a alguien? —pregunto, con la voz lo más tranquila que puedo encontrar.

—A ti. Ahora mismo. Nadie más.

—Bien —Pausa—. Paco, necesito que hagas una cosa. Solo una. Y luego puedes desaparecer de esto, te lo prometo.

Me mira con los ojos de alguien que quiere creerme y sabe que creerme tiene un coste.

—¿Qué cosa?

—El registro de accesos de esa noche. ¿Todavía puedes conseguirlo?

Silencio largo.

—Giulia, si me pillan con eso…

—Nadie va a pillarte —Lo miro—. Pero sin ese registro, el hombre que mató a Antonio Herrera no paga por ello. Y el hombre que te dejó esa postal en la taquilla sigue libre.

La pausa que sigue es la más larga de la conversación.

Paco mira el café. Lo bebe por primera vez. Lo deja.

—Mañana —dice—. Mañana lo tengo.

—Gracias, Paco.

—No me des las gracias —Se levanta, coge el abrigo—. Dame las gracias cuando esto haya terminado y yo siga entero. Se va.

Me quedo sola en la mesa del fondo con el café que acabo de pedir y la foto de la postal todavía en la cabeza y la sensación específica de alguien que acaba de conseguir lo que necesitaba y que el precio ha sido que otra persona tenga miedo.

No es una sensación cómoda. Tampoco es nueva en este trabajo. Pero esta vez pesa más.

* * *

Alejandro está en la acera cuando salgo, con las manos en los bolsillos y la vista en la entrada de la cafetería, y cuando me ve aparecer algo en su

cuerpo se relaja de una manera que probablemente no es consciente pero que yo veo perfectamente porque le conozco.

Lo veo y no lo comento.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Mañana tenemos el registro de accesos —Pausa—. Y El Filo le dejó una postal en la taquilla hace tres días.

Su cara.

No cambia mucho. Nunca cambia mucho. Pero hay un momento —brevísimo, menos de un segundo — en que algo pasa por sus ojos que no es la máscara ni la concentración ni ninguna de las cosas que conozco.

Es el mismo algo que vi esta mañana cuando entró en el apartamento.

Crudo. Real. Sin procesar.

—Vamos —dice, con una voz que ha bajado medio tono—. Te lo cuento de camino.

Empezamos a andar.

Sergio nos sigue a distancia prudente.

El puerto queda atrás.

Y yo pienso en la postal y en el mensaje de las siete cuarenta y dos y en la cara de Paco y en la cara de Alejandro esta mañana en mi apartamento sin chaqueta, y entiendo — con la claridad con que entiendo las cosas cuando dejo de pelearme con ellas — que esto ya no es solo el caso.

No ha sido solo el caso desde hace tiempo.

Y lo que hay en juego ahora no es solo el artículo.

CAPÍTULO 24

Romero al descubierto

ALEJANDRO

Romero me llama a las tres de la tarde con la frase más corta que le he escuchado en dos meses de investigación:

—Necesito verte. Solo tú. Esta noche.

No es la petición lo que me detiene. Es el « *solo tú* ».

Romero sabe que Giulia está en el caso. Lo ha sabido desde el principio y lo ha aceptado con la resistencia de alguien que no puede evitarlo y aprende a trabajar con ello. En todas las reuniones de las últimas semanas ha tolerado su presencia con una neutralidad que es, en Romero, la forma más alta de aprobación.

Esta noche quiere verme sin ella. Eso significa que lo que va a decirme no está listo para ser publicado.

Lo que significa que es importante.

—¿Dónde? —pregunto.

—Casa Pepe. Once de la noche. Entre semana está vacío.

—Allí estaré.

Cuelgo.

Me quedo mirando el expediente abierto en la mesa. Pienso en Marcos Peña, en su nombre en los manifiestos, en la forma en que Romero confirmó por teléfono que era la segunda víctima con una pausa que era cálculo antes de responder. En que lo sospechaba antes de que muriera y no lo protegió.

Hay preguntas que llevo semanas dejando sin hacer porque no era el momento. Esta noche es el momento.

* * *

Giulia está en el sofá con el bloc cuando le digo que Romero quiere verme solo.

No protesta. Lo procesa — veo el momento exacto, ese segundo en que los ojos se mueven a un punto fijo que no está en la habitación — y luego asiente con la expresión de alguien que entiende las reglas del juego aunque no le gusten.

—¿Cuándo te diga algo me lo cuentas? —pregunta.

—Sí.

—¿Todo?

—Todo lo que pueda contarte.

Me mira un segundo.

—Eso no es lo mismo que todo —dice.

—No. Pero es lo que tengo ahora mismo.

Una pausa. Asiente, esta vez con más peso.

En ese momento el teléfono de Giulia vibra.

Una vez. Dos. Tres seguidas.

Lo mira. Algo cruza su cara que no es exactamente alarma pero se le parece.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Sofia —dice, con el tono de quien acaba de recordar algo que debería haber previsto.

Coge el teléfono. Lee. Y la expresión que aparece es una mezcla de culpa, afecto y la resignación de alguien que sabe que lo que viene es inevitable y probablemente ruidoso.

—Le mandé la captura del mensaje esta mañana —dice—. Como protocolo de seguridad. Y parece que Sofía acaba de leerla.

El teléfono vuelve a vibrar. Cuatro veces en tres segundos.

Lo silencia. Me mira.

—Tengo que llamarla.

—Llámala.

—Va a ser ruidoso.

—Ya lo imagino.

Sale al rellano. Cierro la puerta con delicadeza porque hay ciertas cosas que le pertenecen a ella y no a mí aunque ya sepa cuáles son.

Me siento. Abro el expediente.

A través de la puerta cerrada, amortiguado pero perfectamente audible, llega la voz de Giulia:

—Sofia, escúchame, estoy bien, no, no ha pasado nada, Sofia, Sofia, para, sí, lo sé, pero ¡ *cazzo* , déjame terminar la frase!

Una pausa.

Y luego, en un italiano que no necesito entender para saber exactamente lo que significa:

— *Sì, c'è lui. Sì. No, non ti dico altro* . Sofia, *sì, ho capito* . *Sì. Ciao* .

La puerta se abre. Giulia entra con el teléfono en la mano y una expresión que es mitad exasperación y mitad algo más suave que no quiere mostrar.

—¿Todo bien? —pregunto, sin levantar la vista del expediente.

—Mi hermana quiere tu número de teléfono.

Levanto la vista.

—¿Para qué?

—Para « *coordinarse en caso de emergencia* » —Pausa—. No se lo voy a dar.

—Bien.

—Aunque si se lo diera probablemente serías incapaz de quitártela de encima en lo que queda de investigación. Así que en el fondo te estoy haciendo un favor.

Algo que no controlo del todo pasa por mi cara.

Giulia lo ve.

—No sonrías —dice.

—No estoy sonriendo.

—Estás a punto —Se sienta. Coge el bloc—. Vuelve al expediente.

Vuelvo al expediente. Pero tardo un momento en leer porque estoy sonriendo.

* * *

Casa Pepe a las once de un martes tiene la quietud de los sitios que no necesitan el ruido para existir. Dos mesas ocupadas al fondo, el camarero de siempre que nos trae dos cervezas sin que las pidamos y desaparece.

Romero llega puntual.

Eso ya es información. Romero llega tarde cuando tiene el control de la situación y a tiempo cuando no lo tiene del todo.

Se sienta. Coge la cerveza. No bebe.

Lo miro. Espero. Con Romero el silencio inicial forma parte de lo que va a decir y interrumpirlo es un error.

—Lo que voy a contarte —dice, al fin, con la voz baja y uniforme de quien ha ensayado la frase y aun así le cuesta— no puede salir de esta mesa. No esta semana. Quizá no este mes.

—Escucho —digo.

—No es un acuerdo. Es una condición.

—Entendido.

Asiente. Mira la cerveza. Y luego me mira a mí con la expresión de alguien que lleva mucho tiempo soportando algo solo y que esta noche ha decidido que ya no puede seguir haciéndolo.

—Llevo cuatro años dentro de la red de Sokolov —dice.

El restaurante sigue siendo el mismo. El camarero en la barra. Las dos mesas del fondo con su conversación.

Todo sigue igual.

Yo no.

—Continúa —digo. Y me sorprende lo quieta que suena mi voz, porque lo que acabo de recibir no es quieto en absoluto.

—Operación encubierta. Autorizada por la Brigada Central, coordinada con Europol desde el principio —Pausa—. No estoy corrompido, Vidal. Nunca he estado corrompido. Pero he tenido que parecerlo durante cuatro años para no volar la operación.

Lo miro durante un momento largo. Proceso.

Todo lo que creía saber sobre Romero — la ambigüedad, las medias respuestas, los momentos en que parecía proteger a Sokolov tanto como perseguirlo — se reorganiza con la velocidad de una relectura. Cada dato en su sitio nuevo. Cada sombra con su explicación.

Y debajo del análisis, algo que no es exactamente alivio pero se le parece: este hombre no traicionó a Antonio.

No lo traicionó.

—Marcos Peña —digo. No como pregunta. Como la primera pieza que necesito encajar en el mapa nuevo.

Romero cierra los ojos un segundo. Uno solo.

—Lo sé —dice, en voz muy baja.

—Lo tenías en el radar.

—Sí.

—Antes de que muriera.

—Sí —Pausa—. Peña era un eslabón pequeño. Técnico de turno, acceso limitado, sin capacidad de decisión. Lo teníamos identificado hace meses pero no era el objetivo, interferir en él antes de tiempo habría alertado a los que están por encima —Otro silencio—. Me equivoqué al calcular cuánto tiempo teníamos.

La frase cae en la mesa y se queda ahí.

No lo absuelvo. No es mi función hacerlo. Pero sí lo escucho — el peso específico de ese «me equivoqué» dicho por un hombre que lleva cuatro años midiendo cada palabra — y entiendo que esto es lo más cerca que Romero va a llegar nunca de un mea culpa.

—¿Por qué ahora? —pregunto— ¿Por qué me lo cuentas esta noche?

—Porque la operación tiene una fecha límite que ya no puedo mover — Da un sorbo a su cerveza por fin—. Y porque lo que ha pasado esta mañana con la periodista cambia el calendario.

—¿Sabías lo del mensaje?

—Lo supe hace dos horas. Tengo acceso a ciertos movimientos de comunicación dentro de la red —Pausa—. El mensaje no vino del Filo. Vino de alguien más arriba.

—¿Quién?

Romero deja la cerveza. Me mira con la expresión de alguien que está a punto de abrir una puerta sin vuelta atrás.

—Valls lleva doce años como Jefe de Inspección de Carga. Ya lo sabes. Lo que no sabes es que Valls no actúa solo. Nunca ha actuado solo. Hay alguien por encima de él dentro de la Autoridad Portuaria, alguien con acceso institucional real, con capacidad de hacer desaparecer registros y de mover la inspección de turno cuando conviene. Alguien que lleva ocho años dándole cobertura a Sokolov —Pausa—. Ese alguien es quien mandó el mensaje esta mañana.

El silencio que sigue tiene la densidad de algo que no se puede deshacer.

Peña era el eslabón pequeño. Valls es el operativo. Pero hay un tercero —con más poder que los dos juntos, con un nombre que todavía no tengo —que es el que sostiene toda la estructura desde dentro.

—¿Tienes el nombre? —pregunto.

—Tengo el cargo —Pausa—. Esta semana tengo el nombre.

—¿Cómo de seguro estás?

—Lo suficiente para que no pueda permitirme estar equivocado.

Asiento. Dejo que eso se asiente también.

Pienso en Antonio documentando solo durante catorce meses. En la carpeta que construyó pieza a pieza sin saber que había una operación encubierta, sin saber que Romero existía, sin saber que el sistema que no le escuchó tenía dentro a alguien que llevaba años escuchando en su nombre. Pienso en cuánto más rápido podría haber ido todo si los dos hubieran sabido el uno del otro.

Pienso en que Antonio está muerto de todas formas.

—¿Qué pasa esta semana? —pregunto.

Romero me mira con la expresión de alguien que está a punto de abrir una puerta sin vuelta atrás.

—El jueves Sokolov mueve el cargamento más grande que ha pasado por este puerto en cinco años. Lo hemos estado esperando. Es el movimiento que nos da todo: cantidad, rutas, contactos en destino, la cadena completa. Si eso sale bien, tenemos el caso del siglo.

—¿Y si sale mal?

—Si sale mal, Sokolov desaparece. Los archivos desaparecen. Y todos los que saben demasiado se convierten en un problema que él va a resolver a su manera.

No hace falta que nombre quiénes son « *todos los que saben demasiado* ». Los dos sabemos la lista.

—Giulia no puede publicar nada antes del jueves —digo.

—No. Y si lo hace, la operación cae. Todo lo que ha construido Antonio, todo lo que yo llevo cuatro años sosteniendo desde dentro, cae con ella. Es una petición que tiene que hacerle usted. Yo no soy la persona adecuada.

No digo nada. Romero no insiste.

—Hay una cosa más —dice.

—Dímela.

—El mensaje de esta mañana no es una advertencia genérica —Me mira —. Saben que tiene el registro de accesos de esa noche. O van a saberlo antes del jueves.

Paco.

Paco Durán, que mañana iba a traernos el registro. Paco, que tiene una taquilla con una postal dentro y una familia en casa y el miedo instalado en los hombros desde hace días.

—¿Paco está en peligro? —pregunto.

—Todavía no. Pero si entrega ese registro y alguien se entera antes del jueves...

—Entendido —Me levanto—. El registro entra directamente en el sistema oficial. Sin pasos intermedios visibles.

—Eso es lo que necesito, sí.

Nos miramos un momento. Veintidós años en el cuerpo, cuatro dentro de la red, y esta noche sentado en Casa Pepe contándome lo que no le ha podido contar a nadie.

—¿Cuántas personas saben que la operación existe? —pregunto.

—En mi equipo, tres. En Europol, cuatro. La juez instructora —Pausa—. Y tú, desde hace veinte minutos.

Asiento.

—Cuídala —dice Romero, levantándose. Y antes de que yo pueda responder—. No como parte del caso. Como lo que es.

Se pone el abrigo. Se va con la misma calma con que hace todo — la de alguien que ha estado cuatro años siendo dos personas a la vez y ha

aprendido que la calma no es ausencia de miedo sino la decisión de no dejar que sea visible.

Me quedo solo en Casa Pepe. El camarero recoge la copa de Romero sin preguntar.

Fuera, Marbella a las doce de la noche en octubre: el paseo con poca gente, el mar al fondo, el aire con esa temperatura que ya anuncia que el verano se ha ido del todo.

Pienso en Antonio. En la carta. En la frase: « *Espero haberle elegido bien* .»

Cuatro días.

* * *

Llamo desde el coche.

Descuelga al segundo tono.

—¿Cómo ha ido? —pregunta. La voz tiene el punto de alguien que lleva horas despierta esperando una llamada y no quiere que se note.

Se nota.

—Largo —digo—. Mañana te cuento lo que puedo contarte.

Una pausa.

—¿Tú estás bien? —pregunta, y el cambio de dirección me coge un segundo fuera de posición.

—Sí.

—¿Seguro?

Pienso en Romero con sus cuatro años de doble vida. En Peña. En el nombre que todavía no tenemos. En el jueves.

—Sí —repito.

Un silencio breve.

—De acuerdo —dice. Y luego, con un tono ligeramente diferente—. Oye. Sofia me ha mandado un audio.

Espero.

—Un audio largo. En italiano. Con el mensaje escrito de « *es para el abogado, tradúceselo* ».

Proceso eso.

—¿Qué dice? — pregunto.

—Cosas. Muchas cosas. Básicamente quiere saber si eres de fiar. Si llevas bien la presión. Si tienes familia. Si tienes hermanos.

—No tengo hermanos.

—Eso le va a parecer sospechoso.

—¿Por qué?

—Porque para Sofía los hijos únicos son « *personas sin calibración* ». Es una teoría suya. Muy elaborada —Una pausa en que casi puedo escucharla decidir si seguir—. También pregunta si eres el tipo de hombre que llama cuando dice que va a llamar.

Silencio.

Y luego, porque llevo un rato solo con algo que me corroe y hay cosas que no tienen remedio más que dejarlas ser lo que son:

—Dile que sí.

El sonido que hace Giulia al otro lado no es exactamente una risa. Es algo anterior, más pequeño, más involuntario. El sonido de alguien que estaba tensa y que en un segundo completamente inesperado ha dejado de estarlo.

Lo guardo.

Con todo lo demás que guardo de ella.

—Buenas noches, Giulia —digo.

—Buenas noches —dice. Y después, en voz más baja—. Mañana me lo cuentas.

—Mañana.

Cuelgo. Arranco el coche.

Cuatro días.

CAPÍTULO 25

Lo que no puede publicar
GIULIA

Lleva en mi cabeza desde las siete de la mañana.

No el caso. El caso lleva en mi cabeza desde octubre y ya tiene su espacio propio, catalogado, separado del resto con la precisión de alguien que aprendió que si no pones paredes mentales entre el trabajo y lo demás, el trabajo se come lo demás y no deja ni los huesos.

Lo que lleva en mi cabeza desde las siete de la mañana es la llamada.

Más concretamente: la voz al teléfono a las doce de la noche. El tono de alguien que ha recibido algo enorme y lo lleva solo en el coche de vuelta a casa. El *¿tú estás bien?* que no esperaba de mí pero que se me salió igualmente porque lo noté — lo noté en la pausa antes de contestar, en el *sí* demasiado corto, en que Alejandro Vidal, que mide cada palabra antes de pronunciarla, me contestó lo de Sofía sin que yo se lo preguntara.

Dile que sí.

Cazzo .

Me levanto. Pongo el café. Me siento en el alféizar con el bloc en el regazo porque es donde pienso mejor y hoy necesito pensar bien, necesito pensar con la cabeza y no con otras partes de mí que llevan semanas tomando decisiones sin pedir permiso.

Abro el bloc en la última página escrita. El material está todo ahí.

Dos meses de trabajo. Entrevistas, registros, manifiestos de carga que no cuadran, el nombre de Valls y su firma en los turnos nocturnos, la descripción de El Filo que Paco me dio sin saber que me estaba dando oro, la carta de Antonio que Elena me leyó en voz baja en su salón mientras sus manos no dejaban de moverse. Tengo suficiente para un artículo que va a sacudir Marbella, el puerto, y probablemente la Brigada de Crimen Organizado. Tengo suficiente para el artículo de mi vida.

Y no puedo publicarlo.

Todavía no.

Cierro el bloc. Me bebo el café. Miro el puerto desde el alféizar — ese rectángulo de agua quieta que en octubre tiene una luz gris y plata que no

tiene ningún otro mes — y pienso en Alejandro llegando a Casa Pepe a las once de la noche para reunirse con Romero. Pienso en lo que me contó esta mañana cuando vino, con cara de haber dormido poco y con el jersey sin planchar por primera vez desde que le conozco, y lo que no me contó. Los huecos entre una frase y otra. La forma en que dijo *hay una operación en marcha* con la voz de alguien que está eligiendo las palabras con bisturí.

El jueves.

Si publico antes del jueves, la operación cae. Todo lo que Romero ha sostenido durante cuatro años desde dentro cae. Todo lo que Antonio documentó solo, con la convicción de alguien que sabía exactamente lo que estaba haciendo y lo hacía de todas formas, cae. Y las personas que saben demasiado — Paco con su taquilla y su familia en casa, Elena con su salón demasiado ordenado, Mateo con su rabia que todavía no sabe adónde dirigir — se convierten en un problema que Sokolov va a resolver a su manera.

Sé lo que significa eso. Ya lo sé.

* * *

A las nueve y cuarto llama Luca.

Luca Conti es mi editor en el periódico de Bolonia. Tiene cincuenta y dos años, una voz como grava húmeda y una paciencia con sus periodistas que es inversamente proporcional a la que tiene con cualquier otra cosa. Ha sido el primero en creer en mí. El primero en decir *ve a Marbella, hay algo ahí* cuando el redactor jefe quería mandar a alguien con más experiencia y más años y menos ganas de meterse en problemas. Me debe dos años de trabajo a deshoras sin quejarme. Yo le debo la beca.

Descuelgo.

—Giulia —Su voz tiene el punto específico de alguien que ha estado esperando esta llamada y ha decidido ser él quien llame primero—. Dos semanas sin una actualización real.

—Lo sé.

—Tengo al redactor jefe encima. Quiere saber si hay artículo o si has estado haciendo turismo de lujo en la Costa del Sol a su costa.

—Hay artículo.

Pausa.

—¿Cuándo?

Y aquí está. La pregunta. La pregunta a la que llevo tres horas buscándole

una respuesta que suene a verdad sin serlo del todo, porque la verdad entera —*hay una operación policial encubierta en marcha y si publico ahora la vuelo, y hay personas en peligro real, y una de esas personas es un hombre que lleva traje a las once de la noche y tiene los ojos más oscuros que he visto nunca y que anoche me dijo dile que sí* — no es una respuesta que pueda darle a mi editor.

—Pronto —digo—. Necesito unos días más.

—¿Días o semanas?

—Días. Una semana como máximo.

Otro silencio. Luca lleva veintisiete años en esto y tiene el instinto de un sabueso con la nariz afinada por décadas de historias que no cuadraban del todo en el momento en que llegaron. Sabe que le estoy dando la mitad.

—Giulia.

—Luca.

—¿Estás bien?

La pregunta me coge un segundo fuera de posición. Es la misma que le hice yo a Alejandro anoche. Y la respuesta que tengo en la punta de la lengua es la misma respuesta corta que él me dio, el *sí* que no es mentira pero tampoco es toda la verdad.

—Estoy bien. El artículo es sólido. Solo necesito que el momento sea el correcto.

—El momento correcto en periodismo...

—Lo sé. Pero esta vez sí importa. Confía en mí.

Una pausa larga. Y luego:

—Una semana, Giulia. Y me llamas antes de publicar.

—Prometido.

Cuelgo.

Me quedo mirando el teléfono en la mano. Pienso en las veces que he oído *el momento correcto no existe, la noticia es ahora o no es* — y lo he creído, y he publicado, y he tenido razón. Y pienso en que hoy es la primera vez en mi vida que tengo el artículo escrito en la cabeza, la historia completa, el arco perfecto, y elijo no publicarlo. No todavía. No porque me lo hayan pedido. Sino porque hay personas.

Hay personas, y me importan.

Che palle .

* * *

Alejandro llega al mediodía.

No avisa. Nunca avisa, lo cual debería molestarme más de lo que me molesta, y el hecho de que me moleste cada vez menos es información que prefiero no examinar demasiado de cerca.

Lleva la chaqueta en la mano. El jersey de esta mañana. Tiene la cara de quien ha pasado cuatro horas tomando decisiones y necesita saber cómo han salido las mías.

Abro la puerta. Nos miramos un segundo.

—¿Has llamado a tu editor? —dice.

—Sí.

—¿Qué le has dicho?

—Que necesito una semana más.

Algo pasa por su cara. Rápido, contenido, del tipo que sé reconocer ya porque llevo semanas aprendiendo a leer las variaciones mínimas de una expresión que no da mucho por defecto. No es alivio exactamente. Es algo más complicado que el alivio — es alguien que recibe algo que necesitaba y que no esperaba recibir así, sin condiciones, sin negociación.

Entra. Se sienta en el sofá.

Yo no me siento. Me quedo de pie junto a la ventana porque hay cosas que es más fácil decirlas con distancia, con el puerto detrás y el sol entrando de lado, sin estar demasiado cerca de quien cuando se abre, aunque sea un milímetro, me hace olvidar por qué estaba hablando.

—Quiero que sepas por qué —digo.

Me mira.

—No lo hago por el caso —digo—. O no solo por el caso. Lo hago porque Paco Durán tiene familia y tiene miedo y me fío de él aunque sólo le haya visto cuatro veces. Lo hago porque Elena lleva dos meses con los hombros así —levanto la mano, la tenso— y Mateo todavía no sabe que su padre le protegió hasta el final, y los dos merecen que esto se haga bien. Lo hago porque Antonio construyó esa carpeta solo, durante catorce meses, sin decirle a nadie que lo estaba haciendo, y no voy a ser yo quien tire por tierra lo que hizo por publicar tres días antes.

Alejandro no dice nada.

Hay un momento en que pienso que voy a dejarlo ahí, que eso es suficiente, que es la versión completa y honesta de la explicación y que cualquier cosa que añada va a cruzar una línea que los dos hemos estado fingiendo que no existe.

Pero llevo semanas sin decir las cosas que pienso porque el momento no era el correcto o porque no tenía palabras para ello o porque es más fácil callarse que abrir algo que no sabes si vas a poder cerrar. Y hoy he decidido no publicar el artículo de mi vida porque hay personas que me importan más que la historia. Y si hay una sola cosa que esta semana me ha enseñado es que el momento correcto no existe y que hay que decir las cosas cuando hay cosas que decir.

—Y también —digo, y mi voz sale más baja que la anterior— lo hago por ti.

El apartamento se queda en silencio. Un silencio que tiene nombre, el suyo.

—No tienes que... —empieza.

—Lo sé —le corto—. No te lo estoy diciendo para que hagas nada con ello. Te lo estoy diciendo porque es verdad y porque tú llevas semanas siendo honesto conmigo de formas que no esperaba que fueras, y me parece que esto también merece honestidad.

Se levanta.

No viene hacia mí. Se queda donde está, a tres metros, con la chaqueta todavía en la mano y los ojos oscuros fijos en mí con esa expresión que solo aparece cuando ha bajado todo lo que normalmente lleva encima — la concentración, el control, la máquina que funciona cuando tiene que funcionar — y queda lo que hay debajo, que es más blando y más peligroso, y que me cuesta mucho más mirar sin sentir que me muevo hacia él sin haber decidido moverme.

—Giulia —dice. Solo eso.

—No hace falta que digas nada.

—No iba a decir nada. Iba a preguntarte si habías comido.

Y hay algo en esa frase — en la forma específica en que dice algo completamente lateral cuando lo que acaba de recibir no es lateral en absoluto — que hace que me salga una risa pequeña, involuntaria, del tipo que no se puede contener porque llega antes de que decidas si quieres dejarla pasar.

—No —digo.

—Bien —Se pone la chaqueta—. Vamos.

—¿Adónde?

—A comer —Me mira—. Tú y yo. Sin el caso.

Proceso eso.

Lo proceso bien.

—¿Sin el caso? —repito.

—Una hora —dice—. El caso puede esperarnos una hora.

Hay una voz en mi cabeza que dice que el caso no puede esperar, que el jueves está aquí en cuatro días, que hay un tercero cuyo nombre Romero todavía no tiene y El Filo libre y Paco con miedo y una operación entera que depende de que los próximos cuatro días salgan bien. Esa voz tiene toda la razón del mundo.

Cojo el bolso.

—Una hora —digo.

Alejandro abre la puerta. Me coge la mano. Salimos.

El sol de octubre en Marbella cae exactamente igual que siempre —implacable, sin disculpas, sin saber ni importarle nada de lo que pasa debajo. Y sin embargo hoy, en este momento, caminando junto a un hombre que anoche le dijo *dile que sí* a una pregunta que no le hice, me parece que tiene exactamente la temperatura correcta.

CAPÍTULO 26

La tercera noche
ALEJANDRO

La operación se mueve mañana.

Son las once de la noche y en mi mesa hay tres carpetas, un vaso de whisky que no he tocado y el teléfono boca abajo porque si lo miro una vez más voy a leer los mismos cuatro mensajes de Romero que ya sé de memoria. Tenemos al Filo localizado. Tenemos los manifiestos. Tenemos el testimonio de Mateo sellado y protegido. Tenemos la carta de Antonio.

Tenemos todo lo que necesitamos para mañana.

Lo que no tengo es manera de apagar la cabeza.

Giulia está en el sofá. Lleva aquí desde las nueve —fui a buscarla porque no quería que pasara la noche sola en el apartamento con Sergio fuera y El Filo moviéndose por la ciudad— y desde entonces hemos trabajado durante dos horas en un silencio casi completo. Ese silencio que sólo funciona cuando los dos estamos en el mismo lugar de concentración. Ella con su bloc. Yo con las carpetas. El ruido de fondo de la ciudad y el ventilador del ordenador. Nada más.

Ahora el bloc está cerrado en su regazo.

Ahora no trabajamos ninguno de los dos.

* * *

—¿Cuándo sale Romero? —pregunta, sin levantar la vista del bloc cerrado.

—Las seis.

—¿Y nosotros?

—Nosotros esperamos —Pausa—. Tú, esperas.

Levanta la vista. La expresión que pone es la que conozco —la de cuando quiere discutir algo y calcula si merece la pena— y luego la deja ir. Lo cual me dice, mejor que cualquier argumento, que entiende el peso de lo de mañana.

—Vale —dice.

Una sola palabra. Sin resistencia.

Llevo semanas esperando que Giulia Ferretti ceda en algo sin pelea y ahora que lo hace no sé qué hacer con ello.

Me levanto. Voy a la cocina. Sirvo dos vasos de agua porque el whisky sigue sin apetecerme y porque necesito algo que hacer con las manos. Cuando vuelvo ella ha recogido los pies debajo del cuerpo en el sofá y me mira con esa manera que tiene —la que no aparta la vista, la que procesa todo— y hay algo en el ángulo de su cara bajo la luz de la lámpara que hace que me detenga un segundo.

Un segundo más de lo necesario.

—¿Qué? —dice.

—Nada.

Le doy el vaso. Nuestros dedos se rozan. Ella no retira la mano inmediatamente y yo tampoco. El agua puede esperar.

* * *

No sé quién se mueve primero.

Creo que soy yo. Creo que me siento a su lado en el sofá con la intención —vaga, no del todo honesta— de revisar algo en el teléfono, y que en algún punto entre sentarme y sacar el teléfono del bolsillo ese plan desaparece, y lo que queda es la distancia de veinte centímetros entre su hombro y el mío y el hecho de que llevo semanas viviendo en esa distancia. Midiendo esa distancia. Administrándola con una precisión que me ha costado más esfuerzo del que jamás voy a admitir en voz alta.

Giulia gira la cabeza. Me mira.

Y en sus ojos —esos ojos verdes que aprendí a interpretar sin querer, que aprendí a leer antes de saber que los estaba leyendo— veo lo mismo que siento. No lo que debería sentir la noche antes de una operación. No la concentración ni la frialdad ni el orden que siempre me ha funcionado.

Otra cosa.

Algo que lleva ahí más tiempo del que ninguno de los dos ha querido examinar.

—Alejandro —dice, con una voz que es casi normal. Casi.

—Sí.

No pregunta nada más. No hace falta.

Levanto la mano y le aparto un mechón de la cara —un gesto pequeño, innecesario, que no tiene ninguna justificación táctica— y ella no se mueve. Se queda esperando bajo mi mano con una quietud que no es pasividad sino todo lo contrario.

Bajo la mano hasta el lóbulo de su oreja, despacio. La inclino hacia mí. Y la beso con toda la lentitud que he estado conteniendo y deseando desde hace semanas.

* * *

Esta vez sé exactamente lo que estoy haciendo. Y lo que estoy haciendo es decirle algo que no voy a decirle con palabras porque no sé cómo. No todavía. Quizá nunca. Pero sé decírselo así, con las manos en su cara, con mi boca en la suya, con el ritmo lento y deliberado de alguien que no tiene prisa porque no quiere que esto termine.

Ella lo entiende. Lo sé porque cuando se acerca —porque se acerca, porque cierra los últimos centímetros que quedaban entre los dos con una decisión que es toda suya— lo hace con esa manera que se parece mucho a lo que yo estoy intentando decir.

Le pongo una mano en la nuca.

Siento cómo suelta el aire.

Y durante un momento que no sabría medir —largo, quieto, cargado con todo el peso de los últimos dos meses— simplemente nos quedamos así. Frente con frente. Respirando el mismo aire.

Luego ella dice —bajito, contra mi boca—:

—Mañana.

—Mañana —repito.

—Antes de mañana —dice.

Y yo no respondo porque no hace falta. La beso.

* * *

La tumbo en el sofá despacio.

Ella deja que lo haga —lo que en Giulia Ferretti equivale a una declaración de intenciones— y cuando estoy encima de ella y la miro se ha quitado la goma del pelo y el cabello oscuro se extiende sobre el cojín. Y hay algo en ese detalle, en ese gesto pequeño y privado, que me llega a un sitio que no esperaba.

Le desabrocho el primer botón de la camisa.

El segundo.

Ella tiene los ojos abiertos, clavados en mí, y no aparta la vista ni cuando le abro la camisa completamente ni cuando le recorro la clavícula con mi lengua. Cuando llego al hueco de su cuello hace un sonido suave,

contenido. Sus manos buscan mis hombros y se aferran a la tela de la camisa con una fuerza que no cuadra con la quietud del resto de su cuerpo.

—Alejandro.

No dice nada más. Solo mi nombre. Pero lo dice de una manera que no lo había dicho nunca. Sin la distancia profesional, sin el tono de cuando está procesando algo, sin ninguna de las capas que los dos nos hemos puesto encima durante semanas— y hace que me detenga un momento. No para parar. Para guardarlo.

Le termino de abrir la camisa y la deslizo por sus hombros. Ella me ayuda, levanta los brazos, y cuando queda solo con el sujetador de encaje oscuro y esa mirada que no me suelta me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Le rodeo la cintura con las manos.

Es pequeña. Lo sé en abstracto desde hace meses —la he visto, la he rozado, he estado demasiado cerca demasiadas veces— pero tenerla así, con mis manos abarcándola casi por completo, con su calor contra mis palmas, es diferente a saberlo. Lo supe la otra noche. Lo sé hoy.

La beso en el hombro. En la curva del cuello. En el lóbulo de la oreja.

Ella inclina la cabeza hacia un lado, hacia mi boca, y lo único que quiero es que no cierre los ojos —quiero ver qué hay ahí, quiero que me vea— y entonces dice, con una voz que ha perdido todos sus bordes:

—No pares.

* * *

Me levanto para llevarla al dormitorio.

No digo nada. Sólo la miro y ella asiente una vez, ese asentimiento breve y directo que tiene cuando toma una decisión, y se pone en pie y me toma de la mano los dedos entrelazados, sencillo y devastador— y caminamos juntos por el pasillo a oscuras mientras nos besamos sin descanso.

En el dormitorio hay luz de la calle que entra por las persianas mal cerradas. Suficiente para verla. Suficiente para que ella me vea cuando me quito la camisa. Ella la recoge y la deja en el suelo sin doblar, lo que en cualquier otra circunstancia habría notado, y se acerca y pone sus manos en mi pecho. Y me recorre. Y me mira. Me mira como si estuviera buscando algo. Como cuando está trabajando —esa concentración total, ese silencio que precede a una conclusión importante— pero orientada hacia mí. Hacia algo que ve en mí que yo no sé si quiero saber que existe.

—¿Qué? —digo.

—Nada —dice. Y sonríe un poco. Una sonrisa pequeña, honesta, sin ironía—. Solo estaba mirándote.

Le desabrocho el sujetador. Cae al suelo.Y cuando la tumbo en la cama y me coloco sobre ella, y hay solo la penumbra y su piel y el calor que irradia su cuerpo contra el mío, la distancia que llevamos semanas administrando desaparece por completo. Como si nunca hubiera existido. Como si siempre hubiera sido esto —este peso, esta temperatura, este silencio cargado de todo lo que hemos ido acumulando sin querer nombrar.

* * *

La beso despacio. Con toda la atención que merece. Esta vez tengo toda la conciencia del mundo y la elijo para estar aquí, en esto, en ella.

Le recorro el cuello con la boca. Los hombros. El esternón. El borde de sus pechos, despacio, atento a cada pequeño cambio en su respiración, a cada vez que la contiene o la suelta, a cada tensión involuntaria de sus manos en mi pelo.

—Dios —dice, muy bajito.

Levanto la vista.

Me está mirando con los ojos entornados y la boca entreabierta y hay en su cara una expresión que no le había visto —una apertura, una rendición que no es derrota sino lo contrario— y me quedo un momento así, mirándola, antes de bajar de nuevo.

—Alejandro —Mi nombre otra vez, con esa textura nueva—. Sube.

Subo.

Le quito el resto de la ropa con una calma que no sé muy bien de dónde saco, porque lo que siento no es calma —es todo lo contrario, es algo que ocupa todo el espacio disponible dentro de mí— pero lo que quiero es hacer esto bien. Hacer esto a la altura de lo que es. Y lo que es, después de tanto que hemos pasado, no es menor. No tiene nada de menor.

Cuando la recorro entera con las manos —los costados, la curva de sus caderas, la suavidad del interior de sus muslos…— ella hace un sonido que es casi un nombre y arquea la espalda levemente. Y yo me detengo en cada punto que la hace reaccionar así, metódico y atento de una manera que no tiene nada que ver con el trabajo pero que tiene la misma intensidad. La misma concentración. Giulia Ferretti es, definitivamente, digna de una atención plena.

—Por favor —dice.

Y yo, que no la he escuchado pedir nada de esa manera en todo el tiempo que la conozco, me detengo un segundo nada más para mirarla. Para guardarme también esto.

* * *

Cuando la penetro es despacio. Muy despacio. Con una mano en su cintura y la otra apoyada en la almohada junto a su cabeza y mis ojos en los suyos porque, esta vez sí, quiero verla. Esta vez no hay ningún motivo para mirar a otro lado.

Ella no aparta la vista.

Hay un momento —el momento en que los dos estamos completamente inmóviles, completamente juntos, respirando sin movernos— en que algo en su cara cambia. Un cambio pequeño, casi imperceptible. Un gesto de los ojos que conozco desde hace dos meses, que conozco mejor que ningún otro gesto suyo.

Es el gesto que hace cuando entiende algo que no esperaba entender.

Lo que entiende ahora es lo mismo que entiendo yo. Ninguno de los dos lo dice. No hace falta.

Me muevo. Despacio al principio —un ritmo largo, pausado, deliberado, que la hace cerrar los ojos y agarrarse a mis hombros con las dos manos— y ella responde con el cuerpo entero. Levanta las caderas y abre sus piernas para recibirme, ajusta su ritmo al mío con la naturalidad de algo que no debería ser tan natural después de tan poco tiempo, que lo es de todas formas y que aún nos sigue sorprendiendo.

Le pongo la boca en el cuello. Muerdo suave y cálidamente su oreja.

—Giulia.

—Aquí —dice. Solo eso. Aquí.

El ritmo cambia. Ya no es lento de la misma manera —es lento pero profundo, medido, con una intención que va más allá del cuerpo— y ella emite un sonido que no intenta contener y que resuena en el silencio del dormitorio y que voy a recordar durante mucho tiempo después de que todo esto haya terminado.

Le pongo una mano en la cadera. La otra le recorre el costado hasta el pecho. Ella vuelve a arquear la espalda y dice mi nombre otra vez —solo mi nombre, solo eso, pero dicho de esa manera que tiene esta noche, sin capas,

sin distancia— y algo en mi interior que había estado tenso desde hacía semanas, desde hacía meses, se quiebra y cede de golpe.

No es solo el cuerpo. Nunca ha sido solo el cuerpo con ella.

* * *

Después.

La oscuridad y su cabeza en mi pecho. Y mi mano en su pelo y la respiración de los dos volviendo a la normalidad despacio, sin prisa, como si el tiempo hubiera decidido comportarse de otra manera esta noche.

No hablamos. No de inmediato.

Hay un punto en que levanta la cabeza y me mira y yo la miro y en sus ojos veo todo lo que no vamos a decirnos esta noche —todo lo que habría que decir, todo lo que existe entre nosotros que todavía no tiene nombre porque darle nombre implicaría enfrentarse a lo que significa— y lo que hacemos con eso es mirarnos durante un momento largo y luego ella apoya de nuevo la cabeza en mi pecho y yo le rodeo los hombros con el brazo. Nos quedamos en silencio.

El silencio dice más de lo que cualquiera de los dos sabría articular ahora mismo.

—Mañana —dice, finalmente.

—Mañana —repito.

—Tiene que funcionar.

—Va a funcionar.

—¿Cómo lo sabes?

No lo sé. No del todo. Pero hay cosas que no le dices a Giulia Ferretti porque ella ya las sabe y decirlas en voz alta no cambia nada. Y hay cosas que sí.

—Porque llevamos demasiado tiempo en esto para que no funcione —digo.

—Eso no es una respuesta —dice.

—No —Le aprieto levemente el hombro—. Pero es lo que tengo.

Siento cómo suelta el aire. Siento cómo algo en ella que también estaba tenso se afloja un poco.

Su mano encuentra la mía en la oscuridad y entrelaza los dedos.

Primer gesto así, los dos tumbados, sin nada que justifique el gesto más que el gesto mismo.

No la suelto. No la suelto en toda la noche.

* * *

A las cinco menos cuarto suena la alarma del teléfono.

Me levanto sin hacer ruido. Ella sigue dormida —o hace como que duerme, que en Giulia puede ser lo mismo— y en la penumbra del dormitorio la miro durante un momento que no debería tomarme y que me tomo de todas formas.

El pelo oscuro extendido. La silueta de su cuerpo bajo la sábana. La respiración tranquila y regular.

Hay algo que querría decirle. No sé las palabras todavía. O sí las sé y no estoy listo para usarlas. O sí estoy listo y el momento no es ahora —el momento es después, cuando el caso haya terminado, cuando el peligro haya pasado, cuando haya tiempo y espacio para decir las cosas con el peso que se merecen.

Cojo la camisa del suelo. Antes de salir del dormitorio me vuelvo una vez más.

—Quédate —digo, muy bajito.

No me responde. Quizá no me ha escuchado. Quizá sí.

Salgo. Cierro la puerta despacio.

Y me preparo para el día más largo del caso sabiendo que, por primera vez en muchos meses, hay algo que, definitivamente, me importa más que resolverlo.

CAPÍTULO 27

Mateo se sale del guión
GIULIA

Me despierto sola.

Lo sé antes de abrir los ojos. Hay una textura distinta en el silencio del apartamento, una ausencia con forma concreta. La cama todavía tiene calor en el lado donde no estoy. En algún punto de la madrugada, mientras yo dormía, él se fue.

Me quedo un momento sin moverme, mirando el techo.

La luz que entra por las persianas mal cerradas es la misma luz de antes, pero con más ángulo. Son las siete y algo. Fuera hay ruido de ciudad — el Marbella de primera mañana, el que no sale en las fotos, el de los repartidores y los coches y los pájaros equivocados.

La operación se mueve hoy.

Eso lo sé. Lo que no sé es cuándo, ni cómo, ni desde dónde. Alejandro me dijo que esperara y yo le dije que sí y lo decía en serio, que es algo que no me ocurre con frecuencia en este caso. Esperaré. Lo cual no significa que vaya a quedarme en la cama.

Me levanto.

En la cocina hay café preparado — la cafetera en el fuego, ya apagada, todavía caliente. Un gesto pequeño. El tipo de gesto que no se comenta porque comentarlo lo haría más pequeño de lo que es.

Me sirvo una taza. Me siento en el taburete de la barra. Saco el teléfono. Nada de Alejandro. Nada de Romero. Nada de nadie. Solo un mensaje de Sofía de las once de la noche que dice *cuéntame mañana* con un emoji de palomitas de maíz que no sé muy bien cómo interpretar pero que es inequívocamente Sofia.

No le respondo todavía. Hay cosas que no caben en un mensaje de mañana y que tampoco caben en una llamada a las siete y cuarto.

Doy un sorbo al café. Pienso en el «Quédate» que quizás oí y quizás no.

Me digo que da igual. No me lo creo del todo, pero de momento funciona.

* * *

El mensaje de Mateo llega a las ocho y veintidós. No es un mensaje normal. En meses de conocer a Mateo Herrera he aprendido a leer sus mensajes con la misma atención con que leo una fuente nueva: lo que dice, lo que no dice, el ritmo de las palabras. Mateo escribe rápido cuando está bien y escribe con faltas cuando está nervioso. Y no escribe nada cuando está enfadado.

Este mensaje no tiene faltas. Es corto. Demasiado corto para lo que suele ser él.

He visto algo. Luego te llamo.

Cazzo .

Le respondo de inmediato: *¿Dónde estás?*

Nada.

Espero dos minutos. Tres. El café se me enfría en la taza y no lo noto porque tengo el teléfono en la mano y la vista fija en la pantalla como si mirarlo con suficiente intensidad fuera a hacer que respondiera.

A los cuatro minutos llamo.

Da tono. Uno, dos, tres. Al cuarto descuelga.

—Mateo.

—Giulia —Voz baja. Demasiado baja—. No pasa nada.

—Eso es exactamente lo que dice la gente cuando sí pasa algo.

Pausa. Oigo ruido de fondo — tráfico, algo metálico, el sonido específico de un espacio abierto y no demasiado concurrido.

—¿Dónde estás? —repito.

—En el puerto.

Me levanto del taburete.

—Mateo. ¡¿Qué estás haciendo en el puerto?!

—Nada. Solo... vine a dar una vuelta. Y vi…

—Para —Me pongo las zapatillas con una sola mano, el teléfono pegado a la oreja—. No me cuentes nada por teléfono. Dime exactamente dónde estás.

Una pausa muy breve.

—Muelle tres. Junto a los contenedores de la empresa nueva, los azules.

—Quédate ahí. No te muevas. Voy.

—Giulia, no hace falta que…

—Quédate. Ahí.

Cuelgo. Cojo la chaqueta. Salgo.

* * *

El puerto a las ocho y media de la mañana tiene una actividad específica que no tiene nada que ver con el puerto de las fotos. Es ruidoso, funcional, indiferente. Huele a gasoil y a agua salada y a algo que no sé identificar pero que está siempre ahí, pegado al aire, mezclado con la humedad del Mediterráneo.

Mateo está donde dijo. Junto a una hilera de contenedores azules, con las manos en los bolsillos de la sudadera y la espalda contra el metal, en la postura de alguien que lleva un rato intentando no llamar la atención y no acaba de conseguirlo porque tiene diecinueve años y mide un metro ochenta y tres y la energía contenida de una olla a presión.

Me ve llegar. No se mueve.

Me paro delante de él. Lo miro. Él me mira.

—¿Cuánto llevas aquí? —digo.

—Desde las seis.

— Desde las seis — *Porco cane* —. Mateo, la operación es hoy. Alejandro y Romero llevan meses…

—Lo sé —La mandíbula firme, los ojos oscuros de su madre con la intensidad adicional que solo es suya—. Por eso vine. Quería ver. Quería estar... aquí. Donde estaba él.

Me detengo.

Hay cosas que no se discuten y esta es una de ellas. Un chico de diecinueve años que viene al puerto donde mataron a su padre a las seis de la mañana del día en que se supone que todo se resuelve no lo hace porque sea imprudente, o no solo por eso. Lo hace porque no tiene otra manera de estar presente en algo de lo que le han excluido para protegerle y cuya exclusión ha aceptado con un coste que no ha dicho en voz alta.

—¿Y lo que viste? —digo, con otra voz.

Mateo saca el teléfono. Me lo pasa.

Es una foto. Granulada, tomada con el zoom al máximo desde demasiada distancia, pero reconocible. Dos hombres en el muelle cuatro. Uno de ellos de espaldas, con un abrigo oscuro que en el expediente de Romero tiene nombre.

El Filo.

El otro está de frente, parcialmente. No lo reconozco, pero tiene el aspecto de alguien que no debería estar en un muelle a las seis de la mañana con una cartera bajo el brazo.

—¿Cuándo? —digo.

—Hace cuarenta minutos. Ya no están.

—¿Te vieron?

—No.

Lo miro. Él aguanta la mirada sin bajarla, con esa combinación de determinación y miedo que todavía no ha aprendido a disimular del todo.

—¿Estás seguro de que no te vieron?

—Estaba detrás del contenedor —Una pausa—. Sé moverme, Giulia.

—No lo dudo. Pero El Filo también sabe moverse, y lleva más años haciéndolo que tú.

Silencio.

Mateo devuelve la vista al muelle tres, que ahora está vacío y anodino bajo la luz de la mañana como si cuarenta minutos antes no hubiera habido nadie ahí.

—Tengo que contárselo a Alejandro —digo.

La reacción es inmediata, no violenta. Mateo ha aprendido a no ser violento con las palabras aunque no siempre pueda evitarlo con la voz.

—Se va a enfadar.

—Sí.

—Nos va a decir que nos vayamos a casa.

—Probablemente.

—Giulia —dice, y en su voz hay algo que no es exactamente súplica pero que es lo más cerca que Mateo Herrera va a llegar de una—. Él estaba aquí. Lo vi. Eso es real, ¿no? Eso importa.

Lo miro durante un momento. Este chico con los ojos de su madre, el cuerpo de su padre y diecinueve años a cuestas debería estar estudiando Económicas en Sevilla y está en un muelle a las nueve de la mañana cargando con algo que ningún adulto de su entorno ha sabido quitarle del todo porque no se puede.

—Importa —digo—. La foto importa. Tú importas —Pausa—. Por eso tengo que llamarle.

* * *

Mateo no dice nada más.

Lo que hace es asentir, una vez, muy despacio, con la misma economía de gestos que tiene su madre cuando acepta algo que no le gusta pero que entiende que es necesario. Es un gesto heredado. Me pregunto si lo sabe.

Me aparto dos pasos. Marco el número de Alejandro. Descuelga al segundo tono.

—Giulia.

—Necesito contarte algo —Hablo rápido, en voz baja, con la mirada en Mateo que tiene la vista en el horizonte y finge no escuchar—. Mateo está en el puerto. Ha estado aquí desde las seis. Hace cuarenta minutos vio a El Filo en el muelle tres con alguien que no conozco. Tiene una foto.

Silencio.

Un silencio que tiene temperatura propia y que mido en los tres segundos exactos que tarda Alejandro Vidal en procesar una información, calcular las consecuencias, y decidir qué hacer con ella.

—¿Está bien? —dice.

Primera pregunta. No dónde, no cuándo, no cómo. Si está bien.

Algo en mi pecho se mueve levemente.

—Está bien. No le vieron.

—¿Seguro?

—Eso dice él.

Otro silencio, más corto.

—Necesito esa foto —Una pausa—. Y necesito que los dos os alejéis del puerto ahora mismo.

—Alejandro.

—Ahora mismo, Giulia.

No es el tono de cuando está enfadado. Es el otro — el más bajo, el más quieto, el que usa cuando algo le preocupa de verdad y convierte la preocupación en instrucción porque es lo único que sabe hacer con ella.

—De acuerdo —digo.

—Te mando la ubicación de dónde estoy. Venid directamente.

—Bien.

Pausa. Muy breve.

—Giulia.

—¿Qué?

—Gracias por llamar.

Cuelga antes de que pueda responder nada.

Me quedo mirando el teléfono un segundo. Luego lo guardo y me vuelvo hacia Mateo.

—Nos vamos —digo.

—¿Se ha enfadado?

Pienso en la primera pregunta. *¿Está bien?*

—No —digo—. Creo que no.

Mateo frunce el ceño levemente, como si no terminara de creérselo. Luego se separa del contenedor y empieza a andar. Yo lo sigo.

El muelle queda atrás.

El sol de noviembre en Marbella ya no pega igual — más bajo, más oblicuo, con esa luz de final de año que alarga las sombras sin calentarlas del todo — y mientras caminamos pienso en la foto granulada, en El Filo y el hombre de la cartera. En la operación que arranca hoy y que ahora se mueve con una variable nueva que nadie había calculado.

Pienso también en que hace diez minutos tuve que elegir entre la confianza de Mateo y su seguridad. Y que no fue una elección difícil.

Lo que me dice algo sobre lo que ha pasado en estos meses que no sé si quiero examinar ahora mismo, en un muelle a las nueve de la mañana, con Mateo Herrera caminando a mi lado y Alejandro Vidal esperándonos en algún punto de la ciudad con una foto que puede cambiarlo todo.

Hay tiempo para examinarlo después.

Si hay después.

* * *

La ubicación que me manda Alejandro es un aparcamiento cubierto a tres manzanas del puerto.

Está con Diego cuando llegamos. Diego, que raramente está en sitios que no sean su despacho o el bar de Casa Pepe, tiene hoy el aspecto de alguien que ha dormido poco y tomado demasiado café, y aún así funciona con una eficiencia silenciosa que no le conocía. Le ofrece a Mateo un asentimiento breve cuando nos ve llegar — no de bienvenida exactamente, sino de reconocimiento. De adulto a adulto, que es lo que Mateo necesita aunque nadie se lo haya dicho explícitamente.

Alejandro está al teléfono.

Me mira cuando entro. Ese segundo en que los ojos me encuentran y hacen el recorrido rápido de siempre — que estoy bien, que no me ha pasado nada, que la situación es manejable — y luego vuelven al teléfono y sigue hablando con Romero en voz baja y rápida, dándole los datos de la foto que le he mandado por mensaje mientras caminábamos.

Mateo se para junto a Diego. No habla. Escucha.

Yo me apoyo en el capó del coche y espero.

Cuando Alejandro cuelga hay un momento en que se queda quieto con el teléfono en la mano, de espaldas a nosotros, y sé que está ordenando cosas — el caso, la operación, esta nueva pieza que nadie había pedido pero que está ahí — con la misma eficiencia fría con que ordena todo lo demás.

Luego se gira. Mira a Mateo.

Mateo le aguanta la mirada. Con la mandíbula apretada pero firme — ese gesto heredado de Antonio que dice *sé lo que hice y lo volvería a hacer* .

—La foto es útil —dice Alejandro—. El hombre de la cartera es alguien que llevábamos días intentando localizar.

Mateo no dice nada. Pero algo en su postura cambia levemente — ese milímetro de alivio que no se permite mostrar del todo.

—Y si El Filo te hubiera visto —sigue Alejandro, con la misma voz, sin subir el tono— la operación de hoy no existiría. Y tú tampoco estarías aquí contándonos lo que viste.

Silencio.

—Lo sé —dice Mateo.

—Bien.

Y con eso Alejandro da por terminada la conversación, lo que es, en su idioma, la forma más alta de respeto: no añadir nada más. No insistir. Tratar al otro como alguien que entiende lo que acaba de escuchar.

Diego carraspea.

—Yo diría que necesitamos café —dice—. Si alguien tiene alguna objeción que la guarde para sí mismo porque me da igual.

Mateo suelta algo que no llega a ser una risa pero que se le acerca.

Es la primera vez que lo oigo hacer ese sonido en todo el tiempo que lo conozco.

* * *

Alejandro se me acerca mientras Diego lleva a Mateo hacia la salida del aparcamiento.

No dice nada de inmediato. Se queda a mi lado, mirando hacia donde van los otros dos, y hay en su perfil esa expresión de concentración que tiene cuando está calculando algo que todavía no ha terminado de calcular.

—¿Cómo sabías que era él cuando te llamé? —digo.

—No lo sabía —Una pausa—. Pero era la única explicación para que me llamaras desde el puerto a las nueve de la mañana cuando te pedí que esperaras.

—Podría haber ido yo.

—Podrías —dice—. Pero no lo hiciste.

No añado nada. Él tampoco.

Es una de esas conversaciones que no necesita más palabras porque ya están todas ahí — en lo que no hice y en por qué no lo hice y en el hecho de que los dos lo sabemos y ninguno necesita decirlo en voz alta para que sea real.

—La operación sigue adelante —dice, después de un momento—. Romero la adelanta dos horas con la información de la foto.

—¿Es suficiente para identificar al hombre de la cartera?

—Sí.

Asiento.

—Quiero que os quedéis aquí con Diego hasta que os avise. Los dos.

—Alejandro…

—Los dos —repite. Y luego, antes de que pueda decir nada más, añade—. Por favor.

La última vez que Alejandro Vidal me dijo por favor fue en circunstancias muy distintas y en un tono muy distinto y en un sitio muy distinto y no viene al caso pensarlo ahora, pero lo pienso.

—De acuerdo —digo.

Me mira un segundo.

Lo que hay en esa mirada no lo voy a analizar ahora, aquí, en un aparcamiento cubierto a tres manzanas del puerto, con Diego y Mateo esperando y la operación moviéndose. Hay un momento para todo y este no es el momento para eso.

Alejandro asiente. Me da un beso en la frente. Da media vuelta.

—Alejandro.

Se para. No se gira del todo.

—Ten cuidado —digo.

Hay un silencio muy breve.

—Siempre —dice.

Y sale del aparcamiento hacia la luz fría de noviembre sin mirar atrás, con esa forma de moverse que tiene — sin prisa visible, sin urgencia que se note — que llevo meses sabiendo que es todo lo contrario por dentro.

Me quedo mirando el sitio donde estaba.

Luego busco a Diego y a Mateo y voy hacia ellos, porque es lo que acordé, porque es lo correcto, y porque hay una cosa que he aprendido en

este caso que no esperaba aprender cuando llegué a Marbella con mi beca y mi bloc y demasiada confianza:

A veces lo más valiente que puedes hacer es quedarte donde te piden que te quedes. Y esperar.

CAPÍTULO 28

El punto de no retorno
ALEJANDRO

Romero me espera en el coche.

No en el aparcamiento donde dejé a Giulia y a Diego y a Mateo. En la calle paralela, motor en marcha, con la paciencia específica de alguien que lleva cuatro años esperando el momento exacto y ha aprendido que los últimos minutos son los más largos.

Me subo. Cierro la puerta.

—El de la foto es Sendra —dice Romero. Sin preámbulo, con los ojos en el retrovisor—. Rafael Sendra. Subdirector de Operaciones de la Autoridad Portuaria. Doce años en el cargo, ocho trabajando para Sokolov. Es el tercero.

El tercero. El nombre que Romero no tenía la noche de Casa Pepe y que esta mañana, gracias a un chico de diecinueve años con una cámara de móvil y demasiado coraje, ya tenemos.

—¿Lo sabe Sokolov? —digo. Lo que pregunto en realidad es: ¿sabe Sokolov que lo tenemos?

—Todavía no —Arranca—. Pero no vamos a esperar a que lo sepa.

Salimos a la calle. El puerto queda a la derecha, visible entre los edificios. Las grúas, los contenedores, el Mediterráneo gris de noviembre al fondo. Llevo meses mirando ese horizonte y hoy tiene una textura distinta. Como si supiera lo que está a punto de ocurrir en él.

—¿Cuándo? —pregunto.

—El cargamento sale en dos horas —Pausa—. O sale, o lo paramos nosotros.

Dos horas. Cuatro menos de las que habíamos calculado, pero la foto de Mateo aceleró el calendario de Sokolov. Alguien en el muelle tres esta mañana a esas horas significa que algo se ha movido, que los tiempos se han comprimido, que lo que iba a ser mañana es hoy.

—¿Cuántos tienes? —digo.

—Ocho agentes en el perímetro. Cuatro en el muelle. Europol con acceso remoto a los manifiestos en tiempo real —Una pausa breve—. Y la carpeta de Antonio.

La carpeta de Antonio.

Catorce meses de documentación solitaria. Un hombre que sabía exactamente lo que tenía y supo también que podía costarle todo, y lo hizo de todas formas porque era incapaz de hacer otra cosa. El tipo de hombre que te da la mano mirándote a los ojos.

—Valls —digo.

—Detenido en veinte minutos si sale como tiene que salir.

—¿Y Sendra?

—Simultáneo. Tengo una orden firmada desde esta mañana.

—¿Y Sokolov?

Romero tarda medio segundo más de lo normal en responder.

—Sokolov es más complicado.

* * *

El puerto a media mañana tiene la actividad de algo que no espera audiencia. Grúas en movimiento, camiones entrando y saliendo, trabajadores con chalecos reflectantes que no miran a nadie porque llevan años mirando al suelo por costumbre o por prudencia, y que a veces no hay diferencia entre las dos cosas.

Romero aparca lejos del muelle tres. Lo suficiente.

Nos quedamos en el coche.

—¿Qué quiere decir más complicado? —digo, porque el medio segundo de antes todavía está en el aire.

Romero tiene las manos en el volante aunque el motor está apagado. Es un gesto que le conozco, lo hace cuando está eligiendo las palabras con más cuidado del habitual.

—Sokolov lleva dos décadas construyendo esto —empieza a hablar despacio, como quien coloca piezas—. Valls y Sendra son el esqueleto dentro del sistema. El Filo es el brazo. Pero Sokolov es la cabeza, y la cabeza nunca toca nada directamente. No hay una sola orden firmada por él. No hay una sola transacción a su nombre que no tenga tres capas de intermediarios. Lo que tenemos es sólido — la carpeta de Antonio, los manifiestos, el testimonio de Mateo, la foto de esta mañana — pero no es suficiente para una condena directa. Es suficiente para detenerle. No para que se quede detenido.

—¿Cuánto tiempo? —digo.

—Para tenerle imputado con garantías, necesitamos lo que sale hoy del puerto. El cargamento es la prueba material que cierra el caso. Sin él, tiene margen. Con él, no tiene ninguno.

—¿Y si sabe que venimos?

—Si sabe que venimos, el cargamento no sale. Y si el cargamento no sale, Sokolov desaparece. Tiene un pasaporte húngaro a nombre de otra persona. Lo sé desde hace dos años. Si hoy falla, lo usará.

Lo proceso.

La geometría es esta: necesitamos que el cargamento salga para tener la prueba que inculpa a Sokolov, pero si sale y no lo interceptamos a tiempo, Sokolov se va antes de que podamos detenerle. Y si lo detenemos demasiado pronto, el cargamento no sale y perdemos la prueba material.

Un margen de error de cero.

—¿Qué pasa con El Filo? —digo.

—El Filo no actúa sin orden directa. Lo sé desde hace meses —Romero mira al frente—. Es su código. No es lealtad, es protocolo. Mientras Sokolov no dé la orden, El Filo no se mueve.

—¿Y si hoy Sokolov da la orden?

Silencio.

—Por eso tengo ocho agentes en el perímetro —dice Romero.

* * *

A las doce y cuarto Romero recibe el primer mensaje.

Lo lee sin cambiar la expresión, que en él equivale a que algo importante acaba de ocurrir.

—El cargamento está en movimiento —dice—. Muelle tres. Tres contenedores, matrícula de Euroatlantic —Pausa—. Valls está en el muelle supervisando la carga.

—¿Sendra?

—En su despacho de la Autoridad Portuaria. Mis hombres están en posición.

—¿Sokolov?

—No lo vemos todavía.

Ese *todavía* pesa lo que pesa.

—¿Cuándo? —digo.

—Cuando el cargamento esté embarcado y la grúa lo suelte —Romero comprueba el reloj—. Dieciséis minutos.

Pienso en Antonio la última vez que lo vi. En su despacho, con los documentos encima de la mesa, con esa forma que tenía de mirar de frente las cosas que la mayoría de la gente evitaba mirar de frente. *Alejandro, esto va a ir a más.* Eso me dijo. Y yo le dije que lo denunciara, que había canales, que el sistema funcionaba cuando se usaba bien.

El sistema no lo protegió. Esta vez el sistema va a hacer su trabajo.

Abro la puerta del coche.

—¿Dónde vas? —dice Romero.

—Al muelle.

—Alejandro.

—No voy a hacer nada. Quiero verlo.

Una pausa.

—Quédate detrás de la línea azul —dice Romero—. Si cruzas esa línea, no respondo.

—Entendido.

Salgo. El frío de noviembre pega de otra manera aquí, cargado de sal y de gasoil, con el ruido de las grúas encima y el sonido del mar debajo. Camino hacia el muelle tres con las manos en los bolsillos y el paso de alguien que tiene motivos para estar ahí, que es la mejor forma de estar en un sitio donde no te han invitado.

* * *

Valls está exactamente donde dijo Romero.

Lo reconozco por la foto del expediente: pelo gris, constitución ancha, la postura de un hombre que lleva doce años con autoridad suficiente para que nadie le pregunte qué hace. Supervisa la carga con los brazos cruzados y el gesto de alguien que ha hecho esto cien veces y espera hacerlo cien veces más.

No va a hacerlo cien veces más.

Me quedo detrás de la línea azul pintada en el suelo del muelle, la que separa la zona de operaciones de la zona de acceso general, y observo. El contenedor sube. La grúa lo mueve con una lentitud maquinal, indiferente al peso de lo que contiene.

A mi derecha, invisible para quien no sepa dónde mirar, hay un agente de Romero con ropa de trabajo y casco reflectante que lleva cuarenta minutos en esa posición.

A mi izquierda, en el extremo del muelle, hay otro.

Cuatro. Los cuatro en posición. Romero me lo confirmó sin decirlo, con ese lenguaje de silencios que hemos desarrollado en meses de trabajar en paralelo y a veces en contra.

El contenedor toca cubierta.

El operario en la grúa suelta el gancho.

Y en ese momento exacto, el momento en que el cargamento queda embarcado y la prueba material existe y el caso se cierra desde la base, el teléfono de Valls suena.

Lo veo cogerlo. Lo veo leerlo. Lo veo cambiar de cara.

* * *

Valls intenta moverse. El agente de la derecha le corta el paso con la placa y las esposas antes de que haya dado tres pasos. Valls dice algo — no oigo qué, estoy demasiado lejos — y el agente no responde porque no tiene que responder.

Y entonces lo veo.

Al fondo del muelle, detrás de una hilera de contenedores azules, hay una figura que no debería estar ahí. Alta, con sudadera oscura, moviéndose con la torpeza específica de quien intenta no llamar la atención y no sabe cómo hacerlo. Lo reconozco antes de verle la cara porque llevo semanas aprendiendo a lidiar con esa energía — nerviosa, contenida, la de alguien que aprieta la mandíbula en lugar de quedarse quieto.

Mateo.

Al extremo opuesto del muelle, junto a la caseta de control de accesos, hay un hombre que no es un trabajador del puerto aunque lleve casco y chaleco reflectante. Lo sé por la postura — demasiado quieto para alguien que trabaja, demasiado atento a un punto concreto para ser casual. Y el punto concreto al que atiende es el mismo que acabo de ver yo.

El Filo.

No tiene orden de Sokolov. Eso lo sé, Romero me lo confirmó, es su código, no actúa sin instrucción directa. Pero Sokolov lleva horas sin dar señales, la operación acaba de activarse y hay un chico de diecinueve años detrás de un contenedor azul que esta mañana tomó una foto que cambió el calendario de todo esto.

No espero a calcular más. Cruzo la línea azul.

* * *

Camino rápido pero sin correr — correr en un muelle activo es el error más visible que puedes cometer. Rodeo la grúa por la izquierda, donde el ángulo me da cobertura, y llego a los contenedores azules en cuarenta segundos que se sienten como cuatro minutos.

Mateo me ve cuando estoy a tres metros. La expresión que pone es exactamente la que me esperaba: mitad alivio, mitad la cara de quien sabe que acaba de ser descubierto haciendo algo que prometió no hacer.

No digo nada. Le agarro del brazo y tiro.

—Espera —empieza a decir.

—Ahora no.

—Alejandro, yo solo quería…

— Ahora no , Mateo.

Algo en mi voz le llega. Se calla. Camina.

Salimos por el lado norte del muelle, pegados a la pared de la nave de almacenamiento, con el ruido de las grúas cubriéndonos. A mis espaldas oigo pasos — no los de Mateo, otros — y no me giro porque girarme sería confirmar que sé que están ahí, y lo que necesito es llegar a la salida antes de que El Filo reciba una orden o decida que tiene razones suficientes para actuar sin ella.

Treinta metros. Veinte. El teléfono vibra en mi bolsillo. Lo ignoro.

Diez metros. La puerta de salida del recinto, el guardia de seguridad en la caseta, la calle al otro lado con su ruido normal de ciudad. Empujo a Mateo hacia delante.

—Camina recto. No te pares. No mires atrás.

Pasamos la caseta. El guardia nos mira — dos segundos — y vuelve a su pantalla. Salimos.

En la calle me giro por primera vez.

El Filo está parado en la entrada del recinto, al otro lado de la verja. Me mira. Yo le miro. Hay entre nosotros cuatro metros de acero y el código que Romero me describió — no actúa sin orden directa — y la pregunta de si ese código sigue en pie cuando Sokolov lleva horas sin dar señales.

Cuatro segundos. El Filo da media vuelta y desaparece hacia el interior del puerto.

Suelto el aire despacio.

* * *

Mateo está a mi lado en la acera con la respiración acelerada y esa expresión suya que mezcla la culpa con la obstinación en una proporción que sólo es posible a los diecinueve años.

—¿Sabes que casi…? —empieza.

—Lo sé —digo.

—Yo solo quería estar…

—Lo sé, Mateo.

Se calla. Me mira. Y por debajo de la obstinación hay algo más blando — el miedo que no se ha permitido tener hasta ahora, que le ha llegado en la acera, que le está llegando ahora que ya no hay nada que hacer con él más que sentirlo.

—¿Ha salido? —dice, con una voz distinta.

—Valls está detenido. El cargamento está interceptado.

Asiente despacio. Procesa.

—¿Y Sokolov?

En ese momento vibra de nuevo el teléfono. Lo saco. Leo el mensaje de Romero. Cuatro palabras.

Sokolov no está localizado.

Guardo el teléfono. Miro a Mateo.

—Todavía no —digo.

* * *

Valls está esposado dentro del recinto. El cargamento en el barco. Mateo a salvo en la acera. Todo lo que hemos construido en meses — la carta de Antonio, los manifiestos, el testimonio de Mateo, la foto de esta mañana — en su sitio, en manos de quien tiene que tenerlo.

Y Sokolov sin localizar.

Llamo a Romero.

—¿Dónde está? —digo.

—No lo sabemos todavía. Tenía una reunión confirmada en su oficina a las doce. No se presentó —Una pausa—. Alejandro.

—¿Qué?

—Sabía que veníamos.

El frío del muelle cambia de temperatura. O quizá soy yo.

—¿Cómo?

—Hay una filtración. Pequeña. No ha podido alertar al cargamento porque lo hemos controlado, pero Sokolov se ha movido antes de que pudiéramos

cerrar el círculo —Voz quieta, técnica, la de Romero cuando está procesando un error propio—. Lo encontraremos. Tenemos la orden de detención, tenemos los pasaportes interceptados salvo el húngaro, tenemos a Europol activado en todos los aeropuertos. No puede ir muy lejos.

—Pero se ha ido.

Silencio.

—Esta noche, sí —Pausa—. Pero esta noche también hemos detenido a Valls y a Sendra. Esta noche también tenemos el cargamento. Esta noche el caso que necesitábamos para el juicio existe.

Lo sé. Sé todo lo que Romero me está diciendo y sé que es verdad. También sé que Sokolov está en algún lugar de Europa en este momento, con un pasaporte a otro nombre, calculando su siguiente movimiento con la frialdad de alguien que lleva veinte años sobreviviendo a situaciones como esta.

—Dame novedades cuando las tengas —digo.

—Cada hora.

Cuelgo.

Me quedo en el muelle un momento más. El barco con el cargamento en cubierta. Valls dentro de un coche de la policía. La grúa que sigue trabajando, indiferente, porque el puerto no para por las personas.

Pienso en Antonio.

Las habrá , le dije a Mateo. *Consecuencias.* Y las hay. Valls, Sendra, el cargamento, el caso construido pieza por pieza durante meses. Las hay. Pero el hombre que ordenó matar a Antonio Herrera está libre esta noche, en algún punto entre Marbella y cualquier frontera que haya calculado cruzar.

No es el final. Es el final del principio.

* * *

Giulia llega a pie doce minutos después.

No la he llamado. Diego me ha enviado un mensaje — *Mateo no está, salió hace veinte minutos, lo siento* — y supongo que Giulia tomó la misma decisión al mismo tiempo, en el mismo aparcamiento, con la misma lógica: si Mateo fue al puerto, hay que ir al puerto.

Me encuentra en la acera frente al recinto con Mateo sentado en el bordillo y la espalda contra la pared, con la mirada en el suelo y esa quietud nueva que tienen las personas cuando el miedo ha pasado y todavía no saben qué hacer con el espacio que deja.

Giulia lo mira. Lo evalúa. Luego me mira a mí.

—¿Está bien? —dice.

—Está bien.

—¿Tú estás bien?

Primera pregunta para Mateo. Segunda para mí. El orden dice algo sobre ella que tampoco voy a examinar ahora mismo.

—Estoy bien —digo.

Se queda de pie a mi lado. No dice nada de inmediato — deja que el silencio dure lo que tiene que durar, que es algo que Giulia Ferretti sabe hacer mejor de lo que cualquiera esperaría de alguien que se gana la vida con las palabras.

Mateo levanta la vista desde el bordillo. La mira a ella, me mira a mí.

—¿Ha salido? —dice.

—Valls está detenido —digo—. El cargamento está interceptado. Sendra también.

Asiente. Procesa. Y luego, con la voz más tranquila que le he oído en meses:

—¿Y Sokolov?

—Todavía no. —Pausa—. Pero lo encontraremos.

Mateo baja la vista de nuevo. Aprieta las manos sobre las rodillas — ese gesto suyo, la válvula — y luego las suelta. Despacio.

Es la primera vez que lo hace.

* * *

Nos quedamos los tres en la acera un momento que no sé cuánto dura.

El puerto sigue funcionando detrás de la verja. Las grúas, los camiones, el ruido de una maquinaria que no para. En algún punto del recinto los agentes de Romero están completando los protocolos y en algún punto de la ciudad Sendra está siendo informado de sus derechos en un despacho que ya no es suyo.

Y Viktor Sokolov está en algún lugar que no sabemos todavía.

Pienso en Antonio documentando solo durante catorce meses porque era incapaz de ignorar lo que veía. En Elena con las manos juntas en el regazo. En Mateo guardando durante semanas una información que no sabía si contar. En Romero con cuatro años de operación encubierta y un mea culpa callado en un restaurante del casco antiguo.

Hoy ese trabajo cuenta. No es suficiente — nunca va a ser suficiente para devolverle lo que le quitaron. Pero es lo que hay. Y es más de lo que había.

—¿Qué viene ahora? —dice Giulia, en voz baja.

—El juicio —digo—. Y encontrar a Sokolov.

—Aparecerá —dice ella. No como pregunta. Como afirmación.

—Aparecerá.

Giulia pone la mano en mi antebrazo y su cabeza en mi hombro. Un contacto breve, firme, del tipo que no necesita ser más de lo que es para decir lo que dice.

No me retiro.

El mar de noviembre sigue siendo el mismo al fondo de la calle — más oscuro, más serio, sin promesas.

El Acto II termina aquí. Sin aplausos. Sin resolución limpia. Con Mateo en el bordillo y Giulia a mi lado y la certeza — no el alivio, la certeza — de que lo que viene ahora es distinto de todo lo que ha venido antes.

Que nada va a ser como antes.

Que está bien así.

CAPÍTULO 29

Las consecuencias

GIULIA

Son las cuatro de la tarde y estoy sentada en el suelo de la cocina.

No porque me haya caído. No porque esté mal, exactamente. Sino porque en algún momento entre el mediodía y ahora he migrado del taburete al suelo con la espalda contra el armario de abajo y el café frío en la mano, y no he tenido ninguna razón de peso para cambiar de posición.

Fuera, Marbella sigue siendo Marbella. El ruido de la calle, el sol que no sabe que acaba de terminar algo, las gaviotas que tampoco lo saben. Aquí dentro, en cambio, hay un silencio con textura — el tipo de silencio que no es ausencia de sonido sino presencia de demasiadas cosas procesándose a la vez.

Valls detenido.

Sendra detenido.

El cargamento interceptado.

Sokolov: localización desconocida.

Es lo que hay. Es más de lo que había esta mañana y bastante menos de lo que necesitan. Y yo lo sé, y Alejandro lo sabe, y Romero lo sabe, y sin embargo cuando Alejandro me mandó el mensaje a las dos y cuarto — cuatro palabras, sin signos de puntuación, que es su forma de escribir cuando ha pasado por algo— lo primero que sentí no fue frustración por Sokolov.

Lo primero que sentí fue alivio.

Alivio porque eran cuatro palabras y no el silencio del teléfono que no suena.

Eso me dice algo sobre el estado en que me encuentro.

* * *

El teléfono está en el suelo, a mi lado, con la pantalla hacia arriba porque no tengo energía para la metáfora de dejarlo boca abajo. Abro el chat de Sofía.

Lleva ahí desde las diez de la mañana: un audio largo, un meme de un perro confundido, tres emojis de palomitas, y el mensaje de texto que dice

simplemente «cuándo me llamas» con esa ortografía suya que prescinde de los signos de interrogación como si no se usaran para nada urgente.

Empiezo a escribir.

Borro.

Vuelvo a empezar.

El problema con Sofía es que no se le puede contar la mitad de algo. Sofía tiene un detector interno calibrado con precisión suiza para las medias verdades, y cuando detecta una te llama directamente y te pregunta qué es lo que no estás diciendo con la amabilidad de alguien que ya sabe la respuesta. Es agotador y es la razón por la que llevo doce años contándole todo.

Esta vez no sé por dónde empezar. Esta vez hay demasiadas capas.

Escribo: « *Hoy ha pasado algo grande con el caso. Valls y Sendra están detenidos. El cargamento interceptado. Falta Sokolov .*»

Borro.

Escribo: « *Sofi, estoy sentada en el suelo de la cocina y no sé muy bien cómo he llegado aquí .*»

Borro también.

Cierro el chat. Dejo el teléfono boca abajo. Al final.

* * *

Son las cuatro y veinte cuando suena el telefonillo. No pregunto quién es. Me levanto del suelo con la dignidad que permite llevar tres horas ahí y pulso el botón.

Mateo sube los escalones de dos en dos, que es la única velocidad a la que Mateo sube escaleras. Cuando abre la puerta — que no está cerrada con llave porque vivo en Marbella y llevo semanas sin acordarme— trae puesta la misma sudadera del puerto de esta mañana y una bolsa de plástico de la panadería del final de la calle.

Me mira.

Yo le miro.

—¿Estabas en el suelo? —dice.

—Estaba sentada en la cocina.

—Tienes una mancha de polvo en el pantalón.

Me miro el pantalón. La mancha está ahí, perfectamente colocada en el sitio más visible posible, con la indiferencia de las cosas que no tienen nada que demostrar.

—Entra —digo.

* * *

Mateo pone los croissants en el plato sin que nadie se lo pida. Llena el hervidor. Encuentra los vasos en el segundo armario, que es donde están, lo cual me dice que ha estado aquí suficientes veces para saberlo o que tiene un instinto muy bueno para los armarios, y con Mateo podría ser cualquiera de las dos cosas.

Nos sentamos a la mesa. Él con el café. Yo con el agua porque el café ya no me entra. Durante un momento no decimos nada.

Es un silencio cómodo, del tipo que solo existe entre personas que han pasado por algo juntas y no necesitan procesarlo en voz alta de inmediato. Mateo tiene ese talento, la capacidad de estar en un sitio sin llenar el espacio. Su padre era igual, me ha dicho Elena alguna vez, aunque en ese entonces yo todavía no conocía suficiente a Antonio para saber si era verdad o si era el tipo de cosa que se dice de los muertos porque ya no pueden desmentirlo.

Ahora sé que era verdad.

—¿Has hablado con él? —dice Mateo, al final.

No especifica quién. No hace falta.

—Un mensaje. Estaba con Romero.

Mateo asiente. Coge el croissant. Lo parte por la mitad con una limpieza que no esperarías de alguien con esas manos y esa edad.

—¿Y Sokolov? —dice, con la misma voz de antes. La voz de quien pregunta algo que ya sabe que no va a gustarle la respuesta.

—Todavía no.

Asiente otra vez. Baja la vista al croissant.

—Pero va a aparecer —digo.

—Lo sé —Una pausa—. Es solo que esta mañana, cuando vi a Alejandro sacar a Valls del coche, pensé que era el final. Pensé: ya está. Y luego llegaste tú y me dijiste que Sokolov no estaba y... —Se detiene. Aprieta las manos. Las suelta—. No sé. Supongo que me había preparado para el final.

Lo miro.

Hay una versión de esta conversación en la que le digo que el final llega pronto, que es cuestión de días, que Romero tiene la estructura suficiente para llegar a Sokolov. Todo eso es verdad. Y hay otra versión en la que no le digo nada de eso sino que me quedo aquí, en esta cocina que huele a

noviembre y a croissant, y le dejo procesar lo que lleva meses soportando solo.

Elijo la segunda.

Silencio. Un silencio largo, del bueno.

* * *

A las seis menos cuarto Mateo se va. Me da un abrazo que no esperaba — uno de los suyos, rápido y firme, del tipo que dice lo que no ha dicho en toda la tarde — y baja los escalones de dos en dos.

Cierro la puerta. Me quedo en el recibidor un momento.

Luego voy a la cocina, cojo el teléfono, abro el chat de Sofía y escribo: « *Sofi. Necesito contarte muchas cosas. ¿Esta noche?* ».

El check azul aparece en menos de diez segundos.

Lo que aparece después es un audio de cuarenta y dos segundos que no escucho todavía porque primero necesito ducharme y comer algo que no sea un croissant, y encontrar la manera de ordenar en mi cabeza todo lo que ha pasado desde las seis de la mañana.

Me ducho.

Me pongo lo primero que encuentro limpio, que resulta ser una camiseta vieja que lleva en el fondo de la maleta desde Bolonia y que tiene en el pecho la carátula de Jazz, el álbum de Queen del setenta y ocho, que compré en un mercadillo de Porta Portese hace tres años y que Sofía lleva tres años diciéndome que tire porque está deshilachada por el cuello. Y yo llevo tres años diciéndole que precisamente por eso no la tiro.

Me miro en el espejo.

La camiseta tiene en el pecho a cuatro mujeres desnudas en bicicleta, que es la imagen más improbable para un álbum de rock que alguien haya concebido nunca, y sin embargo funciona porque Queen siempre funcionó con lo improbable.

Algo en eso me parece, esta noche, remotamente esperanzador.

Voy a la cocina. Me hago unos huevos. Me siento a la mesa donde Mateo y yo estuvimos en silencio hace cuarenta minutos y pongo el audio de Sofía.

La voz de mi hermana llena el apartamento con esa energía suya que no necesita volumen para ocuparlo todo. Escucho. Como.

A las siete y cuarto suena el teléfono.

No es Sofía. Es Alejandro.

Descuelgo antes del segundo tono, que es algo que no había hecho nunca con él, y que esta noche no me parece que necesite más análisis del que merece.

—Hola —digo.

—Hola —Una pausa breve, del tipo que no es silencio sino espacio—. ¿Estás bien?

Pienso en el suelo de la cocina. En la mancha de polvo en el pantalón. En Mateo con el croissant partido en dos. En la camiseta de Queen que lleva tres años deshilachándose.

—Sí —digo. Y esta vez, a diferencia de las últimas semanas, es completamente verdad—. ¿Y tú?

—Sí —dice.

Hay algo en ese « *sí* » que pesa distinto a todos los anteriores. Más blando. Más real. Alejandro Vidal diciendo « *sí* » sin el blindaje habitual, sin el tono de quien ha calculado previamente qué porcentaje de verdad resulta admisible en una respuesta de una sílaba.

Lo guardo. Con todo lo demás que guardo de él.

—¿Puedo verte esta noche? —dice.

No lo pregunta como lo habría preguntado hace tres meses. No hay protocolo. No hay la distancia profesional que los dos usábamos para no llamar a las cosas por su nombre. Es solo una pregunta, directa y sin trampa, del tipo que merece una respuesta directa y sin trampa.

—Sí —digo.

—Dame una hora.

—Hora y media. Tengo una llamada con mi hermana que no puedo cancelar.

Hay algo al otro lado que no es exactamente una risa pero que tampoco es otra cosa.

—Hora y media —dice.

—Hora y media.

Cuelga.

Me quedo mirando la pantalla.

Afuera, Marbella empieza a encender sus luces. El mar al fondo de la calle, oscuro y serio, igual que siempre. Sokolov en algún punto de ese mapa que todavía no hemos terminado de dibujar. El Filo localizado pero libre. El juicio que viene.

Todo eso sigue siendo verdad. Y también es verdad que dentro de hora y media hay alguien que llama antes de venir, que dice «sí» sin blindaje, que pone el café antes de marcharse al amanecer.

Llamo a Sofía. Descuelga al primer tono.

—Giulia Ferretti —dice, con el tono de los momentos solemnes—. Llevo despierta desde las cinco de la madrugada esperando este momento. Empieza. Empieza por el principio. Empieza por el abogado.

Me río. La primera risa del día. Pequeña, involuntaria, del tipo que no se puede contener porque llega antes de que decidas si quieres dejarla pasar.

—Sofia —digo—. Tengo exactamente hora y veinte.

—Suficiente. Habla rápido.

Hablo.

CAPÍTULO 30

El frío que calcula
VIKTOR SOKOLOV

El problema con los hombres mediocres es que fallan de forma mediocre.

Sin imaginación. Sin elegancia. Dejan documentos donde no deberían. Firman con su nombre donde deberían haber usado el de otro. Se dejan fotografiar por chicos de diecinueve años con teléfonos móviles en muelles que llevan años gestionando y que, en teoría, conocen mejor que nadie.

Valls llevaba ocho años en nómina. Ocho años de pagos puntuales, de favores discretos, de una lealtad comprada con la exactitud suficiente para que nunca se le ocurriera que existía otra opción. Y sin embargo, la primera vez que el sistema apretó con algo de seriedad, Valls se convirtió en exactamente lo que siempre había sido debajo del traje: un hombre asustado con demasiados documentos a su nombre.

Sendra, al menos, tuvo la cortesía de mantener la boca cerrada durante las primeras horas. Eso lo pone un escalón por encima de Valls en la escala del respeto residual que Viktor Sokolov es capaz de sentir por alguien que le ha fallado. Lo cual no es mucho, pero es algo.

Sokolov levanta la vista del teléfono y mira la bahía.

El apartamento está en la planta decimocuarta de un edificio en Estepona que no figura a su nombre ni al de ninguna empresa que figure al suyo. Es cómodo sin ser ostentoso, que es exactamente como Sokolov entiende la discreción: no la ausencia de lujo, sino la ausencia de visibilidad. El whisky que hay en el vaso es de dieciséis años y lo sirve él mismo, sin ayuda, como ha hecho toda su vida adulta, porque Sokolov nunca ha necesitado audiencia para las cosas que importan.

Afuera el Mediterráneo es de un azul que los turistas fotografían creyendo que están capturando algo único. Sokolov lleva veinte años mirando este mar y sabe que no hay nada que capturar. El mar es agua salada en movimiento. Los turistas son personas con demasiado tiempo libre y sin perspectiva.

Todo tiene su función.

* * *

Repasa mentalmente el inventario de lo que se ha perdido.

El cargamento del jueves: irrelevante. Estaba asegurado a través de tres capas de intermediarios y la mercancía real nunca llegó a los manifiestos que ahora tiene la policía en sus manos. Lo que han interceptado es papel y contenedores vacíos con el nombre correcto en el sitio equivocado. Suficiente para hacer ruido. No suficiente para construir nada sólido.

Valls y Sendra: más complicado. No por lo que saben, por lo que firman. Las firmas crean trazabilidad, y la trazabilidad crea trabajo. Sokolov no le tiene miedo al trabajo. Le tiene aversión. Hay una diferencia importante.

Vidal: ese sí es un problema.

No porque sea inteligente, aunque lo es. No porque sea tenaz, aunque también. El problema con Alejandro Vidal es que no está haciendo esto por dinero ni por ambición ni por ninguna de las razones que Sokolov entiende y puede administrar. Lo está haciendo por un muerto. Y los hombres que actúan por los muertos son los más difíciles de comprar y los más difíciles de asustar, porque ya han calculado el precio que están dispuestos a pagar y han llegado a la conclusión de que es alto.

Sokolov respeta eso de la misma forma en que un cirujano respeta un tumor particularmente agresivo: con atención profesional y sin ninguna simpatía.

Bebe un poco de whisky.

Lo de Herrera fue un error de cálculo. Lo reconoce. No porque le importe Herrera — Herrera era un hombre con principios en un negocio sin ellos, lo cual es una combinación que condena a cualquiera independientemente de lo que haga Sokolov al respecto — sino porque el error estuvo en subestimar el mapa relacional. Herrera tenía un abogado con deuda personal. Uno que era abogado y amigo. Eso no estaba en los informes. Los informes de Vence eran técnicamente impecables y emocionalmente ciegos, que es el fallo clásico de los hombres que confunden la ausencia de sentimientos propios con la capacidad de predecir los ajenos.

El resultado es que ahora hay un abogado con deuda personal, acceso a la fiscalía y cuatro meses de investigación documentada que en algún punto va a convertirse en un caso.

Sokolov lleva veinte años construyendo estructuras exactamente para este tipo de momento. No le preocupa el caso. Le preocupa el tiempo que va a costar desmantelarlo.

* * *

Piensa en Antonio Herrera. No con culpa — la culpa es el lujo sentimental de las personas que no han tomado suficientes decisiones difíciles — sino con la neutralidad analítica de quien revisa un expediente cerrado buscando el punto en que la lógica falló.

Herrera tuvo dieciocho meses para decir que sí.

No es un período de tiempo breve. Dieciocho meses es tiempo suficiente para que un hombre inteligente — y Herrera era inteligente, eso Sokolov siempre lo reconoció — entienda que las opciones que se le ofrecen son las únicas opciones disponibles. Que el mundo no funciona de la forma en que le enseñaron en el colegio. Que los principios son un lujo que algunos hombres pueden permitirse y otros no, y que la diferencia entre unos y otros no es moral sino estructural.

Herrera no quiso entenderlo.

Eso no es valentía. Eso es una forma de soberbia que Sokolov encuentra más irritante que admirable. La valentía sería haber ido a la policía desde el principio, con pruebas, con nombre y apellidos, con la carta que al final de todo sí escribió pero demasiado tarde para que cambiara algo. La valentía habría sido al menos interesante. Lo que hizo Herrera fue resistirse durante dieciocho meses, documentar en silencio y esperar que alguien le salvara, que es lo que hacen los hombres que creen que el mundo tiene un mecanismo de justicia incorporado.

El mundo no tiene ese mecanismo. Sokolov lleva cincuenta y cinco años siendo la prueba viviente de esa ausencia.

La decisión sobre Herrera la tomó un martes por la tarde, entre una llamada a Marsella y una videoconferencia con los socios de Moscú. Vence recibió instrucciones precisas: limpio, rápido, sin mensaje. Sin mensaje porque los mensajes son para las películas y para los idiotas que confunden el crimen organizado con el teatro.

Herrera murió porque había dejado de ser una inversión y se había convertido en un pasivo. La contabilidad tiene sus propias leyes, y esas leyes no distinguen entre personas y posiciones en un balance.

Sokolov siempre ha encontrado esa indiferencia reconfortante. No es la primera vez que la ha necesitado.

* * *

A lo largo de veinte años ha tomado ese tipo de decisión en siete ocasiones.

Las recuerda todas. No porque le persigan — perseguir implica huida, y Sokolov no huye de nada — sino porque las tiene catalogadas con la misma precisión con que cataloga cualquier otro dato operativo relevante. La memoria, en su caso, no es un mecanismo emocional. Es una herramienta de gestión.

La primera fue en Marsella, hace dieciocho años. Un contable llamado Édouard que había descubierto más de lo que debía descubrir y que cometió el error de intentar negociar con esa información en lugar de enterrarla o ignorarla. La negociación es el error más común de los hombres que creen que el conocimiento es poder: confunden saber algo con poder hacer algo con ello. Édouard sabía. No podía hacer nada. La diferencia entre esas dos cosas le costó la vida en un accidente de tráfico en la A7 que la gendarmería francesa cerró en cuarenta y ocho horas sin abrir ninguna línea de investigación alternativa.

La segunda fue un inspector de aduanas en Algeciras que no quiso ser comprado. Eso Sokolov lo respeta más que la negociación — hay algo limpio en el rechazo directo, una honestidad que al menos no pierde el tiempo de nadie. Pero el respeto no cambia la aritmética. El inspector tenía un informe a medio escribir y la intención de terminarlo. El informe no se terminó. El inspector murió de un infarto masivo a los cuarenta y tres años, para lo cual es joven pero no imposible, y los médicos del hospital de Algeciras no tuvieron razones para buscar más allá de lo que había delante.

Sokolov tiene un médico en su red desde hace quince años. Es la inversión con mejor retorno que ha hecho nunca.

Las otras cinco fueron variaciones del mismo principio: alguien que sabía demasiado, o alguien que hablaba demasiado, o alguien que había dejado de ser útil y cuya existencia continuada representaba un riesgo que no compensaba ningún beneficio. En dos de los casos eran personas que habían trabajado para él durante años. Eso no cambia el cálculo. En todo caso lo simplifica: las personas que han trabajado para ti durante años saben dónde están los archivos.

Siete decisiones en veinte años.

Hay empresas que toman peores decisiones en un trimestre y nadie les pide que justifiquen nada ante ningún tribunal. La diferencia, reflexiona Sokolov, es que las empresas tienen departamentos de comunicación y él no. Podría tenerlo. Pero prefiere la economía del silencio. Siempre ha rendido mejor.

Bebe un poco más de whisky y deja ir el pensamiento con la facilidad de quien ha practicado esa habilidad durante décadas. No hay nada en ese inventario que le quite el sueño. El sueño requiere culpa, y la culpa requiere creer que las cosas podrían haber sido de otra manera. Las cosas no podrían haber sido de otra manera. Cada una de esas siete personas tomó una decisión que los llevó exactamente hasta donde terminaron. Sokolov fue el instrumento. Pero el mecanismo lo activaron ellos.

Es una distinción que a nadie más le parecería relevante. A Sokolov le parece la única que importa.

* * *

A las nueve y diecisiete recibe el informe de Krasnov.

Krasnov es el único miembro de su red que no está en España y que por tanto no ha sido tocado por la operación de esta mañana. Es también el más caro, el más discreto y el más aburrido de sus contactos, que en ese orden de prioridades es exactamente el perfil que Sokolov busca en alguien a quien va a confiarle la siguiente fase.

El informe es breve. Tres páginas. Lo lee una vez, lo guarda en la cabeza y quema el papel en el cenicero de cristal que hay en la mesita auxiliar. No porque sea un hombre dramático — el drama es otro lujo que no puede permitirse — sino porque los documentos físicos son el residuo más tóxico de la actividad humana y Sokolov tiene una relación con la toxicidad que podría describirse, sin exageración, como de gestión activa.

La siguiente fase tiene tres movimientos.

El primero ya está en marcha.

El segundo depende del juicio.

El tercero —el que Vidal y la periodista italiana y el inspector Romero no saben que existe, el que ninguno de los tres va a ver venir porque están demasiado ocupados celebrando la detención de dos hombres que para Sokolov ya eran prescindibles desde hace seis semanas. El tercero es el único que importa.

Sokolov termina el whisky.

Se lo sirve de nuevo.

Hay hombres que beben para no pensar. Sokolov bebe porque piensa mejor con algo en la mano, y porque a su edad los rituales son la única forma honesta de darle estructura al tiempo.

* * *

A las diez menos cuarto marca un número que no aparece en ninguna agenda. Da cinco tonos. Al sexto descuelga una voz joven, con el fondo de música que Sokolov identifica como contemporánea sin poder precisar más porque los cincuenta y cinco años y el desinterés activo por la cultura popular tienen ese efecto.

—¿Sí?

—Misha.

Una pausa. La música baja de volumen.

—Papá —No hay calidez exactamente. Más bien la tonalidad específica de un chico de diecisiete años al teléfono con un padre que aparece poco y que cuando aparece tiene motivos que el chico no siempre entiende— ¿Desde qué número llamas?

—Uno nuevo. ¿Cómo va el curso?

—Bien —Una pausa— Tengo mañana examen de matemáticas.

—¿Estás preparado?

—Creo que sí.

Sokolov asiente, aunque su hijo no puede verlo. Mikhail estudia en un colegio privado de Madrid cuya matrícula anual cuesta lo que un trabajador del puerto gana en tres años. Estudia bien, según los informes trimestrales que Sokolov recibe a través del abogado que gestiona los pagos. Matemáticas, física, algo de filosofía que a Sokolov le parece un desperdicio de horas lectivas pero que no ha tenido razón de corregir porque Mikhail las saca con buena nota de todas formas.

Su hijo es inteligente.

Eso le satisface de una manera que Sokolov no analizaría si pudiera evitarlo, porque implica una dependencia emocional que no encaja bien con el resto de su arquitectura interior. Mikhail es el único punto del mapa de su vida donde la lógica cede un centímetro. Solo un centímetro. Pero cede.

—¿Mamá está bien? —pregunta Sokolov.

—Sí. Está en Valencia esta semana.

—Bien. —Pausa— ¿Necesitas algo?

La pregunta que siempre hace. La única pregunta que hace. No porque sea lo único que quiere saber —o quizás sí, quizás eso es exactamente lo único que quiere saber— sino porque es la pregunta que mantiene la estructura de algo que se parece a una relación sin requerir la cercanía que una relación real exigiría.

—No. Estoy bien —Una pausa más larga—. ¿Cuándo vienes?

Sokolov mira la bahía.

—Pronto —dice.

Es la misma respuesta de siempre. Mikhail la recibe con el silencio de alguien que lleva años aprendiendo que «pronto» en el vocabulario de su padre es una unidad de tiempo sin valor fijo. No lo dice. Nunca lo ha dicho. Eso también es inteligencia, aunque de un tipo que a Sokolov le resulta menos cómodo contemplar.

—Suerte mañana con el examen —dice Sokolov.

—Gracias —Una pausa—. Papá.

—¿Qué?

—Nada —La música sube de nuevo al fondo—. Cuídate.

Sokolov cuelga.

Mira el teléfono durante tres segundos.

Luego lo deja en la mesa y aparta el pensamiento con la eficiencia de alguien que lleva décadas practicando exactamente eso: apartar. Compartimentar. Mantener cada cosa en su casilla para que ninguna contamine las otras.

Mikhail no sabe quién es su padre.

Sabe que es empresario. Sabe que viaja mucho. Sabe que el dinero llega siempre y que su madre nunca ha tenido que preocuparse por nada material y que cuando hay un problema — médico, legal, logístico, del tipo que sea — hay un número al que llamar y el problema desaparece. Eso es lo que sabe.

Lo que no sabe es que ese número al que llamar es el número de un abogado que trabaja para un hombre que en los últimos veinte años ha movido mercancía ilegal a través de cuatro puertos mediterráneos, ha comprado a dieciséis funcionarios en tres países, ha ordenado la muerte de varias personas porque se convirtieron en pasivos y ha construido una estructura suficientemente sólida para sobrevivir a lo que está pasando esta noche en Marbella.

Eso no lo sabe.

Y Sokolov tiene la intención de que siga sin saberlo.

No por amor, exactamente. Por algo más calculado que el amor y más frío: porque Mikhail sin ese conocimiento es un activo. Mikhail con ese conocimiento es una complicación.

Y Sokolov no necesita más complicaciones esta noche.

* * *

A las once menos cuarto apaga las luces del salón y se sienta en la oscuridad con la bahía al frente.

El Mediterráneo de noche es distinto. Sin el azul de postal, sin los barcos de recreo, sin el aparato visual que los humanos construyen sobre el agua para no ver el agua. Solo la oscuridad, el movimiento y las luces del puerto al fondo. Ese puerto que esta mañana ha costado dos hombres y un cargamento y que mañana seguirá funcionando porque los puertos no se detienen.

Nada se detiene.

Eso es lo que Vidal no entiende todavía. Lo que la periodista italiana no entiende. Lo que Romero, con sus veintidós años de experiencia y su operación encubierta de cuatro años, tampoco ha terminado de procesar: que lo que han desmantelado esta mañana es una parte. Una parte visible, sacrificable, diseñada para ser sacrificada si llegaba el momento. Porque Sokolov lleva veinte años construyendo estructuras con esa lógica. Lo que se ve es lo que puede perderse. Lo que no se ve es lo que permanece.

El tercer movimiento ya está en marcha.

Lo activó hace seis días, cuando los informes de Vence empezaron a mostrar un patrón que Sokolov reconoció antes de que nadie más lo viera: el caso tenía masa crítica. Ya no era algo que pudiera disolverse con presión o con silencios comprados. Era algo que iba a llegar a un juzgado.

Bien. Sokolov conoce los juzgados.

Conoce sus tiempos, sus procedimientos, sus grietas. Conoce la diferencia entre un caso que parece sólido y un caso que lo es. Conoce lo que cuesta construir una evidencia admisible y lo fácil que resulta, con los recursos correctos y la paciencia suficiente, convertir lo admisible en cuestionable.

Vidal es un abogado bueno. Sokolov lo ha leído. Tres años de carrera impecable, un historial de casos ganados con argumentos precisos, la reputación de alguien que no improvisa.

El abogado que ha contratado Sokolov lleva treinta y un años en ejercicio, ha ganado casos que en papel eran imposibles y cobra el triple de lo que cobra Vidal. Eso no garantiza nada. Pero inclina la balanza.

Y si la balanza no se inclina lo suficiente —si Vidal resulta ser, como empieza a parecer, uno de esos casos excepcionales donde la deuda personal produce algo más que ruido— entonces está el hijo.

Mikhail, que estudia Matemáticas en Madrid y baja el volumen de la música cuando llama su padre y dice « *cuídate* » al colgar.

Mikhail, que no sabe nada.

Mikhail, que en un juzgado con cámaras y cobertura mediática y la cara de su padre en todos los telediarios va a descubrir en un día lo que Sokolov ha gestionado durante diecisiete años con una precisión quirúrgica.

Sokolov no quiere usar eso.

Lo piensa y siente algo que en otro hombre llamaría incomodidad y que en él es, simplemente, el reconocimiento objetivo de que hay un coste que preferiría no pagar. Preferiría.

No que no pueda. La diferencia es la que hay entre un hombre con límites y un hombre con preferencias.

Sokolov tiene preferencias. Pero no límites.

Nunca los ha tenido. Fue lo primero que aprendió, hace cuarenta años, en una ciudad rusa cuyo nombre ya no pronuncia, en circunstancias que no forman parte de ningún expediente porque los expedientes de esa ciudad desaparecieron mucho antes de que Sokolov aprendiera a hacerlos desaparecer. Que los límites son el instrumento con que los fuertes controlan a los débiles. Que el hombre que acepta un límite acepta también la autoridad de quien lo impone.

Viktor Sokolov no acepta autoridades.

Lo que acepta son equilibrios temporales. Estructuras de conveniencia. Relaciones de beneficio mutuo que duran exactamente lo que dura el beneficio.

Todo lo demás es sentimentalismo.

Y el sentimentalismo, en su experiencia, es la causa de muerte más común entre los hombres que podrían haber sido grandes.

* * *

A medianoche se levanta, recoge el vaso y lo lleva a la cocina.

Lo friega él mismo, con agua fría, con la eficiencia de alguien que nunca ha necesitado que nadie friegue sus vasos. Lo seca. Lo deja en el armario.

Va al dormitorio. Se desviste con el orden de siempre: chaqueta, corbata, camisa. Todo doblado. Todo en su sitio. Sokolov ha dormido en cuarenta y dos ciudades distintas en los últimos veinte años y en todas ellas ha doblado la ropa de la misma manera. Porque el orden en los objetos es el único tipo de orden sobre el que uno tiene control completo, y Sokolov sabe apreciar las cosas sobre las que tiene control completo.

Se mete en la cama. Cierra los ojos.

Se duerme en cinco minutos, como siempre, porque Viktor Sokolov no tiene la conciencia suficientemente activa para mantenerse despierto.

En Marbella, a esa misma hora, hay un abogado que también acaba de dormirse, pero con la mano entrelazada en la de alguien. Y ese detalle, que Sokolov no conoce y que si conociera descartaría como irrelevante, es exactamente el tipo de cosa que distingue a los hombres que eventualmente pierden de los hombres que eventualmente ganan.

Pero eso Sokolov no lo sabe todavía.

Y en la oscuridad del apartamento de Estepona, con el Mediterráneo al otro lado del cristal y el tercer movimiento ya activado y Mikhail durmiendo en Madrid sin saber nada, Viktor Sokolov duerme el sueño plácido e impenetrable de los hombres que han decidido, hace mucho tiempo y de manera definitiva, que el mundo les debe más de lo que jamás van a devolver.

CAPÍTULO 31

Sokolov al descubierto
ALEJANDRO

La sala de reuniones de la Brigada de Crimen Organizado de Marbella huele a tinta y a papel impreso en exceso, que es el olor universal de los sitios donde se trabaja de verdad.

Son las once de la mañana del día siguiente a la operación. Sobre la mesa hay tres carpetas, dos portátiles, un plano del puerto con anotaciones y el vaso de plástico de Romero, que lleva aquí desde las ocho y que ya no tiene café pero que él sigue girando entre los dedos como si el gesto en sí fuera útil. Yo tengo el mío intacto porque no me apetece el café de aquí y porque la cafetera del despacho de Romero produce algo que técnicamente cumple la definición de café, pero que en cualquier otra circunstancia no le daría ese nombre.

Enfrente de mí hay una fiscal.

Se llama Irene Salas. Cuarenta y dos años, pelo corto, la mirada de alguien que ha visto demasiadas carpetas bien construidas derrumbarse en sala y que por tanto calibra todo lo que se le presenta con una desconfianza profesional que no es hostilidad sino experiencia. Lleva veinte minutos escuchando. No ha interrumpido una sola vez, que en un fiscal es o un muy buen signo o un signo de que está esperando el momento exacto para desmantelar lo que le estás contando.

Espero que sea lo primero.

* * *

Romero lleva la palabra. Es su terreno, su operación, su gente en el muelle. Mi rol aquí es el del abogado que tiene la documentación que ninguna operación policial pudo construir por sí sola: la carpeta de Antonio.

—Catorce meses de documentación —dice Romero, con la voz plana de quien ha presentado expedientes toda su vida y ha aprendido que el tono neutro convence más que el énfasis—. Iniciativa personal de la víctima, sin conocimiento de ninguna operación paralela. Facturas con doble registro correspondientes a treinta y siete movimientos de carga entre marzo del año pasado y el mes de su muerte. Manifiestos de carga que no coinciden con

los registros aduaneros en diecinueve de esos treinta y siete movimientos. Fotografías tomadas desde un vehículo particular, sin trípode, en condiciones de baja visibilidad. La calidad no es óptima pero la identificación de los contenedores es verificable.

Salas mira las fotografías. Las pasa despacio, una por una, con la concentración de alguien que no está viendo imágenes sino leyendo argumentos.

—¿Cadena de custodia? — pregunta.

—La carpeta fue entregada por la familia inmediatamente después de la muerte —digo yo—. Elena Herrera la tenía en su poder. Me la entregó a mí directamente. Desde ese momento ha estado en mis manos o en las del inspector Romero, con registro de movimientos en ambos casos.

—¿Sin pasar por oficialía?

—Con razón justificada —Le sostengo la mirada—. El señor Herrera intentó llevar esta información por los cauces oficiales en dos ocasiones previas. La primera vez el expediente desapareció de la administración portuaria. La segunda, recibió una llamada al día siguiente advirtiendo de irregularidades en su licencia de exportación. Hay constancia escrita de ambos intentos en la carta que acompaña a la carpeta. Entregar la documentación directamente a oficialía sin garantías habría sido el tercer intento con el mismo resultado previsible.

Salas baja las fotografías. Me mira.

—La carta —dice.

Se la paso.

* * *

La fiscal lee la carta de Antonio con el mismo silencio con que la leí yo la primera vez. Página por página, sin adelantar, sin buscar el final antes de haber entendido el principio. La letra inclinada hacia la derecha. Sin tachaduras. La mano firme de alguien que escribió sabiendo lo que arriesgaba y lo hizo de todas formas. Cuando termina la deja encima de la mesa con cuidado.

—Nombra a Valls —dice.

—Sí.

—Y Valls está detenido.

—Desde ayer a las doce y dieciocho —Romero abre la segunda carpeta —. Ignacio Valls, Jefe de Inspección de Carga de la Autoridad Portuaria de

Marbella. Doce años en el cargo, ocho de ellos con contratos de cobertura documentados con la red de Sokolov. Firma en los turnos nocturnos que autorizaban el paso de los contenedores no inspeccionados. En diecinueve de los treinta y siete movimientos documentados por Herrera, la firma de autorización del turno nocturno es de Valls. En los dieciocho restantes, es de Sendra.

—Rafael Sendra —digo—. Subdirector de Operaciones. Identificado hace cuarenta y ocho horas gracias a material fotográfico obtenido en el muelle cuatro. Sendra aparece en esa fotografía junto al principal ejecutor de la red, con un maletín que el análisis forense de imagen confirma como el mismo que aparece en una de las fotografías de la carpeta de Herrera, tomada dieciséis meses antes.

Salas procesa eso. La veo hacerlo. La forma en que su mirada se mueve hacia el plano del puerto y regresa, la manera en que sus dedos se detienen sobre el borde de la carpeta.

—¿Quién obtuvo la fotografía del muelle cuatro? —pregunta.

Romero y yo nos miramos durante un cuarto de segundo. Es el tipo de mirada que tiene toda una conversación condensada en ella.

—Un testigo protegido —dice Romero—. Identificado, mayor de edad en el momento de los hechos, con testimonio sellado desde el día de la operación. La fotografía fue obtenida sin instrucción policial y entregada voluntariamente en el transcurso de la mañana del operativo.

Salas no pregunta el nombre. Lo anotará en otro momento, con otro protocolo. Ahora lo que le interesa es la estructura.

—Continúen —dice.

* * *

Romero abre el tercer bloque.

—El cargamento —Despliega el listado sobre la mesa—. Tres contenedores con matrícula Euroatlantic, empresa registrada en Malta con beneficiario final que el equipo de análisis financiero de Europol ha rastreado en cuatro capas de sociedades pantalla hasta un fondo de inversión con sede en Liechtenstein y cuyo último firmante autorizado es Viktor Sokolov. Los contenedores fueron interceptados ayer en el muelle tres en el momento de embarque. El análisis forense de contenido está en proceso. Tenemos confirmación preliminar de mercancía no declarada en los tres.

—¿Qué tipo de mercancía? —pregunta Salas.

—Armamento de pequeño calibre en el primero. Documentación falsificada en el segundo —Pausa—. El tercero todavía está en análisis, pero el equipo de aduanas ha confirmado que los registros de peso no coinciden con el manifiesto en un margen de cuatrocientos kilos.

El peso de eso llena la sala sin que nadie lo comente.

Cuatrocientos kilos. En un contenedor que sobre el papel transportaba material de construcción.

Salas lo anota. Sus notas son escuetas, tres o cuatro palabras por línea, el sistema de alguien que ha aprendido que el papel más útil en una sala es el que se puede leer de un vistazo.

—La cadena hasta Sokolov —dice—. Necesito que me la expliquen punto por punto.

—Eso es lo que hace complicado el caso —digo.

* * *

Lo que hace complicado el caso es lo mismo que hace complicados todos los casos de crimen organizado construidos con inteligencia: que la persona que lo dirige nunca está en el documento. Nunca firma. Nunca aparece en la fotografía. Nunca hace la llamada desde su propio teléfono.

Sokolov lleva veinte años construyendo una estructura exactamente para ese propósito.

—Lo que tenemos es esto —digo, y empiezo a colocar los documentos sobre la mesa en el orden que Romero y yo hemos acordado esta mañana, el orden que construye el argumento de fuera hacia dentro—. Capa uno: la empresa. Euroatlantic, registrada en Malta, con operaciones documentadas en el puerto de Marbella durante nueve años. La firma de Sokolov no aparece en ningún registro de Euroatlantic. Aparece en cambio en los registros de una empresa de servicios logísticos llamada Vega Import, que es cliente habitual de Euroatlantic y que tiene sede en Marbella. Vega Import está registrada a nombre de un testaferro, ciudadano español, limpio en todos los registros, sin antecedentes, que lleva seis años firmando lo que le ponen delante a cambio de una cantidad mensual que su declaración de la renta no explicaría.

—¿Tienen al testaferro? —pregunta Salas.

—Identificado y en proceso de citación —dice Romero—. Aún no detenido. Con su testimonio, la cadena entre Sokolov y Vega Import se

cierra.

—Continúe —dice Salas, a mí.

—Capa dos: los operativos. Valls y Sendra son los que hacen funcionar la maquinaria dentro del puerto. Valls autoriza los turnos nocturnos, firma los manifiestos, decide qué se inspecciona. Sendra tiene capacidad institucional para hacer desaparecer registros y reasignar el personal de inspección cuando conviene. Los dos actúan bajo instrucción de alguien que no es Sokolov directamente. Hay un intermediario, que es el canal habitual de comunicación entre la red y los operativos institucionales. Ese intermediario es Darío Vence.

—¿El ejecutor? —dice Salas. El nombre le suena. Ha leído el expediente.

—Ejecutor y enlace operativo. Vence no solo ejecuta, también transmite instrucciones, gestiona los pagos a Valls y Sendra a través de cuentas que el análisis financiero de Europol tiene documentadas, y actúa como punto de contacto único entre la red exterior y los operativos internos. Es la razón por la que Sokolov puede mantener distancia total de la operación: todo pasa por Vence.

—¿Dónde está Vence?

—Localizado —dice Romero—. Pendiente de operación de detención.

Salas anota. Levanta la vista.

—¿Y Sokolov?

Ese silencio tiene nombre y apellidos.

* * *

—Viktor Sokolov —digo—. Ciudadano ruso con nacionalidad española adquirida hace doce años. Empresario de importación-exportación con sede en Marbella y oficinas en Moscú y Marsella. Propietario registrado de un apartamento en Puerto Banús, un local comercial en la milla de oro y una participación del treinta y dos por ciento en una empresa de logística marítima con base en Algeciras —Pausa—. Ninguno de esos activos tiene relación directa documentada con la operación del puerto. Todos ellos han sido adquiridos en los últimos doce años con fondos cuyo origen, según el análisis de Europol, es inconsistente con los ingresos declarados de sus actividades legales.

—Inconsistente en qué medida —dice Salas. No es una pregunta, es una verificación.

—En el orden de cuatro millones de euros en propiedades y participaciones que no tienen justificación documental suficiente —dice Romero—. Eso es lo que tenemos verificado. Europol estima que la cifra real puede ser tres veces mayor.

Salas mira el plano del puerto.

—La carta de Herrera lo nombra —dice—. Los manifiestos lo vinculan a través de Valls y Sendra. El cargamento interceptado conecta con Euroatlantic y Euroatlantic conecta con Vega Import. Y Vega Import conecta con Sokolov a través de un testaferro cuyo testimonio todavía no tienen.

—Correcto.

—Y Sokolov no está localizado.

—Está en paradero desconocido desde ayer por la mañana —dice Romero —. Europol tiene activa una alerta en todos los puntos de salida de la Unión Europea. Tenemos los pasaportes españoles intervenidos. Hay un pasaporte húngaro a nombre de otra persona del que tenemos constancia desde hace dos años y que no hemos podido intervenir. Es el que presumimos que está usando.

Salas cierra su cuaderno.

Lo que ese gesto significa en un fiscal que lleva veinte minutos tomando notas no es que haya terminado de escuchar. Es que ha escuchado suficiente para formarse una opinión y que está a punto de compartirla. Lo sé porque llevo quince años del otro lado de esa mesa y ese gesto siempre significa lo mismo.

—Tienen un caso —dice—. No perfecto, pero sólido. Suficiente para una imputación formal si consiguen al testaferro. Suficiente para una orden de detención internacional con el material de Europol —Una pausa—. Lo que no tienen es a Sokolov en una sala.

—Todavía —digo.

Salas me mira con la expresión de alguien que lleva años escuchando « *todavía* » y ha aprendido que a veces significa algo y a veces es solo la resistencia de los que no quieren aceptar que el caso no se va a cerrar como esperaban.

—Manténganme informada —dice. Se levanta. Recoge su carpeta—. Cuando lo tengan, llámenme antes de que llegue a cualquier otro sitio. Quiero ser la primera en saber.

Sale.

Romero y yo nos quedamos solos con los documentos esparcidos sobre la mesa, el olor a tinta y el silencio de dos personas que acaban de hacer lo que podían hacer y saben que no es suficiente todavía.

* * *

—Ha ido bien —dice Romero, cuando la puerta se ha cerrado.

—Ha ido bien —confirmo.

No lo decimos con satisfacción. Lo decimos con la neutralidad específica de dos personas que llevan demasiado tiempo en esto para confundir un buen paso con el final del camino. Salas tiene el caso. La imputación se puede construir con lo que hay más el testimonio del testaferro. Si Europol localiza a Sokolov antes de que cambie de identidad por tercera vez, hay una posibilidad real de que llegue a un juzgado en un plazo razonable.

Si. Ese « *si* » pesa lo que pesa.

Romero recoge los documentos en silencio. Tiene ese movimiento mecánico de quien ha hecho esto cientos de veces: la carpeta de aquí, el listado de allí, el plano doblado de vuelta a su sitio… Y en ese movimiento hay algo que reconozco como el equivalente de Romero al cansancio, que no es el cansancio visible sino el otro, el que no se muestra.

—¿Cuándo crees que aparecerá? —digo.

—¿Sokolov?

—Sokolov.

Romero considera la pregunta con la seriedad que merece, que es mucha.

—Depende de lo que tenga preparado —Pausa—. Un hombre como Sokolov no construye una red de veinte años sin tener pensado el día en que el castillo cae. Tiene dinero en lugares que no conocemos. Tiene identidades que no conocemos. Tiene contactos en jurisdicciones donde una orden de Europol llega con semanas de retraso y se tramita con la prisa de quien no tiene ninguna —Pausa más larga—. Pero también tiene un abogado que va a presentar un caso que le obliga a reaparecer o a desaparecer para siempre. Y desaparecer para siempre tiene un coste que no todo el mundo está dispuesto a pagar.

—¿Cuál?

Romero me mira.

—Dejarlo todo —Lo dice con una sencillez que hace que suene más pesado—. Las propiedades, los negocios, el apellido. Todo lo que ha

construido en veinte años en este país. Si desaparece de verdad, no puede reclamarlo. No puede gestionarlo. No puede usarlo.

—¿Crees que no está dispuesto a dejarlo?

—Creo —dice Romero, despacio— que hay hombres que construyen cosas para tenerlas, y hay hombres que construyen cosas para demostrar que pueden construirlas. Y que esos dos tipos de hombres reaccionan de forma muy distinta cuando lo que han construido está en peligro.

Pienso en la ficha de Sokolov que Romero me pasó hace meses. La fachada legal impecable. Los años de trabajo invertidos en una imagen de empresario establecido. El apartamento en Puerto Banús, el local en la milla de oro. No son los activos de un hombre que construye para acumular. Son los activos de un hombre que construye para que los vean.

—Va a intentar defenderse —digo.

—Sí.

—¿Y cuándo vuelva, cuál es su movimiento?

Romero deja de ordenar documentos. Se queda quieto con las manos sobre la carpeta.

—Eso —dice— es la pregunta que no me deja dormir desde hace cuarenta y ocho horas.

* * *

La respuesta llega tres horas después.

No de Romero. De un número que no tengo en la agenda y que descuelgo porque llevo toda la mañana esperando llamadas de números que no tengo en la agenda.

—¿Es usted el abogado Alejandro Vidal? —dice una voz. Masculina, sesenta y tantos, el tono específico de los letrados que practican en los niveles donde el tiempo vale lo que vale y la cortesía es un instrumento más del juego.

—Soy yo.

—Mi nombre es Lorenzo Dávila. Represento al señor Viktor Sokolov — Pausa calculada—. Mi cliente tiene conocimiento de las diligencias abiertas en su contra y desea colaborar con la instrucción en los términos que correspondan. A tal efecto, me ha encargado que me ponga en contacto con el fiscal responsable del caso para establecer las condiciones de una posible comparecencia voluntaria.

Lo proceso durante tres segundos exactos. Comparecencia voluntaria. Sokolov no viene detenido, viene negociando. La diferencia entre esas dos cosas en un juzgado puede medirse en años de condena.

—¿Cuándo? —digo.

—Mi cliente necesita un plazo razonable para organizar su regreso. Sugiero una semana.

—El plazo razonable lo determina la fiscalía —digo, con la voz del abogado que no va a dejar que el otro lado marque el ritmo—. No nosotros.

—Por supuesto —La pausa de alguien que ya esperaba esa respuesta—. Sin embargo, antes de que la fiscalía tome ninguna decisión sobre plazos, mi cliente considera que hay información relevante que debería conocer. Información que afecta al alcance y la naturaleza de las diligencias.

—¿Qué tipo de información?

—La existencia de un menor —dice Dávila—. Hijo del señor Sokolov. Diecisiete años, estudiante en Madrid, sin ningún conocimiento ni participación en los asuntos que se investigan —Pausa—. Mi cliente considera que cualquier proceso judicial con cobertura mediática tendrá un impacto inevitable en ese menor. Y que ese impacto es algo que todas las partes deberían valorar antes de establecer los términos del procedimiento.

El despacho de Romero tiene una ventana con vistas al aparcamiento interior del edificio. No es una vista especialmente interesante. Llevo un momento mirándola porque es lo que tengo delante y porque mientras Dávila habla necesito mirar algo que no requiera procesar.

—Lo trasladaré —digo.

—Le agradezco la diligencia —la voz cálida del letrado que sabe que acaba de colocar la pieza que quería colocar—. Mi contacto está en el correo que le acabo de enviar.

Cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano mirando el aparcamiento.

* * *

Romero entra al despacho a los dos minutos. Tiene el vaso de plástico vacío en la mano y la mirada de quien ha escuchado media conversación desde el pasillo y necesita el resto.

—¿Quién era? —dice.

—El abogado de Sokolov —Dejo el teléfono en la mesa—. Lorenzo Dávila.

Romero conoce el nombre. Lo sé por cómo cambia mínimamente la postura, ese ajuste pequeño que hace cuando algo lo toma ligeramente por sorpresa aunque no quiera que se note.

—¿Dávila?— dice.

—Treinta y un años en ejercicio. Ha ganado casos que en papel eran imposibles —digo, porque me he informado sobre él antes de esta reunión, hace semanas, cuando empecé a contemplar la posibilidad de que Sokolov eligiera defenderse—. Cobra el triple de lo que cobro yo.

— ¿Qué quiere?

—Comparecencia voluntaria. En sus términos, en su plazo —Pausa—. Y usa al hijo.

Romero no dice nada durante un momento.

El hijo de Sokolov. El chico de diecisiete años en Madrid que no sabe quién es su padre. Lo que vimos en el capítulo 30 de la historia de Sokolov ¿lo recordáis? — esa llamada de las diez menos cuarto, la música de fondo, el « *cuídate* » al colgar — es exactamente esto: no un gesto de afecto sino una pieza de ajedrez que Sokolov tenía colocada desde el principio.

—¿Amenaza o apelación? —dice Romero, finalmente.

—Apelación, de momento. El lenguaje es cuidadoso. « *Impacto en el menor* », « *valorar antes de establecer términos* ». Nada que pueda usarse como presión directa —Pausa—. Por ahora.

—¿Y cuando sea presión directa?

—Cuando sea presión directa tendremos que decidir qué hacemos con ella.

Romero se sienta. Deja el vaso vacío sobre la mesa.

—Ese chico no tiene nada que ver con esto —dice. No como argumento jurídico. Como afirmación de algo que los dos sabemos y que de momento no tiene ningún efecto práctico pero que pesa de todas formas.

—No —digo—. No tiene nada que ver.

Silencio.

—¿Qué le digo a Salas? —pregunta Romero.

—Todo —digo—. Que Sokolov quiere negociar los términos. Que usa al hijo como palanca emocional. Que tiene a Dávila, que es el mejor abogado de defensa de este país en este tipo de casos... Y que aun así el caso que tenemos es el caso que tenemos. La carta y la carpeta de Antonio. Los manifiestos. El testimonio de Mateo. El cargamento interceptado. Valls y Sendra en custodia.

—Es un caso sólido.

—Es el caso más sólido que voy a construir en mi vida —digo, y lo digo con la calma de alguien que lo ha pensado suficiente para saberlo—. Y Dávila va a intentar desmantelarlo pieza por pieza, con treinta y un años de experiencia y los recursos de un hombre que ha pagado a dieciséis funcionarios en tres países y que lleva dos décadas preparándose para el día en que llegara a un juzgado.

Romero me mira.

—¿Y? —dice. No como pregunta retórica. Como la pregunta real que es.

—Y que no importa —digo—. Porque Antonio Herrera pasó catorce meses solo, con una cámara que no era profesional, documentando algo que podía matarle. Lo sabía y lo hizo de todas formas. Con determinación.

Silencio.

—Lo que yo tengo —digo, y escucho en mi propia voz algo que no estaba ahí hace seis meses, algo más firme que la rabia y más frío que la culpa— es su trabajo. Y voy a llevarlo a término aunque Dávila cueste el triple y Sokolov tenga al hijo y la defensa dure dos años.

Romero no dice nada. No hace falta que diga nada. Coge el teléfono. Llama a Salas.

Y yo abro el portátil y empiezo a construir el argumento que voy a llevar a esa sala, pieza por pieza, con la misma paciencia y precisión que usó Antonio, y con el tiempo que sea necesario, porque hay deudas que no se pagan de otra manera.

CAPÍTULO 32

El artículo

GIULIA

Hay una cosa que nadie te cuenta sobre el mejor artículo de tu vida.

Que no lo reconoces mientras lo escribes. Que pasan horas y el cursor avanza y el texto crece y tú no piensas «esto es lo mejor que he hecho» sino que piensas «aquí falta una transición», «este párrafo es demasiado largo», «necesito verificar esta fecha». Lo reconoces después. Cuando terminas. Cuando lo lees desde el principio con los ojos de alguien que no lo ha escrito y de repente ves la forma completa que tenía mientras lo construías sin saberlo.

Lo termino a las dos y dieciséis de la madrugada. Lo leo desde el principio. Me quedo mirando la pantalla durante un minuto que no sé cuánto dura.

Cazzo .

* * *

Llevo seis días escribiéndolo.

No de corrido — no ha habido ni un solo día de estas últimas dos semanas que haya sido de corrido en ningún sentido — sino por capas. El primer día escribí el esqueleto: los hechos en orden cronológico, sin adjetivos, sin interpretación. La muerte de Antonio Herrera. La red de Sokolov. Los manifiestos de Valls. La firma de Sendra. El cargamento interceptado. Los nombres que existen y los que todavía no pueden publicarse. Seis meses de trabajo en catorce párrafos que en papel parecen simples y que detrás tienen lo que tienen: las fuentes que tardé semanas en encontrar, las verificaciones cruzadas, las noches con el bloc abierto en el alféizar mirando el puerto preguntándome si estaba siguiendo el hilo correcto o construyendo una historia que quería que existiera.

El segundo día escribí a Antonio.

No sobre Antonio. A Antonio. El hombre detrás del caso. El empresario de cincuenta y ocho años con flota propia que pasó catorce meses documentando solo algo que podía matarle y lo hizo de todas formas, con determinación, sin ataduras, porque era incapaz de ignorar lo que veía. Lo

escribí desde Elena — sus manos juntas en el regazo, la forma en que dice «era muy bueno» con esa voz que no tiembla porque se ha entrenado para que no tiemble. Desde Mateo — la sudadera en el puerto a las seis de la mañana, el talón que no para de golpear el suelo, el «cuídate» que le dijo a Alejandro en la acera como si tuviera veinte años más de los que tiene. Lo escribí desde la carta, que leí una sola vez en el salón de Alejandro y que no necesité leer dos veces para saber que se iba a quedar para siempre.

El tercer día no escribí nada.

El cuarto escribí la red: la estructura, los movimientos, las capas de sociedades que conectan Euroatlantic con Vega Import y Vega Import con Sokolov. Lo técnico. Lo que los lectores necesitan entender para que la magnitud de lo que ocurrió no les pase por encima como agua. Llevo años creyendo que el periodismo de investigación falla cuando subestima a los lectores. Cuando decide que lo complicado debe simplificarse hasta desaparecer en lugar de explicarse hasta entenderse. Este artículo no simplifica nada. Lo explica todo. Y confía en que quien lo lea puede sostener la complejidad.

El quinto día escribí el final. Que no es el final del caso — el caso no ha terminado. Sokolov está en algún lugar que no sabemos todavía y el juicio no ha empezado — sino el final del artículo. Que es distinto. El final del artículo es la pregunta que el artículo lleva planteando desde el principio y que por fin tiene que decirse en voz alta: ¿cuántos Antonio Herrera hacen falta para que un sistema que mira hacia otro lado decida mirar a donde debe?

El sexto día lo revisé todo. Corté. Pegué. Cambié tres verbos que eran los verbos equivocados. Ajusté una fecha. Eliminé un párrafo entero que era bueno pero que sobraba porque lo que decía ya lo estaba diciendo otro párrafo mejor.

Y a las dos y dieciséis de la madrugada lo leí desde el principio. Y me quedé mirando la pantalla.

* * *

No lo mando a Luca. Todavía no.

Cierro el portátil. Me hago un té que no me voy a beber. Me siento en el alféizar con la oscuridad del puerto al fondo y pienso en lo que voy a hacer antes de que este artículo llegue a ninguna redacción.

Hay una persona que tiene que leerlo primero. No para que lo apruebe. No para pedirle permiso. No porque tenga derecho a ver el artículo antes de que se publique, que técnicamente no lo tiene, que yo soy periodista y el artículo es mío y las decisiones editoriales son mías y siempre lo han sido. Sino porque quiero que lo vea él primero.

Quiero que lea lo que he hecho con lo que construyó Antonio. Con lo que Elena me dio en ese salón ordenado. Con lo que Mateo cargó solo durante semanas. Con lo que Alejandro me confió en un despacho con los documentos esparcidos por el suelo, convencido de que podía dosificar cuánto me contaba y descubriendo que no podía, que yo ya lo sabía, que siempre iba un paso por delante o al lado o lo suficientemente cerca para que la distancia no importara.

Quiero que lo lea él primero porque este artículo también es suyo. Aunque no aparezca en él. Aunque su nombre no esté en ningún párrafo porque su nombre no puede estar en ningún párrafo. Está de todas formas. En cada frase que dice la verdad sin rodeos. En cada párrafo que no se disculpa por lo que cuenta. En ese final que pregunta lo que hay que preguntar aunque la pregunta sea incómoda.

Alejandro Vidal me enseñó algo que no esperaba aprender de un abogado: que hay formas de decir la verdad que la hacen más verdad. Que la exactitud no es el enemigo de la emoción. Que puedes ser exacto y humano a la vez, y que esa combinación es la única que dura.

Lo aprendí viéndole trabajar. Lo usé para escribir esto.

Le mando un mensaje a las dos y cuarenta y dos.

«¿Estás despierto?»

La respuesta llega en cuarenta segundos.

«Sí».

Escribo: « *Tengo algo que quiero que leas. ¿Mañana?* »

Pausa más larga. Veinte segundos.

«¿Cuándo?»

Sonrío sin querer en la oscuridad del apartamento.

«Cuando puedas».

«Nueve. En el despacho».

Apago el teléfono. Me acuesto.

Duermo, por primera vez en seis días, sin el artículo en la cabeza.

* * *

A las nueve menos cinco llego al despacho con el portátil en la bolsa y la sensación específica de quien va a una reunión importante sin saber exactamente qué tipo de reunión es.

Diego me abre la puerta. Me mira. Con esa manera suya que tiene de evaluar una situación en dos segundos y archivarlo todo en algún lugar que luego va a usar en el momento menos conveniente.

—Giulia —dice, con el tono de alguien que lleva preparando ese saludo desde que leyó el mensaje de Alejandro.

—Diego.

—¿Café?

—Por favor.

Me lleva al despacho de Alejandro. Que está de pie junto a la ventana con la chaqueta puesta y una taza en la mano, mirando la calle con esa postura suya — la espalda recta, el peso distribuido, el tipo de postura que no es rigidez sino presencia — que llevo meses aprendiendo a distinguir de la postura de alguien que está tenso.

Esta mañana no está tenso. Esta mañana está esperando.

Me ve entrar. Baja la taza. La expresión que pone no es la del abogado con el caso. Es la otra. La que aparece cada vez con más frecuencia y que todavía no he encontrado el nombre exacto para catalogar en la carpeta de «irrelevante para el trabajo» que, desde hace mucho, está tan llena que ya no cierra.

—Buenos días —digo.

—Buenos días.

Diego deja el café en la mesa y desaparece con la eficiencia de alguien que sabe cuándo su presencia es bienvenida y cuándo no.

Me siento. Saco el portátil.

—¿Cuándo lo terminaste? —dice Alejandro.

—Las dos y cuarto.

Asiente. Se sienta al otro lado de la mesa. Deja la taza.

—¿Estás segura?

Lo miro.

—¿De qué?

—De querer que lo lea yo primero.

La pregunta es directa y la hace con la seriedad que merece, que es mucha. No es protocolo. No es la fórmula educada de alguien que quiere

que le digan que sí. Es la pregunta real: ¿estás segura? Porque hay cosas que no se pueden deshacer y leer algo antes que nadie es una de ellas.

—Sí —digo.

Le giro el portátil.

* * *

Alejandro lee despacio.

Eso ya lo sabía. Le he visto leer documentos durante meses. He aprendido el ritmo que tiene, la forma en que los ojos se mueven por la página sin prisa, deteniéndose en lo que necesita detenerse y pasando rápido por lo que no. Pero leer un artículo es distinto a leer un expediente, y yo no sabía cómo iba a leer esto.

Lee despacio. No interrumpe. No levanta la vista. Tiene las manos planas sobre la mesa, a los lados del portátil, y la postura de alguien que ha decidido no hacer nada que no sea leer.

Yo lo observo. No debería. Sería más fácil mirar por la ventana, hacerme con el café, revisar el teléfono, hacer cualquier cosa que no sea mirar a un hombre leer el mejor trabajo de mi vida con esa concentración silenciosa que tiene, en este despacho que huele a papel y a madera y a algo que ya reconozco como específicamente suyo.

No puedo evitarlo. Leo su cara mientras él lee mis palabras.

No cambia mucho. Eso también lo sabía. Alejandro Vidal no es de los que se les ve todo en la cara, al contrario, es de los que han construido una cara exactamente para no mostrar todo. Pero hay cosas pequeñas. Una tensión mínima en su boca cuando llega a la parte de Antonio documentando solo. Una pausa más larga de lo habitual en algún punto del tercer bloque que no identifico desde donde estoy. Y algo en los ojos — algo que no es exactamente lo que esperaba ver, que es más blando que el análisis y más difícil de nombrar — que aparece y permanece desde que empieza hasta que termina.

Tarda dieciocho minutos. Los cuento. No porque quiera contarlos. Sino porque no sé qué hacer con las manos y el reloj está en la pared y los minutos pasan y yo los cuento para tener algo que hacer que no sea seguir mirando su cara.

A los dieciocho minutos levanta la vista.

* * *

No dice nada de inmediato. Hay entre los dos el silencio específico de alguien que acaba de leer algo y necesita un momento para saber qué quiere decir, que es distinto del silencio de alguien que no sabe qué decir. Alejandro siempre sabe qué decir. Lo que está haciendo ahora es elegir.

Lo espero.

—Giulia.

—Dime.

Otra pausa. Más corta.

—Es el mejor artículo que he leído en mucho tiempo.

Lo dice sin énfasis. Sin el tono de quien está siendo amable o generoso. Con la misma neutralidad con que diría que un argumento jurídico es sólido o que una prueba es admisible. Como una constatación. Como algo que no hace falta adornar porque la verdad no necesita adornos.

Algo se mueve en mi pecho. No lo digo. No lo muestro, o intento no mostrarlo, con el mismo éxito que suelo tener en estas cosas con él, que es relativo.

—¿Hay algo que cambiarías? —digo, porque es la pregunta que siempre hago cuando alguien lee algo mío y no quiero que la conversación se detenga en el elogio.

Alejandro lo piensa.

—No —dice. Y luego—. Hay una frase en el penúltimo bloque. « *La red que mató a Antonio Herrera no es una anomalía. Es el sistema funcionando como se diseñó* » —La dice de memoria, sin mirar el portátil. La ha retenido —. Es la mejor frase del artículo. Pero la enterrarías si la pones donde la tienes.

—¿Dónde la tengo?

—Párrafo siete del bloque cuatro. Encajonada entre dos párrafos de datos —Me mira—. Debería estar sola. Con espacio antes y después. Que el lector la reciba sin ruido.

Lo proceso. Tiene razón. Lo supe cuando lo escribí y lo aparqué porque en ese momento estaba en el bloque de datos y necesitaba seguir y no pararme a reestructurar. Y luego lo olvidé en la revisión porque ya conocía demasiado bien el texto para verlo con distancia.

—Bien —digo.

—Es el único cambio que haría.

Asiento. Anoto en el bloc que tengo al lado del portátil. El gesto mecánico de siempre, el que hago cuando algo importante necesita que no lo olvide.

Cuando levanto la vista Alejandro me está mirando con la expresión de los dieciocho minutos. La que no es análisis sino otra cosa. La que aparece cada vez con más frecuencia y que ya no finjo no ver.

* * *

—¿Cuándo lo publicas? —dice.

—Esta semana. Necesito hablar con Luca, que es mi editor. Y coordinar con Romero los términos que acordamos —Pausa—. No hay nada en el artículo que comprometa la detención de Sokolov ni el proceso de Valls y Sendra. Lo he revisado tres veces.

—Lo sé —dice Alejandro—. Lo vi mientras lo leía.

Lo miro.

—¿Lo revisabas mientras lo leías?

—No —Una pausa muy corta—. Lo vi porque el artículo sabe exactamente dónde están los límites y los respeta sin que parezca que los respeta. Es la parte más difícil —Me mira—. Y la has resuelto sin que se note el esfuerzo. Eso es lo que lo hace bueno.

Hay una versión de mí que en este momento diría algo irónico, o que desviaría la conversación con un comentario lateral, o que haría cualquiera de las cosas que hago cuando recibo algo que me cuesta sostener sin moverme.

Esta mañana no hago ninguna de esas cosas. Esta mañana me quedo donde estoy, con los ojos en los suyos, y le dejo decir lo que está diciendo sin interponerme.

—Gracias —digo. Solo eso.

—No me des las gracias —dice, y en su voz hay algo que no es rechazo sino lo contrario: la incomodidad específica de un hombre que recibe gratitud por algo que considera que no necesita agradecimiento—. He hecho lo que tenía que hacer. Tú has hecho lo que nadie más habría hecho de esta manera.

—Antonio lo hizo primero —digo.

Silencio.

El silencio de ese nombre en esta habitación tiene un cariz que los dos conocemos. Antonio Herrera, que documentó todo solo durante catorce meses y escribió una carta con la letra inclinada hacia la derecha porque necesitaba que alguien lo encontrara y lo usara bien.

—Sí —dice Alejandro, en voz baja. Solo eso.

Solo eso. Pero en esa sílaba está todo lo que lleva encima desde el principio: la culpa que ya no es solo culpa, la deuda que ya tiene forma de caso y de artículo y del juicio que viene, y yo lo sé porque llevo meses aprendiendo el idioma de este hombre y esta mañana lo entiendo perfectamente sin que tenga que traducir nada.

Me levanto. Rodeo la mesa. No lo pienso. O sí lo pienso pero la decisión ocurre antes de que haya terminado de pensarlo, que es la clase de decisión que llevo meses tomando con él sin admitirlo.

Me siento en el borde de la mesa, a su lado. No frente a él. A su lado. Y le pongo la mano en el antebrazo — el gesto sencillo de siempre, el contacto que no necesita nombre — y me quedo ahí.

Alejandro baja la vista a mi mano. Luego me mira.

—Va a ir bien —digo.

No como promesa. Como afirmación de algo que los dos necesitamos que sea verdad y que esta mañana, en este despacho, con el artículo en la pantalla, el caso en marcha y Sokolov en algún punto del mapa que Europol está rastreando, lo creemos.

—Va a ir bien —repite él.

Su mano cubre la mía. Despacio. Con el cuidado de siempre — ese cuidado específico suyo con las cosas que le importan demasiado. La besa y se queda ahí.

El despacho tiene la luz de la mañana, que en Marbella es una luz que no promete nada pero tampoco quita nada. El puerto al fondo de la ventana. El caso encima de la mesa. El artículo en la pantalla esperando la frase que va a quedarse sola, con espacio antes y después, para que el lector la reciba sin ruido.

Y nosotros dos aquí. Con todo lo que hay entre medias — los meses, las carpetas, las noches con el bloc abierto, los casi-todo que no llegaron a decirse hasta que llegaron y con todo lo que todavía está por pasar. Con Sokolov sin localizar, el juicio que viene, mi beca que termina y el avión a Bolonia que en algún punto del calendario existe aunque todavía no mire esa fecha.

Con todo eso.

Y aun así, en este momento, en este despacho, con sus labios sobre mi mano y el mejor artículo de mi vida en la pantalla, hay algo que no tiene nombre todavía pero que pesa como pesan las cosas que importan de verdad.

No lo nombro. No hace falta nombrarlo todavía. Dejo que sea lo que es.

CAPÍTULO 33

El código
DARÍO VENCE

El trabajo empieza siempre igual. Con observación.

Hay hombres en este oficio que saltan directamente a la acción. Que reciben un nombre y una dirección y se mueven. Darío Vence lleva doce años viendo a esos hombres cometer errores que no se cometen dos veces, y lleva doce años sin cometer ninguno, y la relación entre esas dos cosas no es coincidencia. La observación no es preparación. La observación es el trabajo. Lo que viene después es solo la consecuencia lógica de haberlo hecho bien.

Conoce a la periodista italiana desde hace ocho semanas. No de haberla visto una vez. De haberla seguido diecisiete días distintos — no consecutivos, nunca consecutivos, porque la consecutividad crea patrones y los patrones crean reconocimiento y el reconocimiento destruye el trabajo — durante los cuales ha registrado sus horarios, sus rutas, sus hábitos, las personas con quienes habla y las que evita, los sitios donde piensa bien y los sitios donde se distrae. Tiene un cuaderno con esa información. Letra pequeña, sin nombres, en un código que no es cifrado sino simplemente suyo, que es el único tipo de código en el que confía.

Lo que sabe de Giulia Ferretti:

Sale entre las ocho y las nueve. Casi siempre a pie. Lleva el bloc en la bolsa izquierda y el teléfono en el bolsillo derecho del abrigo. Camina rápido, con los ojos en movimiento — buena observadora, aunque no lo suficiente para haberle visto cuando importaba. Toma café en el bar de la esquina o se lo hace en el apartamento; los días que sale sin tomarlo camina más deprisa. Trabaja en el apartamento o en la redacción del periódico local, nunca en cafeterías, lo cual dice algo sobre cómo piensa. El abogado la recoge con cierta frecuencia, o ella va al despacho; el patrón entre los dos es irregular de una manera que no es desorganización sino discreción deliberada, que es distinto. La hermana llama los miércoles por la noche, siempre. Eso también lo sabe.

* * *

Darío Vence tiene treinta y ocho años y una cicatriz en la mandíbula izquierda que le hicieron a los veintitrés en una detención que salió mal y que a él no le importa tener porque las cicatrices en la cara, en su experiencia, hacen que la gente mire la cicatriz y no la cara. Y una persona cuya cara no se recuerda bien tiene una ventaja estructural sobre cualquier testigo.

Fue policía once años. Eso tampoco lo ha olvidado. Lo usa. Sabe cómo piensan los que investigan porque pensó así durante once años: los ángulos que cubren, los que descuidan, la diferencia entre una vigilancia bien montada y una que parece bien montada. Sabe leer un perímetro antes de entrar. Sabe identificar a un agente en ropa de civil por la postura, por la forma de distribuir el peso, por esa quietud específica de quien espera instrucciones que los civiles no tienen. Lo aprendió dentro. Lo perfeccionó fuera.

El expediente que cerró su carrera policial tiene tres páginas de cargos y una de resolución. La resolución dice « *sobreseimiento por falta de pruebas suficientes* ». Lo que las tres páginas de cargos describen es una noche en Algeciras en la que un detenido llegó al calabozo con las costillas sanas y salió con dos rotas, y en la que Darío Vence fue el único agente de turno sin coartada verificable para las cuatro horas de por medio. No hubo pruebas suficientes porque Darío Vence ya sabía, a los veintiséis años, cómo no dejar pruebas suficientes.

Eso también lo aprendió dentro.

* * *

El código no es moral. Entiende la distinción. Le importa.

Hay personas en este trabajo que tienen códigos morales, que se dicen a sí mismos que solo hacen daño a quien se lo merece, que construyen narrativas sobre la justicia y el equilibrio y la necesidad de que alguien haga lo que otros no pueden hacer. Esas narrativas son sentimentales y el sentimentalismo es el principio del error. Darío Vence no tiene narrativas. Tiene procedimientos.

El código es un procedimiento.

Regla uno: no actuar sin orden directa. No instrucción, no sugerencia, no contexto implícito que invite a la iniciativa. Orden directa. La distinción existe porque los errores más costosos de este oficio — y los ha visto, y algunos los ha limpiado — ocurren cuando alguien interpreta en lugar de

ejecutar. La interpretación introduce variables que no estaban en el cálculo original y las variables no calculadas son las que destruyen el trabajo.

Regla dos: el mínimo necesario. Nunca más de lo que el trabajo requiere. No porque tenga escrúpulos sobre el exceso — los escrúpulos son una variante del sentimentalismo — sino porque el exceso deja rastro y el rastro es el enemigo del trabajo bien hecho. Un hombre muerto cuando el trabajo pedía sólo un aviso es un error. Un aviso cuando el trabajo pedía un hombre muerto también. La precisión es lo único que no falla.

Regla tres: las mujeres y los niños sin orden explícita, no. Esta es la única regla del código que alguien de fuera podría confundir con moral. No lo es. Es cálculo de riesgo. Las mujeres y los niños generan un tipo de atención policial y mediática que multiplica la exposición del trabajo en proporciones que raramente compensan el resultado. Herrera fue diferente. Herrera era un hombre adulto involucrado directamente, con documentación que comprometía la estructura, con meses de negativa activa. El cálculo era claro. La periodista italiana es otro tipo de problema. La periodista italiana requiere orden explícita. Que todavía no tiene.

* * *

Lo que tiene es un verde preliminar.

Llegó hace tres días a través del canal habitual — no Sokolov directamente, nunca Sokolov directamente, esa es parte de la arquitectura que ha mantenido la estructura intacta durante años — con una indicación de que el problema de la periodista necesitaba resolverse antes del juicio. Sin plazo concreto. Sin especificación del método. Verde preliminar significa que puede preparar, puede posicionarse, puede tener todo listo para cuando llegue la orden.

La orden no ha llegado todavía. Eso no le impacienta. La impaciencia es otra forma de sentimentalismo.

Lo que hace con el verde preliminar es lo que siempre hace: preparar mejor de lo que le piden. Tiene el apartamento de la calle Ancha cartografiado desde hace semanas — los accesos, las salidas, los tiempos del portero automático, la escalera de servicio en el lateral que da a la calle paralela. Sabe que el apartamento es primero izquierda, segundo piso, con una ventana que da al interior de la manzana y que la italiana suele tener entreabierta cuando trabaja porque habla en voz alta cuando piensa, que es

un hábito que ha notado en tres ocasiones distintas y que le parece una debilidad de las que no vienen en los manuales.

Sabe que el abogado no duerme allí todas las noches. Algunas sí. Cuándo y por qué sigue un patrón que todavía no ha terminado de descifrar, lo cual es la única variable que no tiene resuelta. Esa variable importa.

Alejandro Vidal es un problema distinto. No está en el trabajo actual — la orden, si llega, es sobre la periodista, no sobre el abogado —. Pero Vidal es el tipo de hombre que complica los márgenes. Lo vio en el muelle, cuando cruzó la línea azul para sacar al chico. Se movió bien para ser un abogado. Sin pánico, sin error, con la economía de movimientos de alguien que ha calculado exactamente qué necesita hacer y lo hace sin más. Eso lo anotó también.

Los hombres que se mueven bien son variables a considerar.

* * *

Son las seis de la tarde cuando se sienta en el banco del parque con vista directa al portal de la calle Ancha.

Lleva un café para llevar — el vaso de plástico en la mano es el accesorio más útil de la observación urbana porque justifica la inmovilidad sin que haga falta ninguna otra explicación. Un hombre con un café puede quedarse parado en cualquier sitio durante diez minutos sin que nadie le pregunte nada. Tiene el teléfono en el bolsillo con el volumen apagado, que es siempre, y la temperatura del ambiente, que a finales del otoño en Marbella a las seis de la tarde es de dieciséis grados con viento del este, no le molesta porque Darío Vence lleva treinta y ocho años acostumbrando al cuerpo a no registrar el tiempo atmosférico como un factor relevante.

A las seis y cuarto sale la italiana. Lleva el abrigo gris que usa cuando va a estar fuera más de una hora. Bolsa en el hombro izquierdo. Teléfono visible en la mano, que significa que espera una llamada o acaba de terminar una. Camina en dirección al paseo marítimo con el paso de siempre — rápido, con los ojos en movimiento, sin detenerse — y a los dos minutos ya está fuera del ángulo del banco.

Vence no la sigue. No necesita seguirla. Sabe adónde va: el paseo marítimo o el periódico local o el despacho del abogado, que son los tres destinos que ocupa el noventa por ciento de sus salidas de tarde. Sabe cuánto tarda. Sabe por qué calle vuelve.

Se queda en el banco. Espera.

La espera es la parte del trabajo que la mayoría confunde con inacción. No lo es. La espera es el trabajo en su forma más pura. La acumulación de información sin interferir en el sistema que se observa. Un sistema no observado se comporta de forma natural. Un sistema observado activamente se altera. Darío Vence lleva doce años siendo invisible exactamente para no alterar los sistemas que observa.

A las ocho y dos minutos vuelve. Sola. Abrigo gris. Bolsa en el hombro. Entra al portal. El portero automático, que tiene un retardo de cuatro segundos entre el botón y el cierre, se cierra a sus espaldas.

Vence tira el vaso vacío a la papelera más cercana. Se levanta. Camina en dirección contraria.

* * *

A las diez cuarenta y siete vibra el teléfono. Es un número que no existe en ninguna agenda. Lo descuelga al primer tono.

Nadie habla durante dos segundos. Ese silencio es el protocolo, el tiempo que necesitan los dos para verificar que la línea está limpia. Vence lleva años usando este sistema y nunca ha necesitado cambiarlo porque un sistema que funciona no se cambia.

—Adelante —dice una voz.

No es Sokolov. Nunca es Sokolov. Es el intermediario. La voz que Vence reconoce pero a la que no ha puesto cara en diez años de trabajo, lo cual es exactamente como debe ser.

—Verde —dice Vence.

—Confirmado —Una pausa de exactamente el tipo que Vence espera: la pausa de alguien que está leyendo algo mientras habla—. El plazo es antes del juicio. Sin ruido. Sin conexión con el caso.

—¿Método?

—A criterio.

Eso es todo. La llamada dura cuarenta y tres segundos. Vence cuelga. Quita la tarjeta SIM. La rompe en cuatro. Los cuatro trozos van a cuatro papeleras distintas en cuatro calles distintas, que es el procedimiento de siempre.

Se queda un momento quieto en la oscuridad de la calle. La orden ha llegado.

Regla uno: no actuar sin orden directa. Hay orden directa.

Regla tres: las mujeres sin orden explícita, no. Hay orden explícita. « *A criterio* » es la forma en que el intermediario dice que el método queda en sus manos, lo cual dentro del protocolo equivale a autorización total. Lo sabe desde hace diez años. Las palabras tienen significados específicos en este trabajo y él conoce todos los significados.

Procesa.

Sin ruido. Sin conexión con el caso. Esas son las condiciones. El plazo es el juicio, que según lo que ha leído en los periódicos — los periódicos son también fuentes de información — está previsto para dentro de tres semanas. Tres semanas es tiempo suficiente para hacer bien el trabajo. El trabajo bien hecho siempre tiene tiempo suficiente.

Empieza a caminar.

Hay una última variable que necesita resolver antes de moverse: el abogado. La noche del miércoles Vidal no estaba en el apartamento — lo verificó por las ventanas, por los tiempos, por la ausencia del coche en la calle de abajo. La noche del jueves sí. Necesita el patrón completo. Dos noches más de observación y lo tendrá.

No hay prisa. La prisa es el tercer error más común de este oficio, después de la improvisación y el exceso. Darío Vence no improvisa, no se excede y no tiene prisa. En doce años eso le ha permitido no cometer ningún error que no pudiera controlar. Por algo lo conocen como El Filo.

Giulia Ferretti no sabe que esta noche, mientras habla con su hermana por teléfono en el apartamento de la calle Ancha con la ventana entreabierta porque piensa en voz alta cuando trabaja, hay un hombre en la calle de abajo que sabe cuándo sale, cuándo vuelve, cuándo está sola y cuándo no.

No lo sabe.

Y Darío Vence, que lleva doce años construyendo su trabajo exactamente sobre esa diferencia — lo que él sabe y lo que los demás no saben que él sabe — considera que eso es todo lo que necesita.

Dobla la esquina.

Desaparece.

CAPÍTULO 34

La confrontación con El Filo
ALEJANDRO

El teléfono de Romero da señal ocupada a las siete menos cuarto de la tarde.

Lo vuelvo a intentar. Ocupado.

Salgo del despacho con el abrigo en la mano y el teléfono en la otra porque hay algo — no sé qué es todavía. _No es un dato, no es un razonamiento, es algo más anterior que el razonamiento — que me dice que no me quede sentado esperando a que Romero libere la línea. Llevo así toda la tarde, con esa inquietud de fondo que no tiene nombre pero que tampoco es nueva, que la he tenido otras veces en la vida y que cada vez que la he ignorado ha resultado que no debía haberlo hecho.

Diego me mira desde la recepción.

—¿Dónde vas? —dice.

—A dar una vuelta.

Me mira con la cara de quien sabe que «dar una vuelta» no significa lo que significa habitualmente.

—Alejandro.

—Ahora vuelvo.

Salgo antes de que pueda decir algo más.

* * *

La calle Ancha está a ocho minutos del despacho caminando rápido.

Camino rápido.

No tengo ninguna razón concreta para ir al apartamento de Giulia. Giulia no me ha llamado. Giulia no me ha dicho que fuera. Giulia lleva tres días trabajando con una independencia que es la suya de siempre — la misma que me desesperó al principio. La misma que aprendí a respetar. La misma que forma parte de quién es de una manera tan fundamental que pedirle que la modifique sería pedirle que fuera otra persona — y no hay ningún motivo objetivo para que esta tarde sea diferente de las otras. Excepto que la línea de Romero lleva cuarenta minutos ocupada.

Y que esta mañana, en el juzgado, el abogado de Sokolov me miró con una expresión que no era hostilidad sino algo más calculado que la hostilidad. Y que llevo horas sin poder ubicar exactamente dónde he visto esa expresión antes y acabo de ubicarla: en Sokolov. La vi en Sokolov la primera vez que lo tuve delante. El gesto del hombre que ya ha tomado la decisión y lo que queda por hacer es solo ejecutarla.

Camino más rápido. Marco el número de Giulia. Cuatro tonos. Buzón de voz.

El buzón de voz de Giulia Ferretti dice, en español con un acento que ya conozco mejor que mi propio nombre: « *Hola, no puedo coger el teléfono ahora mismo, deja un mensaje o escríbeme* ». La voz cotidiana, tranquila, la voz de quien está trabajando y ha silenciado el teléfono porque necesita concentrarse y no porque haya pasado nada.

Eso es lo razonable. Eso es lo que me digo mientras doblo la esquina de la calle Ancha y veo, a cuarenta metros, delante del portal del número once, una figura que no es Giulia.

* * *

Lo reconozco antes de verle la cara.

La postura. La altura. La forma de distribuir el peso — el pie izquierdo ligeramente adelantado, el cuerpo orientado hacia el portal, la inmovilidad de alguien que no está esperando un taxi sino esperando a una persona específica con toda la paciencia de quien sabe que esa persona va a llegar.

Darío Vence. El Filo. El hombre que mató a Antonio.

Los cuarenta metros entre nosotros se convierten en algo que no es distancia física sino otra cosa. El tiempo que tarda el cerebro en procesar lo que está viendo y en producir la respuesta adecuada, que en este caso tiene que ser precisa porque una respuesta equivocada no tiene corrección.

Proceso. Vence no me ha visto todavía. Está de espaldas, orientado al portal. Lo que está mirando es la puerta — el momento en que alguien salga o el momento en que él entre, que son las dos posibilidades, y ninguna de las dos es aceptable.

Giulia está ahí dentro. El pensamiento llega con la claridad violenta de las cosas que no se pueden sostener sin que algo en el pecho cambie de forma. Giulia está ahí dentro y hay un hombre en la puerta que mató a Antonio Herrera en un callejón del casco antiguo, y que esta tarde tiene una orden que no tenía en el muelle hace dos semanas. Sé que tiene la orden porque

Romero lleva cuarenta minutos con la línea ocupada y porque Dávila me miró esta mañana con la expresión de Sokolov y porque la inquietud que llevo toda la tarde ignorando no era paranoia. No era paranoia.

Marco a Romero mientras camino. Ocupado. Marco a Diego. Descuelga al primer tono.

—Llama a Romero desde el fijo del despacho ahora mismo —digo, en voz baja y sin parar de caminar —. Dile calle Ancha once. Que venga.

—¿Qué está…?

—Ahora, Diego.

Cuelgo. Guardo el teléfono. Y me pregunto durante exactamente tres segundos qué hace un abogado sin ninguna información relevante en este momento. Y la respuesta es que el abogado que lleva meses en este caso tiene claro, por primera vez, que hay una sola variable que importa esta tarde, y que esa variable se llama Giulia Ferretti.

* * *

Vence se gira cuando estoy a quince metros. No sé si oyó mis pasos o si el instinto de alguien que lleva doce años en este oficio funciona independientemente del sonido. Se gira despacio — la misma economía de movimientos del muelle, nada brusco, nada que delatara prisa — y me ve.

Nos miramos.

Hay entre nosotros quince metros de acera y todo lo que los dos sabemos sobre el otro, que es bastante. Él sabe que soy el abogado. Yo sé que es el sicario. Él sabe que yo sé lo que está haciendo aquí. Yo sé que él sabe que yo lo sé. Esta clase de reconocimiento mutuo, en este tipo de situación, puede ir en dos direcciones y depende de qué decida hacer el hombre que tiene el código que no me ha dado.

No actúa sin orden directa. Eso me dijo Romero. Eso sé. Y también sé que esta tarde Vence tiene una orden que no tenía en el muelle, porque si no la tuviera no estaría en esta puerta.

Quince metros.

Diez.

Cinco.

—Vence —digo.

No dice nada. Me mira con esa inmovilidad suya: los ojos sin expresión, la cicatriz en la mandíbula izquierda, el peso del cuerpo distribuido con la

quietud de alguien que no necesita moverse para que su presencia ocupe espacio.

—Sé quién eres —digo—. Y sé por qué estás aquí. Y la persona que está en ese edificio no tiene nada que ver con el caso de Sokolov de una forma que justifique lo que tienes pensado hacer.

Una pausa. Corta.

—Tiene todo lo que ha escrito —dice Vence. La primera vez que le oigo la voz. Plana, sin inflexión, del tipo de voz que no revela nada porque ha sido entrenada para no revelar nada—. Eso la hace relevante.

—El artículo ya está en la redacción —digo, y no sé si es verdad, no sé si Giulia lo ha enviado ya, pero es lo que necesito que sea verdad en este moment —. Si le pasa algo a ella, sale de todas formas. Antes. Sin coordinar. Con todo lo que tiene, sin los límites que acordamos. No ganas nada.

Vence me mira.

Proceso lo que veo en su cara, que es muy poco porque Vence no da mucho. Pero hay algo — un cálculo, una variable que está ajustando en tiempo real — que no estaba en el muelle. En el muelle no tenía orden. Esta tarde la tiene. Y yo acabo de introducir en su ecuación un factor que no había considerado.

No actúa sin orden directa. Pero tampoco actúa si el resultado contradice la instrucción.

Espero. Es el tipo de espera que no se parece a ninguna otra que haya experimentado en cuarenta años de vida. No el silencio antes de un veredicto. No la pausa antes de que un testigo responda. Esto es distinto. Esto es el silencio de algo que no puedo controlar y que si sale mal tiene un coste que no tiene nombre en ningún lenguaje que conozca.

Giulia está ahí dentro.

El pensamiento vuelve con la misma violencia de antes, más fuerte, porque ahora hay un hombre delante de mí que tiene una orden, unos ojos sin expresión y la cicatriz que no olvido desde la primera vez que la vi al otro lado de la verja del muelle. Y lo que siento no es miedo en el sentido habitual, es algo mucho peor que el miedo por uno mismo, es el miedo por alguien que no puedes sustituir, que no puedes proteger desde aquí, que está a veinte metros y a la vez al otro lado de algo que no puedo cruzar solo.

* * *

Son quince segundos. Los cuento. Sin querer los cuento, porque el tiempo en este tipo de silencio tiene una textura física. Al decimoquinto segundo, Vence hace algo que no esperaba.

Da un paso atrás. Uno solo. Mínimo. Pero es hacia atrás, no hacia el portal.

—El artículo ya está enviado —dice. No como pregunta. Como verificación de lo que acabo de decirle.

—Sí —digo.

Me mira tres segundos más. Luego saca el teléfono. Lo mira. Vuelve a guardar el teléfono. Y da media vuelta.

Camina en dirección contraria sin correr, sin mirar atrás, con la misma economía de movimientos de siempre. Dobla la esquina. Desaparece.

Me quedo parado en la acera delante del portal número once. El tráfico normal de la calle. Una mujer con un cochecito de bebé que pasa sin mirarme. El sonido lejano de una moto. La vida cotidiana de una tarde en Marbella, que no ha pausado ni un segundo para lo que acaba de pasar en esta acera.

Suelto el aire. No sé cuánto tiempo llevo sin respirar correctamente pero la respuesta es demasiado.

* * *

Pulso el telefonillo. Una vez. Dos.

—¿Sí? —La voz de Giulia, ligeramente molesta por la interrupción. Trabajando, entonces. Concentrada. Entera. Cierro los ojos un segundo.

—Soy yo —digo—. Abre.

Pausa corta.

—¿Alejandro? ¿Qué…?

—Giulia. Abre la puerta.

El zumbido del portal. Empujo.

* * *

Está en el rellano del segundo piso cuando subo. Ha salido al escuchar los pasos — demasiado rápidos, supongo, demasiado para ser una visita normal — y me mira desde arriba con el bloc en la mano y la expresión de quien está catalogando rápidamente qué tipo de situación tiene delante.

Aumenta la preocupación en el segundo en que me ve la cara.

—¿Qué ha pasado? —dice.

No contesto. Llego al rellano. La miro — entera, de pie, con el bloc y el jersey de siempre y los ojos muy abiertos mirándome — y algo en mí que llevaba cuarenta minutos apretado se suelta de golpe de una manera que no sé cómo gestionar.

No lo gestiono.

Me acerco a ella, la estrecho entre mis brazos con tanta fuerza que pienso que la voy a romper. Pongo mis manos alrededor de su cara — las dos, con una torpeza que no es la mía, que no reconozco como mía — y la miro durante un segundo que es demasiado largo para ser neutral y demasiado corto para decir todo lo que tiene dentro.

—Alejandro —dice, en voz baja. No con alarma. Con algo más suave que la alarma, algo que reconoce lo que está viendo en mi cara aunque no sepa todavía qué lo produjo.

—Estás bien —digo. No como pregunta. Como constatación. Como lo que necesito que sea.

—Estoy bien —dice —. ¿Qué ha pasado?

Apoyo mi boca en su frente, huelo el aroma de su pelo y bajo las manos. Doy un paso atrás. Me apoyo en la pared del rellano con la espalda y me quedo ahí un momento — los ojos cerrados, la nuca contra el frío de la pared — procesando lo que no pude procesar en la calle porque en la calle había un hombre con una cicatriz en la mandíbula y no había margen para procesar nada.

—Vence estaba en la puerta —digo.

El silencio que sigue a eso tiene un peso específico.

—¿El Filo? —la voz de Giulia ha bajado un tono entero.

—En la puerta del edificio. Con una orden —Abro los ojos. La miro—. ¿Sabes lo que eso significa, verdad? Ya no está. Se ha ido.

Giulia me mira. Procesa. Tiene esa forma suya de recibir la información peligrosa — sin el pánico inmediato, con la concentración de quien está catalogando el tamaño real de lo que le están diciendo antes de reaccionar. La he visto hacerlo otras veces. La admiro y me desespera a partes iguales.

—¿Cómo lo has…?

—Le dije que el artículo ya estaba en la redacción. Que si te pasaba algo, salía de todas formas.

Otro silencio. Más corto.

—¿En serio? —dice.

La miro.

—Sí —Pausa—. ¿Lo has enviado?
—Iba a hacerlo esta noche.
—Envíalo ahora.

* * *

Giulia desaparece dentro del apartamento. La sigo. Se sienta en la mesa con el portátil, lo abre y sus dedos van al teclado con la rapidez específica de alguien que lleva días sabiendo exactamente qué tiene que escribir en ese correo y sólo ha estado esperando el momento.

Yo me quedo de pie.

No me siento porque no puedo sentarme todavía. Hay algo en mi que no ha terminado de bajar — la adrenalina, el miedo, el nombre de lo que sentí en la acera cuando vi a Vence delante del portal y entendí lo que significaba — y que necesita espacio antes de que pueda comportarme con la normalidad que querría.

Giulia escribe. Rápido, sin dudar. Yo la miro.

La miro y pienso en los cuarenta minutos anteriores: la línea de Romero ocupada, la expresión de Dávila esta mañana, la esquina de la calle Ancha, los quince metros… y pienso en qué habría pasado si hubiera llegado diez minutos más tarde, o si Vence hubiera tenido un código distinto, o si el único argumento que se me ocurrió en el momento — el artículo, la redacción, sin coordinar — no le hubiera funcionado como calculé.

No puedo pensar en eso. Lo intento y no puedo. La cabeza llega hasta el borde y retrocede porque el borde tiene una textura que no soy capaz de sostener. El simple hecho de imaginarlo me derrumba por dentro en segundos.

Giulia pulsa enviar. Cierra el portátil. Se gira en la silla. Me mira.

—Enviado —dice.

—Bien.

Se levanta. Camina hacia mí despacio, con la misma calma con que hace todo cuando ha decidido que la calma es lo que la situación necesita, aunque debajo de la calma yo sé que hay otra cosa. La conozco lo suficiente para saber lo que hay debajo aunque no lo muestre. Se para a medio metro. Me mira.

—¿Estás bien tú? —dice.

La pregunta me coge desprevenido. No debería, Giulia siempre hace la pregunta que nadie espera. Pero esta tarde me coge sin defensa. Sin el

tiempo de construir la respuesta corta que doy habitualmente, el «sí» que no es mentira pero tampoco es todo.

—No —digo.

Una sola palabra. La primera vez en meses que respondo a esa pregunta con la verdad entera.

Giulia no dice nada. Da el medio metro que quedaba entre los dos y me pone las manos en el pecho — planas, firmes, suaves, el contacto que no necesita nombre — y me mira desde abajo con esos ojos verde avellana que ya conozco mejor que cualquier cosa que haya conocido en los últimos años.

—Te vi bajar la calle —dice, en voz baja—. Desde la ventana. Antes de que pulsaras el telefonillo —Pausa—. No parecías ser tú.

No digo nada.

— Alejandro.

—Si te hubiera pasado algo… —digo, y mi voz tiene una textura que no reconozco exactamente como la mía, más baja, más sin bordes —. Si te hubiera pasado algo...

No termino la frase. No la termino porque no tengo la frase entera. Porque lo que está al final de esa frase no cabe en ningún lenguaje que use habitualmente, en ninguna categoría de las que manejo, en ningún registro de las cosas que sé decir con precisión. Lo que está al final de esa frase es el nombre de algo que llevo semanas sabiendo que existe y que esta tarde, en la acera delante del portal número once, se me presentó con una claridad que no admite más dilación ni más disimulo.

Giulia me mira. No dice nada. No dice que estoy exagerando ni que estoy bien ni que ya pasó. Me mira con esa capacidad suya de sostener lo que hay sin intentar cambiarlo, y en ese sostener hay algo que me llega de una manera que no sé describir más que así: me llega.

—Ya se ha ido —dice, finalmente. Con la voz suave de quien sabe que decirlo no lo hace completamente verdad pero que a veces decir las cosas en voz alta ayuda de todas formas.

—Ya se ha ido —repito.

No lo creo del todo todavía. Pero lo digo. Y ella lo sabe y no me corrige y sus manos siguen en mi pecho y yo levanto las mías y cubro las suyas — despacio, con el cuidado de siempre, el cuidado que tiene las cosas que importan demasiado — y me quedo ahí.

El apartamento tiene la luz de la tarde. Afuera el tráfico de la calle Ancha, normal, indiferente. El puerto al fondo. El Mediterráneo que no promete nada y no quita nada.

Y en algún punto de la ciudad, un teléfono suena en la brigada de Crimen Organizado porque Diego ha conseguido por fin que alguien descuelgue la línea de Romero.

Pero eso es ahora. Y ahora todavía no ha llegado. Ahora mismo sólo existe esto.

* * *

Romero llega veinte minutos después con dos agentes.

No encuentra a Vence en ningún radio de dos kilómetros, lo que ya esperaba — un hombre que lleva doce años siendo invisible no se queda en la misma calle cuando sabe que el plazo ha pasado. Pero lo que sí encuentra, pegado en la pared del callejón lateral que da a la calle paralela, es una cámara de vigilancia que Vence no vio o no consideró relevante.

Hay imagen. El Filo en la calle Ancha con una resolución suficiente para ser identificado, con una marca horaria, a cincuenta metros del portal del número once.

—Es suficiente para la orden de detención —dice Romero, en el salón del apartamento, con Giulia y conmigo delante—. No para una condena, pero sí para detenerle —Me mira—. ¿Sabes dónde puede estar?

— No — digo.

—Pero lo encontraremos —dice Romero.

No como promesa vacía. Como constatación técnica: tienen la imagen, tienen la matrícula de un coche registrado a nombre de un alias que Europol lleva meses rastreando, tienen el patrón de movimiento de un hombre que opera solo y que esta tarde ha tenido que salir del perímetro de Marbella porque el trabajo no salió.

Giulia está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y esa postura suya de cuando está procesando algo que todavía no ha terminado de catalogar. Romero le da los detalles con la misma voz técnica de siempre — la que no dramatiza pero tampoco minimiza — y ella escucha con la concentración habitual, sin interrumpir, con el bloc cerrado en la mano porque esta vez no está tomando notas. Esta vez solo está escuchando. Cuando Romero termina ella asiente una vez.

—¿Cuándo lo detendrán? —dice.

—En las próximas cuarenta y ocho horas si la matrícula aparece en cualquier cámara de la provincia —Pausa—. Menos si aparece en autopista.

—Bien —dice Giulia.

Solo eso. Bien. Con la voz de alguien que ha decidido que no va a dejar que lo que acaba de pasar la paralice, que es exactamente quién es Giulia Ferretti. Y que esta tarde, después de lo que pasó en la acera, me parece lo más valiente y lo más suyo que he visto nunca.

Romero me mira. Yo le sostengo la mirada. Hay entre nosotros el reconocimiento callado de dos personas que saben lo que estuvo a punto de ocurrir esta tarde y lo que no ocurrió y por qué no ocurrió, y que eso es suficiente por ahora.

Por ahora.

Mañana, a las seis cuarenta y dos de la madrugada, Darío Vence será detenido en el peaje de la A-7 en dirección Almería con el alias que Europol tenía rastreado y una orden de detención que lleva su nombre real.

Esta noche, eso todavía no ha pasado.

Esta noche hay un apartamento en la calle Ancha con la luz encendida, y Romero acaba de cerrar la puerta al salir, y Giulia está de pie junto a la ventana mirando el puerto, y yo estoy a dos metros de ella pensando en la frase que no terminé en el rellano. La que no tiene final todavía. La que esta noche, en este apartamento, tal vez no necesita tenerlo.

CAPÍTULO 35

Mateo y el cierre

GIULIA

Hay conversaciones que no se pueden preparar.

Lo he intentado. Esta mañana, mientras esperaba que el café se hiciera, repasé mentalmente lo que quería decir. Lo ordené. Le puse estructura —introducción, contexto, verdad central, espacio para la reacción. Lo que haría con cualquier entrevista difícil. Con cualquier fuente que necesita escuchar algo que no quiere escuchar. A los diez minutos lo descarté todo. Porque Mateo Herrera no es una fuente. Y lo que tengo que contarle hoy no es una entrevista. Y yo, que llegué a Marbella hace tres meses con la convicción de que el periodismo de investigación exige distancia emocional para funcionar, he tenido que aceptar en el último mes que la distancia emocional y yo nunca hemos tenido una relación particularmente estable.

Timbre. Puerta. Jardín.

* * *

Elena abre antes de que llegue a llamar. Me mira un segundo en el umbral —ese segundo en que Elena Herrera mide, clasifica y decide, todo a la vez, con una eficiencia que no parece esfuerzo porque ya no lo es— y se aparta para dejarme entrar.

—Está en el jardín —dice.

—¿Sabe que venía?

—Le dije que ibas a venir. No le dije por qué.

Proceso eso. Es exactamente lo correcto y no me sorprende que Elena lo haya calibrado sola.

—¿Tú...?

—Estaré dentro —una pausa muy breve—. Si me necesitas, estoy dentro.

No dice si me necesitáis. Dice si me necesitas. Lo noto. Lo guardo.

Cruzo el salón. La puerta del jardín está entreabierta y por el hueco entra la luz de la tarde —esa luz de diciembre en Marbella que no calienta pero que tiene un color específico, casi dorado, que no he visto en ningún otro sitio y que todavía me sorprende cuando me pilla de improviso—. El jardín

huele a tierra húmeda y a algo cítrico que ya asocio a esta casa, a esta familia, a los últimos meses de mi vida.

Mateo está sentado en los escalones de piedra. Sudadera oscura, codos en las rodillas, la vista en algún punto del limonero del fondo. No se ha girado cuando he entrado. Lo ha notado —Mateo nota todo, es otra cosa que ha heredado de su madre— pero espera.

Me siento a su lado. El jardín no dice nada. Yo tampoco.

* * *

Pasan tres minutos. Quizás cuatro. La paloma del tejado de al lado está en el tejado de al lado. El limonero tiene tres limones verdes que llevan ahí desde que vine por primera vez y que no terminan de madurar.

—¿Cómo está Alejandro? —dice Mateo, sin girar la cabeza. No era la pregunta que esperaba. Tardo un segundo.

—Preparando la vista.

—¿Le queda mucho?

—Tres semanas.

Mateo asiente. Una vez, lenta. Mira el limonero.

—Tengo que contarte algo —dice. Y antes de que yo pueda responder, añade—. Lo sé. Sé que tengo que contártelo. Llevo semanas sabiendo que tenía que contárselo a alguien. —Pausa—. He decidido que seas tú.

Algo en mi pecho se mueve levemente y lo dejo moverse.

—Te escucho —digo.

* * *

Lo deja salir despacio. Con esa forma que tienen las cosas que han estado demasiado tiempo guardadas de salir —no de golpe, sino por capas, como si el peso necesitara distribuirse para no aplastar a quien lo lleva.

Cinco días antes de que mataran a su padre, Mateo volvió a casa antes de lo previsto. Había terminado los exámenes del primer cuatrimestre, cogió el primer AVE desde Sevilla y llegó a Marbella sin avisar porque quería sorprenderle. Entró por la puerta de atrás —la del jardín, la que siempre se quedaba abierta cuando Antonio estaba en casa— y escuchó voces en el despacho.

Voces. No una conversación. Una discusión.

—Mi padre no discutía —dice Mateo—. O casi nunca. Era de los que hablan bajo cuando algo les importa de verdad. Así que cuando lo oí así...

me detuve.

Espero.

—No escuché todo. Solo fragmentos. Mi padre decía que no iba a hacerlo, que había una línea que no iba a cruzar. El otro hombre decía que no tenía elección, que si no cooperaba iba a haber consecuencias —la mandíbula tensa otra vez, los nudillos blancos sobre las rodillas—. No reconocí la voz al principio. Entré un poco más en el pasillo y entonces sí lo vi, por la rendija de la puerta.

—¿A quién viste? —digo, con cuidado.

Mateo tarda un momento. No porque no lo sepa. Sino porque decirlo en voz alta tiene un peso que ha estado aplazando durante semanas.

—A Valls —Pausa—. El jefe de Inspección de Carga. Lleva doce años en el puerto. Iba a la empresa de mi padre cada mes a firmar los despachos de aduana. Le he visto en esta casa en Navidad.

El jardín sigue siendo el mismo jardín. El limonero sigue siendo el mismo limonero. Pero algo ha cambiado en el aire de una manera que no tiene vuelta atrás.

—¿Te vio tu padre?

—No. Me fui antes de que saliera del despacho —Una pausa muy larga —. Y al cabo de cinco días mi padre estaba muerto.

No digo nada. No es el momento de decir nada. Mateo lleva tres meses cargando con esto: con haber estado a diez metros de la conversación que selló la sentencia de su padre, con no haber entrado, con no haberlo contado, con la pregunta que no tiene respuesta de si habría cambiado algo si lo hubiera hecho.

—Mateo —digo, cuando el silencio ha durado lo suficiente.

—¿Qué?

—Lo que hiciste esa tarde —irte, no interrumpir, no decir nada—, tiene sentido. Eras un chaval que acababa de escuchar algo que no entendía del todo. Y después pasó lo que pasó y el miedo a haberte equivocado es paralizante. Lo entiendo.

—Podría haber dicho...

—Quizás. Y quizás no habría cambiado nada —Hago una pausa—. Lo que sí cambia algo es que me lo estás contando ahora. Porque lo que viste completa el puzzle. Confirma lo que Alejandro ya tiene: que Valls era el hombre dentro del sistema que lo facilitaba todo. Que la amenaza a tu padre

no vino solo de fuera. Y eso, Mateo, es exactamente lo que hace falta para que Sokolov no salga de esa sala.

El talón que llevaba golpeando el escalón desde que empezó a hablar se detiene.

No del todo. Casi.

* * *

Hay un silencio distinto ahora. No el de antes, que era el de algo esperando a salir. Este es el silencio de después: más ancho, menos denso, con algo de alivio mezclado con el agotamiento de quien ha puesto un peso en el suelo por primera vez en meses y todavía no sabe muy bien cómo ponerse de pie sin él.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Mateo.

—Sí.

—Lo de mi padre. Cómo fue —Me mira por primera vez desde que empezamos—. Alejandro me ha contado lo que puede contarme. Romero también. Pero hay cosas que no me han dicho y yo... necesito saberlo. Todo.

Lo miro. Diecinueve años. Los ojos de su madre, más oscuros, más fijos. La mandíbula que ha aprendido a no temblar aunque cueste.

Pienso en el artículo. En los días que tardé en escribirlo y en los párrafos que escribí a Antonio, no sobre Antonio. En la carta que leí una sola vez y que no necesité leer dos veces. En Elena y su salón perfectamente ordenado y un jarrón azul al que no le faltan flores blancas.

—De acuerdo —digo.

* * *

No le cuento la versión del expediente. Le cuento la versión de su padre.

Le cuento que Antonio llevaba catorce meses documentando solo, con una cámara de mala calidad y toda la determinación del mundo, lo que pasaba en esos contenedores. Que lo hizo sin decírselo a nadie —ni a Elena, ni a Alejandro, ni a Mateo— porque no quería involucrar a las personas que quería en algo que podía ser peligroso. Que no lo hizo por imprudencia sino por exactamente lo contrario: porque calculó el riesgo, lo sopesó, y decidió que era suyo. Que no era un hombre que mirase hacia otro lado cuando tenía los ojos abiertos.

Le cuento que la carta que le dejó a Elena lo dice mejor que yo. Que en esa carta, entre los nombres y las fechas y las operaciones, Antonio escribió

una sola frase que no era un dato sino una explicación: que hay cosas que no están en venta aunque el precio sea alto. Que su nombre era una de ellas.

Mateo escucha con la cabeza gacha. No interrumpe. Las manos quietas ahora, por primera vez.

—Valls vino a esta casa —digo, con cuidado— porque Sokolov necesitaba una respuesta definitiva. Tu padre ya la había dado. Pero querían escucharla en persona —Hago una pausa—. La escucharon. Y tomaron una decisión.

—Que era él o ellos.

—Sí.

Un silencio largo.

—¿Sabía que podía pasar eso? —dice Mateo, en voz muy baja.

Pienso en la carta. En el sobre guardado en el cajón de arriba de la cómoda del dormitorio. En una mujer que lo sacó un día y lo puso sobre la mesita de noche de su marido sin decir nada, y que él lo volvió a guardar sin decir nada, y que los dos sabían lo que significaba ese gesto sin que ninguno lo dijera en voz alta.

—Creo que sí —digo—. Y creo que lo hizo de todas formas. Porque era exactamente el tipo de hombre que era.

Mateo no dice nada durante un momento.

Y entonces, muy despacio, la mandíbula que lleva meses tensa se afloja un milímetro. Solo uno. Pero lo veo.

* * *

—Mateo.

La voz viene de la puerta del jardín. Elena está en el umbral. No sé cuánto tiempo lleva ahí —no la he oído llegar— pero en su expresión hay algo que me dice que ha escuchado lo suficiente. No todo. Quizás lo último. Quizás solo el silencio de después, que también dice cosas si sabes leerlo.

Mateo levanta la vista. La mira.

Y Elena Herrera, que en los tres meses que la conozco no he visto derrumbarse delante de nadie, cruza el jardín, se sienta al otro lado de su hijo en los escalones de piedra, y le pasa el brazo por los hombros sin decir nada.

Mateo no se aparta. Se queda quieto un segundo. Y luego se inclina levemente hacia ella —un gesto pequeño, casi imperceptible— como el que

hace alguien que lleva demasiado tiempo sosteniendo algo solo y que por fin, por fin, ha encontrado dónde apoyarlo.

Yo miro el limonero. Los tres limones verdes del limonero.

—Hay cosas que no te he contado —dice Mateo, en voz baja. A su madre, no a mí.

—Lo sé —dice Elena.

—Cosas de antes. De cuando pasó.

—Lo sé, Mateo.

Pausa.

—¿Me las cuentas? —dice ella.

Y él empieza a hablar.

* * *

No me voy. No sería correcto irme ahora, dejarles solos en mitad de algo que acabo de abrir. Me quedo en los escalones, un poco apartada, mientras Mateo le cuenta a su madre lo que me ha contado a mí —la tarde que volvió en AVE, las voces en el despacho, la rendija de la puerta, el nombre que no pudo decir en voz alta hasta hoy—. Elena escucha con esa manera suya que no interrumpe y no juzga y no necesita llenar los silencios con nada. Solo escucha. Y cuando Mateo termina, lo único que hace es apretar un poco más el brazo sobre sus hombros.

—Bien —dice Elena—. Bien que me lo hayas contado.

—Debí decírtelo antes.

—Sí —Una pausa—. Y no —Otra pausa—. Los dos hemos guardado cosas que no sabíamos cómo decir —Lo mira—. Los dos nos equivocamos. Y los dos seguimos aquí.

Mateo asiente.

El jardín, que lleva una hora siendo el sitio donde pasan cosas demasiado grandes para él, decide ser solo un jardín por un momento. El limonero. La paloma. El sol de diciembre que ya no llega casi horizontal pero que todavía tiene ese color específico que no voy a encontrar en Bolonia.

Pienso en el artículo. En que se publica en tres días. En que Luca me ha mandado cuatro mensajes de felicitación anticipada y que yo los he leído y no he sabido qué responder porque hay algo en recibir felicitaciones por un trabajo que costó lo que ha costado éste que no encaja del todo con la emoción que se supone que debería sentir.

Pienso en Sofía, que lleva una semana diciéndome que cuándo vuelvo y a la que llevo una semana contestando pronto.

Pienso en que pronto va a significar algo concreto dentro de nada.

* * *

Oigo la puerta de la calle antes de ver a nadie.

Alejandro entra por el salón con el paso de alguien que ha estado en un juzgado cuatro horas y lo disimula razonablemente bien. Traje oscuro, la corbata aflojada dos centímetros —lo máximo a lo que llega—, una carpeta bajo el brazo que probablemente pesa más de lo que parece. Se detiene en la puerta del jardín. Nos ve a los tres en los escalones. No dice nada. Lee la escena en dos segundos con esa habilidad suya que a estas alturas ya no me sorprende pero que me sigue pareciendo, cada vez que la veo, algo que la mayoría de la gente tarda años en desarrollar o no desarrolla nunca.

—¿Interrumpo? —dice, en voz baja.

—No —dice Elena—. Entra.

Alejandro cruza el jardín. Se apoya en la pared de piedra frente a nosotros, de esa manera tan habitual que tiene de ocupar el espacio sin ocupar demasiado, y mira a Mateo.

—Valls ha confesado —dice—. Lo que tienes. Lo que viste. Encaja con todo lo que tenemos —Una pausa—. Es la última pieza.

Mateo asiente. Esa vez sin tensión en la mandíbula. Sin el talón golpeando el escalón. Con algo que se parece, aunque él no lo llamaría así, a alivio.

—¿Sirve? —dice— ¿Lo que vi sirve para el juicio?

—Sirve.

Un silencio.

—Bien —dice Mateo.

Y eso es todo. Una sola palabra con el peso de tres meses dentro.

* * *

Elena se levanta a hacer café —porque Elena hace café en los momentos importantes con la misma naturalidad con que otras personas hacen discursos— y Mateo la sigue dentro después de un momento, con la excusa de ayudarla y con la necesidad real de estar en otro sitio que no sean estos escalones durante un rato.

Alejandro y yo nos quedamos solos en el jardín.

No dice nada enseguida. Tampoco yo. El silencio entre nosotros desde hace semanas no es incómodo —ha dejado de serlo en algún momento que no sé fijar con exactitud— sino del tipo de silencio que existe entre personas que ya no necesitan llenarlo para que sea un silencio bueno.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —dice al final.

—Dos horas.

Asiente. Me mira. No con la mirada de análisis —esa la conozco, la he tenido encima muchas veces y ya sé cuándo llega y cuándo se va—. Con otra. Más quieta. Como la de alguien que acaba de ver algo que no esperaba ver y que todavía está decidiendo qué hacer con ello.

—¿Está bien? —dice, en voz baja. No es una pregunta sobre Mateo. Es sobre lo que ha pasado aquí.

—Creo que sí —digo—. Creo que por primera vez en meses está un poco mejor.

Alejandro no dice nada durante un momento.

—Hay cosas —dice al final, despacio, como si eligiera cada palabra antes de soltarla, que es como habla siempre pero hoy más que nunca— que yo no sé hacer —Pausa—. O que sé hacer de una manera que no es siempre la que la gente necesita.

Lo miro.

—Alejandro...

—No es una queja. Es un hecho —Me mira—. Tú lo haces diferente. No sé si mejor es la palabra correcta porque son cosas distintas. Pero diferente. Lo he visto esta tarde. Lo he visto antes también. Con Elena. Con Mateo en el puerto.

No sé muy bien qué hacer con eso. Lo guardo en el mismo sitio donde guardo otras cosas suyas que no sé muy bien cómo clasificar.

—Soy periodista —digo, al final—. Escuchar es lo que sé hacer.

—No —dice—. Escuchar lo sabe hacer mucha gente —Me mira con esa actitud pausada—. Lo que tú haces es otra cosa.

El limonero. La paloma. El sol casi horizontal.

Pienso en Sofía diciéndome desde el principio que no era objetiva. Pienso en los tres limones que no terminan de madurar y en la cantidad de veces que los he mirado en los últimos meses sin saber que los estaba contando. Pienso en que dentro de tres días se publica el artículo y la beca termina y vuelvo a Bolonia y esto —todo esto: el jardín, la luz de diciembre, los

escalones de piedra, este hombre apoyado en la pared con la corbata aflojada dos centímetros— se queda aquí.

—Alejandro —digo.

—¿Qué?

Pero no termino la frase. Porque no sé cómo terminarla. Porque hay cosas que tienen el tamaño exacto del silencio y que en cuanto intentas ponerles palabras se rompen un poco.

Él lo sabe. Lo veo en cómo no insiste.

Dentro, Elena pone las tazas en la encimera. Mateo dice algo que no oigo y Elena se ríe —una risa pequeña, de esas que suenan como algo que llevaba tiempo sin encontrar la salida— y el sonido llega hasta el jardín y se queda ahí un momento, flotando entre el limonero y los escalones y los dos centímetros de corbata aflojada, antes de que el silencio lo recoja con cuidado.

—Vamos —digo.

Y entramos.

CAPÍTULO 36

La vista
ALEJANDRO

La sala huele a madera vieja y a calefacción encendida demasiado pronto.

Lo noto cada vez que entro en un juzgado —ese olor específico que no cambia aunque cambien los casos, los jueces, los años—, y hoy lo noto más que nunca porque hoy no tengo margen para notar nada que no sea lo que tengo delante. Doce folios de argumentación. Ochenta y siete páginas de anexos. Una carpeta marrón con la letra inclinada hacia la derecha de un hombre que ya no está aquí para ver lo que hemos construido con ella. Me siento a la mesa de la acusación.

Romero está dos sillas a mi derecha, con el traje que reserva para las ocasiones en que el Estado necesita tener cara presentable. La fiscal Salas está a mi izquierda, con sus notas de tres o cuatro palabras por línea y la expresión de quien ha dormido cuatro horas y no necesita más. Nadie habla. No es el momento de hablar.

Al otro lado de la sala, la defensa.

Dávila es bueno. Lo sé desde que Romero me dijo su nombre hace tres semanas. Lo sé porque lo he visto en sala, porque he leído sus escritos, porque conozco su estilo: agresivo en la forma, meticuloso en el fondo, con la paciencia de quien sabe que los casos largos los gana quien aguanta más sin cometer errores. Ha conseguido tres absoluciones en los últimos dos años en casos con más pruebas que éste. Me lo he dicho a mí mismo cincuenta veces en las últimas tres semanas. No para asustarme, para no dormirme.

Y Viktor Sokolov. Traje gris, sin corbata —el gesto de alguien que ha decidido que la sala no merece la corbata o que no necesita hacer el esfuerzo de parecer lo que no es—. Sentado con la espalda recta y las manos sobre la mesa, y esa quietud que no es serenidad sino control. Lleva veinte años construyendo la distancia entre él y cualquier cosa que pueda implicarle directamente. En veinte años no ha cometido un solo error que lo haya puesto en esta silla. Me mira cuando me siento. Sostengo la mirada el tiempo justo —dos segundos, tres— y luego bajo la vista a mis folios.

No le debo ninguna otra atención.

* * *

La jueza Montero abre la sesión a las diez y cuatro minutos. Es una mujer de cincuenta y tantos años con el pelo cortado muy corto y unos anteojos de montura fina que se quita y se vuelve a poner con una regularidad que al principio parece un tic y que, con el tiempo, uno entiende que es un sistema: se los pone cuando escucha, los quita cuando decide. Llevo tres días estudiando sus resoluciones anteriores. Tiene fama de fría y de justa, que en un juez son exactamente las dos cualidades que necesito hoy.

—Vista oral número cuatrocientos trece barra este año —dice, con la voz plana de quien ha abierto miles de sesiones—. Acusación, cuando quiera.

Me pongo de pie.

* * *

—Señoría.

En la sala hay dieciséis personas. La jueza. La secretaria judicial. Los abogados de la defensa. Los representantes del Ministerio Fiscal. Romero. Elena Herrera, en la segunda fila, con las manos juntas en el regazo y la postura de quien lleva meses aprendiendo a mantenerse entera en sitios donde le hacen daño. Mateo, a su lado, con la sudadera del primer día y los nudillos que hoy, por primera vez en semanas, no están apretados del todo. Y detrás de todos ellos, en el último banco, con un cuaderno de espiral y el blazer de lino beige con los codos gastados: Giulia Ferretti.

No la miro más de un segundo. Lo que necesito está en los doce folios.

—El acusado Viktor Sokolov lleva veinte años construyendo una arquitectura cuya función es exactamente esta: que no haya una línea directa entre él y nada de lo que ocurre en su nombre. Sin firmas propias. Sin órdenes directas. Sin transacciones a su nombre que no tengan tres capas de intermediarios entre él y el origen del dinero. Veinte años de una estructura diseñada con inteligencia y ejecutada con paciencia, cuyo único propósito es garantizar que si alguna vez alguien mira demasiado de cerca, lo que vea sea papel. Empresas. Nombres de otras personas. Firmas de personas que no son él.

Hago una pausa.

—El señor Sokolov confía en esa arquitectura. Confía en ella porque le ha funcionado durante veinte años. Y esta sala va a entender hoy por qué esa confianza es, precisamente, la evidencia más sólida que tenemos contra él.

* * *

Dávila presenta su argumento de apertura con la eficiencia de alguien que no malgasta palabras porque sabe que tiene más de una jornada para gastar las que necesite.

La tesis es la que me esperaba: ausencia de prueba directa. Cadena de intermediarios que actúan de forma autónoma. Un empresario con actividades legales documentadas y auditadas que no puede ser responsable de lo que hacen terceros en su nombre sin su conocimiento o su instrucción. La carpeta de Antonio Herrera como pieza de convicción construida por alguien con intereses personales en el resultado del caso. El testimonio del testigo protegido como prueba obtenida sin protocolo policial. Cada argumento es correcto en su forma. Cada argumento tiene una respuesta.

La jueza Montero se quita los anteojos.

—Acusación. El primer bloque.

* * *

El primer bloque es la cadena.

—Señoría, la defensa sostiene que el señor Sokolov no puede ser responsable de lo que hacen terceros en su nombre. Es una afirmación que suena razonable hasta que se examina lo que esos terceros hacen, cómo lo hacen y, sobre todo, con qué dinero lo hacen.

Coloco el primer documento sobre la mesa. El organigrama financiero que el equipo de Europol tardó cuatro meses en construir.

—Euroatlantic. Empresa registrada en Malta. Nueve años de operaciones documentadas en el Puerto de Marbella. La firma del señor Sokolov no aparece en ningún registro de Euroatlantic —Pausa—. Aparece, en cambio, en los registros de Vega Import, que es cliente habitual de Euroatlantic. Vega Import está registrada a nombre de un testaferro —ciudadano español, sin antecedentes— que ha comparecido ante esta sala como testigo y ha confirmado, bajo juramento, que lleva seis años firmando documentos que le entregan preparados, a cambio de una cantidad mensual que asciende, en total, a cuatrocientos dieciséis mil euros. Dinero cuyo origen, según el análisis de Europol —anexo diecisiete de la documentación—, es rastreable en cuatro capas de sociedades pantalla hasta un fondo en Liechtenstein cuyo último firmante autorizado es Viktor Sokolov.

Dávila toma nota sin levantar la vista. Lo hace con la calma de quien ya tiene la réplica preparada.

—La cadena tiene cuatro eslabones —continúo—: Sokolov, el testaferro de Vega Import, Euroatlantic, y los operativos institucionales del puerto. La defensa dirá que cuatro eslabones son demasiados para establecer responsabilidad directa. Lo que yo digo es esto: cuatro eslabones no son una coincidencia. Son un diseño. Y el diseño revela al diseñador.

* * *

Dávila tarda exactamente cuarenta minutos en desmontar —o intentar desmontar— el primer bloque. Su argumento sobre la cadena financiera es técnico y bien construido: la existencia de una cadena que conecta con Sokolov no establece que Sokolov la controla, porque el fondo en Liechtenstein tiene otros firmantes y las participaciones pueden responder a inversiones legítimas. La declaración del testaferro es la de alguien con interés en reducir su propia responsabilidad, lo cual la hace estructuralmente poco fiable.

Es un argumento sólido. Lo escucho sin interrupción. Cuando Dávila termina, la jueza Montero se pone los anteojos.

—Acusación.

Me pongo de pie.

—El letrado de la defensa tiene razón en que la existencia de una cadena no establece control —Pausa—. Por eso no les voy a pedir que se fíen de la cadena. Les voy a pedir que se fíen del comportamiento.

Saco el segundo bloque. Los manifiestos.

—Ignacio Valls. Jefe de Inspección de Carga de la Autoridad Portuaria de Marbella. Doce años en el cargo. En diecinueve de los treinta y siete movimientos de carga documentados por Antonio Herrera, la firma de autorización del turno nocturno es de Valls. Diecinueve firmas en diecinueve contenedores que transportaban mercancía no declarada. El análisis forense del cargamento interceptado en noviembre confirmó armamento de pequeño calibre en el primer contenedor, documentación falsificada en el segundo y cuatrocientos kilos de diferencia entre el peso declarado y el peso real en el tercero.

Dejo que el número se quede un momento en el aire.

Cuatrocientos kilos.

—La defensa dirá que Valls actuaba de forma autónoma, sin instrucción del señor Sokolov. Valls está en esta sala como acusado en causa separada y ha ejercido su derecho a no declarar. Pero hay algo que Valls no puede

contradecir: los pagos —Coloco el tercer documento—. Durante ocho años, Valls recibió transferencias mensuales de entre tres mil y cinco mil euros a través de una cuenta en una entidad bancaria de Andorra. El titular de esa cuenta es una sociedad instrumental cuya trazabilidad, según el mismo análisis financiero de Europol, lleva al mismo fondo en Liechtenstein. Al mismo firmante —Pausa—. Al mismo señor Sokolov.

La sala está en silencio.

—Rafael Sendra, Subdirector de Operaciones, recibía el mismo esquema de pagos a través de una cuenta diferente en la misma entidad. Los dieciocho manifiestos nocturnos que no llevan la firma de Valls llevan la suya —Saco la fotografía ampliada—. Sendra fue identificado gracias a esta fotografía, obtenida en el muelle cuatro de Marbella a las seis de la mañana del día de la operación de intercepción. La persona que aparece junto a él es Darío Vence, conocido como El Filo, ejecutor y enlace operativo de la red, detenido en una operación posterior. El maletín que Sendra porta en esa fotografía es, según el análisis forense de imagen —anexo treinta y dos—, el mismo que aparece en una de las fotografías tomadas por Antonio Herrera dieciséis meses antes.

Saco la fotografía de Antonio. La que tomó desde un coche, de noche, con mala iluminación y sin trípode, con la paciencia de alguien que lleva meses esperando el momento exacto. Las pongo en paralelo sobre el atril.

—Dieciséis meses de distancia. El mismo maletín —Miro a la jueza—. La defensa podrá argumentar que es una coincidencia. Yo les pido que se pregunten cuántas coincidencias hacen falta para construir una certeza.

* * *

El segundo bloque lo interrumpe Dávila con un argumento que esperaba desde el principio y que ha guardado con la paciencia de quien sabe elegir el momento.

—Señoría, si me permite —Se pone de pie con la soltura de alguien que no ha necesitado preparar el gesto—. La acusación basa una parte significativa de su argumentación en la documentación de Antonio Herrera. Una carpeta de fotografías y documentos recopilados de forma unilateral por una persona que tenía un conflicto directo con el señor Sokolov, que murió en circunstancias no esclarecidas definitivamente, y cuya cadena de custodia pasa por manos no oficiales —las del letrado acusador— antes de llegar a la autoridad competente —Una pausa calculada—. Queremos que

la sala tome en consideración el evidente interés personal del señor Vidal en el resultado de este proceso, y la forma en que ese interés puede haber contaminado tanto la presentación de la prueba como su interpretación.

La sala no hace ruido. Pero hay un tipo de silencio que tiene temperatura, y el de ahora es frío.

Sokolov no me mira. No necesita mirarme. Dávila acaba de decir lo que Sokolov lleva semanas queriendo que se diga en esta sala: que esto no es un proceso legal, es una venganza personal con traje de acusación.

La jueza Montero se quita los anteojos.

—Acusación. Tienen derecho a responder.

Me pongo de pie. Y aquí es donde tengo que ser cuidadoso. No porque no tenga respuesta —la tengo—, sino porque la respuesta equivocada en este momento le da a Dávila exactamente lo que quiere: que yo pierda el tono, que meta la emoción en la sala de la forma equivocada, que el lector de la sala vea que Dávila tiene razón y que esto es personal. Que es personal, no lo voy a negar. Pero lo personal y lo verdadero no son lo mismo, y en esta sala solo importa lo segundo.

—El letrado de la defensa plantea una cuestión legítima —digo, con la voz más tranquila de la que dispongo—. Y tiene razón: tengo un interés personal en este caso. Antonio Herrera fue mi cliente durante ocho años y fue mi amigo. Su muerte me afecta. No lo voy a negar porque sería una mentira y esta sala no merece mentiras.

Pausa.

—Lo que sí voy a negar es que ese interés personal haya contaminado una sola pieza de prueba de las que esta sala tiene delante —Coloco el registro de movimientos de la carpeta sobre el atril—. La cadena de custodia de la documentación de Antonio Herrera está documentada minuto a minuto desde el momento en que Elena Herrera me la entregó hasta el momento en que llegó a manos del inspector Romero. Los manifiestos portuarios son documentos públicos verificables en los registros de la Autoridad Portuaria. El análisis financiero es de Europol, no mío. Las declaraciones del testaferro y de Ignacio Valls son de personas que han prestado juramento ante esta sala, no ante mí —Pausa—. La defensa no ha cuestionado la autenticidad de ninguna de estas pruebas. Ha cuestionado mi motivación para presentarlas. Son dos cosas distintas. Y si la validez de una prueba dependiera de la neutralidad emocional de quien la presenta, esta sala llevaría cerrada desde el primer día.

Dávila no reacciona. Es demasiado bueno para reaccionar.
Pero en la segunda fila, Elena Herrera ha cerrado los ojos un segundo y los ha vuelto a abrir. Solo un segundo.

* * *

El tercer bloque es el hijo.

Me lo esperaba. Romero se lo esperaba. Salas se lo esperaba. Está en el expediente desde hace semanas —la existencia del hijo, el nombre, los dieciocho años, el colegio en Madrid, la madre que nunca supo del todo quién era el padre de su hijo—, y Dávila lo usa exactamente cuando más duele: después del almuerzo, cuando la sala está un poco más lenta y la guardia baja un poco más.

—Señoría —Dávila se pone de pie con algo diferente en el tono. No es el abogado técnico de la mañana. Es algo más suave, más medido, diseñado para llegar a un lugar que los argumentos jurídicos no alcanzan—. Mi representado tiene un hijo. Diecisiete años. Estudiante de bachillerato en Madrid. Un chico que no sabe nada de este proceso, que lleva tres semanas sin poder hablar con su padre con normalidad, que ha visto su nombre en algunos medios de comunicación vinculado a estas acusaciones sin tener capacidad de entender o de responder —Una pausa—. Solicitamos que la sala tome en consideración el impacto que una condena pública y mediática de este alcance tendría sobre un menor que no ha cometido ningún delito y que no tiene ningún mecanismo para protegerse de las consecuencias.

La sala sigue en silencio. Pero es otro silencio. Más incómodo. El tipo de silencio que se instala cuando un argumento no es jurídico sino humano y la sala no sabe del todo cómo medirlo.

Sokolov, por primera y única vez en todo el día, me mira directamente. Y en esa mirada hay algo que lleva veinte años sin necesitar mostrar: la certeza de que esto va a funcionar. Que el hijo es la carta para la que los argumentos no tienen respuesta, que la sala va a vacilar, que la vacilación es suficiente para crear duda y la duda es suficiente para crear margen.

La jueza Montero se quita los anteojos.

—Acusación.

Me pongo de pie. Y no voy a mentir: el argumento de Dávila me ha llegado. Pienso en el chico de dieciocho años en Madrid que lleva semanas viendo su apellido en los periódicos. Pienso en que no eligió esto. Pienso en que hay un coste de esto que va a pagar alguien que no lo merece.

Y luego pienso en Antonio. En la carta. En la letra inclinada hacia la derecha.

—Señoría —digo—. El letrado de la defensa ha apelado a la existencia de un hijo inocente como argumento para moderar el alcance de este proceso. Lo entiendo. Y si me permite, voy a responderle con la misma moneda: apelando a alguien que también era inocente.

Abro la carpeta marrón. Saco el documento que he guardado para este momento.

—Esta es la carta que Antonio Herrera escribió antes de morir. No a la policía. No a su abogado. A quien la encontrara —Hago una pausa—. Con su permiso, señoría, voy a leer un fragmento.

La jueza asiente. La sala no se mueve.

* * *

Leo despacio. Con la voz que merece.

—« *Si estás leyendo esto, significa que ya no puedo explicarlo yo. No sé quién lo leerá primero. Espero que sea alguien que sepa qué hacer con ello. Espero haberle elegido bien* ».

Hago una pausa. La sala sigue sin moverse.

—« *He intentado llevar esto por los cauces correctos. Dos veces. La primera, el expediente desapareció. La segunda, me llamaron al día siguiente para decirme que había habido un error en mi licencia de exportación. El mensaje era suficientemente claro. He tardado meses en aceptar que los cauces correctos no siempre llevan a los lugares correctos* ».

Otra pausa. El tipo de silencio que tiene temperatura.

—« *Lo que sí sé es que esto no puede quedarse aquí. Quien sea que lea esto: úsalo bien. No por mí, por todos los que vienen detrás* ».

Bajo el papel.

—Antonio Herrera.

La sala sigue sin moverse. El tipo de quietud que no es indiferencia sino su contrario exacto.

—Antonio Herrera tenía cincuenta y ocho años cuando escribió esto. Llevaba catorce meses documentando solo, sin ayuda institucional, sin apoyo policial, sin garantías de ningún tipo, lo que ocurría en ese puerto. Lo hacía porque era incapaz de mirar hacia otro lado. Y murió porque alguien tomó la decisión de que eso era un problema que necesitaba solución.

Me vuelvo hacia Dávila.

—El letrado de la defensa me habla de un hijo inocente. Yo le hablo de otro. Mateo Herrera tiene diecinueve años. En octubre estaba estudiando primer curso de Económicas en Sevilla. Llevaba veinte días fuera de casa —Hago una pausa—. Lo llamaron un martes por la noche para decirle que su padre había muerto. Cogió el primer tren de vuelta y no ha regresado a Sevilla desde entonces. Ha pasado tres meses cargando solo con algo que ninguna persona de diecinueve años debería cargar: la sospecha de haber estado a diez metros de la conversación que selló la sentencia de su padre, sin haberlo sabido, sin haber podido hacer nada. Ese peso no se lo puso su padre. Se lo puso la decisión del señor Sokolov. El hijo del señor Sokolov tiene diecisiete años, vive en Madrid y no sabe quién es realmente su padre. Entiendo que eso es doloroso —Pausa—. El hijo de Antonio Herrera sabe exactamente quién era el suyo. Sabe lo que hizo. Sabe por qué lo hizo. Sabe lo que le costó. Y está sentado en esta sala, en la segunda fila, porque necesitaba estar aquí cuando se dijera en voz alta que su padre no se equivocó. Que esta sala decida cuál de los dos hijos merece más protección. Pero que lo decida con los dos delante.

* * *

Dávila presenta dos argumentos más. Los escucho. Los respondo.

Uno sobre la insuficiencia de la cadena financiera para establecer autoría intelectual del homicidio. Lo respondo con los pagos a El Filo, trazables al mismo fondo, documentados por Europol, cuyo testimonio —sellado pero accesible a la sala bajo protocolo— establece que Vence recibía instrucciones operativas de un intermediario cuya identidad, según el propio Vence en declaración protegida, corresponde a Sokolov.

Otro sobre la fiabilidad del testimonio de un testigo anónimo menor de edad. Lo respondo con los hechos: el testigo era mayor de edad en el momento de los hechos, compareció voluntariamente, y lo que vio —a Valls en casa de Antonio cinco días antes de la muerte— no es una interpretación sino una observación directa que encaja, sin fisura, con todo lo demás. Con la carta. Con los manifiestos. Con los pagos. Con el cargamento interceptado.

—Cuando una pieza encaja con otras ocho piezas —digo—, deja de ser una pieza suelta y se convierte en parte de la imagen. La imagen que esta sala tiene delante es la de una red construida con inteligencia, operada con

paciencia y capaz de silenciar a cualquiera que amenazara su funcionamiento. Antonio Herrera la amenazó. Antonio Herrera murió. Eso no es una coincidencia. Es la lógica de la red.

* * *

La jueza Montero me concede el turno de cierre a las cuatro y cuarenta y tres de la tarde. Me pongo de pie por última vez.

La sala lleva seis horas en esto. La atención tiene un límite físico y lo hemos alcanzado. Lo que diga ahora tiene que ser lo suficientemente corto para que quepan en él las últimas horas y lo suficientemente preciso para que no haya nada que añadir después.

—Señoría. Señoras y señores del tribunal.

Hago una pausa. No para efecto. Para ordenar lo que viene.

—Viktor Sokolov ha pasado veinte años construyendo un sistema cuya fortaleza es la distancia. Distancia entre él y las firmas. Entre él y los pagos. Entre él y las órdenes. Entre él y los resultados de esas órdenes. Esa distancia es real. Está documentada. Forma parte de cómo funciona esta red y de por qué ha funcionado durante tanto tiempo sin que nadie pudiera sentarse en esta sala a presentar lo que estamos presentando hoy. La defensa ha argumentado, con corrección técnica, que la distancia es suficiente para generar duda razonable. Que sin una orden firmada, sin una transacción directa, sin una presencia física de Sokolov en ninguno de los hechos, la cadena que hemos construido podría tener otro extremo distinto. Señoría, la distancia no es inocencia. La distancia es una elección. Y Viktor Sokolov eligió construir esa distancia con una precisión que sólo tiene sentido si lo que estaba haciendo requería que nadie pudiera rastrearlo hasta él. Un empresario de importación-exportación con actividades legales no necesita cuatro capas de sociedades pantalla entre su nombre y el dinero de sus operaciones. Un inversor con cartera diversificada no necesita testaferros que firmen por él durante seis años. Un hombre que no tiene nada que ocultar no construye un sistema diseñado específicamente para ocultarlo todo. La arquitectura que han examinado hoy no es la arquitectura del azar. Es la arquitectura del cálculo. Y el cálculo exige un calculador.

Pausa.

—Antonio Herrera lo vio. Lo documentó. Lo escribió en una carta que empezaba con « *si estás leyendo esto, significa que ya no puedo explicarlo yo* » y terminaba con la frase que les he leído esta tarde.

Pausa.

—Antonio Herrera no era un investigador. No tenía formación policial ni acceso privilegiado a ninguna base de datos. Era un empresario con una flota de catorce contenedores y unos principios que no estaban a la venta. Pasó catorce meses recopilando, solo, con una cámara con mala iluminación y un cuaderno, exactamente lo que nosotros hemos tardado meses y recursos institucionales en completar. Lo hizo porque era incapaz de mirar hacia otro lado.

Otra pausa.

—Y murió por eso.

Silencio.

—La defensa ha invocado esta tarde a un hijo inocente. Yo les pido que recuerden a otro hombre que también era inocente, que también tenía una familia, que también tenía un hijo. Un hombre que eligió decir que no cuando lo que dependía de ese no era su propia vida. Y que lo dijo de todas formas porque entendía algo que veinte años de impunidad le han hecho creer al señor Sokolov que nadie entiende: que hay cosas que no tienen precio. Que la justicia es una de ellas. Esta sala tiene hoy la oportunidad de demostrar que tenía razón.

Recojo los folios. Me siento.

* * *

La jueza Montero da por concluida la fase oral a las cinco y once minutos. El veredicto será en cuarenta y ocho horas. La sala empieza a moverse.

No me muevo enseguida. Me quedo sentado con las manos sobre los folios y la vista en un punto neutro de la mesa, haciendo lo que hago siempre al terminar una vista: repasar mentalmente qué hice bien y qué hice mal, con la frialdad que no tenía hace seis horas y que ha ido volviendo sola a medida que el argumento avanzaba.

Hice bien el tercer bloque. Lo de la carta. Lo del hijo.

Hice bien no perder el tono cuando Dávila metió el argumento del interés personal.

El cierre fue lo que tenía que ser.

Romero me pone una mano en el hombro, brevemente, sin decir nada. Salas cierra su cuaderno con un clic y recoge sus cosas con la eficiencia de alguien que ya está pensando en el siguiente caso pero que sabe que este ha sido distinto. Al otro lado de la sala, Dávila habla en voz baja con sus

colaboradores. Sokolov espera de pie, quieto, con las manos detrás de la espalda y esa postura que no ha cambiado en todo el día.

Me mira una vez más antes de salir. El mismo tipo de mirada que al principio de la mañana, con la diferencia de que ahora los dos sabemos algo que esta mañana solo yo sabía: que la distancia que ha construido durante veinte años tiene grietas. Que esas grietas se llaman Antonio Herrera. Y Valls. Y Sendra. Y un testaferro que firmó durante seis años y que esta mañana, bajo juramento, contó lo que firmaba.

No le sostengo la mirada esta vez. No porque no pueda. Sino porque ya no le debo ese esfuerzo. Me levanto. Recojo la carpeta marrón. La carpeta con la letra inclinada hacia la derecha.

En la segunda fila, Elena Herrera tiene los ojos cerrados. No de dolor. Lo sé porque conozco su cara cuando es de dolor y no es esta. Es la cara de alguien que lleva tres meses aguantando la respiración y que acaba de encontrar el momento exacto en que puede soltarla. Mateo, a su lado, la mira. Y luego me mira a mí. Y asiente —una vez, muy despacio, con esa economía de gestos que tiene su madre y que en él ya no parece aprendida sino propia— con la expresión de alguien que acaba de ver cumplirse algo en lo que había decidido creer aunque costara creerlo.

Yo también asiento.

Una vez. Despacio.

Y salgo de la sala con la carpeta bajo el brazo y la sensación exacta de lo que acaba de ocurrir, que es mucho y que no voy a procesar esta noche ni mañana, sino cuando haya veredicto. Cuando haya algo concreto que recoger, cuando la deuda que le debo a Antonio Herrera tenga una forma definitiva que yo pueda mirar de frente.

Hasta entonces, camino. Un pie delante del otro. Hacia la salida.

CAPÍTULO 37

El artículo sale
GIULIA

El artículo se publica a las nueve de la mañana de un miércoles.

No hay ningún protocolo especial para ese momento. No hay música ni champán ni ninguna de las cosas que en las películas acompañan al periodista que pulsa el botón decisivo con la solemnidad de quien firma un tratado de paz. Lo que hay es Luca al teléfono diciéndome « *ya está* » con su voz de grava húmeda, y yo en el alféizar de siempre con el café de siempre mirando el puerto de siempre, y un segundo de quietud absoluta antes de que todo empiece a moverse.

Lo que tarda en empezar a moverse: cuarenta y tres minutos.

Lo sé porque lo miro. Porque me quedo con el teléfono en la mano y el café enfriándose y el ojo puesto en los números que empiezan a subir en la pantalla con esa lentitud primero y luego esa velocidad que tiene algo cuando encuentra el momento exacto en que la gente está despierta y conectada y dispuesta a leer lo que llevas meses queriendo que lean.

A las diez y diecisiete Luca vuelve a llamar.

—Giulia —Su voz tiene un tono que no le había oído nunca. No el de los días buenos, que conozco. Algo más atrás, más quieto, el tono de alguien que está mirando algo que no esperaba y que todavía está calculando el tamaño—. El artículo está en trending en X en España.

—¿En España entera?

—En España entera —Pausa—. Y en Italia desde hace veinte minutos.

Me quedo mirando el puerto.

—Bien —digo.

—Bien —repite Luca, y en esa sola palabra hay una conversación entera que los dos decidimos no tener ahora mismo porque no hace falta.

* * *

El teléfono no para en toda la mañana.

Colegas de Bolonia que no me han escrito en meses. Periodistas de Madrid y Barcelona que quieren saber de dónde salió el material. Una corresponsal de la agencia Reuters en Madrid que me pide una declaración

con una urgencia amable que no acepta un no. Marcos Ruiz, el editor de El Faro de la Costa, que escribe un mensaje de dos líneas que dice exactamente: « *Bien hecho, Ferretti. Ya sabía yo que lo de la italiana no era turismo* ». Lo leo tres veces. La cuarta me río un poco, sola, en el alféizar.

A las doce y media llega un mensaje de Elena. No muchas palabras. Elena Herrera nunca usa muchas palabras cuando las pocas que tiene pesan lo suficiente. Solo dice: « *Antonio estaría orgulloso. Gracias* ».

Me quedo mirando la pantalla hasta que las letras se me nublan un poco y tengo que parpadear.

Luego llega un meme de Mateo. Una foto de un gato con cara de satisfacción y el texto « *cuando el sistema por fin funciona* ». No hay nada más. No hace falta nada más.

Me río otra vez. Esta vez con los ojos húmedos, que es una combinación extraña pero que hoy parece ser la única disponible.

* * *

Luca llama por tercera vez a las dos de la tarde. Espero que sea para darme otro dato, otra cifra, otro indicador de que lo que hice esta mañana a las nueve está funcionando de la manera en que tenía que funcionar. Descuelgo con esa expectativa concreta.

—Giulia —dice Luca—. Necesito preguntarte algo.

Su voz ha cambiado otra vez. Ya no es el tono del trending. Es el otro, el más pausado, el que usa cuando lo que viene es importante y quiere que yo lo reciba bien.

—Dime.

—Hablé esta mañana con el redactor jefe. Queremos ofrecerte un contrato fijo con la redacción de Bolonia. Plaza de investigación, con autonomía de proyecto —Una pausa—. Es el puesto que llevo dos años diciéndote que ibas a tener cuando llegara el momento —Silencio—. Ha llegado el momento, Giulia.

No digo nada durante unos segundos.

—¿Giulia?

—Sí —digo—. Sí, estoy aquí.

—¿Qué te parece?

Y lo que me parece es que debería ser la mejor noticia del año. Del año y de los tres anteriores. Que llevo desde los veintidós trabajando para este momento — las noches en la redacción, las becas encadenadas, los artículos

que no llegaron a ningún sitio, los que sí llegaron pero no eran suficientes, la sensación permanente de estar construyendo algo cuya forma no acababa de verse—. Que esto es lo que se supone que tiene que sentirse como un sí inmediato, un sí sin dudar, un sí que sale solo.

Y sin embargo…

—Dame unas horas —digo.

Silencio de Luca. El silencio específico de alguien que no esperaba eso.

—¿Unas horas?

—Por favor. Te llamo esta tarde.

Una pausa.

—De acuerdo —dice. Y luego, en voz más baja, con ese punto de afecto que Luca Conti tiene y que muy pocas veces deja salir—. Estoy orgulloso de ti, Giulia. Eso también.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono en la palma de la mano.

El puerto. La luz de diciembre. Los tres limones verdes en el limonero del jardín de Elena que no terminan de madurar.

Cazzo .

* * *

Paso la tarde sin sentarme.

Eso también es una costumbre mía que Sofía conoce y que Alejandro ha aprendido a reconocer. Cuando algo me carga de una forma que todavía no sé nombrar, me muevo. Recorro el apartamento. Salgo a la calle y vuelvo. Me siento en el alféizar y me levanto del alféizar. Escribo en el bloc cosas que no son notas sino el inventario caótico de lo que hay dentro cuando todavía no ha encontrado el orden.

Lo que escribo esta tarde no tiene estructura. Son fragmentos. Frases sueltas. La clase de cosas que no van a ningún artículo sino que son el desorden previo a entender algo.

Escribo: « *tres meses* ».

Escribo: « *el puerto desde el alféizar a las siete de la mañana tiene un color que no existe en Bolonia* ».

Escribo: « *hay cosas que no están en venta aunque el precio sea alto* ».

Me detengo en esa última línea. La miro durante un tiempo. No es mía. Es de Antonio. La escribió en la carta que Alejandro leyó en voz alta en una sala llena de gente hace dos días y que yo escuché desde el último banco con el cuaderno abierto en el regazo y sin escribir ni una sola palabra

porque a veces las palabras de otras personas son demasiado exactas para que las tuyas quepan al lado.

Cierro el bloc. Me pongo el abrigo. Salgo.

* * *

Camino hasta el puerto. No porque tenga un plan. Sino porque es adonde voy cuando no sé adónde ir, que es otra cosa que no había notado hasta ahora: que en algún momento de los últimos tres meses el puerto se convirtió en mi sitio. El mío, aquí, en esta ciudad que no es la mía y que sin embargo se ha ido infiltrando en los hábitos con la facilidad específica de los sitios que no te piden permiso para quedarse.

Me siento en el banco que hay frente al muelle tres. El mismo banco desde el que estuve mirando el operativo hace semanas, con Mateo a mi lado y el corazón en la garganta. Ahora el muelle está vacío y tranquilo y la luz de diciembre lo vuelve casi bonito, que es lo que hace diciembre en Marbella: vuelve bonitas las cosas que en otro mes serían solo funcionales.

Pienso en Bolonia. Pienso en el piso que comparto con Vera y con Dani, que es pequeño y tiene la calefacción averiada tres meses al año y las estanterías llenas de libros apilados en horizontal porque no caben en vertical. En la redacción, que huele a café viejo igual que todas las redacciones del mundo.

Pienso en mi madre, que lleva semanas llamando más de lo habitual porque tiene el radar materno calibrado para detectar exactamente cuándo sus hijas están a punto de tomar una decisión que va a afectar a todo lo demás.

Pienso en mi padre, que cuando le cuente lo del contrato va a hacer esa cosa suya de palmada en la espalda y «sabía que eras la mejor» con una convicción tan total que resulta casi insoportable de recibir.

Pienso en que todo eso está exactamente donde lo dejé hace tres meses, esperando, con la paciencia de las cosas que no necesitan que las cuides para seguir siendo lo que son.

Y luego pienso en esto.

En el puerto. En Elena. En Mateo y su meme y sus diecinueve años y la mandíbula que por fin no está apretada. En el alféizar y el café y la luz específica de esta ciudad que no he visto en ningún otro sitio. En un despacho con los documentos esparcidos por el suelo y una voz que mide cada palabra antes de pronunciarla. En dos centímetros de corbata aflojada y una mano que cubre la mía con el cuidado de quien sabe que las cosas que

importan se sostienen con cuidado. En que dentro de unos días todo esto va a ser el pasado.

Me quedo mirando el agua durante un tiempo que no mido.

* * *

Llamo a Sofía a las seis. Descuelga al primer tono, que significa que estaba esperando la llamada. Que significa que sabe que algo pasa, que significa que es mi hermana y que tiene un radar para mí tan calibrado como el de mi madre pero con menos tacto y más eficiencia.

—Cuéntame —dice, sin más preámbulo.

—Han publicado el artículo.

—Lo sé, lo he leído. Es increíble, Giulia, en serio, es…

—Luca me ofrece el contrato fijo.

Silencio de Sofía. Breve.

—¿El de investigación?

—Sí.

—¿Y?

—Y le he dicho que necesitaba unas horas.

Otro silencio. Más largo. El silencio de Sofía cuando está procesando algo y no quiere decir lo primero que le viene a la cabeza porque lo primero que le viene a la cabeza no es siempre lo más útil, aunque sí suele ser lo más exacto.

—Giulia —dice, al final.

—¿Qué?

—¿Estás llorando?

Abro la boca para decir que no. Para decir que estoy bien, que es solo el frío, que el viento del puerto tiene esa cosa que tienen los vientos de los puertos de ponerte los ojos húmedos si te descuidas. Para decir cualquiera de las cosas que digo cuando no quiero que mi hermana pequeña vea que algo me ha llegado más hondo de lo que sé gestionar.

—Un poco —digo.

Y entonces Sofía, que en toda la novela ha sido la persona más ruidosa de mi vida —la que opina sin que le pregunten, la que ríe demasiado alto, la que llega con una maleta enorme y se instala en mi cama y reorganiza mi nevera y dice la verdad con una sonrisa que no pide disculpas—, hace algo que no suele hacer. Se calla. Y me deja llorar. No mucho. Unos minutos. El tiempo justo para que lo que lleva todo el día buscando la salida la

encuentre, con la cara vuelta hacia el puerto y la luz de diciembre ya casi ida y el agua quieta abajo reflejando las farolas del muelle.

Cuando paro, Sofia dice:

—¿Ya?

—Ya.

—Bien —Una pausa—. Ahora escúchame.

* * *

Lo que dice Sofia dura diecisiete minutos no voy a reproducirlo al completo. No porque no lo recuerde —lo recuerdo perfectamente, con la exactitud específica que tienen las conversaciones que ocurren en los momentos en que estás lo suficientemente abierta para que las palabras entren de verdad—. Sino porque hay cosas que pertenecen a las hermanas y que no necesitan más audiencia que eso.

Lo que sí puedo decir es esto:

Sofía me dice que el artículo es el mejor que he escrito porque no lo escribí para el artículo. Lo escribí para Antonio, para Elena, para Mateo, para todos los que vienen detrás. Y que esa diferencia se nota en cada línea y es la razón por la que está en trending en dos países y la gente lo comparte y lo cita y lo manda a sus grupos como si fuera algo que no pueden quedarse para sí mismos.

Me dice que el contrato de Luca es lo que llevo años intentando conseguir a base de trabajo y más trabajo, y que no voy a rechazarlo. Pero que unas horas para llorar en un puerto frío antes de decir que sí no son debilidad. Son exactamente lo contrario. Y luego, en voz más baja, con el tono que usa cuando deja de ser la hermana ruidosa y se convierte en la persona que más me conoce en el mundo:

—Lo que sientes por él no desaparece porque cojas el avión, Giulia. Eso ya lo sabes.

No le respondo a eso. Pero tampoco lo contradigo.

—¿Cuándo termina la beca? —pregunta.

—En diez días.

Silencio.

—Diez días es tiempo —dice Sofia.

—¿Para qué?

—Para lo que sea. Para decir lo que no has dicho. Para no decirlo y que sea igualmente real. Para estar allí mientras puedas estar allí —Pausa—.

Para no llegar a Bolonia con la sensación de que dejaste algo a medias porque no supiste cómo terminarlo.

El muelle tres. El agua. Las farolas.

—Sofia —digo.

—¿Qué?

—¿Cuándo te volviste tan lista?

Silencio brevísimo. Y luego:

—Siempre lo he sido, hermanita. Tú eras demasiado mayor para notarlo.

Me río. Con los ojos todavía húmedos y el frío del puerto encima y el teléfono caliente contra la oreja. Me río de la manera en que solo me río con ella: sin esfuerzo, sin pensarlo, con el cuerpo entero.

—Te quiero —digo.

—Ciao, Giulia —Y luego, antes de colgar—: Llama a Luca. Y después haz lo que tengas que hacer.

* * *

Llamo a Luca a las siete y cuarto.

—Sí —le digo.

Y Luca, que lleva veintisiete años en esto y ha escuchado miles de síes y miles de noes y sabe distinguir los que son limpios de los que llevan algo pegado, dice:

—Bien, Giulia. Nos vemos cuando vuelvas.

No pregunta cuándo. No hace falta que pregunte.

Cuelgo.

Me quedo un momento más en el banco del muelle. El frío ya es serio, el tipo de frío que en Marbella llega cuando el sol baja del todo y que nunca es el frío de Bolonia pero que tiene su propia forma de meterse por el cuello del abrigo.

Diez días. Pienso en lo que dijo Sofia. En lo que no le respondí. En lo que sí sé aunque no lo haya dicho en voz alta todavía.

Me levanto. El puerto queda atrás. Camino hacia el único sitio adonde quiero ir esta noche.

CAPÍTULO 38

Lo que no sabe decir
ALEJANDRO

El veredicto llega un jueves por la mañana.: Culpable. En todos los cargos.

Romero me lo comunica por teléfono con su voz de siempre. La voz plana que usa para las noticias importantes porque ha aprendido que el tono neutro sostiene mejor que el enfático. Le digo gracias. Él dice de nada, Vidal, y cuelga, que es también su forma de decir todo lo demás que no dice.

Me quedo sentado en el despacho con el teléfono en la mano durante un tiempo que no mido. Lo que esperaba sentir: alivio. Cierre. La satisfacción específica de haber cumplido lo que prometí. Lo que siento: todo eso, sí. Y debajo de todo eso, algo más. Algo que tiene que ver con una beca que termina en nueve días y con un apartamento pequeño cerca del puerto que dentro de nueve días va a estar vacío y con una periodista italiana que esta mañana, cuando le mandé un mensaje con una sola palabra —«culpable»— me respondió con dos —« *lo sabía* »— y yo releí esas dos palabras cuatro veces antes de guardar el teléfono.

Cuatro veces. Lo anoto mentalmente como dato.

* * *

Diego asoma por la puerta del despacho a las dos.

—Casa Pepe —dice—. Esta noche. Lo celebramos.

—No hay nada que celebrar todavía. La sentencia de Sokolov es un proceso largo. Quedan recursos, apelaciones…

—Alejandro.

—¿Qué?

—Casa Pepe. Esta noche. Ya se lo he dicho a Carmen.

Silencio.

—¿Se lo has dicho a Carmen?

—Se lo he dicho a Carmen.

—¿Por qué?

—Porque si no se lo digo, Carmen se entera de todas formas y encima llega enfadada. Y no quiero aguantarla enfadada —Una pausa—. A las

nueve. No llegues tarde.

Se va.

Me quedo mirando el teléfono. Pienso en escribirle para decirle que esta noche no puedo. Pienso en los cuatro argumentos perfectamente válidos que tengo para no ir a Casa Pepe esta noche. Pienso en que Diego los conoce todos y no le van a importar ninguno. A las nueve menos cinco salgo del despacho.

* * *

Carmen llega con diecisiete minutos de retraso, lo cual para ella es casi puntual— como recordaréis— y con una botella de vino blanco que ha comprado de camino porque « *en Casa Pepe el vino de la carta es aceptable y yo esta noche quiero algo mejor que aceptable* ».

Se sienta. Pone la botella en la mesa. Me mira.

—Estás raro —dice.

—Hola, Carmen.

—Hola, cari. Estás raro —Sirve el vino sin esperar al camarero porque Carmen Llorente lleva quince años convencida de que ese es un paso innecesario—. ¿No deberías estar contento? ¡Habéis ganado!

—El proceso no ha terminado.

—El proceso mis pelotas, churri. Sokolov está en la cárcel y el hombre que mató a Antonio va a estar en la cárcel mucho tiempo —Me pasa una copa—. Eso es una victoria. Es LA victoria. Bebe.

Bebo.

Diego, que ha estado en silencio con la expresión específica de quien está esperando el momento correcto para decir algo, decide que el momento correcto es ahora.

—¿Has hablado con ella hoy? —dice.

—Un mensaje.

—¿Y?

—Y nada. Era un mensaje.

Carmen deja la copa en la mesa con un clic deliberado.

—Un mensaje —repite.

—Un mensaje.

—¿Cuántas palabras?

—Carmen.

—¿Cuántas palabras tenía el mensaje?

—Una —dice Diego, antes de que yo pueda responder—. Y ella le contestó con dos. Y él las releyó cuatro veces.

Silencio.

Miro a Diego con la mirada de quien acaba de descubrir que le han traicionado de la manera más innecesaria posible.

—¿Cómo sabes tú que las releyó cuatro veces?

—Porque te conozco desde que éramos dos críos y sé exactamente qué cara pones cuando relees algo cuatro veces —Bebe su vino con absoluta tranquilidad—. La pusiste cuando te pregunté si ibas a venir esta noche.

Carmen me mira. Yo miro la mesa. La mesa no me mira a mí, que es la única de las tres superficies presentes que tiene el buen criterio de no hacerlo.

—Alejandro —dice Carmen, en el tono que usa cuando deja de pincharme y empieza a decir lo que de verdad piensa, que es un tono distinto y que solo usa cuando la situación lo merece—. ¿Cuándo se va?

—En nueve días.

Silencio de los dos.

—¿Y? —dice Carmen.

—¿Y qué?

—Como que ¿y qué? ¿¡Que qué vas a hacer, alma de cántaro!?

—Nada —Lo digo con la voz más neutra de la que dispongo, que esta noche no es muy neutra—. Ella tiene su vida en Bolonia. Tiene el contrato con el periódico. Tiene su piso, sus cosas, su…

—Alejandro —Carmen me interrumpe. Sin brusquedad. Con la firmeza tranquila de alguien que ha decidido que ya es suficiente—. Para.

Paro.

—Llevas —dice ella despacio, eligiendo las palabras con un cuidado que no es habitual en Carmen y que precisamente por eso pesa más— tres meses siendo la versión de ti mismo que yo llevo quince años esperando ver. No el abogado. No el que controla todo. El otro. El que existe debajo de todo eso y que muy poca gente tiene el privilegio de conocer.

No digo nada.

—Y la persona que lo ha sacado —continúa— se va en nueve días. Y tú estás aquí, con esa cara de vaina que tienes, diciéndome que no vas a hacer nada.

—¿Qué se supone que quieres que haga, Carmen?

—No lo sé —Me mira—. ¿Tú qué quieres hacer?

La pregunta se queda en el aire encima de la mesa, entre el vino y los platos que están llegando y el ruido de fondo de Casa Pepe que lleva dieciséis años siendo el ruido de fondo de las conversaciones más importantes de mi vida.

No respondo la pregunta. Pero tampoco digo que nada.

* * *

Diego espera a que Carmen vaya al baño para decir lo que lleva guardando desde que llegamos. Diego Llorente tiene una paciencia para los momentos importantes que contradice completamente todo lo demás que es. Y esta noche lo ha demostrado aguantando cincuenta minutos de Carmen y de mí sin decir lo que tiene que decir, esperando el hueco correcto.

—¿Recuerdas —dice— cuando tenías veintitrés años y estuviste seis meses sin dormir bien porque habías perdido el primer caso importante que llevabas y no se lo dijiste a nadie?

—Diego.

—Solo escúchame —Apoya los codos en la mesa—. Te lo guardaste todo. El caso, el golpe, la rabia. Solo, como siempre. Y cuando te pregunté qué te pasaba me dijiste que nada, que estabas bien, que era trabajo.

—Era trabajo.

—Era trabajo y te estaba comiendo por dentro y lo sabía porque eres mi mejor amigo, y me sé de memoria todas las formas en que dices que estás bien cuando no lo estás —Pausa—. Y te dije que te guardabas demasiado. Y tú me dijiste que ya lo sabías. Y luego no cambiaste nada.

Silencio.

—¿Adónde vas con esto? —digo.

—A que llevas treinta y tres años siendo el hombre que no dice lo que siente porque hay algo en ti que ha decidido que decirlo es arriesgarse a algo que no quieres arriesgarte —Me mira—. Y la mayoría de las veces eso no importa demasiado. Pero esta vez sí importa, Alejandro. Porque esta vez hay una persona concreta que se va en nueve días y que merece que alguien le diga lo que siente, aunque cueste. Aunque dé miedo. Aunque no sepas cómo va a terminar.

Me quedo mirando la copa.

—No sé si tengo derecho —digo al final. Y es la primera vez que lo digo en voz alta, la frase que lleva días dando vueltas en algún sitio entre el esternón y la garganta y que nunca había encontrado la salida—. Ella tiene

una vida. Tiene un trabajo que ha construido sola, con mucho esfuerzo, en un sitio que no es este. No tengo derecho a pedirle que…

—¿Quién ha dicho nada de pedirle que se quede? —me interrumpe Diego, con una suavidad que no es su tono habitual pero que esta noche es exactamente el correcto—. Nadie te está pidiendo que resuelvas todo esta noche. Solo que le digas la verdad. Lo que hay. Lo que sientes —Pausa—. Que lo sepa. Antes de que se vaya.

Silencio largo.

—Y si no lo haces —añade Diego—, lo vas a lamentar. No mañana. Dentro de un año. Cuando cojas algún expediente del cajón y encuentres algo suyo y recuerdes que tuviste nueve días y los gastaste siendo el Alejandro que guarda todo.

No digo nada.

Diego coge su copa. Bebe. Me mira con esa cara suya de siempre, la de quien ya ha dicho lo que tenía que decir y ahora simplemente espera.

Al fondo del restaurante, Carmen vuelve del baño. Se sienta. Mira a Diego. Lo mira a él, no a mi. Lee la escena en dos segundos con esa eficiencia suya que nunca deja de sorprenderme aunque la lleve quince años viendo.

—¿Le has dicho lo del cajón? —le pregunta a Diego.

—Le he dicho lo del cajón.

—Bien —Coge su copa. Me mira—. ¿Y tú qué? ¿Te enteras de lo que te estás jugando o te lo explico con muñequitos?

* * *

¿Y tú qué?

Me quedo con esa pregunta durante el postre y durante el café y durante los veinte minutos que pasamos en la calle después, con el frío de diciembre encima y el casco antiguo de Marbella quieto a esa hora— que es la hora en que los turistas ya se han ido y la ciudad recupera su tamaño real, sus ruidos reales y esa forma específica de ser ella misma que sólo existe cuando no hay nadie mirando.

Diego y Carmen se van a las once y media. Diego me da un abrazo que dura un segundo más de lo habitual y no dice nada, que es su forma de decir todo. Carmen me abraza también. Y luego se separa, me lanza esa mirada suya, sin filtro, y dice:

—A este hombre —da unos golpes suaves en mi pecho con su mano— lo conozco desde que tenía siete años y lloraba por los perros en la tele —Pausa—. No le dejes perder esto también.

Se da la vuelta antes de que yo pueda responder. Diego la sigue. Los veo alejarse por la calle con el ruido de los pasos en el adoquín y la chaqueta de Carmen que es de un color que no sabría definir pero que es inequívocamente ella.

Me quedo solo en la calle.

* * *

Hay cosas que se saben desde hace tiempo y que sin embargo no se convierten en decisión hasta que alguien dice exactamente la frase correcta en el momento exacto.

Diego dijo: *lo vas a lamentar dentro de un año* .

Carmen dijo: *no le dejes perder esto también* .

Yo llevo tres meses diciéndome que hay que ser razonable. Que ella tiene su vida. Que hay distancia y circunstancias y diferencias fundamentales entre lo que es mi mundo y lo que es el suyo. Que el caso está cerrado y los dos seguimos con lo nuestro y eso es lo que tiene sentido. Me he dicho todo eso con mucha precisión.

Y esta noche, en la calle del casco antiguo de Marbella con el frío de diciembre y el silencio de la una de la madrugada, me doy cuenta de que lo razonable y lo verdadero no son lo mismo. Que llevan meses no siendo lo mismo y yo he estado eligiendo lo razonable porque es lo que sé hacer. Porque es más fácil. Porque lo razonable no te expone.

Lo verdadero expone. Y sin embargo…

Pienso en el capítulo uno de la novela: una periodista italiana que aterriza en Málaga con una mochila, demasiada confianza y el anillo de plata que se regaló a sí misma el día que consiguió la beca. Pienso en la primera vez que la vi, en la acera de casa de los Herrera, y en que en los dos segundos que tardé en descartarla algo ya sabía que iba a arrepentirme de ese descarte. Pienso en el verso de Machado dicho en voz alta sin esfuerzo, como si las cosas importantes se dijeran siempre así, de pasada, como si no costaran. Pienso en la chaqueta en la silla del pasillo. En la mano en el pecho, plana y firme. En el « *no* » que dije cuando me preguntó si estaba bien y que fue la primera vez en meses que respondí con la verdad entera.

Pienso en el capítulo 32, en el despacho, con el portátil abierto y el artículo en la pantalla y su manera de mirarme mientras yo lo leía — sin decir nada, sin moverse, con esa capacidad suya de sostener los silencios sin intentar llenarlos — y en lo que sentí en ese momento y que no nombré porque no era el momento de nombrarlo.

Nueve días.

Saco el teléfono. Son la una y siete minutos. Demasiado tarde para llamar. Demasiado tarde para la mayoría de las cosas razonables.

Escribo un mensaje. Lo borro. Lo vuelvo a escribir. Lo borro otra vez. Guardo el teléfono. Y empiezo a caminar.

* * *

El apartamento de la calle Ancha está a doce minutos a pie desde Casa Pepe. Lo sé porque he hecho ese recorrido más veces de las que debería haberlo hecho, en distintos momentos, con distintas excusas, y en ninguno de ellos lo que me llevaba era el caso.

Camino deprisa. El frío de diciembre en Marbella no es el frío de otros sitios —no tiene la humedad de Madrid ni la mordida de Bolonia, según ella— pero a la una de la madrugada tiene suficiente para que el abrigo importe.

No llevo abrigo. No me importa.

A mitad de camino paro un segundo. El tipo de parada que no es duda sino lo contrario. El momento en que uno confirma algo que ya sabe antes de seguir. Miro la calle. El adoquín. Las farolas. El Mediterráneo que desde aquí no se ve pero que se intuye al fondo, detrás de los edificios, quieto y ajeno como siempre.

Pienso en lo que voy a decir cuando llegue. No lo sé todavía. Llevo treinta y tres años siendo el hombre que tiene la frase preparada, el argumento construido, la respuesta exacta para cada situación. Esta noche no tengo nada de eso. Esta noche tengo la verdad, que es mucho más simple y mucho más difícil que cualquier argumento que haya construido nunca.

Sigo caminando.

La luz del apartamento está encendida. Por supuesto está encendida. Giulia Ferretti trabaja tarde, piensa en el alféizar a horas en que el resto del mundo duerme, y tiene la costumbre de dejar la luz del salón encendida aunque no esté en el salón porque dice que la oscuridad completa de un apartamento extranjero le da « *una soledad de otro tipo* » que no sabe

gestionar. Me lo dijo una noche, de pasada, como dice siempre las cosas importantes. Me lo guardé. Me lo guardo todo de ella.

Pulso el telefonillo. Tres segundos. Cuatro.

—¿Alejandro?

Su voz tiene el punto de alguien que estaba despierta pero no esperaba esto. No hay sueño. Hay sorpresa y algo debajo de la sorpresa que no clasifico ahora porque ahora mismo lo único que sé hacer es lo que estoy haciendo.

—Soy yo —digo. Y luego, porque es lo que hay y es lo que vine a decir —. Necesito hablar contigo.

Silencio breve.

Un pitido.

La puerta se abre.

Subo.

CAPÍTULO 39

La última noche
GIULIA

Cuando escucho el telefonillo sé que es él. No porque lo espere. Sino porque hay cosas que el cuerpo sabe antes de que el cerebro termine de procesar. Y esta noche, desde que llegué caminando desde el puerto con el frío del muelle encima y la frase de Sofía todavía en la cabeza —diez días es tiempo, haz lo que tengas que hacer—, hay algo en el apartamento que lleva horas sintiéndose como una antesala. Como si el espacio entero supiera que esto no ha terminado todavía.

Contesté sin saber quién era. Sabía quién era.

* * *

Abro la puerta antes de que llegue al rellano. Está sin abrigo. En diciembre, a la una de la madrugada, sin abrigo. Tiene el pelo ligeramente revuelto del viento y una expresión que no he visto nunca en él — o que sí he visto, en fragmentos, en momentos concretos que guardé sin saber exactamente por qué, y que esta noche se presenta completa, sin capas encima, sin el control habitual que la tapa.

Me mira. Yo le miro.

—Dijiste que necesitabas hablar —digo.

—Sí.

—¿Y bien?

Silencio. Un silencio que tiene la textura de algo que se ha construido durante semanas y que esta noche, aquí, en el umbral del apartamento pequeño cerca del puerto, ha llegado al punto en que ya no cabe en el silencio.

Alejandro baja la vista un segundo. La levanta.

—No sé por dónde empezar —dice. Y en su voz hay algo que no le había escuchado nunca: la sinceridad concreta de alguien que ha llegado al límite de su propia precisión. El hombre que siempre tiene la frase exacta no tiene la frase.

Algo en mi pecho se rompe un poco. De la manera buena.

—Entonces no empieces —digo. Y me aparto para dejarle entrar.

* * *

El apartamento está en silencio. La luz del salón encendida, como siempre. El alféizar vacío. La taza del té que me hice antes en la mesita, ya fría.

Alejandro entra. Cierra la puerta. Se queda de pie en el salón pequeño con esa forma suya de estar sin ocupar demasiado espacio, pero esta noche ese espacio es distinto. Esta noche es el apartamento que ha sido nuestro territorio de trabajo y de desacuerdo y de todo lo demás durante tres meses, y los dos lo sabemos, y el peso de eso está en el aire igual que está en el aire el frío que trae puesto encima y que no ha notado o que ha notado y no le ha importado.

Me acerco a él.

—Estás helado —digo.

—No importa.

—Importa —Le pongo las manos en el pecho, por encima de la camisa, el gesto de siempre, el contacto que tiene su propio idioma que hemos desarrollado sin haberlo decidido—. ¿Sin abrigo, en diciembre, a la una de la mañana?

—Salí con prisa.

—Ya lo veo, ya.

Me mira. Con esa mirada que ya no intento descifrar porque he aprendido que a veces las miradas no necesitan traducción. Solo necesitan que las sostengas.

—Giulia —dice.

—¿Qué?

—Llevo —empieza, y para. Y vuelve a empezar—. Llevo semanas intentando encontrar la manera correcta de decirte algo. Y esta noche he decidido que no existe la manera correcta. Que existe la verdad y existe el silencio, y que el silencio ya lo he probado suficiente.

No digo nada. Le dejo.

—Me importas —dice. Despacio. Con la precisión de quien elige cada palabra no para protegerse sino para acertar—. No como un dato que hay que gestionar. No como una variable en una situación complicada. Me importas de la manera en que importan las cosas que cambian algo, que dejan una marca en el sitio en que estuvieron. Y me importas de una forma que no termina el día que cojas el avión, aunque tú te vayas y yo me quede y haya un país de distancia entre los dos. Me importas demasiado.

El apartamento está muy quieto.

—Alejandro —digo, en voz baja.

—No te estoy pidiendo nada —continúa, y en su voz hay algo que se parece al esfuerzo de alguien haciendo exactamente lo que Diego le dijo que hiciera: decir la verdad sin pedir nada a cambio—. No te estoy pidiendo que cambies ningún plan ni que renuncies a nada. Solo quería que lo supieras. Antes de que te vayas. Que supieras lo que hay.

Mis manos siguen en su pecho. Noto el calor que empieza a volver debajo de la tela, el ritmo de su respiración que es más rápido de lo habitual, que es lo más cerca que Alejandro Vidal llega a mostrar que algo le cuesta.

—Ya lo sé —digo.

Me mira.

—¿Desde cuándo? —dice.

Pienso en el verso de Machado. En la chaqueta en la silla del pasillo. En las cuatro palabras del mensaje de esta mañana que releí antes de guardar el teléfono — también yo las releí, también yo las conté—. En el jardín de Elena y los limones verdes y la corbata aflojada dos centímetros.

—Desde hace tiempo —digo—. Lo fui sabiendo despacio. Y luego de golpe. Como pasan las cosas importantes.

Silencio.

Y luego él pone las manos en mi cara —las dos, con esa delicadeza suya que siempre me sorprende porque viene de alguien que parece construido para la precisión y no para esto, para lo suave, para lo que no tiene nombre jurídico ni argumento— y me mira durante un segundo que es más largo que un segundo. El tipo de segundo que contiene una pregunta y una respuesta a la vez.

—Giulia —dice, y en mi nombre tiene todo lo que no ha dicho.

—Sí —digo. Y tampoco yo necesito más palabras.

* * *

ALEJANDRO

La beso despacio. No con la urgencia de la primera vez— la primera vez, en el despacho, cuando los dos nos sorprendimos a nosotros mismos. No con la calma de la noche antes de la operación, con el peligro encima y todo lo que no nos habíamos dicho buscando una salida—. Esta vez con el tiempo

que no tuvimos antes. Con la conciencia de que esto es lo que es y de que los dos lo sabemos y de que no hay nada que queramos fingir o no ver.

Sus manos suben por mi pecho hasta mis hombros y se quedan ahí, en ese sitio suyo, con esa firmeza tranquila que tiene para las cosas que decide.

Me separo un centímetro. Solo un centímetro. Para mirarla.

—¿Estás segura? —digo.

Me mira con esos ojos verde avellana que llevan tres meses diciéndome cosas que ninguno de los dos nombraba.

—Alejandro —dice, con una paciencia afectuosa que es muy suya—. Llevo semanas estando segura. Soy yo quien ha tenido que esperarte a ti.

Algo en el pecho se mueve. No lo digo. Lo que hago es volver a besarla, esta vez sin el centímetro de distancia. Pegándola a mi cuerpo por completo, con una mano en su cintura y la otra en su cara; y luego en su pelo y luego en su cintura una vez más, encontrando todos los sitios que ya conozco y que esta noche tienen un peso distinto. Porque esta noche no hay caso, no hay operación, no hay nada que espere fuera de este apartamento que no sea el hecho de que en neuve días ella se va y esta noche es lo que hay. Y lo que hay es suficiente. Y también es demasiado poco. Y los dos lo sabemos, y ninguno lo dice, y por eso esta noche cada gesto tiene esa doble textura de las cosas que son lo que son y también son lo que van a dejar de ser.

* * *

GIULIA

Lo voy llevando hacia el dormitorio con las manos en su camisa, deshaciendo los botones despacio, uno por uno, con una calma que no es indiferencia sino su contrario exacto. La calma de quien quiere que esto dure, que no se pierda nada, que cada detalle quede.

Alejandro me deja hacer. Lo cual, en sí mismo, es ya una versión de él que no mucha gente tiene el privilegio de ver: el hombre que controla todo dejando que otra persona lleve el ritmo. Sin impaciencia. Sin redirigir. Sólo sus ojos oscuros siguiendo cada movimiento mío con una atención que es casi insoportable de sostener y que sostengo de todas formas porque no quiero apartar la mirada. No esta noche.

La camisa cae.

Me permito mirarlo. Sin disimulo, sin el artificio de los primeros meses de fingir que no miraba cuando sí miraba. Me lo permito con la tranquilidad de quien sabe que ya no hay nada que esconder aquí.

—¿Qué? —dice, con una voz que tiene algo nuevo, más baja, más sin bordes.

—Nada —digo—. Te estoy mirando.

—Ya lo veo.

—¿Te molesta?

Una pausa. Y luego algo que no llega a ser una sonrisa pero que en él equivale a una.

—No —dice.

Bien.

Pongo las manos en su pecho —esa piel que ya conozco y que esta noche tiene la temperatura exacta del calor que volvió después del frío de la calle — y nos llevo a los dos hacia la cama.

* * *

ALEJANDRO

Sus dedos en mi nuca.

No sé si hay algo más específicamente suyo en el mundo que eso —los dedos de Giulia Ferretti en mi nuca cuando besa, con esa presión precisa que no pide pero que tampoco cede, que encuentra exactamente el punto entre la suavidad y la firmeza—, y sin embargo cada vez que lo hace es como la primera vez, con la misma descarga en la base de la espalda, con el mismo efecto de desmantelar de un solo gesto los veinte sistemas de contención que llevo toda la vida construyendo.

La tumbo despacio sobre la cama.

Me quedo un momento encima de ella, sostenido sobre los brazos, mirándola. La luz que entra del salón le da en la cara de lado — esa luz de las noches de este apartamento que ya es tan suya como el alféizar o el moño descuidado o el bloc de espiral—. Tiene el pelo suelto, desparramado sobre la almohada. Los ojos muy abiertos. Una expresión que no tiene nombre pero que llevo semanas aprendiendo a interpretar: la de alguien que ha decidido no guardarse nada esta noche.

—Hola —dice, en voz baja. Con algo de humor suave, el que usa para romper los momentos que se vuelven demasiado grandes.

—Hola —digo.

Y la beso otra vez. Despacio. Con tiempo. Con el tipo de atención que le presto a las cosas que importan y que rara vez me permito aplicar a algo que no sea trabajo.

Esta noche me lo permito.

* * *

GIULIA

Sus manos saben lo que hacen.

Eso lo supe la primera vez y lo he confirmado en cada vez que ha habido después. Pero esta noche hay algo diferente en la forma en que me toca — más lento, más deliberado, como si tuviera el propósito concreto de no dejar ningún sitio sin repasar, de cubrir cada centímetro con esa paciencia suya que en el despacho aplica a los expedientes y que aquí, redirigida, tiene un efecto que no voy a intentar describir con palabras que no estén a la altura. Como si me estuviera memorizando. Punto por punto. Centímetro a centímetro.

Me quita la camiseta. Sus manos bajan por mis costados con una calma que es casi una declaración de intenciones — estamos en esto con tiempo, dice ese gesto, no hay prisa, no hay nada que esté esperando fuera—, y el calor que dejan es concreto y localizado y se queda ahí después de que las manos se muevan. Como un tatuaje.

—Alejandro —susurro, porque a veces su nombre es lo único que me sale.

—¿Qué? —Su voz contra mi cuello, baja, un susurro en mi oído.

—Nada. Solo tu nombre.

Siento que sonríe contra mi piel. Ese segundo de sonrisa que se nota en los labios pero que no llega a separarse de lo que estamos haciendo, que forma parte de ello, que es también esto.

Sus labios bajan por mi garganta. Por la curva del hombro. Y llega a mis pechos con una lentitud estudiada que es simultáneamente lo más considerado y lo más desesperante que alguien me ha hecho nunca.

Porco cane , pienso.

Y luego dejo de pensar en italiano o en ningún otro idioma.

* * *

ALEJANDRO

Quiero que lo recuerde. Quiero que me recuerde.

No lo pienso en esos términos exactos — no es un pensamiento articulado, es algo más anterior, más instintivo— pero está ahí debajo de todo: el querer que cuando esté en Bolonia, en el piso pequeño con Vera y Dani, cuando el tiempo haya pasado y esto sea ya un recuerdo, lo recuerde con precisión. Que no quede borroso. Que los detalles se queden.

Por eso voy despacio.

Por eso me detengo en los sitios que sé que le importan y aprendo los que aún no sé. Por eso cuando ella me mira yo le sostengo la mirada en lugar de esconderme en su cuello. Porque esta noche quiero que me vea, que sepa que estoy aquí del todo, sin la distancia de seguridad que llevo años manteniendo con todo el mundo. Con todo el mundo excepto ella, que encontró la manera de desmantelarla sin que yo me diera cuenta de cuándo había ocurrido. Estoy aquí por completo. Sólo por ella. Sólo con ella. Y quiero que lo sepa. Sin dudas. Sin fisuras.

Sus dedos en mi pelo. Su voz diciendo mi nombre de esa forma suya, en voz baja, como si fuera algo que pertenece sólo al interior de esta habitación. Sus piernas rodeándome.

Me dejo ir.

Cosa que no hago. Que no suelo hacer. Que en treinta y tres años de vida he aprendido a no hacer porque dejarme ir implica no tener el control de lo que viene después, y yo prefiero el control a casi todo.

Casi todo. Menos a ella.

* * *

GIULIA

Hay un momento — lo hay siempre con él, pero esta noche más, esta noche de una forma que no voy a olvidar— en que Alejandro Vidal deja de ser el abogado. El hombre del despacho ordenado, los expedientes en su sitio, la corbata siempre bien puesta. Deja de ser todo eso y se convierte en otra

cosa. En alguien más primario y más honesto y más completamente presente de lo que permite que le vean en ningún otro sitio.

Lo veo ahora. En la oscuridad del dormitorio, con la luz lejana del salón al fondo, con su cara sobre la mía y los ojos que me sostienen la mirada sin esconderse. Lo veo y me alegro de haberlo visto. Me alegro de haber estado aquí para verlo.

—Giulia —dice, y en mi nombre tiene el todo de lo que no ha dicho nunca en voz alta y que esta noche no necesita decir porque ya lo estamos diciendo así, de esta manera que no tiene palabras pero que las contiene todas. Con nuestros cuerpos entrelazados, con ese ritmo que es casi un baile perfectamente acompasado, como si se conocieran de toda la vida, sin necesidad de ensayo previo.

—Lo sé —digo.

Y lo sé.

* * *

Después.

La oscuridad del dormitorio. Su respiración al ritmo de la mía, ambas volviéndose lentas. Su brazo sobre mi cintura, pesado y cálido. El silencio específico de los cuerpos después de algo que tuvo la intensidad de este, que es un silencio distinto al de antes — más hondo, más ancho, con más espacio dentro.

No hay prisa. No hay nada que espere fuera.

Solo este cuarto. Solo este momento. Solo los dos.

* * *

ALEJANDRO

No me muevo. No porque no pueda, sino porque no quiero. Porque hay cosas a las que se les debe el privilegio de durar un poco más de lo necesario, y esta es una de ellas.

Giulia tiene la cabeza apoyada en mi pecho. Noto su respiración, ya tranquila. El peso específico de su cuerpo contra el mío, que ya conozco pero que esta noche tiene un registro distinto, más definitivo, el de las cosas que se graban.

Pienso en Diego. En lo del cajón.

Pienso en Carmen. En lo de los perros.

Pienso en que tenían razón los dos y que tardé demasiado y que eso también está bien, que a veces se tarda demasiado y aun así se llega.

—¿Estás despierto? —dice Giulia, en voz baja.

—Sí.

—¿En qué piensas?

—En varias cosas.

Silencio breve.

—Yo también —dice.

* * *

GIULIA

Pasan unos minutos.

La oscuridad del cuarto tiene esa calidad específica de las oscuridades de después: más amable, más habitada. Fuera, el Mediterráneo existe aunque no se vea. El puerto existe. Bolonia existe, con su piso y su redacción y su vida que me espera igual que cuando la dejé, solo que yo ya no soy igual que cuando la dejé.

—Alejandro.

—¿Qué?

—¿Qué pasa ahora?

La pregunta sale sola. Sin haberla preparado, sin haberle buscado el tono correcto. Sale porque es la pregunta que hay y porque en este cuarto, en este momento, ya no tiene sentido guardarse las preguntas.

Silencio. No el silencio de quien no sabe qué decir. El silencio de quien está pensando de verdad, con la sinceridad que se le debe a una pregunta que merece una respuesta honesta.

—No lo sé —dice, al final.

—¿No lo sabes o no quieres decirlo?

—No lo sé —repite. Y en su voz hay algo que reconozco: la misma textura que la mía cuando admití que estaba llorando en el puerto. La de alguien que ha decidido no tener la respuesta correcta preparada—. Lo que sí sé es que no termina cuando cojas el avión. Para mí no termina.

Me quedo quieta un momento.

—Para mí tampoco —digo.

Otro silencio. Más tranquilo. El tipo de silencio que se instala cuando dos personas acaban de decirse algo que los dos sabían y que sin embargo

cambia algo haberlo dicho en voz alta.

—Hay un país de distancia —digo.

—Lo sé.

—Y yo tengo un contrato y tú tienes un bufete y ninguno de los dos tiene una respuesta fácil para lo que viene después.

—También lo sé.

—Entonces —digo— ¿Qué hacemos con eso?

Alejandro se mueve. Se incorpora un poco, apoyado en el codo, mirándome desde arriba en la oscuridad. Puedo ver sus ojos. Oscuros, quietos, con esa atención que me ha tenido desde el principio y que ya no finjo que no noto.

—No sé qué haremos —dice—. Pero sé lo que no voy a hacer.

—¿Qué?

—Fingir que no existe —Pausa—. He fingido que no existía durante meses porque me pareció lo razonable —Otra pausa, y en esta hay algo que es casi humor y casi pena a la vez—. No fue lo razonable.

Me río un poco. No puedo evitarlo. La risa sale sola, suave, de la manera en que salen las risas cuando algo es verdad y además tiene gracia.

—No —digo—. No fue lo razonable.

—Lo que yo quiero —dice, y se detiene. Y empieza otra vez—. Lo que yo quiero es que sepas que esto no es solo esta noche. Que no es el caso cerrado, ni la beca que termina, ni la última oportunidad antes de que cada uno siga con lo suyo —Sus ojos en los míos—. Para mí no es eso.

—Para mí tampoco —digo, en voz muy baja.

—Entonces —dice— ya tenemos algo con lo que trabajar.

* * *

ALEJANDRO

La miro durante un momento.

Llevo la mayor parte de mi vida adulta siendo preciso. Eligiendo las palabras exactas para los argumentos exactos. Construyendo casos con la paciencia de quien sabe que las cosas sólidas se construyen despacio, pieza a pieza, sin atajos.

Esta noche voy a intentar aplicar eso a algo que no es un caso.

—Hay un país de distancia —digo—. Y los dos tenemos vidas que no se mueven fácilmente. Y no voy a pedirte que cambies nada porque no tengo ese derecho y porque no es lo que quiero pedirte —Pausa—. Lo que sí quiero pedirte es tiempo. Espacio para ver qué es esto cuando no está el caso encima, cuando no hay peligro, cuando no es la única razón para estar en el mismo sitio —Otro silencio—. Y si lo que hay cuando se quita todo eso es lo que creo que hay, entonces ya encontraremos la manera de que el país de distancia sea un problema que se pueda resolver.

Giulia me mira. No dice nada durante un momento. Y luego dice:

—¿Eres consciente de que acabas de hacer un alegato de apertura sobre una relación?

Silencio. Y luego, a pesar de todo, de la noche y de lo que queda y de los ocho días que faltan: me río. Una risa real. De las pocas que tengo y que son completamente mías, sin esfuerzo.

—Sí —digo—. Supongo que sí.

—Es muy típico de ti.

—Lo sé.

—También es —dice, en voz más baja— lo más bonito que me has dicho nunca.

No sé muy bien qué hacer con eso. No estoy acostumbrado a no saber qué hacer con las cosas. Esta noche lo estoy, y descubro que tampoco está tan mal. Que hay cosas que no necesitan respuesta inmediata. Que algunas cosas solo necesitan que las recibas.

La atraigo hacia mí. Ella apoya la cabeza en mi pecho otra vez. Mi brazo sobre su cintura.

El dormitorio quieto. El Mediterráneo al fondo, detrás de los edificios y de la noche de diciembre, ajeno y constante.

—Nueve días —dice Giulia, en voz baja. No como queja. Como constatación.

—Nueve —repito.

—¿Y luego?

—Luego —digo— es un problema que resolveremos cuando llegue. Con toda la información disponible —Pausa—. Como los buenos problemas.

Silencio.

Y luego Giulia dice, con esa voz suya de antes de dormirse, más suave, más sin defensas:

—Alejandro.

—¿Qué?

—Gracias por venir esta noche.

—Gracias por abrir —digo.

Sonríe. Lo noto contra mi pecho, ese movimiento pequeño.

Y nos quedamos en silencio. La oscuridad. La respiración. El peso exacto de lo que hay, que es mucho y que no tiene nombre todavía pero que esta noche, aquí, en este apartamento pequeño cerca del puerto de Marbella, es suficiente.

Es más que suficiente.

* * *

GIULIA

Se queda dormido antes que yo.

Lo sé por la respiración, que se vuelve más lenta y más honda, y por la forma en que el brazo sobre mi cintura se hace más pesado con ese peso específico que tienen los cuerpos cuando se rinden del todo.

Yo me quedo despierta un rato más.

No porque no pueda dormir. Sino porque no quiero todavía. Porque hay algo en este momento — la oscuridad, el silencio, su brazo sobre mí y el Mediterráneo al fondo y los nueve días que faltan y todo lo que viene después de ellos— que quiero sostener un poco más antes de dejarlo ir.

Pienso en el artículo. En Bolonia. En Vera y Dani y el piso pequeño con la calefacción averiada que me espera igual que cuando lo dejé.

Pienso en Elena y en Mateo y en la frase de Antonio que se ha quedado pegada en algún sitio dentro de mí desde que Alejandro la leyó en voz alta en aquella sala: úsalo bien, no por mí, por todos los que vienen detrás. Pienso en Sofía diciéndome diez días es tiempo.

Lo fue.

Miro el techo oscuro del apartamento que en octubre era extranjero y que ahora conozco de memoria — cada grieta, cada sombra, el ruido específico que hace la calefacción cuando arranca—. Miro el techo y pienso en que dentro de nueve días voy a estar en otro techo, en otra ciudad, con otra vida que es la mía y que me espera y que quiero. Y que sin embargo esta noche soy incapaz de imaginar sin notar también el enorme hueco que va a haber donde estaba esto.

No lloro. No esta vez. Esta vez solo lo sostengo. Con cuidado. Con el mismo cuidado con que él sostiene las cosas que le importan demasiado.

A mi lado, Alejandro respira.

Me duermo.

CAPÍTULO 40

El avión
GIULIA

El aeropuerto de Málaga a las siete de la mañana huele a café de máquina y a gente que todavía no ha decidido si está despierta del todo. Conozco ese olor. Lo conocí el primer día, cuando salí por la terminal de llegadas con la mochila al hombro y el bloc en el bolsillo y la convicción —que ahora me parece de otra persona, de una versión anterior de mí que vivió aquí hace tres meses y que ya no existe del todo— de que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

No lo sabía. Pero eso también está bien.

* * *

He facturado la mochila. Solo llevo el bolso de mano, el bloc, el blazer con los codos gastados doblado sobre el brazo porque en diciembre en Málaga a las siete de la mañana hace frío pero no suficiente para llevarlo puesto y además ya sé que en el avión la temperatura va a ser la de siempre: la temperatura incorrecta, demasiado fría o demasiado caliente, nunca la exacta.

Me siento en una de las sillas de la zona de embarque. La que está junto a la ventana, porque siempre elijo la que está junto a la ventana. No por la vista — la pista de un aeropuerto a las siete de la mañana no es exactamente una vista— sino por el reflejo. Por ese efecto específico de las ventanas de los aeropuertos de madrugada en que el cristal devuelve una imagen doble: lo que hay fuera y lo que hay dentro a la vez. Los aviones y la sala. El mundo al que vas y el mundo que dejas.

Me quedo mirando ese doble reflejo durante un rato.

El embarque es en cuarenta minutos.

* * *

Ocho días.

Los ocho días que quedaban los vivimos despacio, con el cuidado de quien sabe que algo tiene fecha de caducidad y decide no malgastarlo. El caso cerrado, la ciudad ya sin con la serenidad de no tener la investigación

encima, los dos sin ninguna excusa profesional para estar juntos salvo la única que importaba: que queríamos estarlo. Fueron días distintos a todo lo anterior. Más quietos. Más nuestros.

Esta mañana me desperté antes que sonara el despertador.

Eran las cuatro y cuarenta y cinco. El dormitorio estaba oscuro. A mi lado, el calor específico de alguien que respira despacio, que duerme profundo, que ocupa mi cama con la misma presencia tranquila con que ocupa todos los espacios.

Me quedé quieta un momento. Sin moverme. Sin encender el teléfono. Solo la oscuridad y esa respiración y la conciencia de que éste era el último momento de ese tipo — el tipo de momento que no anuncia que es el último hasta que ya lo es.

Luego me levanté. Me duché. Hice el café.

Alejandro estaba despierto cuando volví. Sentado en el borde de la cama con la camisa de ayer puesta y el pelo ligeramente revuelto y esa expresión suya de los momentos en que ha decidido que no va a disimular nada.

—¿Café? —dije.

—Sí.

Nos tomamos el café en el alféizar. Los dos. En silencio. Con el puerto todavía oscuro al fondo y la luz de diciembre empezando a entrar por el lado del mar, esa luz que no calienta pero que tiene ese color específico que ya no voy a ver en ningún otro sitio y que me voy a llevar conmigo aunque no quepa en el equipaje.

No hablamos mucho. No hacía falta. En ocho días habíamos agotado las palabras que importaban y también los silencios que importaban, y lo que quedaba esta mañana no era vacío sino exactamente lo contrario: la quietud de dos personas que ya no tienen nada que esconderse.

Cuando llegó el taxi, a las cinco y cuarto, llamó al interfono.

Alejandro cogió la mochila — gesto suyo, automático, el de alguien que lleva el peso de los demás con una naturalidad que no pide reconocimiento — y bajó conmigo hasta la puerta.

En el portal nos quedamos parados un segundo. Fuera, el taxi. Dentro, el edificio que durante tres meses fue mi mundo. Y entre los dos, todo lo que había y todo lo que quedaba, y todo lo que no tiene nombre todavía pero que los dos sabemos que existe.

—Me llamas cuando aterrices —dijo.

—Luego te llamo.

Me miró. Esa mirada suya que ya conozco y que esta mañana, a las seis y cuarenta en el portal de la calle Ancha, tenía una textura que no voy a intentar describir porque no hay palabras exactas para ello y Alejandro se merece palabras exactas.

Me besó. Despacio. Tomándose su tiempo. Con sus manos acariciando mi cara y la misma atención que le presta a las cosas que le importan demasiado.

—Giulia —dijo, contra mi boca.

—Lo sé —dije.

Y lo sabía.

Me metí en el taxi. Vi cómo se alejaba por el retrovisor — de pie en la acera, sin abrigo como siempre, con las manos en los bolsillos y esa quietud suya que no es distancia sino concentración— hasta que la calle giró y desapareció.

Y ahora estoy aquí. En el aeropuerto de Málaga a las siete de la mañana. Con el reflejo doble en la ventana y el embarque en treinta y ocho minutos y algo que pesa en el bolsillo del blazer que descubrí en el taxi y que todavía no he abierto.

* * *

Lo encontré cuando iba a guardar el teléfono.

Metí la mano en el bolsillo del blazer — el bolsillo interior, el que tiene esa forma específica de los blazers viejos donde el forro está ligeramente desgastado de llevar siempre las mismas cosas— y noté el papel antes de verlo. Doblado dos veces. Con la textura del papel de bloc, el tipo que Alejandro usa en el despacho, cuadriculado, firme.

Lo saqué. Lo miré desde fuera, todavía doblado, con ese peso pequeño que tienen las cosas que son pequeñas y que sin embargo contienen algo grande.

Y lo guardé otra vez. No porque no quiera leerlo. Sino porque quiero leerlo bien. En el momento correcto. Con el espacio que merece.

* * *

El teléfono vibra.

Sofia. Videollamada. Por supuesto.

—¿Estás en el aeropuerto? —dice, antes de que yo diga nada, con la cara de quien lleva despierta desde hace rato esperando este momento.

—Estoy en el aeropuerto.

—¿Cómo estás?

La miro. Mi hermana con el pelo rojo revuelto y los ojos muy abiertos y esa expresión que tiene cuando está intentando leerme a través de una pantalla con la misma precisión con que me lee en persona.

—Bien —digo. Y luego, porque es Sofia y con Sofía el «bien» nunca es suficiente y ella lo sabe y yo lo sé—. Bien y un poco rota. Las dos cosas a la vez.

Sofia asiente despacio. Con esa seriedad suya que aparece debajo del caos cuando algo importa de verdad.

—¿Fue al aeropuerto? —dice.

—No.

—¿Y?

—Y estuvo hasta las seis de la mañana. Y me besó en el portal. Y me dijo que llamara cuando aterrizara —Pausa—. Y me dejó algo en el bolsillo que todavía no he abierto.

Silencio de Sofía. Breve. El tipo de silencio de quien procesa algo con rapidez.

—¿Algo cómo qué? —dice.

—Un papel. Doblado. En el bolsillo interior del blazer.

Otra pausa.

—Giulia.

—¿Qué?

—¿Y por qué no lo has abierto todavía?

—Porque quiero abrirlo en el momento correcto.

Sofía me mira durante un segundo. Y luego dice, con esa voz suya que tiene cuando deja de ser la hermana ruidosa y se convierte en lo que siempre ha sido debajo:

—Te quiero, Giulia.

—Yo también te quiero, enana.

—Dani ha hecho tortitas. Llama cuando llegues.

Me río. Con los ojos húmedos y el aeropuerto alrededor y el embarque en veintidós minutos.

—Hasta luego, Sofía.

—Hasta luego.

Cuelgo.

* * *

Llegan dos mensajes casi a la vez.

El primero es de Elena. Tres líneas, con esa economía suya de palabras que dice más que los párrafos:

« *Buen viaje, Giulia. Has sido exactamente lo que este caso necesitaba. Y algo más. Cuídate* ».

Lo leo dos veces. La segunda vez con la mano apretando el teléfono más de lo necesario.

El segundo es de Mateo. Una imagen. Un meme — un perro con cara de resignación estoica y el texto « *cuando tu persona favorita coge el avión pero sabes que vuelve* »—. Debajo, sin más explicación, un emoji de pulgar arriba.

Me río. Sola. En el aeropuerto de Málaga a las siete y cuarto de la mañana, con el teléfono en la mano y el embarque en dieciséis minutos.

Le contesto con un corazón. Es lo que hay. Es lo suficiente.

* * *

Llaman a embarcar.

Me levanto. Cojo el bolso. El blazer sobre el brazo, con el papel doblado en el bolsillo interior que noto al tacto cuando lo doblo, ese peso pequeño que llevo conmigo desde el portal de la calle Ancha.

La fila avanza.

El pasillo de embarque. El avión. El asiento 14C. El mismo que a la ida, cosa que no tenía ningún significado particular en octubre y que hoy me parece que lo tiene, aunque sé que no lo tiene. Aunque sé que soy periodista y que los periodistas no creemos en las señales, aunque esta mañana estoy dispuesta a hacer una excepción.

Me siento.

Dejo el blazer sobre el regazo.

El avión se llena despacio a mi alrededor. El señor del asiento de al lado llega con una bolsa del duty-free y demasiado equipaje de mano. La azafata repasa la fila con esa eficiencia amable que tiene el trabajo de quienes hacen lo mismo muchas veces y sin embargo mantienen la cortesía. El motor arranca con ese sonido de fondo que en los aviones significa que ya no hay vuelta atrás, que lo que queda atrás se queda atrás y lo que viene adelante viene.

Meto la mano en el bolsillo del blazer.

Saco el papel.

* * *

Está doblado dos veces, como noté en el taxi. Papel cuadriculado de bloc, el que usa en el despacho. La doblez es precisa — por supuesto que es precisa, es Alejandro— con esas esquinas que cuadran exactamente porque él no hace nada de cualquier manera, ni siquiera doblar un papel a las seis de la mañana en el portal de un edificio mientras el taxi espera.

Lo abro.

Letra ordenada, sin tachaduras. La letra de alguien que escribió de una vez, sabiendo lo que quería decir.

Son cinco líneas. Solo cinco.

Al andar se hace camino
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Nada más.

Sin firma. Sin nombre. Sin ninguna de las palabras que los dos llevamos semanas sin saber cómo decir.

Solo esto. El resto del verso de Machado que dijimos a medias aquella tarde en el despacho, con la luz cambiando y los documentos encima de la mesa y cuatro metros de distancia que entonces eran todavía cuatro metros. El verso que él continuó desde el otro lado de la habitación — caminante, no hay camino, se hace camino al andar — y que se quedó flotando en el aire entre los dos sin que ninguno supiera todavía qué hacer con él.

El resto. Lo que no dijimos.

Al andar se hace camino. Y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.

Caminante, no hay camino. Sino estelas en la mar.

Me quedo mirándolo durante un tiempo que no sé medir.

El avión empieza a moverse.

Por la ventanilla, Málaga se aleja despacio. Las pistas. El asfalto. El cielo de diciembre que aquí tiene ese azul específico, ese azul del sur que no es el azul de Bolonia ni el de ningún otro sitio, sino exactamente este, el que aprendí en tres meses sin darme cuenta de que lo estaba aprendiendo.

El avión despega.

Doblo el papel con cuidado. Con el mismo cuidado con que él lo dobló. Lo guardo en el bolsillo interior del blazer, en el sitio donde estaba, en el sitio donde va a seguir estando.

Caminante, no hay camino.

Sino estelas en la mar.

* * *

Miro por la ventanilla.

El Mediterráneo abajo, azul, quieto y enorme, con esa indiferencia suya de siempre, sin saber ni importarle lo que acaba de ocurrir en sus orillas.

Pienso en Alejandro de pie en la acera de la calle Ancha. En que probablemente ya está en el despacho con el café,los expedientes y Diego llegando tarde y Carmen llegando todavía más tarde, y el siguiente caso que espera porque los casos siempre esperan, porque el trabajo de quienes no miran hacia otro lado nunca termina del todo.

Pienso en Elena cambiando las flores del jarrón de cerámica azul. En Mateo estudiando Económicas en Sevilla, o intentándolo, con la mandíbula ya sin apretar del todo.

Pienso en Bolonia. En Vera con el café hecho. En Dani con las tortitas y la guitarra apoyada en algún sitio donde no debería estar. En la redacción. En Luca. En el trabajo que me espera y que quiero y que soy.

Pienso en que hay un país de distancia y en que los dos dijimos que eso era un problema que se podía resolver.

Pienso en que lo creemos. Los dos.

El avión sube. Las nubes al nivel de la ventanilla, y luego por encima. El Mediterráneo ya no se ve. Sólo el cielo, que a esta altura tiene ese azul que no pertenece a ningún sitio concreto — ni a España ni a Italia ni a ningún otro país— sino que es simplemente el cielo, el mismo desde todas partes, el que está encima de Marbella y encima de Bolonia y encima del espacio que hay entre los dos.

Saco el bloc. Abro la primera página, en blanco. Escribo una sola línea.

No sé todavía si es el principio de un artículo o el principio de otra cosa. Pero la escribo. Como siempre. Como lo hace alguien que aprendió que las cosas que importan se construyen andando, sin saber del todo adónde lleva el camino, con la confianza de que el camino existe aunque todavía no se vea.

El avión vuela hacia el norte. Yo escribo.

Tres palabras. Solo tres.
The show must go on.